

FAN WU

Flores de febrero



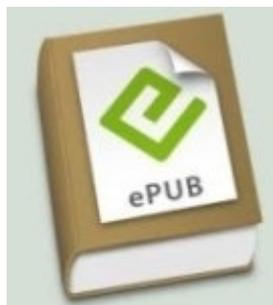
Flores de febrero

Fan Wu

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

*Agradecimientos: a Peabody y LTC por el
Escaneo y corrección del doc original*

PEABODY & LTC



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

<http://threepress.org/document/epub-validate>

山行

秋 夜 (八〇三—八五二)

迹 上 善 山 石 路 斜 。

白 云 生 处 有 人 家 。

行 车 竺 奥 枫 林 晚 。

霜 叶 红 于 二 日 花 。

Al terminar mi matrimonio me mudé a un apartamento de una habitación a cinco bloques de la universidad donde estudié hace veinte años. El edificio plomizo, estucado, ligeramente inclinado a la derecha, es una casa unifamiliar reformada, propiedad de la jefa de una tienda de comestibles, ahora la casera, y tiene seis viviendas. La mía está en el ático, pero un bosque de torres de pisos comerciales a medio construir tapa las vistas. La casera quiere que firme un alquiler de un año, pero sólo he accedido a un plazo de seis meses. Sé que su bloque de apartamentos, como otros edificios destartados de dos o tres plantas del barrio, serán demolidos y reemplazados por otras torres en menos de un año.

Podía haber vivido en el distrito de Tianhe, más moderno, como la mayoría de mis amigos, pero me gusta el estrecho callejón de adoquines enfrente del edificio, donde los ancianos se reúnen al caer la tarde bajo un baniano amplio para jugar al *mahjong* o cantar ópera cantonesa. Al otro lado de la callejuela hay un bloque de apartamentos idéntico. Todos los balcones están repletos de ropa limpia y flores como rosas, crisantemos, azucenas e hibiscos: a los cantoneses les gustan las flores y hacen arreglos bonitos, a menudo dentro de cajas en las ventanas que decoran las calles y las casas y aportan algo de belleza agradable al paisaje urbano. A veces aparece una mujer de mediana edad en un balcón que llama a gritos en cantonés a algún miembro de su familia para que vuelva a cenar.

Me despierto todas las mañanas con el sonido de mi casera que corta huesos de carne en su piso, enfrente del mío. Lleva viviendo en Guangzhou desde que nació. Le encanta cocinar y me ha enseñado a hacer pollo a la sal, olla de estofado de ternera y sopa de fideos *wonton* con langostinos. Los días calurosos prepara té frío de hierbas y me reserva una taza. Después de probar muchas cocinas diferentes de distintas regiones, he aprendido a apreciar la gastronomía cantonesa con su sabor suave y fresca.

Los fines de semana a veces voy a la isla de Shamian a leer en la playa del río de las Perlas. Allí, todas las mansiones históricas de estilo occidental están bien conservadas, con sus blancos muros de piedra, los barrotes de hierro forjado en los balcones bajo la sombra de los banianos y las puertas de madera ornamentadas. Su imagen me recuerda la historia del siglo XIX, cuando el gobierno de la dinastía Qing permitió que los comercios europeos y americanos instauraran una zona de comercio allí. Los edificios altos se extienden a lo largo de ambos márgenes del río. El hotel de cinco estrellas Cisne Blanco disfruta ahora de la máxima ocupación, convertido en un centro para extranjeros que adoptan huérfanas chinas. A menudo me encuentro con padres blancos en la playa, con una niña china en brazos que van a llevarse a casa. Un día una pareja de suecos se me acercó y me preguntó si les podía sugerir un buen nombre chino para su niña recién adoptada.

Tras vivir en Guangzhou durante más de diez años, he empezado a enamorarme de esta ciudad, no sólo por el clima apacible, sino por la distensión, la generosidad y el pragmatismo de su gente, pese a que no me dio esa sensación al llegar de estudiante. La ciudad ha cambiado en una década, y también yo, de un modo sutil, reflejo de mi edad y experiencia. Arrastro las palabras sin querer al final de una frase cuando hablo mandarín, mi lengua materna, como lo haría un cantonés; empiezo las mañanas de domingo con un *dim sum* y una taza de té tras otra en una tetería; compro un árbol naranja para Año Nuevo y cuelgo sobres rojos en las ramas para recibir la bendición de la buena suerte, según la antigua costumbre local. Me doy cuenta de que me estoy convirtiendo en ciudadana de mi lugar de adopción, me adapto y asimilo.

Trabajo en una editorial de libros de consulta y de El empleo está bien remunerado, pero para mí sólo es un trabajo. Llego a las ocho, me voy a las cinco y nunca me quedo hasta tarde. Después de la jornada laboral a menudo doy un paseo hasta la Ciudad del Libro de Tianhe al lado de la oficina para ver las últimas adquisiciones en la sección de literatura. Algunas noches voy a un bar o una cafetería con mis compañeros de trabajo o amigos de la universidad. Hablamos de trabajo, moda, política, economía y otros temas que nos importan o no. Soltera de nuevo, agradezco su compañía y disfruto cuando estoy con ellos. Sin embargo, a veces, mientras les

oigo hablar, mi mente se distrae con pensamientos que no tienen relación alguna, con frecuencia demasiado arbitrarios y fugaces para ser significativos, tal vez sobre un libro, un incidente de la infancia o una persona con un aspecto peculiar que acabo de ver en la calle. Si dejo vagar la mente, siempre acabo pensando en Miao Yan, una amiga mía de la universidad. Hace más de diez años que no la veo. Durante unos once meses fuimos íntimas, por lo menos eso me gustaría pensar, ahora siento que sé poco de ella y de su vida.

Un sábado por la mañana, mi madre llama desde mi ciudad natal, en otra provincia.

—¿Entonces qué piensas hacer? —dice, después de preguntar sobre el tiempo y lo que cuesta la vida en Guangzhou.

—Tengo un buen trabajo y muchos amigos.

—Ya no eres una niña. Casi tienes treinta años. Una mujer de tu edad ya debería haber sentado la cabeza.

—Mamá, ya lo he hecho —digo—. Por lo menos lo he intentado.

—Ni siquiera nos lo contaste a tu padre y a mí hasta que ya había ocurrido. Si nos lo hubieras dicho y nos hubieras escuchado...

—Acabas de decir que ya no soy una niña. —Sonrío. Tenemos esta conversación miles de veces. Sé que nunca lo entenderá por mucho que intente explicárselo.

Silencio al otro lado. Luego:

—Ayer llamó una amiga de tu padre. Su hijo acaba de trasladarse de Beijing a Guangzhou. Tiene treinta y cuatro años, también está divorciado. No tiene hijos. Es ingeniero. —Mi madre se aclara la garganta y suaviza el tono—. Creo que deberías conocerle.

—No te preocupes por mí.

—No entiendo...

—Estoy bien. Puedo cuidar de mí misma. Dile a papá que no se preocupe. Hoy en día, a nadie le importa si estás divorciada o no. —Me siento en la cama y me miro en el espejo de tamaño natural: un jersey negro de cuello alto sin mangas a la última moda, pantalones tejanos blanquecinos de corte bajo con costuras amarillas a los lados, una cola de caballo de color castaño oscuro que brilla a la luz del sol desde la ventana y dos grandes pendientes de plata que cuelgan por encima de unos hombros delicados pero bien constituidos. Me asombra lo mucho que me parezco a Miao Yan, excepto por la cola.

—China no es Estados Unidos —dice por fin mi madre.

—¿Cómo está papá? —pregunto.

Al día siguiente me paso toda la mañana limpiando el piso. Como otras grandes ciudades, en Guangzhou hay demasiados coches y pocos árboles. Si no limpio el escritorio durante dos días, se acumula una fina capa de polvo. Mientras ordeno mis libros, pongo en el tocadiscos una vieja grabación de Paganini que compré en una tienda de antigüedades hace un año. Solía tocar el violín, pero no lo hago desde que me licencié en la universidad. Entre los libros hay una colección de poemas de estudiantes universitarios, con algunos de los míos incluidos. Pasados todos esos años, todavía recuerdo algunos de los poemas que escribí entonces. Tienden a poseer un tono melancólico, es obvio que fueron escritos por una mujer mucho más joven.

La tarea más ardua es ordenar el guardarropa. Aunque me cambiara dos veces al día durante un mes, aún me quedaría mucha ropa por poner. Adquirí el hábito de ir de compras el último año de universidad, al principio sólo para las entrevistas de trabajo, pero con el tiempo se convirtió en un capricho que desembocó en mi rebosante armario empotrado.

La caja blanca está en el rincón, como un cubito de hielo. Contiene un vestido negro con tirantes hechos de un tejido brillante, y una blusa de seda floreada. Eran de Miao Yan, pero ahora son mías. Le quito el polvo a la caja y la vuelvo a dejar.

Por la tarde visito la oficina de antiguos alumnos de la universidad. Estoy tramitando una solicitud para un curso de posgrado en los Estados Unidos y necesito

transcripciones. Mientras espero en el vestíbulo a que firmen y sellen los documentos, una mujer de treinta y pocos años se une a mí. Lleva un traje de chaqueta de color carmesí con un collar de perlas, como si llegara directamente de una entrevista. Dice que necesita *las* transcripciones para ir a *Canadá, donde va a emigrar con su marido y su hija de cinco años.*

—He tomado clases de cocina —dice, y se encoge de hombros como un occidental—. He oído que los cocineros ganan más dinero que los bibliotecarios. De todos modos, ¿quién me habría contratado de bibliotecaria en Canadá?

—¿Has estudiado biblioteconomía?

—Sí, del ochenta y nueve al noventa y tres.

—Yo era estudiante de primer año en el noventa y uno —digo, mientras pienso lo distinta que era la universidad entonces. Ahora es como el centro de la ciudad. Los autobuses que van al centro funcionan a todas horas, y cada semana abre un restaurante de marisco en los alrededores. Los estudiantes van en bicicleta mientras hablan por el teléfono móvil.

La mujer camina con elegancia hacia una mesa larga, se sirve agua de una jarra de cristal en una tacita de papel y le da un sorbo.

Cuando se sienta, le pregunto:

—¿Conoces a Miao Yan? —De pronto siento el corazón acelerado.

—Me suena.

—Erais compañeras de clase.

—¡Ah, esa chica alta! Es de Sichuan, ¿verdad?

—No, de Yunnan.

—A lo mejor tienes razón. —Me mira con curiosidad—. ¿De qué la conoces?

—Por casualidad. ¿La has visto? ¿Sabes dónde está?

—En realidad no. Nunca fuimos amigas, siempre estaba sola. Dudo que fuera amiga de alguno de los compañeros de clase.

El administrador pronuncia su nombre. Se levanta y se alisa la chaqueta y los pantalones. Antes de entrar se da la vuelta con brusquedad en la puerta.

—Ahora me acuerdo. Se mudó a Estados Unidos hace unos años. No sé cómo lo hizo. De todos modos, alguien dijo que se la había encontrado en una tienda de lujo en el barrio chino de San Francisco el año pasado. Por increíble que parezca, era la dueña.

Le doy las gracias y le deseo buena suerte con la emigración.

Esa noche no logro conciliar el sueño. Me invade una profunda emoción a medida que el pasado se apodera de mí. Recuerdo la tarde en que Miao Yan y yo hablamos por primera vez. Los detalles vuelven con tal nitidez que me parece estar viéndolos en vídeo: la luna baja, el suelo blanco de cemento, los ojos brillantes de Miao Yan, la blusa que le revoloteaba, la manera de encenderse el cigarrillo y expulsar el humo. Todo está grabado en mi memoria y jamás se podrá borrar.

Tras permitir que estos recuerdos me consuman durante un tiempo que no puedo determinar con precisión, me levanto y saco la caja blanca del armario. Me pongo el vestido negro en el lavabo, todavía me queda perfecto. Allí, frente al espejo, me contemplo durante largo tiempo. En el espejo, en mis ojos, veo a Miao Yan y cada vez más de mí misma a los diecisiete años.



—Fideos. De la marca Chef Kang. Cincuenta fen la bolsa.

Una tarde de sábado una chica llamó en la puerta abierta de mi habitación con una sonrisa amplia, una caja blanca de cartón entre las piernas y un grueso fajo de dinero en la otra. Tenía el pelo largo pegado en las mejillas rosadas por unas líneas de sudor.

—¿Eres de la asociación de estudiantes? —preguntó mi compañera de habitación Pingping, con mirada escéptica.

—No, pero venden Chef Kang a sesenta fens la bolsa. Haz las cuentas. —La chica se colocó el pelo en la espalda y cruzó los brazos.

—¿Cómo sé que tus fideos son realmente Chef Kang? —Donghua, otra compañera de habitación, asomó la cabeza por fuera de la mosquitera: llevaba tejiendo un jersey en la cama desde el mediodía. Una semana antes había comprado algunas bolsas de fideos Kang de imitación a un vendedor ambulante y tuvo diarrea durante tres días.

—No voy cargando con esta caja para nada. Olvidadlo. —La chica se inclinó, agarró la caja, se la colocó en la rodilla derecha levantada y la empujó hasta el pecho. Las puntas de metal de los tacones de sus zapatos negros de piel relucían a la luz del sol. Antes de que fuera a la siguiente habitación, dejó el libro que estaba leyendo y dijo:

—Dame diez bolsas.

Los fideos resultaron ser auténticos, pero más tarde descubrí que la asociación de estudiantes los vendía a cuarenta fen la bolsa.

Así conocí a Miao Yan, en otoño de 1991. Yo era una estudiante de primer curso de dieciséis años en la universidad de Guangzhou, una de las ciudades más prósperas del sur de China. Por supuesto, entonces no sabía cómo se llamaba.

La volví a ver pasado un mes. Aquella noche estaba cenando con algunos compañeros de clase en un restaurante del campus, y nuestra mesa estaba al lado de la suya. En apariencia medio borracha, participaba en un juego según el cual había que beber si no adivinabas el número de dedos con dos hombres que apenas podían levantar la cabeza del pecho. Encima de la mesa había dos botellas de Wu Liang Ye y una docena de cervezas Qing Dao. Perdía de largo en el juego, y como castigo acordado tenía que bailar. Entre sonoras carcajadas, retiró las botellas de la mesa, una a una. Se puso de pie en su silla y de ahí en la mesa de madera, que tembló un poco por el peso. Con un vestido blanco de manga larga y el pelo recogido en un moño en la nuca, parecía una diosa bajo la luz tenue.

—¿Qué miráis? —Señaló a algunos hombres en la esquina de la mesa—. Si no habéis visto nunca una mujer, id a casa y echadle un vistazo a vuestra mamá.

Sus palabras provocaron estruendosas risas. No parecía importarle. Se volvió hacia los dos hombres de su mesa.

—Ahora voy a bailar. Mirad con atención, la próxima vez no tendréis tanta suerte.

Empezó a dar vueltas y casi se cayó al intentar ejecutar un giro rápido. Cuando acudió el propietario del restaurante e intentó bajarla de la mesa, ella le gritó:

—¡No toques mi vestido con tus sucias garras!

Saltó ella sola y se torció el tobillo izquierdo cuando los zapatos rosas de tacón alto tocaron el suelo. Se los quitó, al tiempo que maldecía en cantonés, y salió dando tumbos del restaurante con los dos hombres, y uno de ellos lanzó un billete arrugado de cien yuans al suelo al salir.

Pasaron otros tres meses hasta que por fin supe cómo se llamaba aquella chica. Era una noche de sábado de primavera, dos meses después de cumplir diecisiete años. Nos encontramos en la azotea del Cinco Oeste, la residencia femenina de ocho plantas donde vivía. La terraza era una extensión vacía de cemento blanco, la mitad de un campo de fútbol, con conductos de ventilación y enormes tuberías por las paredes. Entre las chicas era conocido como un lugar mugriento donde iban los conserjes a arreglar problemas con el agua o los calentadores, aunque estaba bastante limpio. Pocas chicas lo visitaban porque estaba vacía y había posibilidades de encontrarse con ratas por el camino.

Yo había descubierto la azotea por casualidad poco después de mudarme a la residencia. Aquel día algunos compañeros de clase y yo, como delegados del departamento de literatura, visitamos una habitación de muestra en la octava planta, la ganadora del concurso universitario llamado «El más limpio del año». Cuando los demás estudiantes entraron en la reluciente habitación, que olía a ambientador con aroma a flores, vi un pasillo a unos metros de la esquina del norte. En aquel momento buscaba un lugar tranquilo para tocar el violín por las tardes, así que me aventuré a ir después de visitar la habitación modelo, y así descubrí la azotea.

Subía a menudo a tocar el violín, el espacio abierto hacía que el sonido llegara más lejos y con mayor claridad. Toqué el violín en la orquesta del colegio y el instituto, pero desde que había entrado en la universidad sólo tocaba por entretenerme. Me

parecía una buena distracción de los estudios. Tocaba las mismas obras de siempre, así como *Los amantes mariposa*, un clásico chino del violín.

De algún modo, la azotea me recordaba al desván de casa de mis padres, que servía como lugar de almacenamiento. Me gustaba subir ahí de pequeña, a disfrutar de mis juguetes o fantasear sobre los cuentos de hadas que había leído. En aquella época mis padres aún vivían en una granja, adonde les habían enviado desde la ciudad de Nanchang para «reeducarlos» durante la Revolución Cultural: eran considerados intelectuales. Para cuando nací yo, la Revolución Cultural estaba en las últimas. Más tarde, mis padres me contaron que habían utilizado el desván para guardar los libros que no aprobaba el Partido, estaban escondidos con cuidado debajo de ropa vieja, mantas y muebles rotos. Desde el colegio había empezado a leer algunos, entre los que se encontraban *Clásico de la forma y la virtud*, la trilogía *Familia, Primavera, Otoño* de Ba Jin, y poemas de Byron y Shelley. No los entendía del todo, pero me resultaban fascinantes.

Se accedía al desván por una vieja escalera de madera. Pese a ser oscuro y estar repleto de objetos, era mi lugar favorito de la casa. Cuando mis padres no me vigilaban me llevaba una linterna y mis juguetes ahí arriba y era completamente feliz. Leía libros ilustrados infantiles, jugaba con mis juguetes, tarareaba las canciones rusas que mi madre me había enseñado. Cuando estaba cansada me echaba un sueñecito junto a mis juguetes y libros. Mis padres no volvieron a Nanchang hasta que tuve once años. La ciudad tenía una historia revolucionaria y un gran río llamado el Gan. Yo odiaba Nanchang, sobre todo sus casas lúgubres, las calles abarrotadas y la gente quejumbrosa. Incluso después de haber vivido allí unos años, aún soñaba con la granja de vez en cuando.

Aquella noche, la tercera vez que veía a Miao Yan, me llevé el violín en su funda de piel negra, subí la escalera hasta la octava planta de dos en dos y luego corrí por el largo pasillo estrecho que terminaba en la esquina norte del edificio. Un tramo de escalera, casi escondido, llevaba a la azotea. La barandilla temblaba y crujía cada vez que la agarraba. Después de once escalones, que había contado muchas veces, la escalera giraba noventa grados antes de seguir hacia arriba hasta una puerta de madera con la pintura descascarillada y un pomo tan oxidado que parecía cubierto de arena. Por lo general la puerta estaba cerrada. Sin embargo, aquel día estaba entornada, como un sobre a medio abrir.

Desde la esquina sur de la azotea veía la cantina de estudiantes, donde celebraban una fiesta. La cantina siempre se transformaba en una sala de baile los fines de semana, decorada con luces brillantes dentro y fuera. La música era *Rainy Days and Mondays* de The Carpenters, la ponían con frecuencia para los bailes lentos. A los estudiantes les gustaban sus canciones melódicas y emotivas. Delante de la cantina había una gran cola de gente que esperaba para entrar, en forma de una gran ese, hasta la calle principal. La ese cambiaba de forma continuamente, a veces se alargaba, otras se acortaba, en ocasiones cambiaba a una zeta.

Cuando empecé a tocar *Los amantes mariposa*, el reloj del campanario acababa de tocar las once. Aunque la había interpretado muchas veces, cada vez la sentía más conmovedora y potente. En cuanto el arco rozó las cuerdas, la trágica historia de amor de Liang Shanbo y Zhu Yingtai se apoderó de mí, los veía transformarse en mariposas tras su muerte. En el punto culminante, contuve la respiración y mis dedos saltaron con rapidez entre las cuerdas. Al bajar el arco, tuve que cerrar los ojos un momento para calmarme.

Como mis compañeras de habitación estaban jugando al póquer en nuestro cuarto, decidí quedarme en la azotea un rato más. Paseé hacia el otro extremo y miré abajo. Enfrente de la residencia había un muro de ladrillo y una fila de palmeras con escasas hojas, un poco más lejos estaba el edificio blanco de cinco plantas del departamento de historia y una gran zona sin pavimentar rodeada de algunas residencias con las luces encendidas para estudiantes de posgrado. Detrás de aquellas residencias distinguía vagamente la entrada principal de la universidad, majestuosa, solemne, de

aspecto anticuado, con el nombre de la universidad inscrito en una placa arriba de todo.

No la vi hasta que me di la vuelta. Allí estaba, sentada en un rincón, con las rodillas juntas y apretadas. Aquella noche una fina capa de nubes, de color negro y verde oscuro, se reunieron en la parte baja del cielo. El claro de luna brillaba en su cara rolliza. Parecía dormida. Tenía la cabeza apoyada en la pared, el pelo negro largo caía sobre el hombro izquierdo y se asentaba en el pecho. Llevaba unos oscuros pantalones acampanados, subidos para revelar sus largas pantorrillas delgadas. La blusa era de una seda casi transparente, con flores rojas como la palma de la mano sobre un fondo negro. Cuando soplabla brisa, revoloteaba en su cuerpo y las flores se agitaban arriba y abajo como el fuego en un mar negro.

No la reconocí enseguida, pero cuando me acercaba supe quién era. A unos pasos de distancia me detuve. Me preguntaba qué hacía ahí. Una chica como ella debería estar bailando en la cantina. Había conocido a otros visitantes de la azotea sólo una vez: tres chicas. Al verme, sonrieron, con una mirada de sorpresa en el rostro. Caminaron por la azotea con curiosidad, pero pronto se aburririeron y se marcharon. Oí que una de las chicas se quejaba de que la azotea estaba demasiado vacía y hacía frío. «No hay bancos, plantas ni flores, ni ninguna decoración», dijo.

Iba a pasar por delante de aquella chica. Estaba segura de que se habría ido para cuando hubiera rodeado la azotea. Justo entonces se despertó, o de algún modo sentí que no estaba durmiendo, sino que me había estado observando con los ojos entrecerrados.

—Bravo —dijo, al tiempo que aplaudía con lentitud y ritmo—. ¡Qué actuación! ¿Vives en esta residencia?

Asentí, luego dije:

—Te he visto antes.

—No me sorprende. Todo el mundo me conoce. —Me miró con más detenimiento, luego se rió—. Ya me acuerdo de ti. Tú me compraste diez bolsas de fideos instantáneos. Mi mejor venta aquel día, seguro que estaban bastante buenos. Era un buen negocio, pero ya no los vendo. Demasiada gente hacía las cuentas. —No parecía sentirse en absoluto culpable.

—¿Estás aquí sola? —Miré alrededor para ver si había alguien más oculto en la oscuridad.

—Lo estaba, pero ahora estás aquí conmigo. —Me hizo un guiño—. Esto es aburrido, ¿no? Está bien tener a alguien con quien hablar.

—Este lugar me va bien. Sólo vengo a tocar el violín.

—Te he oído tocar. Sonaba bastante bien. Es algo, sabes, poder tocar un instrumento. Siempre me admira la gente que sabe hacerlo. Se deben de tardar siglos en llegar a tu nivel. Nunca he tenido ese tipo de paciencia. Por cierto, ¿no tocas por dinero, verdad? Si es así, te puedo llevar a algunos bares buenos. Los conozco todos en la ciudad. Una buena manera de pagar tus clases. Pero, por supuesto, no tocarías piezas clásicas en un bar. Escucha —era obvio que captaba la impaciencia en mi silencio y se quedó mirándome—, quiero ayudarte porque me ha gustado cómo tocas y me compraste fideos. Normalmente no hago de hada madrina.

—Gracias, pero me dan becas para pagarme las clases —dije yo. Me encantaban sus elogios, pero me molestó la sugerencia de tocar en un bar.

—Una chica becada. —Asintió con sorna. Levantó la cabeza hacia atrás y se acarició la barbilla con la mano izquierda—. ¿Te importa charlar un rato? —preguntó.

No sonaba mal, y en cualquier caso no podría leer en mi ruidosa habitación en aquel momento.

—¿De qué quieres charlar? —pregunté.

—Primero siéntate, ¿quieres? Estás de pie como un soldado. ¿No estás cansada? A mí me dolerían las piernas enseguida si estuviera en esa postura. —Apartó el cuerpo de la pared y me indicó con un gesto que me sentara en el hueco que quedaba entre ella y el rincón.

Fruncí el ceño al ver aquel espacio reducido y el montón de colillas que tenía a los

pies.

—¿Qué tal ahora? —Se apartó un poco más del rincón y se echó a reír—. ¿De qué tienes miedo? No te voy a comer. Eres una chica, y yo también. Sólo pensaba que no te importaría darme calor. Ya sabes, tú llevas pantalones tejanos y un jersey. Yo sólo tengo... ¡achís! —Ya no pudo reprimir más el estornudo—. Maldito frío.

Me hizo gracia aquel estornudo escandaloso y su queja, y solté una carcajada.

Me senté donde me había sugerido. Pese a que fui con cuidado al sentarme, la rocé con el brazo izquierdo. Su cuerpo irradiaba calor, y un suave aroma agradable que parecía fundirse con su propio olor. Yo nunca usaba perfume y no tenía olfato para eso, pero el suyo evocaba una mezcla de miel y pétalos de rosa. A veces las chicas de mi clase se ponían perfume antes de ir a bailar, pero por lo general era demasiado fuerte y sofocante.

Parecía encantada con mi obediencia.

—Siempre estoy de buen humor los fines de semana. No hay clases, menos gente me molesta. En realidad nadie debería sentirse triste durante el fin de semana.

—¿Vienes aquí muy a menudo? —pregunté, en un intento de encontrar un tema del que hablar.

—Sí, bastante. Pero es la primera vez que vengo de noche. No es mal sitio para tomar el sol.

—¿Tomar el sol? —Advertí que su rostro lucía un moreno saludable.

—A veces vengo aquí a echar un sueñecito después de comer. Simplemente pongo una esterilla en el suelo y me duermo encima. Una vez asusté a un conserje. Pensaba que había agarrado una insolación. Me empujó, incluso me dio una bofetada para intentar despertarme. Tendrías que haberle visto la cara cuando me senté y le dije lo que estaba haciendo. Debió de pensar que estaba loca. Fue... eh... el verano pasado. ¿Y tú? ¿Vienes a menudo?

—Sólo vengo a tocar el violín por las noches.

Ella entrecerró los ojos.

—Eres todo un personaje. ¿No vas con tus amigas por ahí las noches del fin de semana?

—No tengo muchas amigas. Me gusta estar sola. —Me arrepentí al instante de haberlo dicho. Era ridículo revelar tanto de mí misma a una desconocida. No obstante, al mismo tiempo me sentía obligada a responder a sus preguntas y proseguir la conversación. Al fin y al cabo, estábamos solas en la azotea y sentadas juntas.

—¿Es cierto? A mí tampoco me gustan mucho las chicas. Son demasiado chismosas, ¿sabes? Siempre quieren meterse en tus asuntos. Y son retorcidas. Es imposible saber lo que les pasa por la cabeza. No me gusta tener que entenderlas —dijo, como si ella no fuera una chica. Entonces cambió de tema—. ¿De dónde eres?

—De la ciudad de Nanchang.

—Nunca la había oído. —Frunció el ceño y se le formaron arrugas entre las cejas.

—¿De verdad? —Ahora me tocaba a mí torcer el gesto—. Pero si es la capital de la provincia de Jiangxi.

—Ah, ahora lo sé, es un antiguo distrito revolucionario. ¿A la gente de ahí no les llaman Lao Biao de Jiangxi? —Se rió.

—No me llames «Lao Biao». Ya nadie utiliza ese término. —La miré con dureza, sin entender la broma. Debería de haber sabido que así se refería el presidente Mao a la gente del campo durante la era revolucionaria.

Aún se estaba riendo.

—De todos modos, es lo que sé de Jiangxi. No me acuerdo de quién me lo dijo. Siempre recuerdo cosas inútiles. ¿Entonces qué tiene de interesante Nanchang?

—Allí está la torre del pabellón de Teng Wang. Es una de las más famosas... —Vi que sacudía la cabeza, así que dije—: Wang Bo, el poeta de la dinastía Tang, escribió sobre ella en su poema más célebre: «Esencia de la tierra, obsequio precioso entregado por los dioses, sabios inspirados, encantador...»

—No leo poemas.

—Pero lo aprendíamos en el instituto.

—Yo no —dijo, con frialdad tanto en los ojos como en la voz—. Nadie me enseñó nada. —Agarró una colilla y empezó a desmenuzar el papel en trozos.

—¿Te criaste en Nanchang? —preguntó ella tras un breve silencio.

—En realidad no.

—¿Entonces dónde?

—En una pequeña granja. Mis padres se exiliaron durante la Revolución Cultural.

—¿Una granja? —Levantó las cejas y me miró con interés renovado—. ¿A qué se dedican tus padres ahora?

—Son profesores.

—No me extraña.

—¿El qué no te extraña?

—Nada. Pareces una buena niña. Eso es todo. Apuesto a que les escribes cartas todas las semanas. —Esbozó una sonrisita, luego de repente preguntó—: ¿Por qué no has ido a la fiesta?

—No sé bailar. ¿Por qué no has ido tú?

—Buen intento. Supongo que no tienes novio. —Me hizo un gesto significativo, como si dijera «A mí no me engañas, admítelo.»

—¡No es asunto tuyo! —repliqué. Su comentario jocoso me molestó más de lo que esperaba.

—Tienes carácter, ¿eh? De verdad, no me importa si tienes novio o no. No gano nada con saberlo. De todos modos, tarde o temprano tendrás uno.

—No me importa.

—Conozco muy bien a las chicas como tú. Siempre estáis soñando con un príncipe apuesto. Bueno, en este mundo no existen muchos príncipes, ya sabes. Aunque los hubiera, mejor que no te fíes de ellos. Si me lo preguntas, la debilidad fatal de una mujer es confiar en un hombre. —Me miró directamente a los ojos, con el semblante serio, como un profesor que sermonea a un alumno.

Me estaba cansando un poco de aquella conversación. Su discurso sobre hombres y mujeres no me interesaba. La noche se había vuelto más cerrada y ya no se oía música de la cantina. Estiré las piernas y respiré hondo, lista para irme. Si mis compañeras de habitación aún estaban jugando al póquer leería en el pasillo. Allí la luz era tenue, pero podía utilizar una linterna. Sólo me quedaban unos capítulos para terminar *El ruido y la furia* de Faulkner. Había leído sobre él en una revista, cuando lo saqué de la biblioteca estaba cubierto de polvo. Al principio me había costado seguir todas las escenas retrospectivas que narraba uno de los personajes, un idiota, pero pronto empezó a gustarme aquel estilo de monólogo interior que no había leído en la literatura china.

Parecía haber captado lo que me pasaba por la cabeza.

—Sé que has venido a tocar el violín. ¿No quieres saber por qué estoy aquí? —dijo. Sin esperar una respuesta, continuó—: Bueno, mi novio y yo acabamos de romper esta noche. No sé cómo he acabado aquí. Como te he dicho, normalmente no vengo aquí por la noche. —Empezó a jugar con un mechón de cabello que le colgaba en el hombro, con los dedos largos y finos.

— Me ha plantado.

—Lo siento —dije, vacilante, no parecía disgustada.

Me dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Has sido la primera en decirme eso.

En aquel momento me costaba despedirme de ella sin más. Decidí quedarme un poco más para hacerle compañía y no parecer demasiado antipática.

—En realidad no es para tanto. Hay hombres por todas partes, como el polvo. —Dejó de jugar con el pelo y pasó a darse palmaditas en el brazo, como si se sacudiera la manga—. Si quiero puedo conocer a otro chico mañana. También puedo conseguirte una cita.

Bostezó y sacó un paquete de tabaco del bolsillo derecho. En la caja blanca había impresa con una caligrafía elaborada la palabra «Salem». Yo no fumaba, pero sabía que esa marca americana era popular entre las chicas modernas. Abrió la tapa del

paquete con el pulgar, sacó un cigarrillo a sacudidas y se lo puso en la comisura de los labios. Tenía unos labios sensuales, un poco secos pero carnosos. Encendió el cigarrillo con un mechero transparente. La llamita del mechero iluminó el centro del rostro y formó un círculo brillante alrededor de la nariz y los labios. Dio una calada larga y profunda al cigarrillo, y, con él entre los dedos, lo retiró antes de abrir despacio la boca y expulsar una bocanada de humo. Al espirar, cerró los ojos, bajó los brazos a los lados y estiró las piernas hacia delante. Tenía cara de plena satisfacción.

—¿Por qué me miras así? ¿No has visto nunca fumar a una mujer? ¿No has fumado nunca?

—Por supuesto que sí.

—Entonces fuma conmigo.

—No quiero fumar esta noche. —Ahuyenté con la mano el humo que se dirigía hacia mí.

—¿Qué te da miedo, niña? Tu mamá y tu papá no están aquí. Déjame que te diga que fumar no es malo en absoluto. Infinidad de artistas dependen del tabaco para inspirarse. Hay muchas cosas en el mundo mucho más perjudiciales que el tabaco.

No me gustaba el tono, parecía querer menospreciarme.

—Métete en tus asuntos. Si te digo que no quiero, es que no quiero. —Me levanté—. De verdad me tengo que ir ahora.

—¡Vamos, no me vas a dejar así! Pensaba que estábamos manteniendo una buena conversación. ¡Mírate! ¡Tú mírate! No puedes ser más que una estudiante de segundo curso. Ensimismada, pretenciosa, correcta. Debes de estar especializada en literatura china.

—¡Mírate tú! Cínica, superficial, fumadora compulsiva. Debes de estar en el último curso. ¿Qué tal va la búsqueda de trabajo? No puede ser muy divertido.

Ella soltó una carcajada dando palmadas.

—¿Cómo sabes tantas cosas sobre mí? ¿Teníamos relación en vidas anteriores o qué? Por cierto, me llamo Miao Yan. No el «Yan» como en «colorido» o «golondrina», sino el «Yan» de «ganso salvaje». Tal vez la estudiante de mayor edad de la universidad. Empecé tarde el colegio, ¿sabes? ¿Y tú?

—Chen Ming. Chen como en «mañana» y Ming como en «brillante». Tengo diecisiete años. —Vacilante, tendí la mano para estrechar la suya.

—¿Diecisiete? ¡Es una edad maravillosa! Entonces debiste de empezar la escuela muy pronto. —Volvió a reír. Clara y desenfrenada, su risa resonaba y provocaba eco en la oscuridad. Jamás podría imaginarme mi risa tan desenfadada y viva como la suya.

Entonces se puso en pie de un salto. Era alta, por lo menos medía uno setenta y cinco.

—Hora de irse —dijo—. Gracias por la compañía. —Se fue con sus zapatos de tacón, mantuvo una distancia de unos quince centímetros entre los pies en movimiento y una línea recta todo el rato hasta la puerta. El sonido de los tacones contra el cemento de la azotea persistió en el aire incluso cuando ya había desaparecido.

Al volver de las clases matutinas al día siguiente, me sorprendió verla esperándome en el pasillo, fuera de mi habitación. Con unos pantalones tejanos y una chaqueta de punto blanco, las manos en los bolsillos traseros de los pantalones, parecía contenta.

—Acabo de leer tu poema en el periódico universitario —dijo—. «La infancia, un caparazón de serpiente seco, escalofríos en la hierba dorada». ¡Me ha encantado! ¡Dios mío, eres poetisa! Vamos a comer, yo invito.

—Eh... —No sabía qué decir.

—¿No somos amigas? ¿No nos dimos la mano anoche?

—Es que es demasiado pronto para comer. ¿No puedes esperar media hora?

—Por favor, por favor, por favor, tengo hambre —exclamó, como una niña pequeña.

Tuve que ceder, tenía algo a lo que no me podía resistir.

—¿No te vas a cambiar? Llevas la misma ropa que anoche. —Cruzó los brazos en el pecho al tiempo que me observaba—. Además, sabes, este año los tejanos deberían ser de talle bajo y acampanados, y los jerseys de cuello alto no están de moda. Eres

poetisa y violinista, ya sabes. Los artistas deberían vestir con elegancia.

—¿Qué más da? Todavía somos estudiantes.

—A mí me importa. Las chicas tienen que estar guapas. Da igual, vamos a comer.

La única calle desde el Cinco Oeste hasta la cantina estudiantil estaba encajada entre dos residencias masculinas donde vivían los chicos de segundo y tercer curso. Estaba a medio pavimentar, llena de bultos y baches. Cerca de la hora punta entre las doce y las doce y media, los estudiantes se apoyaban en las repisas de las ventanas de las habitaciones de su residencia para ver pasar a las chicas. Cuando veían una chica bonita o que llevaba ropa provocativa, silbaban, daban golpes en el escritorio o patadas contra el suelo. Yo sabía que a algunas chicas les gustaba ser observadas y les sonreían para animarles. Mi compañera de habitación Pingping era una de ellas. De hecho, volvía corriendo a nuestra residencia para maquillarse antes de ir a la cantina. Sin embargo, yo odiaba ser observada y creía que esos chicos debían de hacer comentarios sobre las chicas en términos poco agradables. Una vez oí que uno llamaba a una chica «una cerda gorda».

Cuando pasaba por esa calle, siempre miraba enfrente y fingía ser sorda a los ruidos. Deseaba poder convertirme en un superhéroe y recorrer toda la distancia de la cantina al Cinco Oeste en un paso gigante. A menos que fuera imprescindible, por lo general no iba a la cantina hasta después de la una, cuando había menos gente en la calle y los chicos habían dejado de mirar.

Aquel día no tenía otra opción. Miao Yan me agarró del brazo y me llevó hacia la cantina.

—¡Hola, Yan! ¿Cómo estás? —En cuanto aparecimos en la calle, se oyó un grito desde una de las ventanas a la derecha, seguido de una sonora carcajada de ambas residencias.

—¿Conoces a esa gente? —Apreté el paso.

—Por supuesto que no. Pero saben cómo me llamo. —Sonaba orgullosa, luego me tiró del brazo—. ¡Ve más despacio! ¿Es que llegamos tarde a un vuelo o algo así? No puedo caminar rápido con estos tacones.

—No me gustan.

—¿Quién?

—Ellos. —Señalé con la barbilla una de las residencias.

—Sólo son inmaduros. A todos los chicos les gustan las chicas.

—Es repugnante.

—Son las hormonas. Aún no son verdaderos hombres. Tal vez no tengan novia, por eso les interesan tanto las chicas. No le veo nada malo. ¿No te gustan sus atenciones?

—No.

—Bah, eres una arrogante. Nunca he visto una chica como tú.

—Actúan como si estuvieran eligiendo la carne en un supermercado.

Me miró.

—Ahora sé por qué no vas a bailar a la cantina.

—¿Por qué?

—¡No quieres ser un pedazo de carne! —Se rió.

—Lo que tú digas.

—Pero no tienes que ser así. Puedes hacer que ellos sean la carne. Cuando voy a bailar, nunca espero a que me inviten ellos. Si veo un chico guapo, me acerco y le pido que baile conmigo.

Otro grito desde una de las residencias.

—Eh, mi niña, caminas de frente con ímpetu. —Era una frase de una película conocida. Le siguieron otras voces, con más risas, «con ímpetu, con ímpetu».

Fruncí el ceño y caminé más rápido.

—Si quieres les digo que paren. —Miao Yan volvió a tirar de mi brazo.

—No pararán. Lo hacen todos los días —repliqué yo.

—Pararán. Por lo menos un rato —insistió ella. Antes de saber qué iba a hacer, se llevó las manos a la boca y gritó con todas sus fuerzas a la residencia de la derecha—.

¡Silencio! ¡Mi amiga odia esto!

De pronto se hizo un silencio sepulcral. No se oyó más ruido de ninguna residencia y todo el mundo en la calle se paró a mirarnos a Miao Yan y a mí. Me sentí como si cayera en el vacío.

—¿Qué haces? —murmuré—. ¡Estás loca!

—Me has dicho que lo haga —dijo ella, con los mofletes inflados de contener la risa. Corrió hacia la cantina, a pesar de los tacones, y me arrastró con ella.

Detrás, una enorme carcajada estalló como petardos.



La universidad estaba junto al río de las Perlas: un campus grande, separado del exterior por un muro alto de ladrillo. La entrada principal daba a una larga calle ancha con palmeras altas. Entre los árboles, las flores crecían durante todo el año. Al final de la calle se encontraba uno de los edificios más antiguos de la universidad. Tenía un tejado de baldosas verdes de varios niveles, paredes de ladrillo y una puerta doble tachonada de cobre. Se utilizaba como auditorio, donde se celebraban las ceremonias de ingreso y graduación. Este tipo de edificios antiguos se veían por todas partes en el campus, algunos ocultos entre árboles exuberantes. La mayoría eran despachos, como el que ocupaba la oficina de admisiones detrás del campanario. Al llegar por primera vez, llevaba un mapa del campus para reconocer los edificios históricos. Tardé casi un día entero en verlos todos.

El núcleo de la universidad era un pabellón rodeado de césped. Un sendero de baldosas lo dividía por la mitad en el pabellón. La hierba se extendía durante por lo menos cincuenta metros a cada lado del sendero, conectado con un estanque en la parte del norte, donde crecían sauces llorones junto a la orilla de piedras grises. Tras la puesta de sol, si hacía buen tiempo, el césped se llenaba de estudiantes. Una vez fue votado como el lugar más bonito del campus. La biblioteca central y la mayoría de edificios de departamentos y clases estaban situados alrededor del césped. Entre la biblioteca y la sección de matemáticas había un largo tablón de anuncios de madera que se utilizaba para exponer los periódicos del día y las noticias sobre acontecimientos universitarios. Los días normales había escasos lectores, pero cuando se producían grandes noticias o un evento popular, allí se reunía una multitud.

La mayoría de estudiantes universitarios vivían en la parte del este del campus. Cerca había pistas de tenis, de baloncesto y un estadio enorme. Donado por un antiguo alumno rico, el estadio incluía un gimnasio de techo alto y una pista de atletismo. Dentro de la pista ovalada había un campo de fútbol, donde siempre se jugaban partidos. Alrededor de las cuatro y media todas las tardes de la semana un altavoz dentro del campo emitía música de ejercicios durante diez minutos, incluso cuando llovía y no había nadie.

Los edificios más destartados del campus eran residencias de estudiantes. La mayoría eran blancos, rectangulares, contruidos con bloques de cemento. En cada planta había largos pasadizos externos que iban de un extremo a otro sin nada en el medio. Todas las habitaciones eran idénticas, un espacio abierto cuadrado con una puerta doble y una ventana. Las molduras de la puerta y la ventana eran marrones y parecía que no las habían pintado en años. En el medio de cada planta había un lavabo con ocho piletas y un baño sólo con agua fría, así que los estudiantes *tenían* que ir a la casa *de* baños pública de al lado de la cantina para darse una ducha de agua caliente. Los retretes eran de los que había que agacharse, y faltaban algunas puertas. Aquellas residencias no tenían nada interesante, ni mucho menos romántico. Se decía que estaban contruidas al estilo de los alojamientos rusos para obreros siderúrgicos de los cincuenta. Probablemente era una broma, pero yo no tenía ganas de investigar más.

El Cinco Oeste era uno de esos edificios. No fue totalmente femenino hasta 1989, dos años antes de que yo llegara a la universidad. A partir de entonces a los estudiantes chicos ya no se les permitía entrar en la residencia, y un muro alto de ladrillo rodeaba

todo el edificio. Sólo se podía acceder por una puerta de hierro con una sala de servicios adyacente. Dos mujeres de sesenta y tantos, las dos llamadas Dama, que significa «vieja tía», se encargaban por turnos de la sala de servicios y el único teléfono del edificio. Éste estaba conectado a un altavoz instalado justo encima del marco de la puerta de todas las habitaciones de la residencia. Si alguien preguntaba por una de las chicas, la Dama que estuviera de servicio marcaba el número de su habitación y le daba el mensaje.

Cada día después de cenar una multitud de chicos esperaba fuera de la sala de servicios y mantenían ocupada a la Dama marcando números de habitación y pasando mensajes. Las chicas a las que llamaban se encontraban allí con sus novios y desaparecían con ellos por detrás del muro de ladrillo. Más tarde, minutos antes de que se cerrara la puerta a las once todas las noches, se congregaba otra multitud. Tras despedirse de sus acompañantes masculinos, las chicas volvían a la residencia. La muchedumbre alcanzaba su punto álgido las noches del viernes y el sábado, cuando la cola se extendía más allá de la puerta de hierro. Algunos chicos llevaban ramos de flores, animales de peluche o cajitas de regalo. La voz de Dama se volvía ronca e impaciente, gritaba números de habitaciones y nombres de chicas en una sarta infinita. El Cinco Oeste se transformaba en un enorme vestidor, con chicas emperifolladas que bajaban la escalera contoneándose, el aire impregnado de una cargante mezcla de perfume, lociones y esmalte de uñas.

Al principio me impresionaba la larga fila en la entrada. Hasta pasados unos meses no me volví indiferente a lo que ocurría alrededor de la sala de servicios. De hecho, su existencia me hacía ser más consciente de que estaba dentro de la universidad, no un instituto donde lo único que hacían los alumnos era estudiar. Al fin y al cabo, aquel gentío no tenía nada que ver conmigo, yo les había prometido a mis padres que me centraría en mi trabajo y no acudiría a una cita hasta después de licenciarme. Aunque no hubiera hecho esa promesa, de todos modos no habría querido hacerlo, sencillamente no me imaginaba saliendo con ninguno de los chicos de la fila. Como nunca había tenido una cita, veía el amor como algo sagrado, casi religioso, como un monumento. Leía sobre ese tipo de amor en los libros, como el amor de Catherine y Heathcliff en *Cumbres borrascosas*, que me había hecho temblar de admiración y sobrecogimiento. En comparación con aquel amor apasionado, todo lo que veía alrededor del Cinco Oeste me parecía ingenuo y sin sentido.

En cuanto a la vida universitaria, estaba satisfecha con mi mundo de libros, mi violín, y lo que me parecía una gran libertad comparado con el horario rígido y los interminables deberes del instituto.

Compartía la habitación 301 con tres compañeras: Pingping, Donghua y Yishu. El cuarto, de unos ocho metros cuadrados, tenía muebles muy desvencijados: escritorios con dos cajones, sillas de madera y literas. No había armarios, estanterías ni espejo de pared, ni siquiera un toallero. El único espacio de almacenamiento consistía en seis agujeros cuadrados, cada uno de un metro de profundidad por uno de alto, en las paredes junto a la puerta. Cada una teníamos nuestro agujero para guardar las maletas y otras pertenencias.

Detrás de la puerta estaba colgado el boletín universitario, sujeto por cuatro chinchetas oxidadas. La frase «Los estudiantes universitarios cargan con la misión histórica de construir una China socialista moderna» aparecía marcada con rotulador y subrayada. Al lado había un esbozo en tinta de una chica dormida sobre la mesa, probablemente obra de una de las anteriores ocupantes de la habitación.

Nuestro dormitorio era de una sobriedad absurda comparado con los que ocupaban otras chicas de la clase, donde las paredes estaban cubiertas de pósters o fotos de revistas de actores y cantantes. Una chica tenía por lo menos veinte fotos de Paul Newman en la pared de la cama. Otra había colocado junto al escritorio una imagen de cartón tamaño natural de Leslie Chuang, un cantante de Hong Kong. Cada pocos días se iniciaba una discusión entre los seguidores de diferentes estrellas. Los animales de peluche también eran populares. Era un poco extraño ver el *Libro de las*

odas junto a un conejo rosa, o un oso blanco a horcajadas de *Hamlet* o de *Trescientos poemas Tang*. Algunas chicas decían que no lograban conciliar el sueño sin tener a sus animales favoritos al lado.

Aunque nuestra habitación me recordaba a una barraca militar, me entusiasmaba mi nueva vida en la universidad. Lo primero que hice al llegar fue conseguir una librería alta para guardar mis colecciones. En el dormitorio había dos literas, una cerca de la ventana y otra al lado de la puerta. Mis compañeras y yo decidimos dónde dormiríamos por sorteo. Yo dormía al lado de la puerta, encima de Yishu, que era la única nacida en Guangzhou de nuestro cuarto. Apenas dormía allí, casi todas las noches iba al centro a casa de sus padres. Cuando se quedaba se acostaba pronto, incluso antes del toque de queda. Para cuando yo me levantaba por la mañana ella estaba sentada en su escritorio leyendo, con la almohada forrada de seda encima de la mosquitera y la manta, dobladas con cuidado. De vez en cuando chicas de otras habitaciones visitaban la nuestra sólo para ver la cama de Yishu. Aunque se reían de su orden porque hasta los zapatos estaban ordenados por colores y tipos, hacían una fotografía de su cama y se la enviaban a sus padres fingiendo que era la suya. Las chicas que no querían mentir a sus padres hacían dos fotografías: una de su cama, la otra de la suya. Cualquier cama parecería limpia comparada con la de Donghua. Las chicas teníamos una frase recurrente: «Tenemos suerte de tener a Donghua.»

Donghua era de un pueblecito de la provincia de Sichuan. Tenía la piel oscura de trabajar al aire libre desde muy joven. Al principio se sonrojaba con frecuencia, incluso al hablar conmigo. Nunca habría pensado, de no haber vivido con ella, que una chica tímida pudiera ser tan descuidada. Su rincón era como un vertedero: la taza del té y la caja de la comida en el suelo, la ropa amontonada en la cama, los libros dentro del lavamanos. Una vez vi tres zapatos cubiertos de lodo encima de su escritorio. Como Donghua nunca lavaba su mosquitera, se estaba volviendo gris. No me habría sorprendido que la red hubiera ennegrecido cuando nos licenciábamos. Pingping incluso predijo que para entonces se habría «desintegrado, convertida en polvo».

Luego estaba el pelo. De apenas metro y medio de altura, tenía el cabello grueso y largo hasta la cintura, para ella era un signo de longevidad. «Mi bisabuela tenía el pelo hasta los muslos, y vivió más de cien años», me dijo una vez. Se peinaba mientras caminaba por la habitación hasta que Pingping y yo protestamos... ¡porque habíamos encontrado pelo suyo en nuestros termos!

Todos los meses, el día antes de que la asociación de estudiantes de nuestro departamento fuera a inspeccionar el estado de las habitaciones de la residencia, Pingping y yo teníamos que ayudar a Donghua a esconder sus cosas en cualquier sitio imaginable. También quemábamos incienso para tapar el olor de sus calcetines, que llevaba durante días sin cambiarse. Sin embargo, en cuanto se iban los inspectores volvía al desorden. «Mejoraré, ¿de acuerdo?»», decía, con franqueza, cuando Pingping y yo nos quejábamos. Pero a menudo se limitaba a cambiar las cosas de sitio, y seguían estando en el lugar equivocado. Pasado un tiempo, Pingping y yo tuvimos que desistir, decidimos que aquel era el precio que teníamos que pagar por vivir en una residencia.

Otro de los aspectos increíbles de Donghua era cómo tejía. Tenía tal habilidad que apenas percibía el movimiento de los dedos. Una vez le pregunté para quién tejía.

—Para mi padre, mi madre, hermanos, hermanas, tíos, tías... —Esbozó una sonrisa tímida—. Demasiada gente.

—¿Todos necesitan jerseys?

Ella asintió muy seria.

—Trabajan todo el año y no tienen tiempo para tejer. Además, es caro comprar un jersey. Mis hermanas visten los que llevaba yo cuando iba al colegio. Aunque esté lejos de mi familia, quiero ser útil.

Tenía un hermano mayor y cuatro hermanas pequeñas. Era la primera vez que conocía a alguien de mi edad con tantos hermanos. Seguramente sus padres querían tener más chicos. Era un milagro que hubieran evitado la política de control de natalidad del Gobierno.

En nuestra habitación habría reinado un silencio incómodo de no ser por Pingping. Cuando se iba, el aire parecía vibrar. Si hablaba en nuestra habitación, la oías desde la primera planta. Su apodo era Pimientita. Era de Harbin, una ciudad en el rincón noreste de China, a dos días en tren de Guangzhou. «Cuando estaba enviando solicitudes para la universidad, les dije a mis padres que quería ir a un sitio donde no hubiera nieve y pudiera comer verdura durante todo el año. Y aquí estoy.» Así se presentó cuando nos conocimos. Hablaba con la lengua enrollada para que sonara la erre, lo que se denominaba mandarín estándar, y a menudo nos corregía la pronunciación a mí y a Donghua. «Pronuncias igual la hache y la efe y la ese hache y la ese», me decía. «En cuanto a ti —y se volvía hacia Donghua— estás condenada al fracaso. Tu lengua parece un pez muerto.»

A Pingping le gustaba comer tentempiés. Tenía algunas latas para guardar cosas de picar como semillas de melón, cacahuetes tostados, rollitos de huevo, chocalinas o galletas. Incluso después de acostarse no podía evitar estirar una mano desde dentro de la mosquitera para meterla en alguna de las latas. Por extraño que parezca, cuanto más comía, más adelgazaba. A finales de nuestro primer semestre me recordaba a un niño malnutrido. Al principio sospechaba que tomaba medicamentos para obligarse a vomitar después de comer, algunas chicas lo hacían para mantenerse flacas. Más tarde descubrí que en realidad quería ganar peso. «Mis abuelos y mis padres están muy delgados». Suspiraba. No cambió sus hábitos alimenticios ni siquiera cuando una rata le mordió en la nariz por haberse quedado dormida con media galleta en la boca. Sí, había ratas. La segunda semana en el Cinco Oeste vi una del tamaño de un gatito en el pasillo. No se fue enseguida, sino que se quedó mirándome un momento y me enseñó los dientes, luego se dio la vuelta y se fue corriendo por el canalón. En todas las residencias había ratas, y no les asustaba la gente. Desaparecían durante las vacaciones y volvían en cuanto empezaba el nuevo semestre. En el Cinco Oeste se veían ratas con frecuencia en el lavabo de cada planta, donde había un balde de plástico destapado para poner restos de comida. Aunque la mayoría de chicas de mi clase estaban flacas, querían adelgazar más. El cubo de nuestra planta no tardaba ni un día en llenarse. Donghua suspiraba cada vez que lo veía. «¡Qué desperdicio! Ojalá los cerdos de casa pudieran disfrutar de esa comida.» Por la noche, a menudo se oían gritos de «¡Una rata! ¡Una rata!» desde el lavabo. De vez en cuando la universidad enviaba a alguien para que envenenara o pusiera trampas a las ratas en el Cinco Oeste, pero ningún esfuerzo por eliminarlas parecía dar resultado.

Tal vez porque Yishu y yo preferíamos estar solas, Pingping y Donghua enseguida se hicieron mejores amigas y siempre se las veía juntas, fueran a clase o a ver una película. A veces incluso se esperaban para ir al lavabo. Aunque la mayor parte del tiempo yo estaba en mi mundo, observaba a mis compañeras y lo que sucedía en la residencia con curiosidad, hacían mi vida más interesante. Me asombraba ver lo distintas que eran las personas entre sí.

Cuando pienso en mí misma a los diecisiete años veo: pelo corto hasta los lóbulos de las orejas con flequillo por encima de las cejas, la cara redonda con la mandíbula curva, la frente alta y una mirada pensativa con los ojos a menudo ligeramente entrecerrados. Siempre llevaba la bolsa a rebosar, y a veces tenía que llevar libros en los brazos. Cuando no tenía prisa, me gustaba caminar y saber exactamente cuánto tiempo tardaba en llegar a determinados destinos: dieciocho minutos desde el Cinco Oeste hasta la biblioteca central, siete minutos desde la biblioteca central al edificio del departamento de lengua y literatura china, veintidós minutos desde el Cinco Oeste hasta el aula número diez, donde normalmente tenía las clases. Caminaba rápido, miraba con frecuencia al cielo o al suelo con una expresión ensimismada en el rostro. En realidad no veía nada, soñaba con mi futuro. Tenía grabada en la cabeza la pregunta de qué sería de mí. Por muy orgullosa que me sintiera de mí misma por ser estudiante universitaria, me inquietaba el futuro incierto.

Había intentado hacer amigas al llegar a la universidad. Veía películas o exploraba la ciudad con compañeras de clase todos los fines de semana. La mayoría habíamos

dejado a nuestros padres por primera vez en la vida para vivir en una ciudad lejos de casa. Aunque en Guangzhou, la capital de la provincia de Guangdong, había la misma contaminación y bullicio que en nuestros lugares de origen, era una metrópoli deslumbrante con rascacielos elevados, autobuses con aire acondicionado y centros comerciales con una decoración imponente que vendían marcas de las que jamás había oído hablar. Al ser la provincia más rica y liberal de China, Guangdong era uno de los lugares más atractivos para vivir para los chinos. Un dicho popular rezaba: «Este, Oeste, Sur, Norte, y en el medio, vayas donde vayas, el dinero está en Guangdong». Guangzhou, su capital, por supuesto, era aún más tentadora. En mi ciudad natal los comercios cerraban por lo general a las ocho, y allí en cambio la vida nocturna se prolongaba hasta el amanecer. Una vez fui con mis compañeras de clase a la feria nocturna en la calle peatonal Shangxiajiu, en el centro, y vi miles de puestos ambulantes donde vendían de todo, desde ropa, accesorios y artesanía hasta electrónica y flores. A veces, si queríamos estar al aire libre, subíamos a la montaña de la Nube Blanca o remábamos una barca en parque del lago de la Flor Flotante. ¡Cómo nos entusiasmaba nuestra recién adquirida libertad!

Sin embargo, mis esfuerzos por hacer amigas no duraron mucho. Enseguida me di cuenta de que no podía ser íntima de ninguna de mis compañeras de clase. Muchas pasaban el tiempo libre jugando al póquer, de compras por el centro o en un trabajo de media jornada para ganar dinero. Al parecer ingresar en una universidad de prestigio era el objetivo fundamental después de estudiar duro durante doce años. A partir de entonces, para ellas era momento de fiesta. Era de dominio público que una vez entrabas en la universidad no había problemas para obtener un diploma.

En cuanto a las compañeras de clase que estudiaban mucho, sobre todo leían lo que nuestros profesores nos mandaban y no tenían ganas de ir más allá. Yo había leído la mayor parte de los textos prescritos antes de ir a la universidad, gracias a la colección de libros de mi padre, así que durante el tiempo que me quedaba podía investigar en la literatura extranjera que me interesaba desde el colegio. Recuerdo estar tan absorta con *Cien años de soledad* de García Márquez que me saltaba las comidas. Siempre que descubría un buen libro, me emocionaba durante días.

A medida que mi lista de lecturas se extendía empecé a pasar cada vez menos tiempo con mis compañeras de clase. Como todas procedíamos de provincias distintas y no sabíamos nada del pasado de las demás, en cierto modo estaba bien guardar un poco las distancias. En cualquier caso, como tocaba música y había publicado algunos poemas en el periódico universitario, me gané la fama de ser una de las estudiantes más inteligentes de la clase, y eso ayudaba a justificar mi actitud distante.



Cuando hablaba con Miao Yan de las chicas de mi clase, ella contestaba con un bufido. «Un atajo de niñas», decía. Para entonces había descubierto algunos aspectos básicos de ella: vivía en la octava planta y estudiaba tercer curso de biblioteconomía. Lo más interesante era que provenía de los miao, una minoría principalmente del suroeste de China.

Sin embargo, no parecía interesarle hablar de sus orígenes.

—Toda la gente de mi ciudad ha sido asimilada por vosotros, el pueblo han —dijo, con la cara inexpresiva—. Llevamos ropa han, comemos comida han, vamos a colegios han, hablamos vuestro mandarín. —Sin embargo, en algún momento me dijo que su apellido original no era miao, su padre se lo cambió cuando fue a la escuela primaria para que recordara a sus ancestros.

Tampoco le gustaba hablar de su ciudad natal. Era de Yunnan, una provincia de la frontera occidental famosa por su industria tabaquera y textil.

—Me gusta mucho más Guangzhou —decía—. Y mi ciudad favorita es Shenzhen.

—¿Cómo es Shenzhen? —pregunté. Sabía que era la primera zona económica especial en China y que estaba justo al lado de Hong Kong, pero nunca había estado.

—Es como Manhattan en Estados Unidos —dijo, cortante, como si todo el mundo tuviera que saber cómo era Manhattan.

El primer mes después de conocerla pasó como una lluvia fugaz de verano. Me visitaba cada pocos días, cenábamos juntas, íbamos a pasear, teníamos largas conversaciones durante las cuales por lo general yo era la oyente. Ella conocía todos los caminitos del campus, y a menudo me llevaba a lugares en los que nunca había estado. También parecía saberlo todo sobre Guangzhou. Habían abierto dos discotecas en la calle Beijing, se iba a construir un rascacielos de ochenta plantas en el distrito de Tianhe, se habían producido dos robos cerca de la estación de tren, un grupo de rock británico iba a llegar en unos días... siempre estaba al tanto de lo que pasaba.

Una vez me llevó al mercado de Qingping cerca de la isla de Shamian, en la parte antigua de Guangzhou, para demostrarme que los Cantonesees pueden comer casi de todo. Mientras yo torcía el gesto al ver los puestos que vendían zarpas de oso secas, conejillos de Indias, tortugas vivas, serpientes y armadillos, ella estiró la mano para agarrar un escorpión vivo con palillos y pedir al vendedor que lo friera ahí mismo. El animal se resistió con fuerza cuando aterrizó en el wok que hervía.

—¡Puaj! —Aparté la mirada de aquel espectáculo tan burdo.

—Eso no es nada. —Adoptó un aire de suficiencia al tragarse el escorpión cocinado—. Una vez los comí crudos. Los ahogué en un alcohol fuerte y me los comí. Son nutritivos y buenos para la piel.

—¿Pero los escorpiones no son venenosos?

Ella soltó una carcajada.

—¿No sabes que yo soy más venenosa que los escorpiones?

Al principio salía con ella sólo por no saber decir que no. Imaginaba que debía de sentirse sola tras la ruptura con su novio y que necesitaba alguien con quien hablar. En cuanto lo superara, no me visitaría más. Pero al parecer le gustaba estar conmigo. De hecho, el fin de su relación con su novio no parecía molestarla en absoluto.

Pronto me vi sentada en mi habitación esperándola con impaciencia. Me preguntaba adonde me llevaría aquella vez, y estaba ansiosa por saber todas las novedades de Guangzhou. Para mi sorpresa, me sentía mucho más feliz desde que conocía a Miao Yan. Era más comunicativa en la residencia y tarareaba canciones durante la comida. Incluso Pingping notó el cambio. «¿Es que has recibido una carta de amor o algo así?», me preguntó más de una vez.

Siempre que caminábamos juntas Miao Yan me agarraba fuerte del brazo y apoyaba la cabeza en mi hombro. Lo hacía sin pretensión alguna, y al parecer disfrutaba de la intimidad que existía entre nosotras. No era extraño que las chicas caminaran de la mano o incluso que se agarraran de la cintura como muestra de amistad, pero al ser hija única yo nunca me había sentido tan cercana a otra chica. Aquella intimidad me daba miedo y me entusiasmaba en igual medida. Cuanto más trataba de apartarla de mí, más se acercaba ella y se reía de mis reservas.

—¿De qué tienes miedo? No te voy a comer. Eres una chica, y yo también —decía.

Recuerdo los primeros días que se me acercó, el fuerte aroma de su perfume me aceleraba el corazón. La respiración suave siempre me ponía las piernas rígidas. Juntas debíamos de ofrecer un verdadero contraste: yo rígida, sonrojada, con la mirada baja; ella contoneaba el cuerpo, con una sonrisa amplia, coqueta. Sin embargo, en menos de un mes me sentí cómoda con esa confianza, incluso se me ocurrió que así debían de comportarse las chicas en una amistad estrecha: Pingping y Donghua siempre iban de la mano al caminar, y las chicas de mi clase a veces compartían cama cuando tenían visita.

No obstante, nunca me gustó que coqueteara con chicos. Me sorprendía diciendo: «No seas tan superficial.» A veces, si un grupo de chicos pasaba por al lado, ella se reía en voz alta sin motivo alguno, hasta les lanzaba miradas seductoras. Me daba un codazo en el costado y reía aún más fuerte cuando los chicos se volvían para mirarnos. Una vez, un joven en bici se chocó contra un gran árbol por no poder apartar la vista de nosotras. En otra ocasión, un estudiante con gafas y cara de niño nos siguió durante

más de media hora e insistió en pasear con nosotras. No se fue hasta que no amenazamos con informar al departamento de seguridad.

Miao Yan decía que me miraban a mí.

—No intentes engañarme —decía yo.

—En realidad eres atractiva —dijo—, como una margarita blanca. —Al decirlo se paró para mirarme, luego sacó un espejo redondo del bolsillo de los pantalones y se estudió en él—. Seríamos gemelas si tuvieras la cara un poco más delgada, los ojos un poco más grandes y la nariz un poco más alta.

—Si pudiéramos ser gemelas, podríamos serlo con cualquier otra chica del mundo.

—Me reí—. Podrías decir lo mismo hasta de una chica de color: si tuvieras la piel un poco más clara, los labios un poco más finos y el pelo un poco más liso...

Se volvió a guardar el espejo en el bolsillo y se encogió de hombros.

—No sabes cómo serás en el futuro, pero yo sé cómo era antes.



Un jueves por la noche después de cenar me senté en el escritorio para escribir a mis padres. Como un ritual, todos los miércoles o jueves recibía una carta de ellos, y todos los jueves por la noche les escribía. Sus cartas eran casi una fórmula: primero decían que estaban bien y me contaban cosas de su vida cotidiana, luego preguntaban por el tiempo y el coste de la vida en Guangzhou, luego mi vida universitaria y qué libros y autores había leído. Al final, resaltaban la importancia de centrarse en los estudios. Por lo general mi madre escribía la primera mitad de la carta y mi padre la segunda. En pocas ocasiones mi padre me advertía que no me distrajera con «ideologías malsanas entre los estudiantes universitarios», que incluían fumar, beber alcohol y salir con chicos.

Sus cartas me aburrían. A veces, cuando mi padre escribía demasiado «no hagas esto o aquello», me enfadaba y quería rebelarme sólo porque sí. No era una niña y deberían haber confiado en mí. Jamás les había decepcionado. Desde la escuela de primaria era la mejor estudiante de la clase. Cuando salían las notas de los exámenes finales al terminar el curso, llevaba a casa un premio, un trofeo o alguna beca. «Su hija será catedrática, una erudita», les decían todos los profesores del colegio. Aunque mis padres siempre contestaban con modestia, sabía que estaban orgullosos de mí. Siempre que hablaban conmigo, sólo me preguntaban por las clases, nada más.

A veces sentía que el éxito no tenía que ver sólo conmigo, se trataba de cumplir sus sueños no realizados, sobre todo de mi padre. Una vez mi madre me dijo que cuando conoció a mi padre estaba a punto de publicar dos libros sobre literatura china antigua. A mediados de los sesenta, al empezar la Revolución Cultural, los negocios de libros fueron anulados y mi padre fue condenado por su investigación «feudalista» y confinado a la granja. Durante unos años vivió con cerdos y patos. En aquella época, sólo escribía conferencias para estudiantes. Una vez oí que le contaba a mi madre que había perdido la pasión por la escritura académica.

En cuanto a mi madre, era bióloga antes de ser enviada a la granja. Tras la Revolución Cultural, cuando a mi padre le ofrecieron un puesto de profesor en Nanchang con la condición de que mi madre también diera clases en el mismo colegio, renunció a su amada biología y se hizo profesora de matemáticas.

Mientras les escribía aquel jueves concreto, Pingping y Donghua estaban colgando la colada en el tendedero del pasillo. Las bragas floreadas largas de Donghua se balanceaban en las perchas al lado de las bragas de Pingping en forma de bikini.

—¿Tu madre te ha hecho esas bragas? —preguntó Pingping.

—Las he hecho yo.

—Será mejor que las tires antes de que lo haga yo.

—No puedo ponerme las bragas pequeñas que lleváis la gente de la ciudad. Me duele.

—Sólo tienes que acostumbrarte.

—Me gustan más las mías que las vuestras. De todos modos no las ve nadie.

—¡Mira ese chico! Allí, el que lleva un ramo de rosas. Me encantan las rosas. —Era la voz aguda y chillona de Pingping.

—Deben de haberle costado una fortuna. ¿Una rosa no cuesta cinco yuanes? Eso son dos comidas.

—¡Mira! ¿Ves el chico alto que está hablando con Dama ahora mismo? ¿Verdad que es guapo? Me gustan los chicos con los hombros anchos y las piernas musculosas.

—¿Por qué no bajas a hablar con él? Si miras con más atención, se te van a caer los ojos.

—Ningún chico de nuestra clase tiene esos músculos. Por suerte sólo son diez. Probablemente piensan que son bastante atractivos. El otro día, Qi Wen me pidió que fuéramos a ver una película o algo. ¿Quién quiere salir con él? Mira esa cara pecosa y las piernas arqueadas. Tiene los brazos aún más delgados que los míos.

—Sólo los chicos tristes estudian literatura. Nunca hacen ejercicio.

—¡Mirad esa chica! Debe de ser su novia. ¿No creéis que hace demasiado frío para llevar esa minifalda?

—No creo que sea de primero. —Donghua dudó—. Si yo me vistiera así mis padres no me dejarían entrar en su casa. Me matarían si tuviera una cita, decían que sacarían malas notas si salía con chicos. Tuvieron que vender algunos cerdos para pagar mis clases. Soy la única de mi pueblo que ha ido a la universidad.

—No lo saben, están demasiado lejos —soltó Pingping, desdeñosa.

Me puse los auriculares y encendí la música. «Queridos papá y mamá», escribí, pero no pude continuar, no había leído mucho durante las últimas semanas desde que conocía a Miao Yan. A veces me sorprendía y desconcertaba un poco lo rápido que me había visto inmersa en su amistad. Aunque no quería ser como ella, su descaro, rebeldía e insensatez me resultaban atractivos. Era muy diferente de mí, al resto de mis conocidos, como una rara especie de otro planeta. Cuanto más estaba con Miao Yan, más quería saber de ella. Tal vez debería haberles hablado de ella a mis padres. Pero entonces me habrían hecho muchas preguntas, de dónde era, a qué se dedicaban sus padres, qué hacíamos cuando estábamos juntas. Casi con toda certeza, me habrían preguntado qué quería ser después de licenciarse, y no conocía esa respuesta.

Me levanté y me puse a caminar. Encima del escritorio de Yishu había un ramito de claveles en un florero; aunque normalmente no se quedaba a pasar la noche, venía por lo menos una vez a la semana a poner flores en el jarrón. Olí los claveles antes de volver a acomodarme en la mesa. No, no les iba a mencionar a Miao Yan. La mantendría en secreto, aunque sólo fuera por desmentir la ilusión de mis padres de que yo era una chica perfecta. «He leído a Lu Xun», escribí, como siempre.

Mi padre decía a menudo que uno nunca podía decir que conocía bien a Lu Xun porque su escritura era tan profunda y esquiva que resultaba difícil de interpretar. Sobre todo le gustaban sus ensayos y relatos, que ocupaban dos estantes enteros de la librería más grande. Aunque normalmente no escribía notas en un libro, tenía una caja de libretas, llenaba las páginas de los libros de Lu Xun de subrayados y notas.

Una vez le visitaron algunos estudiantes en casa y le oí hablar del espíritu revolucionario de Lu Xun y la crítica feroz del feudalismo y la realidad. La voz de mi padre era apasionada, casi temblorosa, y analizaba al Loco, Kong Yiji y Ar Q como si no hablara de personajes de un libro, sino de gente que conocía muy de cerca. A mí también me gustaba leer a Lu Xun, pero prefería su prosa poética, como *Mala hierba*. El libro que yo tenía había sido impreso a principios de los ochenta, las páginas estaban amarillentas por el paso del tiempo y casi transparentes. Aprendí parte de su prosa en la escuela. Aunque los profesores, como mi padre, se centraban en las ideas políticas de Lu Xun, a mí me fascinaba su lenguaje y metáforas innovadoras. Flores rosas sonrientes, nieve con espíritu, fuego que se suicidaba y sueños tristes. Siempre que leía su prosa me transportaba a otro mundo.

«301, Chen Ming», bramó el altavoz con la voz de Dama. Me asusté tanto que casi dejé caer el bolígrafo. ¿Quién quería verme?

—Baja, cariño —gritó Miao Yan por el altavoz, imitando una voz masculina—. ¡Es la

hora del paseo en barca!

Me eché a reír, luego me brillaron los ojos: se había acordado de que le había dicho que quería ir de paseo por el río de las Perlas.

Tomamos el barco en la entrada norte de la universidad. Como era un día entre semana, había poca gente en la embarcación. Nos apoyamos en la barandilla codo con codo, en la proa. No muy lejos una pareja de ancianos mantenían una conversación íntima. La mujer, de aspecto menudo, con el pelo plateado, estaba sentada en una silla de ruedas, con el regazo y las piernas cubiertos con una manta de cuadros. El hombre, también canoso, estaba sentado en un banco a su lado, con la mano en el hombro de la mujer. Se sonreían con frecuencia mientras hablaban.

—¡Qué pareja tan bonita! —exclamé, al ver que Miao Yan también los estaba observando.

Apartó la vista de ellos.

—¿Crees que existe el verdadero amor en el mundo?

—Por supuesto. ¿Tú no?

—Supongo que es cuestión de suerte.

—Creo que las dos seremos afortunadas.

Ella esbozó una débil sonrisa y se peinó el pelo con los dedos.

—Tal vez.

Hablamos un poco más, pero la mayor parte del tiempo estuvimos calladas, escuchábamos el murmullo rítmico del motor que resonaba en el río de las Perlas, observábamos el claro de luna blanquecino que perseguía las infinitas ondas oscuras. El reflejo de las luces de los hoteles, restaurantes y torres de apartamentos recién construidas centelleaban en el río.

—¿Quieres tararear la canción *iManos a los remos!* ? —propuso ella.

Era una canción que aprendí en la escuela de primaria. Así que tarareamos, y en nuestro sincronizado canto grave mi mente regresó a la infancia, a aquellos días despreocupados en la granja. Me volví a mirar a Miao Yan. Ella miraba al frente, estática, con la barbilla apoyada en los brazos cruzados y el pelo ondeando. Parecía diez años mayor cuando no sonreía.

—¿En qué piensas? —pregunté.

No me oyó hasta que volví a preguntárselo.

—Ah, nada especial —contestó, y adquirió una expresión alegre casi al instante—. ¿En qué pensabas tú?

—En la granja en la que crecí. Aunque mis padres sufrieron allí, para mí era el paraíso.

—¿Qué era lo que te gustaba?

Le hablé del desván, donde me gustaba leer y disfrutar de mis juguetes.

—Es extraño. ¿No te daba miedo la oscuridad?

—Supongo que no. Nos cortaban la corriente todo el tiempo, así que estaba acostumbrada a la oscuridad. Te imaginas las cosas con más libertad. Una vez, durante la época de siembra de primavera, cuando mis padres estaban ayudando a los campesinos del lugar a preparar las semillas una noche, me escabullí de la casa para ir a buscarlos. Probablemente tenía nueve años. A medio camino se me cayó la linterna en una zanja llena de agua al intentar atrapar a un saltamontes. Como no quería volver, decidí seguir caminando. La carretera se extendía entre dos grandes campos de algodón, y estaba tan oscuro que apenas me veía la mano delante de la cara. Para hacerme compañía empecé a hablar sola. Me dije que el cielo era un trozo de papel azul, teñido por un ángel travieso. También pensé que en los campos de algodón iban a florecer grandes flores rosas, y la única razón para no verlas era que estaban durmiendo bajo mantos negros. Cuanto más hablaba sola, más creía que en ese momento el cielo era en realidad azul y los campos rosas. Fue una experiencia maravillosa. Al día siguiente incluso volví a visitar los campos de algodón para ver si de verdad había flores rosas.

—Ojalá tuviera yo ese tipo de imaginación. —Agarró la barandilla con las dos manos y se inclinó hacia atrás—. No me gusta la oscuridad. La gran ciudad, las luces brillantes,

las calles ajetreadas, esa es mi vida. Por eso probablemente tú sabes escribir poemas y yo sólo archivar documentos. —La mirada severa de su rostro me hizo sentir incómoda, pero antes de poder decir nada para animarla, sonrió—. A lo mejor un día puedes escribir un poema para mí. Me gustaría.

—Claro. Escribiré más de uno para ti.

—¿De verdad? —Esbozó una amplia sonrisa—. Tú sólo asegúrate de dejarme joven y bella en tus poemas. No soporto la idea de ser fea o vieja.

—¡Dalo por hecho! —exclamé, aún un poco confusa por su repentino cambio de humor.

Caminamos hacia la popa del barco, de la mano. Tenía la mano fría, pero cuando le pregunté si quería entrar en la cabina me dijo que no. La mayoría de pasajeros se habían reunido en la popa porque allí soplaban menos viento: una pareja joven con un bebé, algunos estudiantes que hablaban de un partido de fútbol y turistas que compartían sus planes para los días siguientes. La pareja de ancianos que habíamos visto antes había entrado, y se les veía a través de una gran ventana. La mujer se había quedado dormida, con la cabeza baja. El hombre estaba leyendo *Guangzhoudía a día*, y con la mano acariciaba despacio la cabeza de su esposa.

—¿Cómo fue tu infancia? —le pregunté a Miao Yan cuando volvimos a la proa—. ¿Te criaste en un pueblo miao? He oído que los miao cantan bien. ¿Sabes cantar una canción miao?

—Fue hace tanto tiempo que ya no me acuerdo. —Para que su respuesta fuera más creíble, añadió—: No tengo buena memoria como tú.

Por el tono y la expresión se notaba que no quería hablar de ello.

Durante el viaje de vuelta hablamos poco. Entró en trance de nuevo, esta vez con los ojos cerrados. De vez en cuando se mordía el labio inferior un rato, como hace la gente cuando intenta controlar sus emociones. ¡Cómo deseaba saber qué le pasaba por la cabeza!

Eran casi la una cuando salimos del barco. De camino al Cinco Oeste ya había vuelto a ser ella, bromeaba y se reía sin motivo aparente. Yo también estaba contenta, hasta que vi la puerta de hierro del Cinco Oeste cerrada.

—Vamos a ver si hay alguien en la sala de servicios —dijo ella.

Nos pegamos al alféizar de la ventana y miramos dentro del cuarto. La luz estaba encendida, pero no había nadie. Aporreamos la ventana varias veces. Sin respuesta.

—A lo mejor nos podemos escurrir entre las barras de la entrada —dije, pero no había espacio suficiente. Además, el chirrido de la cadena de hierro era especialmente estridente en la noche silenciosa.

—Tendríamos que haber vuelto antes del toque de queda. —Me dio un vuelco el corazón.

—Siempre podemos trepar. —Parecía bastante tranquila.

Señalé el letrero de «Prohibido trepar» escrito con una alarmante pintura roja en el muro de ladrillo, encima de la ventana de la sala de servicios. Pero ella empezó a trepar aunque la verja era de cinco metros de altura. Pese a llevar zapatos de tacón, subió en un santiamén y me hizo una señal desde el otro lado.

—¿Cómo lo has hecho? —dije, admirada.

—Cuestión de práctica. Te toca.

Siguiendo sus instrucciones, empecé a trepar. Me acerqué a la pared lo máximo posible. Me agarré con fuerza a las barras de hierro, empujé mi peso hacia delante hasta que la puerta se abriera la máxima distancia que permitía la cadena y no hacer mucho ruido.

Ella me sujetó la puerta.

—Confía en mí —dijo—. No te vas a caer.

Una vez estuve a punto de perder el equilibrio. La puerta tembló bajo mi peso, lo que hizo que la cadena sonara. Por suerte nadie salió corriendo de ninguna de las habitaciones. Cuando cambiaba la pierna izquierda de lado arriba de todo, se me resbaló el pie derecho y casi me caí. Tras recuperar el equilibrio, bajé. Cuando toqué con los dos pies en el suelo, sentía que me temblaban los músculos de los muslos.

¡Pero lo había conseguido! El espíritu de la aventura y camaradería invadió mi corazón de una manera que nunca antes había experimentado.



Durante nuestros frecuentes paseos las siguientes semanas, Miao Yan había empezado a compartir conmigo los rumores sobre su clase y su departamento, además de muchas de sus historias de amor.

—Se le ve que es un mujeriego en los ojos, ya sabes. Esos ojos de lobo en la oscuridad —me dijo un día. Hablaba sobre el tutor de su clase, un hombre casado con dos niños—. Siempre encuentra excusas para inspeccionar las condiciones higiénicas de las residencias femeninas y se las arregla para quedarse el rato que quiere a ligar con las chicas.

—¿Te acosa?

—¿Tú qué crees? Soy la más guapa de la clase.

—Tú no coqueteas con él, ¿verdad?

—Con él no. No tiene poder. Y es feo. Tiene papada y es calvo, y tiene arrugas en la frente profundas como acequias.

—Si tuviera poder...

—No me intentes liar.

Estábamos sentadas en un banco de piedra en el bosque, cerca del lago Violín, que debía su nombre a la forma y era el más bonito del campus. Era una noche estrellada y oíamos a los grillos cantar en la hierba.

—¡La Osa Mayor! —exclamé, al tiempo que señalaba el cielo.

—¿Dónde?

—¡Allí! ¿Ves la Vía Láctea? La Osa Mayor está a la derecha. Una, dos, tres... ¿ves las siete estrellas?

—¿Quién te ha enseñado las estrellas?

—Mi padre. En la granja no había mucho que hacer por las noches. Cuando hacía calor, la gente sacaba fuera las camas de bambú y dormía allí. Mi padre me dejaba acostarme a su lado y me explicaba los cuentos de Hans Christian Andersen. A veces estaba demasiado cansado y se quedaba dormido sin acabar de narrar la historia. Si yo no tenía sueño, contaba estrellas. A veces el cielo era tan negro que se veían hasta las más débiles. Recuerdo una noche que conté más de quinientas. También unía algunas estrellas mentalmente para dibujar todo tipo de animales. Una vez saqué un elefante. Los ojos, las piernas, el cuerpo, todo estaba allí.

—Tienes un buen padre. —Miao Yan levantó los dedos para comprobar la laca roja de las uñas.

—No siempre era así. Casi siempre hablaba poco y parecía apesadumbrado. La vida de la granja le resultaba muy deprimente. Ahora no hablamos mucho más que de estudios y libros.

—¿Tus padres se quieren?

—Pues claro. —Me la quedé mirando, un poco molesta por la pregunta—. Han pasado momentos duros juntos. Sufrieron mucho durante la Revolución Cultural.

—¿Los has visto alguna vez darse un abrazo o un beso?

—No seas soez. —Abrí los ojos de par en par—. ¿Tú has visto besarse y darse abrazos a tus padres?

—Me gusta tomarte el pelo. —Se echó a reír, luego preguntó—: Ahora dime, ¿qué tipo de chicos te interesan?

—Aún no lo sé. —Me sentía incómoda. Era la primera vez que me hacían semejante pregunta.

—Debes de saber algo. Has leído tantos libros...

Tras unos instantes de reflexión se lo dije.

—Inteligentes, atléticos, sin gafas, un poco tímidos y empollones. Iríamos juntos a la biblioteca todos los días después de cenar y hablaríamos de libros y autores.

—Buena suerte, niña. Los chicos atléticos no van a la biblioteca todos los días, tendrás suerte si leen. De todos modos, los chicos listos normalmente llevan gafas gruesas y el único ejercicio que les interesa es el mental. —Miao Yan se burlaba de mí—. Cuéntame más de este superhombre.

Hice caso omiso de su sarcasmo y seguí, al parecer el retrato de mi alma gemela llevaba mucho tiempo guardado en mi cerebro.

—No lleva el pelo muy largo, pero tampoco demasiado corto. Es maduro, tiene buen carácter, pero no es tonto. Tiene la mirada brillante, seria, un poco pensativa. Tiene la frente ancha, un indicador de su generosidad y sabiduría infinita...

Miao Yan estalló en una escandalosa carcajada desde el estómago.

—¿Estás hablando de un chico o de Confucio?

Me negué a hacer caso de su interrupción.

—No tiene por qué estudiar literatura, pero le gusta leer y escribe cuando está inspirado. No hace falta que vista como una estrella de cine, pero la ropa siempre le queda perfecta, con estilo. No habla mucho, pero cuando lo hace dice algo brillante, algo que hace que los demás escuchen con atención. Es comprensivo y... —Me ruboricé al verme elaborar una larga lista de características en apariencia contradictorias.

—Lo tienes todo pensado, ¿verdad? —Miao Yan seguía riendo—. Ahora ya sé por qué no tienes novio. No me suena a nadie que conozca. Pero si te encuentras con un chico así, dímelo. A lo mejor lo podemos compartir. Que vaya a la biblioteca contigo y a bailar conmigo.

—Bueno, no tengo prisa. Puedo esperar.

—Apuesto a que tendrás que esperar mucho tiempo —dijo Miao Yan, arrastrando la palabra «mucho».

Nos sentamos en silencio, las dos mirábamos el cielo. Luego oí que Miao Yan decía:

—¿Quieres oír otra historia de mí?

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo le arruiné la vida a un hombre. —Estiró una pielecita del dedo.

—¿Se murió?

—Casi.

—Cuéntamelo.

—Prométeme que no se lo contarás a nadie.

No me lo explicó hasta que no juré con la mano en el corazón que le guardaría el secreto.

—Fue en el colegio. Ya sabes, hace muchos años —dijo—. Sólo tenía trece años. Él enseñaba matemáticas, mi asignatura más floja. Tenía miedo de no aprobar un examen importante, así que un día fui a su despacho después de clase, a última hora de la tarde cuando los demás profesores ya se habían ido a casa. Sabía que era adicto al trabajo y que siempre se quedaba hasta tarde en su despacho. También había oído que su esposa era una mujer de campo poco agraciada unos años mayor que él...

—¡Lo sedujiste!

—¡No! No utilices esa palabra. —Miao Yan se levantó y caminó por el sendero de ladrillo, los tacones, de una altura increíble, provocaban un sonido rítmico, denso y contundente. La seguí.

—Lo siento —me disculpé.

—Tal vez tengas razón —dijo—. De todos modos, antes de ir a su despacho me puse una minifalda azul y una blusa blanca ajustada de manga corta. En vez de llevar una camiseta de tirantes como siempre debajo de la blusa, me puse un sujetador rosa que me dejó una prima mía, diez años mayor que yo. También fue la que me enseñó a vestirme. Tendrías que haber visto cómo me miró el profesor cuando entré en su despacho. Tuvo que fingir que recogía un trozo de tiza rota para disimular los nervios. Accedió a dejarme aprobar el examen en cuanto se lo pedí. Antes de salir me pidió permiso para besarme. Estaba tan divertido, trémulo, sudoroso, con la respiración entrecortada y todo eso. Le dejé que me besara en la frente. Eso fue todo. Él ni siquiera sabía besar. Al salir de su despacho, tuve que frotarme la frente con mucha

fuerza para quitarme la saliva que había dejado. Nunca me imaginé que se tomaría tan en serio un beso. Aquella misma noche le dijo a su esposa que estaba enamorado de mí y le pidió el divorcio.

—¡Qué ridículo!

—Cierto. Tal vez pensaba que besar a alguien era lo mismo que proponerle matrimonio. Al día siguiente me convertí en la persona más famosa de la pequeña ciudad donde vivía. Su esposa fue a casa de mis padres y les dijo que yo era una puta. Todavía recuerdo el golpe que me dio mi padre cuando lo descubrió todo.

—Si yo hiciera algo así, mi padre... —Me detuve. Simplemente no podía imaginar lo que haría mi padre en una situación semejante.

Partió un puñado de hojas de un arbusto perenne con tal fuerza que se agitó toda la planta.

—Me ordenó que me quitara toda la ropa antes de pegarme. Por supuesto, estaba borracho, pero... no sé por qué te estoy contando esta historia. También me llamó puta cuando me azotaba con el cinturón como un loco. Yo no me agaché ni grité, era como si el cinturón golpeará a otra persona. Sólo me sentía confusa sobre quién era yo. Y cuando oí que la palabra «puta» salía de su boca, supe la respuesta. A partir de entonces dejé de ser una niña. Me convertí en una mujer. Una mujer de trece años. Además, desde aquel momento yo ya no podía querer a mi padre, sólo temerle y desconfiar de él. Lo raro fue que tuve mi primer periodo la noche que me pegó. Debía de ser parte del castigo. Al ver la sangre en las bragas pensé que era por las heridas internas que me habían causado los golpes. Pensaba que me moría. Me acosté en silencio en la cama, a la espera de que me sobreviniera la muerte, hasta que mi madre me vio las bragas ensangrentadas por la mañana y corrió a una tienda cercana a comprar algunas compresas. Cuando me enseñó cómo ponerme una compresa, parecía muy avergonzada, como si me hubieran violado o algo así. Quizá pensaba que era demasiado joven para tener el periodo, o tal vez simplemente sentía que yo estaba sucia. Es raro, ¿no?

—Mi madre tampoco me lo dijo hasta que llegó —dije, con la intención de hacerla sentir mejor.

—Lo creas o no, el beso que recibí del profesor fue el primero. No fue una gran experiencia, y tuvo un efecto inquietante en mí. No sabes cómo odié que me dieran besos durante mucho tiempo después de aquello. A partir de aquel día, supe que no me tomaría en serio a los hombres en toda mi vida.

—¿Qué le pasó a tu profesor?

—Su esposa se divorció de él y perdió su trabajo. Ningún colegio lo contrataba, así que tuvo que vender huevos duros en la calle para ganarse la vida. Una vez lo vi en bicicleta con una cesta de huevos detrás. Llevaba barba y una camiseta sucia. Lo llamé, pero él fingió no oírme. Una vez intentó suicidarse, pero lo salvaron. Después se fue de la ciudad y nadie supo de su paradero.

Suspiré, no estaba segura de qué decir sobre una historia tan triste.

—¿Me desprecias ahora? ¿Crees que soy una mala persona? ¿Aún quieres ser mi amiga? —Me puso las manos en los hombros y habló ansiosa, con los ojos oscuros e insondables.

—Por supuesto que seré amiga tuya —la tranquilicé. De pronto me sentí abrumada por el instinto protector, la culpa y la intimidad que sentía hacia ella. Instinto protector porque sentía que me necesitaba. Culpa porque me hubiera gustado estar ahí para consolarla cuando sufría. Intimidad porque nadie me había confesado nunca una experiencia tan personal.

Miao Yan sonrió y enseguida empezó a bromear sobre una de sus compañeras de clase que muchas veces comía sólo fruta para mantenerse delgada. Veía que su confesión la había perturbado y quería sacarle ese recuerdo de la memoria, pero ya no me podía concentrar en lo que decía mientras continuaba con sus chistes. Estaba demasiado preocupada por mi mezcla de sentimientos hacia ella.

Entonces empecé a pensar en su profesor. Para él, el besar a Miao Yan debió de ser un acto de infidelidad, de adulterio, de lo contrario no habría sido tan tonto de

proponerle el divorcio a su esposa. Tras pasar casi toda su vida en una remota ciudad pequeña, puede que jamás hubiera besado a otra mujer que no fuera su esposa, tal vez su matrimonio fuera pactado y nunca la quisiera.

En cuanto a mí, yo nunca había besado a un chico ni me había atrevido a llevar sujetador, sino que llevaba camisetas de tirantes gruesas como ropa interior hasta que fui a la universidad. Había veinte chicas en mi clase del instituto, y sólo tres llevaban sujetador debajo de las camisetas finas de verano. Los demás estudiantes se burlaban de ellas en secreto, las llamaban «mujeres» a la espalda. Para chicas de nuestra edad nada era mayor insulto que el que te llamaran mujer. Al parecer era una marca de vergüenza, como si significara que ya no éramos encantadoras ni guapas, o nuestra pureza e inocencia se pusieran en duda sin motivo aparente. Como si aquella etiqueta fuera una maldición, ninguna de las tres fue a la universidad, y una se quedó embarazada justo al terminar el instituto.

Nunca olvidaré el día siguiente, se me quedó grabado en la mente a medida que se desarrollaba como un cuadro chino hecho con tinta. A las seis de la mañana oí un golpe suave en mi puerta. Pingping y Donghua aún estaban dormidas, oía su leve respiración regular.

—Soy yo. ¿Puedo entrar? —susurró Miao Yan al otro lado de la puerta.

Dudé, pero dije:

—Pasa.

Aparté la manta de una patada y me senté en el borde de la cama con las piernas desnudas colgando en el aire.

Abrió la puerta sin cerrojo de un empujón, echó un vistazo rápido a la habitación y se acercó de puntillas a mi litera.

—¿Te gusta mi ropa nueva? La compré hace unos días. Pensaba que sería la primera en enseñártela —susurró.

Llevaba una blusa de color verde claro y pantalones blancos de pata de elefante que le llegaban hasta los zapatos de piel en punta, también en verde claro. El pelo largo en una trenza, recogido con una goma de plástico verde, le caía sobre un hombro, y los cabellos que quedaban fuera de la goma estaban sueltos. Tenía la frente medio oculta bajo un sombrero de paja de ala corta con un decorativo girasol amarillo dorado del tamaño de la mano a un lado.

—Muy bonito —dije, muy bajito.

Enseguida miró las camas de Pingping y Donghua y me hizo callar, luego se quitó los zapatos y el sombrero y los dejó en la puerta.

—Soy una buena bailarina —dijo, al tiempo que levantaba despacio las manos por encima de la cabeza—. Todas las chicas miao son buenas bailarinas. Una vez me eligieron para bailar en un festival de primavera nacional en Beijing.

—¿Qué bailas?

No contestó. Empezó a dar vueltas y vueltas, hacia mí, luego se apartó, con las piernas largas de los pantalones que revoloteaban al moverse ella.

Era primera hora de la mañana de un caluroso día de primavera. La luz rojiza del alba entraba por una puerta entreabierta y allí estaba ella, girando a contraluz. Parecía tan angelical, tan delicada, lo más bonito que había visto nunca. Me senté en el borde de la cama y la observé, con el corazón acelerado, sin habla.

Entonces, tan de repente como una puerta que se cierra de un portazo, dejó de girar. Bajó la cabeza, hizo una reverencia agarrándose las piernas de los pantalones como si contestara a una salida al escenario. En su deslumbrante sonrisa no había rastro de timidez ni comedimiento, como si estuviera segura de recibir una ovación de pie. Antes de que pudiera decir nada se puso los zapatos y el sombrero, sin dejar de mirarme con su cautivadora sonrisa, luego salió por la puerta y la cerró sin hacer ruido.

Quería seguirla, pero me dejé caer en la cama porque un extraño mareo me dejó en una suerte de éxtasis. Sentí que me bombeaba la sangre en las venas y me aplastaba los órganos. Una fuerte corriente de calor impregnaba mi corazón. Me costaba

respirar. Nunca antes en mi vida me había quedado tan paralizada por una emoción indescriptible ni tan incapaz de expresar mis pensamientos.

Durante los años siguientes, cuando mis amigos me hablaban de su primer amor, yo pensaba en el momento en que vi bailar a Miao Yan a la luz del alba. A los diecisiete años, sentía a la vez frustración y entusiasmo por la intimidad que compartía con ella. No podía pasarlo por alto, pero tampoco me atrevía a enfrentarme a ello. Recuerdo escribir un poema para ella el día que bailó en mi habitación.

—Supongo. Siempre tiene preparado un permiso de entrada. ¿Pero qué sentido tiene buscar un trabajo justo ahora? Ni siquiera está en el último curso —dijo la otra chica—. Además, ahora mismo sólo hay dos vacantes en Shenzhen. Todo el mundo las quiere. No puede competir de ninguna manera con nosotras, estudiantes de último curso.

—Creo que está desesperada. Tal vez sólo intenta hacer contactos.

—Por el amor de Dios, es una estudiante mediocre, lo sabes. Sus compañeros de clase dicen que hace trampa en casi todos los exámenes.

—No me extraña. Entró en la universidad con un permiso especial. Apuesto a que suspendió el examen de ingreso en la universidad muchas veces hasta que por fin tuvo suerte. Por eso es mucho mayor que nosotras.

—Se cree que por su cara bonita conseguirá un trabajo.

Las dos se echaron a reír. La chica que acababa de hablar repitió «su cara bonita» en un tono burlón.

—Alguien me dijo que envió un montón de regalos al tutor Liu —dijo la otra chica.

—Debe de ser más que eso. Puede que incluso se haya acostado con ese carcamal.

—No creo que él pudiera ayudarle mucho aunque fuera estudiante de último curso. La adjudicación de un puesto tiene que ser transparente.

—Mmmm, no seas demasiado confiada. Nunca se sabe.

—Entonces... ¿crees que deberíamos comprarle también regalos?

—No lo sé, pero no nos haría ningún daño.

—No quiero meterme en líos de sobornos.

—Vamos, no seas ingenua.

Entonces se produjo una pausa. Me acerqué a la puerta, iba a llamar, veía a las dos chicas tumbadas en sus camas. Justo entonces la chica situada junto a la ventana dijo:

—¿Pero no es una miao? Pensaba que los miembros de una minoría tenían que volver a sus orígenes.

Me quedé en silencio, pero la chica de al lado de la puerta me vio. Se incorporó.

—¿Sí?

—Oh, creo que me he equivocado de habitación —conseguí decir, atolondrada.

—¿A quién buscas? —La chica de la ventana también se sentó.

—Eh... —musité— ...a Pingping.

—Aquí no vive —dijo la chica de la ventana con impaciencia.

—Comprueba la lista en la sala de servicios —dijo la otra.

—Gracias. Perdonad las molestias. —Salí corriendo lo más rápido posible.



Miao Yan volvió una semana después. Dijo que había ido a Shenzhen a visitar a un familiar enfermo. Quería contarle lo que dijeron de ella las dos chicas de su planta: aunque no me lo creía, no podía olvidarlo. Sin embargo, al ver lo cansada que parecía, decidí no decir nada. Supuse que las dos chicas estaban celosas de su belleza y diligencia para buscar un empleo. Aquel viernes, por primera vez, Miao Yan me invitó a su habitación de la residencia. Era la quinta desde la escalera. Un espejo cuadrado con cintas azules engarzadas alrededor ocupaba una buena parte de la puerta. El cuarto era del mismo tamaño y forma que el mío, pero tenía cinco compañeras. Como mi cama, la suya estaba cerca de la puerta y arriba. Pese al hacinamiento, Miao Yan tenía mucho sitio para guardar ropa. Además del espacio estándar asignado en la pared, lleno con una maleta y media docena de bolsas de compras, muchos trajes colgaban en una fila de tornillos clavados en la pared de encima de su cama. Hice un recuento rápido: nueve conjuntos. Todos eran de colores vivos, abarcaban toda la gama (rojo, naranja, amarillo, verde, azul, violeta) amontonados unos encima de otros y cubriendo la mitad de la pared, que a primera vista parecía un enorme cuadro abstracto. En las siguientes ocasiones que estuve ahí, algunos tornillos cedieron por el peso y se desprendieron. Ayudaba a Miao Yan a recoger la ropa en la cama o el suelo y encontrar otro sitio en la pared para volver a clavar los tornillos. No era fácil, la pared ya estaba repleta de agujeros de tornillos.

—¿Cómo es que todos son de colores vivos? —le pregunté.

—Nunca lees las revistas de moda, ¿verdad?

—Pero cuando nos conocimos en la azotea llevabas una blusa floreada.

—¡Tienes una memoria terrible! —Se rió—. No tengo una blusa así.

—¡Y tanto! —Lo recordaba perfectamente.

—No. Sólo las chicas del campo llevan ese tipo de blusas. Chicas del campo, ya sabes, las hay por todas partes en Guangzhou. Porterías, barrenderas, basureras, camareras.

—Sin ellas, la ciudad sería un desastre...

—Deja el tema, ¿quieres? No estamos en un congreso del partido. —Dio una patada a una percha que se había caído debajo de la cama.

—¿De dónde sacaste el dinero para comprártelo? —le pregunté.

—Tengo un trabajo de media jornada.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Te lo diré más adelante. —Cogió un plátano de una cesta de bambú de su escritorio, lo peló y le dio un buen mordisco. Con la boca llena, masculló—: Tengo hambre. ¿Quieres comer algo?

—Estoy bien —dije, aún pensaba en la cantidad de prendas que tenía—. ¿Pero por qué necesitas tanta ropa? Es un gran desperdicio.

Ella se acabó el plátano en otros dos mordiscos y se limpió la boca con la mano. De pie donde estaba, lanzó la piel a una papelería que había cerca de la ventana.

—Me gusta mirarla. Me hace sentir bien. Y se la presto a mis compañeras, así no tengo que limpiar la habitación ni ir a buscar agua caliente. Cuanto mejor me tratan, más bonita es la ropa que les presto. El mundo está basado en gente que se utiliza entre sí.

Iba a preguntar si ella también trataba de aprovecharse de mí, pero como no veía cómo me podía usar, dije:

—Nunca te veo con ella puesta en el campus. —Me acerqué para examinar aquellos trajes, que parecían caros.

—Son para las entrevistas, niña tonta.

—No me llames tonta.

—¡Mujer tonta! —Se rió.

—¡No me llames mujer!

—Puedo llamarte como quiera: pajarito, querido gatito, dulcecito, calabaza fresca,

triste poeta, filósofa pretenciosa, tonta...

—¡Estás loca! —Le tapé la boca con las dos manos, pero ella me las apartó y saltó a un lado, con una carcajada tan fuerte que tuvo que agarrarse el estómago y ponerse en cuclillas.

Su risa era contagiosa, no pude evitar reírme con ella.

—Si quieres, puedes llamarme camaleón —dijo, cuando paramos de reír.

Era perfecto: un camaleón cambia el color del cuerpo según el entorno, como Miao Yan cambiaba de vestimenta dependiendo del estado de ánimo.

Vi un bikini azul de dos piezas encima de la cama. Agarré la parte de abajo con dos dedos, tan pequeña que cabía en una caja de cerillas.

—¿De verdad te lo pones?

—Por supuesto, no soy una chica de campo. Incluso he visto cintas porno. No me mires así, tengo veinticuatro años. No te he contado ni una décima parte de lo que he vivido. ¿Quieres saber? Te lo contaré cuando tengas dieciocho. —Volvió a soltar una carcajada.

—Sólo quedan unos meses. ¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Bueno, serás una mujer cuando tengas dieciocho años. Me sentiría mejor explicándotelo todo sobre mí si fueras una mujer como yo. Por lo menos tus padres no me podrían culpar por convertirte en una chica mala —dijo, medio en broma—. No quiero que me persigan por todo el mundo pidiéndome que les devuelva a su niña inocente. —Se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió. Cuando estaba a punto de caer la ceniza, se dirigió a la ventana y la tiró fuera.

¿Una mujer como ella? Eso nunca sucedería, tuviera dieciocho o treinta años, pensé yo.

Aquella noche recuerdo contar los días que faltaban para mi decimoctavo cumpleaños. Aunque me gustaba imaginar que ocurriría algo mágico llegado el momento, sabía que en realidad sería sólo un día más, un día corriente en el calendario. No sería distinto de mi decimosexto o decimoséptimo cumpleaños. Pero tener dieciocho años sonaba diferente a tener diecisiete. En cierto modo me sentía como si fuera a renacer ese día, como una persona nueva. Esa edad implicaba incertidumbre, una transición de la adolescencia al mundo de los adultos. Me preguntaba cómo me vería la gente cuando tuviera dieciocho años. ¿Me tratarían como una adulta o se impacientarían conmigo por no saber más que cuando tenía diecisiete años? ¿Mis padres dejarían de darme lecciones después de los dieciocho? ¿De pronto tendría ganas de tener citas, aunque no encontrara al hombre perfecto?

Igual que le gustaba alardear de su guardarropa, Miao Yan también disfrutaba de verdad criticando mi ropa.

—Tienes que enseñar tus curvas —decía—. ¡Curvas! ¿Me oyes? Ya llevarás esas camisetas y pantalones tejanos cuando tengas ochenta años.

—Vamos, no son tan feos como dices —repliqué yo—. Otras chicas de mi clase también llevan este tipo de ropa. Si llevara ropa como la tuya... —Iba a decir «todo el mundo se reiría de mí», pero lo cambié por—: ... no sería yo.

—No ser tú misma puede ser algo positivo. Odio ver a chicas con ropa holgada.

Mi mayor error, apuntó Miao Yan, era no tener un par de zapatos de tacón.

—¡Todas las mujeres del mundo tienen un par de zapatos de tacón!

—¿Qué más da? Todavía no soy una mujer —dije.

—¡Las niñas también pueden ser sexys! Se trata de hacer que el mundo haga cosas para ti.

—Bueno, no quiero ser sexy.

—¿Qué quieres?

—Quiero ser profesora de universidad.

—¡Empollona! Ni siquiera sabes lo que significa ser sexy.

—Suenas como si tú lo fueras.

Era obvio que mi respuesta la frustró. Se quedó en silencio y empezó a caminar de un lado a otro de mi habitación. Luego preguntó cuándo volverían mis compañeras. Le

dije que estarían fuera durante por lo menos dos o tres horas más. Antes de poder acabar la frase, salió disparada de la habitación y volvió al cabo de quince minutos con un abrigo beige por las rodillas y un par de zapatos rojos.

—Lección número uno del día —anunció al cerrar la puerta tras ella—: qué significa ser sexy. —Me reí y pensé que estaba muy graciosa. Ya era finales de abril, demasiado calor para llevar abrigo.

No me miró ni se rió conmigo. En cambio, empezó a desabrocharse el abrigo. ¡Debajo llevaba un bikini de color rojo intenso! Lanzó el abrigo encima del escritorio y me sonrió.

Mi primer instinto fue salir de la habitación. Estaba enfadada, no me interesaba verla en bikini, ni saber qué significaba ser «sexy». Me pasó por la cabeza que tal vez me pediría que me probara el bikini, lo que me hacía más presa del pánico. Pasados unos minutos, la curiosidad venció a la rabia y me calmé. Me convencí de que era perfectamente normal que una chica viera a otra en bikini. Aún estaba nerviosa y me sentía acorralada, pero la miré y me pregunté qué haría a continuación.

Tenía la piel morena y las piernas largas, tanto que parecían medir el doble que el torso. Sus muslos eran firmes, aunque un poco delgados. Tenía una ligera marca de nacimiento del tamaño de un guisante en el muslo derecho. No tenía mucho pecho, y se lo cubrió con cuidado con el pelo largo que le caía sobre los hombros. El vientre era plano, como el de un chico. Un diminuto anillo de plata brillaba en el ombligo.

—¡Tienes un aro en el vientre! —No podía creer lo que veían mis ojos.

—Me lo puse la semana pasada. —Parecía orgullosa—. Ahora mírame de cerca —dijo—. Volvió a atarse las tiras del bikini para apretárselas más en los hombros y estiró la parte de abajo para que se ciñera más a las caderas y subírsela un poco. Lo hizo despacio y con esmero.

—Camina así, ¿de acuerdo? —Retorció el cuerpo para ajustar su peso a los tacones de aguja de los zapatos rojos, y empezó a adoptar posturas: estiraba el cuello, sacaba pecho, movía la cintura, meneaba las caderas, se pavoneaba exagerada atrás y adelante como si estuviera en una pasarela de moda. La habitación era pequeña y cada pocos pasos tenía que dar la vuelta. Era casi divertido contemplarla, tan preciosa en un destartado cuarto de residencia lleno de muebles gastados, mosquiteras desteñidas y literas horrosas. Me miraba con frecuencia para comprobar que la estaba observando.

—Esto es ser sexy —dijo al final del espectáculo.

Aunque antes me había intimidado su seriedad, en aquel momento me hacía gracia y me eché a reír.

Ella no se rió conmigo.

—Es mi sueño. Quiero ser modelo, como tú quieres ser profesora de universidad. Has oído hablar de *Playboy*, ¿verdad? Esas modelos de portada ganan toneladas de dinero.

—¿*Playboy*? —Dejé de reír—. No puedes decirlo en serio. —Había leído sobre el tema y sabía que era una revista pornográfica americana.

—De todos modos no me elegirían. No tengo los pechos grandes. Pero... —Fue hacia su abrigo, sacó una revista enrollada de uno de los bolsillos y me la dio—. ¡Aquí tienes! —Sonrió.

La portada de la revista mostraba la fotografía de una mujer con un bañador negro de dos piezas. La imagen era un poco borrosa.

—¿Y? —dije.

—Soy yo. La modelo soy yo.

Me froté los ojos con fuerza. Era ella, aunque nunca lo habría adivinado. En la fotografía llevaba mucho maquillaje y estaba descalza sobre una roca erosionada por las olas en una playa, con una bufanda blanca en una mano flotando al viento. Había visto fotografías así en las revistas que ofrecían los vendedores ambulantes en la calle Cinco de Zhong Shan por tres yuanes el número, o diez cinco números. La mayoría eran ejemplares de revistas de ocio de baja calidad de Hong Kong y Taiwan.

—¿Cuándo te hicieron esta fotografía? —Atónita, conseguí balbucear la pregunta.

—Hace un tiempo. —Se puso el abrigo—. Entonces deduzco que no te gusta.
 —¿Cómo descubriste esta revista?
 —Es un secreto.
 —¿Te pagan?
 —Pues claro.
 —¿Cuánto por esto?
 —No lo quieras saber.
 —No es una buena revista.
 —¿Qué quieres decir con «buena»? Incluso el *Reader* utiliza chicas guapas en la portada.
 —Pero llevas tan poca...
 —Por lo menos no es transparente.
 —No me gusta el maquillaje. Es muy exagerado, pareces una vieja.
 —¡No me llames vieja!
 —Entonces una chica mala.
 —¿Y qué tiene de malo ser una chica mala? ¿Cómo puedes diferenciar una chica mala de una buena sólo con una fotografía? ¿Sólo porque tú te vistes con ropa fea eso significa que eres mejor que yo?
 —No quiero discutir contigo. Tus padres te enviaron aquí para que tuvieras los mejores estudios. Hay muchos trabajos decentes en el mundo para una persona como tú con estudios universitarios. ¿Por qué quieres ser modelo?
 —En primer lugar, ellos no me enviaron aquí, vine por mi propia cuenta. En segundo lugar, soy quien soy y hago lo que quiero.
 —¿Como llevar un bikini?
 —Pensaba que eras una persona abierta.
 —Lo soy, pero...
 —Te estoy diciendo que voy a ser modelo.
 —Sólo las chicas superficiales sin estudios quieren ser modelos.
 —Lástima. ¡Será mejor que aceptes el hecho de que tu mejor amiga es una chica superficial sin estudios que quiere ser modelo! —Salió furiosa de mi habitación, agitando la revista.
 Sospechaba que había tomado clases privadas para aprender a ser modelo. Una vez vi una tarjeta de un estudio de formación de modelos en su escritorio.
 Aquella fue nuestra primera auténtica pelea. Pronto aprendí a no hacer caso de su sueño de convertirse en modelo, como ella obviaba mi opinión sobre el asunto.



Una mañana de domingo me despertó la radio, Pingping estaba imitando a los locutores de un programa cantonés. Era bastante aplicada aprendiendo cantonés, del que se burlaba y consideraba «un idioma de pájaros» cuando llegó a la universidad. Se quejaba de que era más difícil aprender cantonés que inglés.

—Tiene nueve tonos. ¡Eso me vuelve loca! ¡Cinco tonos más que el mandarín! La lengua y los dientes están en conflicto todo el rato. He oído que los ancestros de los cantoneses eran nativos bárbaros que comían serpientes. ¿Cómo pudo un lugar tan atrasado desarrollar un dialecto tan complejo? —Cuando estaba de buen humor cantaba una canción popular cantonesa de una película reciente de Hong Kong. Lo hablaba tan mal que las cantonesas de la residencia se tapaban los oídos y le rogaban que se callara.

—Si quieres encontrar un empleo aquí, será mejor que aprendas cantonés. —La oí aleccionar a Donghua un día.

Miao Yan me había dicho lo mismo más de una vez, pero yo no me la tomaba en serio; si tenía tiempo, prefería leer un libro. Por supuesto, veía por qué era importante saber hablar cantonés. Para muchos estudiantes no cantoneses, el objetivo último después de licenciarse era obtener la residencia permanente en Guangdong, sobre

todo en Guangzhou, la capital. Los estudiantes más ambiciosos querían trabajar en Shenzhen y Zhuhai, donde se ofrecían los sueldos más altos de China.

—¡Ming, levántate! Es la hora de las elecciones. —La voz aguda de Pingping penetró en la habitación.

Abrí los ojos y la vi de pie junto a su cama, con una camiseta roja y un guardapolvo en la mano, y las huesudas piernas separadas.

—¿Qué elecciones?

—Los delegados de clase, ¿no te acuerdas? El tutor Wang nos pidió que eligiéramos a los candidatos hace dos semanas.

—Ah, estaba leyendo una novela. —Me di un golpe en la frente con la mano al recordar la reunión—. Supongo que me olvidé de entregar mi lista.

Hacía poco que habían asignado al tutor Wang a mi clase para hacerse cargo de la educación ideológica de los estudiantes. De vez en cuando nos convocaba a una reunión para comentar los últimos documentos del Partido o asuntos relacionados con la ideología. Si se quedaba sin nada que decir, nos pedía que leyéramos en alto los folletos, un párrafo por persona. Como sus reuniones eran obligatorias tenía que asistir, pero siempre me sentaba en la última fila y leía mis libros. Para la última reunión nos pidió que propusiéramos un representante de los alumnos en cada ámbito: estudios generales, arte y entretenimiento, deporte y estudios políticos.

—¿No has visto los resultados? Tú y Pingping habéis sido propuestas, Pingping para ser representante de estudios generales y tú para estudios políticos —metió baza Donghua, con una bufanda negra a medio tejer en las manos.

—¿Estudios políticos? —Casi bajé de un salto de la cama—. No me gusta leer documentos del Partido.

—Es un buen puesto. Tendrás oportunidad de hablar con el tutor Wang todas las semanas. Sólo tienes que escribir un informe una vez al mes. —Pingping tiró el guardapolvos detrás de la puerta y agarró su bolsa—. Donghua, tenemos que irnos ya.

—Es perfecto para ti. Pasas más tiempo leyendo y escribiendo que nadie de la clase.

—Donghua me guiñó el ojo antes de irse.

Pasado un rato, monté en mi bicicleta verde, que había comprado por cincuenta yuanes a un estudiante de último curso al llegar, y me dirigí al departamento. Aunque hubiera preferido estar sentada en la biblioteca leyendo, montar en bicicleta un día soleado de primavera como aquel era un placer. Además, tenía algo que me hacía ilusión: Miao Yan y yo habíamos planeado comer *dim sum* en un restaurante recién inaugurado. Sabía que me encantaba el *dim sum* y que nunca tenía suficiente.

Una vez fuera del complejo de residencias estudiantiles, pasado el departamento de historia, la zona sin pavimentar donde siete u ocho personas jugaban al fútbol y un edificio elevado para estudiantes de postgrado masculinos, llegué a una amplia calle recta. A poca distancia, junto al lago Violín, se encontraba el edificio de tres plantas para chicas estudiantes de postgrado. El tejado vidrioso de baldosas y los postes pintados de verde siempre me recordaban la dilatada historia de la universidad. Aquel edificio recibía el sobrenombre de «Palacio de la Luna», que evocaba la arrogancia de las estudiantes de postgrado y la falta de comprensión del mundo real.

Di un pequeño rodeo hacia una calle más tranquila, flanqueada por ceibas y eucaliptos. En cuanto alcancé la sombra, me envolvió una brisa confortante. Me sentí como si volara. Alcé la vista al cielo entre las ramas y las hojas: estaba sereno, claro y parecía más cercano que nunca. Solté el manillar y levanté las manos, al tiempo que imaginaba cómo sería atraparlo, poseer el cielo.

Cuando salí del bosque, apareció ante mí una típica escena universitaria. La primavera estaba terminando, era la mejor época del año. Los estudiantes paseaban por los senderos con los auriculares puestos. En la *escalera de la* biblioteca, dos chicas con blusas blancas charlaban, comían manzanas, con un montón de libros a los pies. Enfrente de un edificio de ladrillos cubierto de hiedra, una joven con falda larga azul estaba explicando su historia a un grupo de alumnos de primaria. El césped del centro del campus estaba espeso, verde y perfectamente cortado. Colgada entre dos

plataneros, una pancarta blanca con letras rojas rezaba: «Bienvenidos, delegados de las universidades de Australia y Nueva Zelanda». Había muchos estudiantes sentados en una mesa de piedra jugando al ajedrez debajo de un árbol. La imagen del campus tranquilo siempre me llenaba el corazón de felicidad y orgullo.

Cuando aparqué la bicicleta y puse los pies en los crujientes peldaños de madera del edificio del departamento de lengua y literatura china, un edificio de más de cien años de antigüedad, estaba sudorosa del trayecto.

Había unas treinta personas en la sala de conferencias. El tutor Wang estaba de pie frente al podio, con las manos en la espalda. Tenía cincuenta y pocos años, era bajo y flaco. Al hablar, le gustaba gesticular con brusquedad para dar énfasis a sus comentarios. A veces se paraba en medio de una frase y nos miraba para ver si le escuchábamos.

Vi a Pingping y Donghua sentadas juntas en primera fila. Había un asiento vacío al lado de Yishu en la última que, como yo, no era muy sociable. Aunque hablábamos poco, sentía que mostraba una deferencia especial hacia mí. Al verme sonreía. En ocasiones, cuando limpiaba el bastidor de nuestras literas, también me limpiaba la parte superior. Me habría gustado hablar más con ella, pero pasaba tan poco tiempo en la residencia que rara vez la veía fuera de clase.

—Hola —dije, y me senté a su lado.

Levantó la cabeza del libro que tenía en el regazo y me sonrió. A Pingping no le gustaba Yishu, insistía en que sus silencios se debían a que era una pedante y una esnob. A juicio de Pingping todos los cantoneses eran unos esnobs y miraban con desprecio a los norteaños.

—Te han propuesto —dijo Yishu.

—No sé quién me propuso, pero odio leer documentos del Partido.

—Fui yo. —Sonrió de nuevo—. Puede que en el futuro te sirva de ayuda. Por lo menos eso dicen.

A las diez y media, el tutor Wang anunció las elecciones. Pasó un montón de papeles con los nombres de los candidatos escritos en tinta negra. En la categoría «Representante de estudios políticos» vi mi nombre y dos más.

Tras muchos susurros y risas contenidas, entregamos nuestras votaciones. El tutor Wang contó los votos y empezó a leer los resultados.

Para gran decepción de Pingping, no consiguió el puesto de representante de los estudios generales. Cuando el ganador aceptaba una ronda de aplausos, ella no aplaudió.

Me estaba inquietando el ritmo lento de la reunión. El reloj de la pared indicaba que eran las doce y diez. Miao Yan debía de estar preguntándose dónde estaba. Tal vez debería fingir que iba al lavabo y escabullirme.

—El último, representante de estudios políticos —anunció por fin el tutor Wang—. Zhou Tao, dieciocho, Wang Meili, nueve votos, Chen Ming dieciocho. —Se tapó la boca con la mano y se aclaró la garganta—. Se ha producido un empate. Hagamos otra votación.

Se oyó un murmullo de impaciencia.

No sé qué arrebato me dio, pero me levanté.

—Creo que Zhou Tao está mejor preparada que yo. Lee más periódicos del Partido y obras políticas. —Miré a Zhou Tao y vi que se le dibujaba una gran sonrisa en el rostro.

Mi sugerencia fue aceptada. En cuanto se vació el aula, salí corriendo del edificio, cogí la bicicleta y volví al Cinco Oeste.

—¿Qué? ¿Has renunciado al puesto? —Miao Yan no se rió como esperaba.

—¿Por qué no? Es un puesto estúpido. Ya me conoces, nunca leo sobre política.

—¿Te votaste a ti misma?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Estoy segura de que ella se votó a sí misma. Podrías haber superado su número de votos si tú también lo hubieras hecho, y así tendrías el puesto.

—Pero lo odiaría. Es aburrido escribir esos informes y tener que reunirme con el tutor

todas las semanas.

—Estás loca. —Sacudió la cabeza con fuerza.

—Tú jamás habrías aceptado en mi lugar.

—Oh, sí. Yo lo habría aceptado. El problema es que nunca me propondrían. Todos los de mi clase me odian.

—Pensaba que no te interesaban esos títulos.

—¿Cuándo vas a madurar? No puedes ser una niña para siempre. —Se dirigió a la ventana, bajó una blusa del cable que utilizaban para colgar la ropa húmeda y se volvió hacia mí con brusquedad—. Los estudiantes que han ocupado puestos así tienen muchas más opciones de quedarse en las mejores ciudades de Guangdong. ¿No lo entiendes? Estás compitiendo con tus compañeros de clase por un puñado de oportunidades. Tienes que pasar por la oficina de asignación de empleo de la universidad para conseguir la residencia permanente aquí. Sin ella no te puedes quedar en Guangdong. El Gobierno y las grandes empresas simplemente no te contratarán. Aunque pudieras seguir en Guangdong, tú quieres quedarte en Guangzhou, Zhuhai y Shenzhen, que no son las zonas menos desarrolladas precisamente. Escucha, lo último que deseas es volver a tu pobre ciudad natal. No tendrás futuro en Jiangxi, y la gente se reirá de ti por ser una perdedora. Yo no voy a volver de ninguna manera. No volveré aunque mis compañeros de clase hablen pestes de mí todos los días, aunque todo el mundo quiera echarme de Guangdong.

—No quiero que te vayas —dije, desconcertada por aquel repentino ardor—. Pensaba que tenías algunas entrevistas en Shenzhen.

—Lo estoy intentando. —De pronto Miao Yan parecía exhausta.

No fuimos al restaurante del *dim sum*. Estaba de mal humor, y yo enfadada con ella por ser tan dura conmigo. Aunque Guangdong era rica, nunca tuve la sensación de tener que quedarme allí después de licenciarme. Había muchos otros sitios aún por explorar, como Beijing y Shanghai. Además, algunos cantoneses me parecían demasiado arrogantes. Tampoco hablaban mandarín, la lengua oficial de China, o preferían no hablarlo. A menudo miraban por encima del hombro a la gente de otras provincias. Algunos mostraban una hostilidad directa con los forasteros, se quejaban de que les quitaban el trabajo a los lugareños y hacían que el tráfico fuera horrible. Casi todos los días oía a los cantoneses referirse a los extranjeros como «paletos del norte», pensaban o les gustaba pensar que todos eran gente de pueblo retrasada con modales violentos. Me frustraba ver a Miao Yan tan decidida a quedarse en un lugar donde los extraños no eran bienvenidos.

Por otra parte, sentía que su arrebató era más que una simple reacción a mi rechazo del puesto. Parecía haber algo oculto, más allá de su deseo de quedarse en Guangdong. Aunque al principio de nuestra amistad la veía como una persona feliz, después de pasar con ella un tiempo había empezado a pensar que no era cierto.

Al día siguiente, cuando fui a visitarla para asegurarme de que estaba bien, parecía más viva que nunca, como si no hubiera pasado nada el día antes.



Cuando llegó el verano tres semanas después de las elecciones, todo parecía más brillante. En Guangzhou el verano se imponía y parecía eterno. Incluso después de llevar más de una década viviendo aquí y haber visto todas las estaciones, lo que más recuerdo es la luz cegadora del verano y cómo salía el sudor por los poros de la piel. Aquel año fue especialmente caluroso. Debido al calor seco y abrasador, la hierba de detrás del Cinco Oeste se volvió amarilla en una semana. El nivel del agua en los estanques bajó al mínimo, y se veía musgo como una mancha en las paredes oscurecidas. Cuando el sol estaba en pleno apogeo, el campus parecía vacío, todo el mundo estaba haciendo la siesta en su residencia o en una de las bibliotecas, donde los ventiladores del techo giraban a toda velocidad. Nuestra residencia no tenía aire acondicionado, era como una sauna cuando la temperatura llegaba al récord de

treinta y ocho grados centígrados durante varios días consecutivos. Aunque yo tenía la cama arriba y la ventana estaba abierta toda la noche, corría poca brisa.

Entonces había que ocuparse de los mosquitos. Los de Guangzhou eran de un tamaño inusitado. Los cantoneses decían que con tres mosquitos se podía comer. Por supuesto, exageraban, pero nunca había visto mosquitos tan grandes como los de allí. Tenían el cuerpo gris y las patas extremadamente delgadas y largas. Si no cerraba bien la mosquitera, o si sin querer la abría de una patada mientras dormía, cuando me despertaba estaba toda llena de picaduras; los mosquitos estaban tan saciados con mi sangre que ni siquiera podían volar. Una vez me picaron en los dos párpados y los tuve inflados durante días. Probé todo tipo de pesticidas y repelentes, pero no ayudaban, aquellos mosquitos parecían inmunes.

Si me preguntan qué es lo que menos me gusta de Guangzhou, diría que los veranos. Pero el verano era la estación de Miao Yan. Le encantaba llevar ropa atrevida. A diferencia de la mayoría de chicas, que preferían tener el rostro pálido, ella nunca temía ponerse morena. Aunque estaba ocupada buscando empleo, cada tantos días se paraba en mi habitación para enseñarme el nuevo modelito que se había comprado. Un top era transparente excepto en el pecho, otro no tenía tirantes, al estilo ajustado de un corpiño. Cuando le preguntaba de dónde había sacado el dinero, decía «tengo un trabajo de media jornada». Pero nunca contaba cuál era el trabajo.

Un día, alrededor de las cinco de la tarde, justo cuando dejé la mochila para ir a la cantina a comprar la comida, Miao Yan irrumpió en mi habitación. Sin decir nada, me arrastró por la escalera hasta su cuarto. Entre jadeos, cerró dos veces la puerta desde dentro. Como siempre, no estaba ninguna de sus compañeras, sin saber cómo, siempre que Miao Yan estaba en casa durante el día, sus compañeras estaban fuera. Se acercó a la ventana, asomó la cabeza, miró a ambos lados y la cerró, luego bajó una gran bolsa rosa de la cama y sacó un vestido negro.

—¡Mira lo que he comprado hoy! ¡Pruébatelo! ¡Tienes que probártelo!

Le brillaban los ojos, tenía las mejillas sonrosadas de la emoción. Sujetaba el vestido con las dos manos y me miraba con una expresión de esperanza y ánimo en el rostro. Casi antes de darme cuenta, ya tenía los dedos en mi cintura y me desabrochaba el cinturón. La aparté de un empujón e insistí en cambiarme dentro de su mosquitera. Ella frunció el ceño y me lanzó una mirada burlona, pero accedió.

—¿Tienes que cerrar la red? Prometo no mirarte.

—De ninguna manera.

—¿Por qué tanta historia? A mí no me importa que mires cuando me cambio de ropa.

—A mí sí.

—Eres una chica de campo incorregible.

—Te estoy haciendo un favor —dije—. De lo contrario ni siquiera miraría el vestido.

Eso la paró. Me dejó sola y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. Luego se sentó en una silla, se balanceó a derecha e izquierda, con la mirada fija en la cama. Cuando me quité los pantalones tejanos y la camiseta ya había perdido la paciencia.

—¡Date prisa! —gritó.

Me senté en su cama en ropa interior, con el vestido en la mano. Tardé más de un minuto en comprender cómo se suponía que había que ponérselo. En cuanto lo entendí cambié de opinión.

—¿Quién ha hecho este estúpido vestido con tan poca tela? ¡Es imposible de llevar!

—exclamé.

—Ay, mi niña, vas a ponértelo. —Miao Yan agarró rápidamente los pantalones tejanos por una de las perneras que colgaba por fuera de la red, y enseguida los escondió detrás de la espalda—. Sólo te devolveré los pantalones si te pones el vestido —dijo con firmeza.

Tenía que ponerme el vestido.

—¿Qué haces ahí arriba? ¡Baja! —Abrió la red de un tirón—. ¡Quiero verte con el vestido!

—Devuélveme los pantalones.

—Primero baja.

Me agarró de la mano, en la otra llevaba un gran espejo. Se produjo un silencio incómodo cuando bajé la escalera. Supuse que pensaba que el vestido me quedaba fatal. Si no me tuviera agarrada de la mano habría vuelto a subir para volver a ponerme mi ropa.

—Ahora puedes mirar el espejo —dijo.

En cambio, la miré a ella, nunca la había visto tan seria. Se le unieron las cejas, luego se extendieron como las alas de un águila.

—¡Los zapatos! —exclamó.

Apoyó el espejo contra una pared y se tumbó boca abajo, con la mejilla casi prieta contra el polvoriento suelo de cemento mientras buscaba debajo de todas las camas y escritorios. Cuando por fin encontró un par de zapatos negros de piel de mi número, utilizó un trozo de pañuelo de papel para limpiarlos, luego me ordenó que me sentara en una silla y me los puso.

—Son baratos, pero deberían irte bien —dijo.

—Calma, con suavidad, me estás matando. —No podía soportar el dolor. Los zapatos eran de punta.

—Sólo un segundo, cariño. Ahora te puedes poner de pie.

—No creo que pueda. —Casi perdí el equilibrio en el momento de apoyar todo mi peso sobre los tacones.

—No me agarres del brazo. Sólo abre un poco más las piernas. Sí, así.

Tiré del vestido arriba, abajo, luego a un lado, antes de atreverme a mirarme en el espejo. El vestido se ceñía a mi cuerpo como un guante de látex, desvelaba todas las curvas. En el espejo parecía delgada y alta. El cuello, el torso, los brazos y piernas se veían pálidos por el contraste con el vestido negro.

—Saca pecho. No te mires los zapatos. Ponte recta, que no te tiemblen las piernas —ordenó, mientras me examinaba, luego murmuró—: Hay algo que *no funciona*.

Fue hacia el escritorio y volvió con un peine.

Me levantó la barbilla con una mano y utilizó la otra para jugar con mi pelo. Parecía muy seria. Cerré los ojos y decidí ceder a sus cuidados.

Me peinó el pelo, que me llegaba hasta la barbilla, varias veces, volvió a hacerme la raya para colocarla un poco más a la izquierda, sacó varios mechones de detrás de la oreja derecha a la mejilla y removió el flequillo para que un lado cubriera parte del ojo. Me puso laca por toda la cabeza para darle el toque final.

—¡Ya está! —anunció.

Abrí los ojos y en aquel momento se le cayó el peine de la mano, que me dio en el seno derecho y casi se quedó enganchado en la tela pegajosa antes de llegar al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Miao Yan, que enseguida tendió una mano para examinar el vestido donde le había dado el peine. Aunque sólo estaba comprobando la tela, me sentí aterrorizada por el repentino roce de sus manos en mi pecho.

—No retrocedas, no veo bien. —Fruunció el ceño.

—Deja que lo haga yo. —Me aparté aún más de ella.

—No te voy a tocar, sólo estoy mirando la tela.

—Puedo hacerlo yo.

—No sabes dónde te ha dado el peine. —Se acercó.

—No pasa nada. No me ha dado fuerte, no me ha hecho daño —dije yo.

—Eso no es lo que me preocupa. El vestido es caro —replicó, al tiempo que se acercaba a mi pecho.

—Ya entiendo —dije, un poco desilusionada—. Entonces se trata de tu vestido.

—No ha causado desperfectos. —Levantó rápido la cabeza y esbozó una sonrisa de alivio, ahora con las manos en la cintura.

Puse la espalda recta y encogí la barriga, como me había indicado. Aunque no me lo hubiera dicho, tal vez lo habría hecho de todos modos porque el vestido era muy ajustado.

Estudié con detenimiento mi imagen en el espejo. El vestido quedaba suspendido

desde el cuello por dos tiras finas cubiertas de brillantes lentejuelas plateadas. Un cuello alto unía las tiras en la nuca, los extremos se balanceaban sobre la espalda desnuda. El escote llegaba hasta casi por encima de los pezones. Los senos hacían que sobresaliera el vestido hasta formar un puente arqueado en el pecho, tenía los pezones erguidos por el roce de la tela. El vestido me quedaba perfecto en la cintura. Por debajo, se ajustaba a las caderas en forma de pera y terminaba a medio camino entre las caderas y las rodillas. La mayor parte de los muslos quedaban al descubierto, la piel delicada y firme. La cremallera trasera empezaba un poquito más abajo de la cintura y llegaba hasta el final del dobladillo. Llevaba la espalda completamente al descubierto, a excepción de las dos tiras que colgaban.

Muda e inmóvil, sentía cómo el corazón latía contra las costillas. Estaba exultante, curiosa, perpleja, desconcertada, todo a la vez. No podía creer que yo fuera la persona del espejo. Aquel cambio repentino me hacía sentir desnuda del todo y quise taparme con una manta.

Miao Yan estaba a un paso detrás de mí con el vestido de seda beige, el pelo largo sobre las mejillas, que hacía que la cara pareciera muy pequeña. Me miraba o, para ser más exactos, contemplaba mi imagen en el espejo, como un pintor impresionado por su propia obra maestra.

—Por lo menos una 95 B. Preciosa. Este vestido está hecho para ti. Sexy... a esto se le llama ser sexy.

A menudo recuerdo aquella tarde, el instante en que me quedé mirando mi imagen en el espejo con semejante asombro y desconcierto. En ese momento me di cuenta de que podía ser alguien completamente desconocido para mí misma: una mujer. Podía ser mujer. Aquel descubrimiento era a la vez frustrante y devastador, porque suponía un brusco desafío y un golpe a mi confianza en controlar mi destino de joven despreocupada. Un simple vestido negro podía convertirme en una mujer, y eso resultaba muy extraño. Aquella misma tarde, después de probarme el vestido, por primera vez me sorprendí reflexionando sobre lo que significaba «hacerse mujer».

Era una calurosa noche veraniega de junio, justo tres meses después de conocer a Miao Yan. La habitación estaba en silencio y a oscuras. Pingping y Donghua estaban profundamente dormidas, Pingping emitía leves ronquidos. En aquella época salía mucho por la noche y no volvía a la residencia hasta cinco minutos antes del toque de queda.

Despierta, recordaba el momento en que me di cuenta de que los niños podían orinar de pie, y yo tenía que agacharme. Era pequeña por aquel entonces, pero ya sabía que era distinta de los chicos, aparte de por tener el pelo largo. Cuando los chicos me lanzaban miradas en el colegio, el pánico se apoderaba de mí y me daba un poco de asco porque debían de ser malos estudiantes. Los buenos niños y niñas estudiaban mucho, iban a la universidad, mientras que los niños y niñas malos acababan en una fábrica con trabajos de baja categoría. Eso era lo que me decían mis padres y los profesores. No me hablaban de los ciclos menstruales ni de pechos en crecimiento. Tuve que aprender todas esas cosas sola.

Cuando me vino el periodo por primera vez pensé que era vergonzoso, pero acepté el hecho de que todas las chicas tenían que pasar por el proceso de crecimiento. Deseaba ser un chico para deshacerme de aquel incordio mensual. No sé cuándo empezó, pero quería mantenerme al margen de los chicos. Algunos estudiantes se habían hecho pareja en el colegio, pero no eran santo de la devoción de los profesores, que los condenaban, y sus compañeros de clase se reían de ellos. Se consideraba «sucio» tener un novio o novia a esa edad. Yo no quería ser uno de esos «malos estudiantes». En realidad no pensaba en absoluto en chicos, sólo quería entrar en la universidad de mis sueños.

Aquella actitud se prolongó incluso al llegar a la universidad. Quería una sencilla vida estudiantil, centrarme en los estudios, pero Miao Yan me había abierto una puerta con un letrado que me invitaba a «hacerme mujer». Entonces me sentí perdida. Nadie me había enseñado nada de eso. Pensé que tenía que ver con el sexo, que me era aún

más ajeno. Luego supe que podía ser cierto, pero psicológicamente en realidad se trataba de cómo me veía a mí misma. Cuando Miao Yan me dijo que se había hecho mujer a los trece años, le creí. Siempre decía que era una mujer, parecía orgullosa de sí misma y la manera que tenía de decir «niña» era como si se refiriera a algo pequeño y débil.

—Mujeres... niñas... niñas... mujeres... —susurré sin cesar. Cuando por fin me quedé dormida, soñé que hacía volar una cometa, adormilada, con los ojos entreabiertos. Estaba de pie en el tejado plano. Sólo veía el vacío cielo gris, no había árboles. El techo era suave como el chicle masticado. Veía agujeros por todas partes, algunos grandes y profundos como pozos, que me obligaban a ir dando saltos como una rana. No tenía el carrete en la mano, pero la cometa seguía mis pasos en el cielo. A veces me detenía, miraba la cometa y también se paraba. Oculta entre la niebla, no tenía forma ni color. Empezó a llover, gotas rápidas y densas. Se me estaba empapando la ropa y pesaba tanto que ya no podía saltar. Tenía que moverme centímetro a centímetro en el espacio entre los agujeros. La lluvia me seguía a todas partes, pero no había rastro de agua en el tejado. Alcé la vista hacia el cielo. No llovía. Las gotas que me caían eran las lágrimas de la cometa.

Pregunté en el sueño: «Cometa, ¿por qué lloras?». La cometa no contestó. Se estaba derritiendo, se disolvía por sus propias lágrimas. Cuando volví a levantar la mirada, la cometa había desaparecido del todo en el cielo.

Eran las cuatro de la mañana cuando me desperté. En cuanto abrí los ojos descubrí avergonzada que tenía las manos en el pecho colocadas como si fueran un sujetador adicional. Siempre dormía con el sujetador puesto, Miao Yan se rió cuando se lo dije. Aparté las manos, presurosa, y me toqué la frente, donde se había formado una capa de sudor frío. Despierta del todo, con el sueño en la cabeza, empecé a pensar si la cometa era Miao Yan. Me pregunté por qué lloraba y por qué no contestaba. Por un momento me preocupé tanto que sentí la tentación de levantarme e ir a llamar a su puerta. Me parecía un sueño triste, pero no le encontraba sentido. Cuanto más intentaba analizarlo, más confusa me sentía.

Entonces oí movimientos en la cama de Donghua. No estaba dormida, arreglaba la parte inferior de la mosquitera para meterla debajo del colchón. Bajo la luz de la luna vi que salía su mano por la apertura de la red. Pensé que iba a levantarse a tejer, pero cerró la mosquitera con suavidad con una aguja. Luego se tumbó y empezó a tocarse. A pesar de la red veía que deslizaba las manos por el pecho y las bajaba hacia la parte inferior del cuerpo. Luego oí sus suaves jadeos, entrecortados, durante unos minutos. Al final dejó escapar un largo suspiro de satisfacción. Luego se quedó en silencio, como si estuviera agotada de tocarse.



Me gusta pensar que Miao Yan y yo siempre estuvimos juntas durante aquel verano del 92. Recuerdo con claridad su piel bronceada y muchas de sus prendas sexys de aquella época. En realidad apenas la vi durante los tres meses. Al principio hubo unas vacaciones de verano de dos meses, luego estuvo de prácticas un mes en Shenzhen, era su último curso.

Justo antes de la pausa de verano me pidió que escribiera su trabajo de fin de carrera. Al entrar en mi habitación aquel día la vi leyendo en mi escritorio. Pingping y Donghua debían de estar en la cantina comprando la comida. Miao Yan me visitaba con tanta frecuencia que las dos sabían que era mi mejor amiga y la dejaban pasar aunque yo no estuviera. Miao Yan nunca se molestó en presentarse, ni me dejó que se las presentara. «Una amiga es más que suficiente», dijo una vez. Cuando mencionaba a mis compañeras de habitación decía, por ejemplo: «Esta mañana he ido a tu habitación, pero no estabas. La chica delgada me ha dicho que habías ido a la biblioteca». Siempre se refería a Pingping como «la chica delgada» y a Donghua como «la chica negra que teje». Sin embargo, utilizaba «esa mujer misteriosa» para

describir a Yishu, aunque sólo había visto una fotografía de ella. Le pregunté por qué Pingping y Donghua eran «chicas» y Yishu una «mujer».

—Me gusta cómo sonríe, tiene una sonrisa seductora. Es una mujer como yo —contestó.

A veces, cuando estaba tumbada en la cama, levantaba el espejo pequeño, me observaba e imitaba la sonrisa de Yishu. Era un ejercicio difícil. Nunca entendí del todo qué tipo de sonrisas eran «seductoras».

Dejé la bolsa y me coloqué al lado de Miao Yan. Ella no se dio cuenta. Parecía del todo absorta, con la cabeza tan baja que casi tocaba el libro que tenía en el regazo. Era miope, pero rara vez llevaba gafas porque, según ella, no le quedaban bien. Cuando iba a clase o veía una película, llevaba lentes de contacto, pero otras veces era demasiado vaga para ponérselas.

Me sorprendió ver a Miao Yan enfrascada en la lectura. No leía libros a menos que fuera imprescindible. Aborrecía los libros de texto, decía que eran una tontería, y no los abría excepto cuando tenía que aprobar los exámenes. Cuando iba a la biblioteca a buscarme, se quejaba del ambiente estricto y decía que no soportaba ver centenares de personas en una sala sumidos en un silencio sepulcral. De hecho, la mayoría de sus libros de texto parecían casi nuevos. Estaban amontonados, desbordaban su escritorio porque no tenía estanterías. Cuando iba a librerías compraba cintas de música, postales, pero nunca libros. Por irónico que parezca, le gustaba saber lo que yo estaba leyendo, y siempre le interesó mi colección de libros. Rondaba por delante de mi librería, que casi llegaba al techo, y comprobaba mis últimas adquisiciones. Si yo estaba ocupada, se sentaba, escogía varios libros y los hojeaba rápido y sin parar en ninguna página durante más de unos segundos, como si sólo quisiera ver si en alguna había defectos o marcas.

—¿Qué estás leyendo? —Tendí la mano hacia el libro.

—*Fortaleza asediada*, de Qian Zhongshu. Bastante interesante. —Levantó la cabeza vigilante y se puso el libro en la espalda.

Me quedé pálida. Había escrito muchos comentarios y notas en los márgenes del libro. Era casi como mi diario.

—¿Qué quieres decir con que «existe un muro invisible entre la gente, que les impide...»

—¡No leas mis notas!

—¿Sabes qué? Un amigo mío me dijo exactamente lo mismo. Me habló de este libro. Estaba segura de que lo tendrías, así que vine.

Me pregunté quién era «él». Nunca me había mencionado a ninguno de sus amigos, por lo menos nadie que leyera ese tipo de libros serios.

—¿Quién es ese amigo? —pregunté.

—No des por sentado que sólo tengo amigos superficiales.

—No lo hago. ¿Pero quién es?

—Lo conocerás algún día.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Algún día, ya te lo he dicho. —Se encogió de hombros.

Como sentía una urgencia desesperada de que me devolviera el libro, dije:

—Esos libros no te interesarán. Si de verdad quieres leerlo, saca un ejemplar de la biblioteca.

—No encontraba mi tarjeta de la biblioteca. Además, al viejo que vigila en la puerta no le gusta el sonido de mis zapatos de tacón contra el suelo. Una vez me pidió que me quitara los zapatos.

—Puedo conseguirte un ejemplar.

—Pero a mí sólo me gusta el tuyo. —Se echó a reír y se apartó de mí con el libro en la espalda.

—Puedes llevarte otros libros. —Escogí uno de la escritora taiwanesa San Mao de la estantería y se lo di. Sabía que le gustaba San Mao y que siempre había querido viajar por el mundo como ella.

—No. Sólo quiero este libro. No te lo devolveré a menos que... —Cogió su bolsa del

suelo y, como un mago, sacó un montón de libros, una caja de bolígrafos y un cuaderno de papel blanco—... a menos que accedas a escribir mi trabajo de fin de carrera.

Acepté, porque quería que me devolviera el libro y porque pensé que si no la ayudaba ella no sería capaz de escribir el trabajo de fin de carrera.

—Sabía que me dirías que sí. —Dio un salto.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo sé sólo con mirarte. —Luego me dio una palmadita en la espalda, sonriente—. No trabajes mucho. No hace falta que seas creativa.

Tú sólo copia una idea de uno de esos libros de referencia, cualquiera está bien. De todos modos nadie leerá mi trabajo de fin de carrera. Sólo forma parte de esos estúpidos requisitos para licenciarse.

Antes de poder decir nada se metió mi *Fortaleza asediada* bajo el brazo y salió corriendo por la puerta. Oía el eco de su risa cantarina en el pasillo.

Cumplió su promesa y me devolvió el libro pasados unos días. Estaba manoseado y tenía la tapa arrugada, pero yo me alegraba de volver a tenerlo.

—Tú no lees libros, tú te los comes. —Intenté alisar las esquinas curvadas de las páginas—. Nunca volveré a prestarte libros.

—¡Anímate! Deberías estar contenta de que me haya gustado tu novela. Ahora puedes hablar de libros conmigo. También me han gustado tus notas, pero me han parecido... eh... demasiado abstractas. Mira, ahora mismo no recuerdo ninguna. ¿De verdad pensabas así cuando leíste el libro?

—No lo sé. Mejor que no las recuerdes.

Examinó mi rostro durante unos minutos.

—Eres un ratón de biblioteca, la mayor soñadora que he visto jamás. —De pronto soltó una carcajada.

Sabía que se refería a mis notas. Crucé los brazos y fingí estar enfadada.

—De acuerdo, no te tomaré más el pelo. —Se puso seria—. ¿Sabes qué? Después de leer el libro empecé a pensar que vivo en una fortaleza asediada.

—Todo el mundo vive en una fortaleza asediada, más o menos —contesté.

—Yo vivo dentro y tú fuera. O al revés. Nunca podemos vivir en el mismo lado. —Dejó escapar un profundo suspiro, como si hubiera descubierto la verdad más profunda sobre la Tierra.



Las vacaciones de verano empezaron a principios de julio y, tras unos días de limpiar y empaquetar, Donghua y Pingping habían vuelto a sus ciudades natales y no volverían para el semestre siguiente hasta finales de agosto. Entre el día en que terminaron los exámenes finales y el de su marcha, Donghua tejió día y noche para cumplir su objetivo: un jersey para su hermano y una bufanda para su tía. Siempre que la veía durante esa semana, o estaba sentada en su cama tejiendo con la mosquitera levantada, o dormida con la tela bajada. Cuando estaba despierta se apoyaba en dos o tres almohadas apiladas y se quedaba en la misma postura durante horas, con una mirada solemne en el rostro, tejiendo.

No volví a mi ciudad a visitar a mis padres durante las vacaciones de verano como tenía pensado. Les escribí para decirles que estaba participando en un proyecto de investigación de mi departamento y que debía quedarme en el campus para ayudar. Era mentira. En realidad encontré un trabajo de verano enseñando inglés a un alumno de la escuela secundaria tres veces por semana durante tres horas cada sesión. Me pagaban diez yuanes la hora. Si no perdía ninguna clase, ganaría quinientos cuarenta yuanes, lo suficiente para pagarme el viaje a la ciudad de Miao Yan en las vacaciones de invierno, mi plan secreto. Me ponía contenta cada vez que pensaba en la sorpresa que sería para ella.

Miao Yan nunca me contaba mucho de Yunnan ni del pueblo miao. Siempre que le

preguntaba decía que los miao de su zona eran como los han. «¿No me ves comer arroz y hablar mandarín todos los días?», decía. Al cabo de un tiempo dejé de preguntarle y en cambio hice mi propia investigación. Una vez leí en una guía de viajes que los miao tenían la costumbre de «secuestrar novias», y uno de sus festivales se llamaba «Caminando sobre las montañas de flores».

Otro motivo por el que decidí quedarme en el campus era porque tenía que escribir el trabajo de fin de carrera de Miao Yan. Aunque me arrepentí de haber aceptado sin dudar el proyecto de un mínimo de cien páginas, me sentía obligada a ayudarla, ya que sin el trabajo simplemente no podría licenciarse.

Se fue de la universidad la semana después de devolverme el libro. Cuando le pregunté qué haría durante las vacaciones de verano, me dijo que estaría fuera del campus. Le pregunté dónde viviría, pero no me lo dijo. «Hago lo que tengo que hacer y estoy donde debo estar», dijo, sonriente.

Luego dijo que tenía que marcharse corriendo porque había quedado. Antes de poder contestar, se había ido.

Era la primera vez que me quedaba en la residencia en vacaciones. La mayoría de estudiantes se habían ido a casa, y los que se quedaban estaban trabajando o preparándose para algún examen. Yo era la única en mi planta, pero había algunas chicas en las otras, se veía cuántas habitaciones estaban ocupadas por la colada que colgaba del tendedero en el pasillo. La cantina abría sólo media hora, con dos ventanas que servían comida para llevar. Los cocineros parecían dormidos y bostezaban con frecuencia. Habían aparecido telarañas en las esquinas de la puerta cerrada de la cafetería. A través de las ventanas polvorientas se veían sillas colocadas del revés encima de las mesas.

Junto con la mayoría de estudiantes, las ratas habían desaparecido. Parecía que había muchos menos mosquitos y algunas noches ni siquiera necesitaba colgar la mosquitera.

No había ropa en el tendedero de la habitación de Miao Yan. Una vez fui a ver si había dejado algún dato de contacto en la puerta. No lo había hecho.

Como mis clases particulares no iban a empezar hasta una semana más tarde, organicé un horario para mantenerme ocupada. Mi tiempo se repartía entre la práctica con el violín, escribir el trabajo de Miao Yan, leer, escribir poemas o reseñas de libros y correr por el campus... empecé a encontrarle el gusto a correr. Me sentía bien por controlar mi tiempo. A veces, cuando corría por los bosques silenciosos, tenía una extraña sensación de que el tiempo se había detenido y yo corría en el mismo sitio, a la misma velocidad. El cielo, las carreteras curvas, las abejas y serpientes, las agujas de pino en el suelo, las hojas que crujían bajo mis pies, parecían formar parte de una enorme fotografía fija. Hasta que no salí del bosque y oí a la gente hablar no empezó a diluirse aquella sensación, luego volví a tener los pies en la tierra.

Un día vi un pequeño cartel en el tablón de anuncios de una librería recién inaugurada en el centro que se enorgullecía de tener una amplia colección de ficción. Después de comer tomé un autobús hasta allí. Un atasco provocado por un choque múltiple hizo que el autobús se parara con mucha frecuencia. El conductor, era obvio que era nuevo, manejaba el vehículo con movimientos bruscos. Tuve que agarrarme a los laterales del asiento de delante con fuerza para evitar caerme. Cuando bajé me sentía mareada.

La librería estaba cerca de la estación de autobuses, en medio de una casa larga de ladrillo. Fuera había un manojo de globos atado a un montón de libros sobre un escritorio. El propietario rondaba la cuarentena y llevaba una camisa blanca y una corbata. Me saludó en el umbral con un cupón de cinco yuanes.

—Acabo de abrir la tienda, por favor, compre sus libros aquí —dijo en mandarín, luego hizo una profunda reverencia.

La librería tenía una sala, un poco más grande que mi habitación en la residencia. Dos estanterías desvencijadas mostraban la llamada «amplia colección de ficción», de la cual más de la mitad consistía en novelas de kung fu. El resto de los estantes contenía

revistas, tiras de cómic o libros populares sobre Qi Gong o inversiones. Dos niños de siete u ocho años estaban leyendo tiras de comic. Un joven de camiseta negra estaba enfrente de la sección de revistas, tarareaba *I have nothing*, el mayor éxito de rock de aquel año. Un viejo tenía en las manos un libro de Qi Gong, con los ojos entornados.

Como no quería decepcionar al propietario, compré *El camello Xiangzi* de Lao She, que ya había leído. Pensaba dárselo a Miao Yan, tal vez le gustaría aquella novela de humor aunque trágica. Desde que leyó *Fortaleza asediada*, me había pedido que le recomendara otros libros. Sospechaba que aquel cambio tenía algo que ver con el amigo al que había mencionado. Si esa persona leía un libro como *Fortaleza asediada*, debía de ser muy distinto de los otros hombres con los que había salido Miao Yan. De pronto se me ocurrió una idea: podía ser el novio de Miao Yan. Quizás estaba con él en ese mismo momento. Me sentí un poco celosa y triste, pero decidí no preocuparme con mi especulación.

No volví a la universidad enseguida, sino que caminé por el vecindario para recuperarme del mareo del trayecto. Al pasar junto a una casa con la puerta abierta, vi a un anciano con ropa tradicional que interpretaba una ópera cantonesa en el interior. Movía los brazos y las piernas despacio, pero con mucha fuerza. Había gente, tal vez una docena, sentada en taburetes que le observaban y aplaudieron cuando el anciano terminó un recital extremadamente largo. Había oído hablar de aquel arte local, se decía que estaba desapareciendo porque interesaba poco a los jóvenes.

Llevaba sólo un rato observando cuando una mujer alta del público me hizo una señal para que entrara. Me senté en un taburete cerca de la puerta y miré a mi alrededor: era la única joven de la sala.

Aunque hablaba poco cantonés, entendía bastante. Tras observar cinco minutos me quedó claro que la historia estaba basada en Mu Lan, una heroína que, vestida de hombre, sustituía a su padre para luchar en una guerra. Era aburrido verlo porque no había música y el anciano era extremadamente lento, podía quedarse en la misma posición más de un minuto. Por suerte, pronto hizo una pausa y la mujer que me había invitado a entrar salió al centro de la sala y empezó a hablar de la nutrición para gente mayor. Dijo que la sopa de pulmón de cerdo podía prevenir el cáncer y la de cabeza de pescado ayudaba a la vista. En aquel momento me fui.

Seguí caminando y enseguida llegué a una calle transitada. Hacía mucho tiempo que no iba al centro sola. Cuando paseaba con Miao Yan rara vez prestaba atención a mi alrededor, simplemente dejaba que me llevara donde ella quería.

La calle estaba abarrotada de gente. Pasaban por mi lado —guapos, feos, gordos, flacos, pecosos, con cicatrices, empolvados, contentos, cansados—, como un río. Cada rostro era único, pero sabía que no los recordaría. De pronto me vino la extraña idea de que si viera la cara de Miao Yan entre todas las demás, no la reconocería.

Seguí a la multitud por la calle hacia la estación de autobuses. Un sedán negro con matrícula militar se saltó el semáforo, separó a la muchedumbre y casi atropelló a un peatón. En cuanto pisé la acera oí el rugido de los coches cuando tuvieron el semáforo en verde.

Bajo un árbol junto al borde de la calzada una anciana vendía libros de segunda mano en un trozo de plástico manchado. Llevaba un sombrero de paja con el ala rota, y tenía las piernas delgadas y morenas cruzadas debajo. Miró con atención a los peatones como si pudiera atraerlos de algún modo con la mirada hacia su puesto destartalado. Escogí algunos libros, todos eran copias piratas de las novelas románticas más populares del mercado.

Mientras esperaba el autobús vi que se estaba celebrando una feria de empleo dentro de un instituto a poca distancia. Con la leve esperanza de encontrarme a Miao Yan, entré. Algunas empresas, al no encontrar espacio dentro, habían colocado sus casetas en la entrada. Allí donde mirara veía gente en busca de trabajo, de pie, en cuclillas o sentados, con un maletín o una carpeta en la mano. La mayoría hablaba mandarín. Dos guardias de seguridad de uniforme, ambos con porras, se abrieron paso a empujones entre la multitud, uno gritaba «¡Guarden la cola!», el otro «¡Cuidado con

los carteristas!», así que casi me sentí aliviada de no encontrar a Miao Yan en aquel desorden.

Cuando volví a la universidad estaba contenta de verdad de ver escenas familiares en el campus: las plantas relucientes, los edificios históricos señoriales y la gente que paseaba por las amplias calles.

Cuando entré en mi habitación al día siguiente por la mañana, vi a Yishu acostada en la cama, leyendo *La rosa roja y la rosa blanca* de Zhang Ailing (Eileen Chang). Aunque no había leído a Zhang Ailing, sabía que era más famosa en los años cuarenta por sus complicadas historias de amor.

—¡Estás aquí! —dije, sorprendida de verla. Acababa de volver de la biblioteca, donde había estado haciendo investigaciones para el trabajo de Miao Yan, había decidido escribir sobre la reforma del sistema bibliotecario tras la Revolución Cultural. Era aburrido leer esos libros de consulta, pero estaba satisfecha de ir avanzando.

Yishu asintió, casi a modo de disculpa.

—Estoy esperando a una amiga —dijo, luego volvió a sumirse en la lectura. Mantuvo la cara de póquer mientras leía, y no sabría decir si sentía interés, entusiasmo, emoción o tristeza.

Yishu era una belleza a la antigua usanza. Tenía los ojos almendrados, la forma preferida por tradición para una chica guapa. Los tenía brillantes y serenos, con las dos cejas oscuras perfiladas con pulcritud y arqueadas. Tenía la punta de la nariz ligeramente levantada, lo que le daba un aire occidental, incluso añadía un toque travieso a su cara oval. Tenía las piernas largas, no huesudas como las de Pingping, sino bien proporcionadas, con los músculos fibrosos. Decía que tenía las piernas musculosas de practicar ballet en la escuela de primaria. Medía más o menos como Donghua, pero parecía por lo menos diez centímetros más alta.

Me senté en mi escritorio y empecé a ordenar los cajones y la estantería. Cuando tomé un libro de texto de la librería, se deslizó una fotografía y cayó boca arriba en el suelo. La recogí. Era una fotografía de Miao Yan con un vestido miao tradicional. No debía de tener más de siete años cuando se la hicieron. Bailaba con un grupo de niños de su edad frente a una casa de bambú, moviendo los brazos por encima de la cabeza y con una pierna levantada alta en el aire. Su cara redonda y sonriente estaba medio cubierta por un sombrero elevado y demasiado grande decorado con un bordado colorido. Alrededor del cuello llevaba un collar brillante encima de dos cintas con un bordado muy complejo metidas en forma de uve en el cinturón. Aquella fotografía era la única de su álbum en la que llevaba un vestido miao. Sin embargo, a ella no le gustaba y siempre decía que la iba a destruir. Yo se la había robado por si decidía tirarla un día.

—¿Quién es esa chica? —Era obvio que Yishu se había dado cuenta de que la fotografía se había caído del libro.

—Mi mejor amiga. Es una miao y se llama Miao Yan, que significa «ganso salvaje». Su familia vive en Yunnan. Estudia biblioteconomía. —Me sorprendió que quisiera revelar tanta información a Yishu. Tal vez tenía ganas de hablar con ella, era bastante distinta de las otras chicas de mi clase. O tal vez me sentía sola en la residencia.

—No sabía que era de una minoría. Pensaba que era una han como nosotros. La he visto alguna vez en el Cinco Oeste, es guapa.

—Sí, pero no le gusta esta foto suya con el vestido miao.

—Está realmente adorable en esa foto.

—Yo también lo creo, pero ella piensa que parece una chica de campo. Le gusta llevar ropa sexy.

—Entonces igual que una buena amiga mía. Sabe que tiene un buen cuerpo y siempre quiere enseñarlo.

—No la he visto nunca.

—No estudia aquí. —Yishu se sentó y dejó el libro en el regazo—. ¿De qué conoces a esa chica miao?

—Ah —dudé, no tenía ganas de contarle lo de la azotea—. Nos conocimos por una

amiga en común. ¿Cómo conociste tú a tu amiga?

—Igual, por una amiga en común —se apresuró a contestar.

Se produjo un silencio. No lográbamos sentirnos relajadas. Yishu devolvió la mirada a su libro. Pasó algunas páginas, lo cerró, luego lo abrió de nuevo.

Advertí que había otro libro en la cama de Yishu. Parecía nuevo.

—¿Has ido a una librería? —Señalé el libro.

—Ah, eso. —Yishu tomó el libro y me lo dio—. Es *El amante*, de Marguerite Duras. La semana pasada me lo regaló una amiga por mi cumpleaños. Me dijo que ya podía leer este tipo de libros ahora que tengo diecinueve años. —Se echó a reír.

Leí la nota de la tapa y hojeé las páginas: una historia de amor entre un chico y una chica francesa de quince años en Vietnam.

—Acabo de leérmelo por segunda vez. Es un libro bonito. Te enamorarás de él en cuanto lo abras —dijo ella, luego preguntó—: ¿Crees que es posible ese tipo de amor? Quiero decir, que un hombre ame a una chica tan joven. —Se quedó mirándome con los ojos brillantes.

No sabía qué contestar.

—Supongo. Nunca he leído nada parecido —dije, y pensé que era una respuesta estúpida. Yishu debía de esperar de mí algo más inteligente. Le devolví el libro.

—El amor es misterioso, ¿verdad? —Tomó el libro y acarició la tapa con suavidad.

Recordé que una vez Yishu afirmó que creía en el verdadero amor, lo definía como conocerse mutuamente, comprenderse y entretenerse. Esa definición me sonó más parecida a la amistad íntima que a un romance.

Pingping me había dicho que Yishu tenía un novio y que llevaban años juntos, pero ni Pingping ni yo lo habíamos conocido ni habíamos visto una fotografía de él. Sólo había una de doce centímetros por dieciséis en su escritorio, segura en un marco de cristal junto a su jarrón de vidrio. Había dos chicas en la fotografía. Una era Yishu, y la otra, según ella, era su mejor amiga desde la guardería. La foto se había tomado en el parque de atracciones del este de Guangzhou justo antes de que entrara en la universidad. Estaban sentadas en el borde de una charca espalda contra espalda, cogidas de la mano. Las dos llevaban bañadores estampados y lucían una amplia sonrisa. La otra chica tenía el pelo muy corto, casi un peinado de chico, unos hoyuelos prominentes y el cuello elegante.

Sentí la necesidad de preguntarle a Yishu por su definición del amor. Acerqué un poco más la silla a su cama, pero en ese momento resonó el altavoz, alguien la esperaba abajo. Intercambiamos una sonrisa fugaz y Yishu se fue.

Me encontré con la chica de la fotografía del escritorio de Yishu pasados unos días. Tenía el mismo aspecto, aunque la cara estaba un poco más delgada y el pelo le llegaba por debajo de los hombros. Me había saltado la siesta de mediodía para hacer recados en el campus. Al pasar junto al estadio la vi paseando con Yishu en la calle principal fuera del estadio. La chica, mucho más alta que Yishu, llevaba una falda corta y blanca y una camiseta de tirantes de color amarillo intenso, y le colgaba un gran bolso rojo del hombro derecho. Un collar negro de cristal, en forma de cruz, brillaba en el cuello blanco. No las habría visto de no ser por la llamativa vestimenta de la chica.

Yishu no me vio hasta que la chica le dio un codazo y señaló en mi dirección: las estaba saludando. Al verme, Yishu esbozó una sonrisa tierna. Dije hola y la chica me saludó con un leve gesto. Yishu no nos presentó. Enseguida se fueron las dos, pasaron por la estatua blanca cerca del estadio, cruzaron el césped y desaparecieron en una pequeña zona de bosque. Ya no iban tan juntas. Antes de que los matorrales y árboles me taparan la visión, la chica miró hacia atrás por encima del hombro. Nuestras miradas se encontraron. Las dos nos dimos la vuelta a la vez. Estaba demasiado lejos para ver su expresión con claridad.

Mi alumno vivía en un barrio antiguo del distrito de Yue Xue. Como el autobús que llevaba hasta allí sólo funcionaba hasta las diez de la noche, no me quedaba más remedio que usar la bicicleta. Aunque nunca había montado en bicicleta fuera del campus universitario, no creía que fuera difícil. Una vez Miao Yan me dijo que durante el primer curso iba en bicicleta al centro de la ciudad todos los días para trabajar de camarera. «Montaba con zapatos de tacón y una falda apretada», dijo, orgullosa.

Mi primera clase fue un jueves por la tarde. Las calles de los alrededores de la universidad eran anchas, con un carril para bicicletas independiente, pero en el centro esos carriles desaparecían y tenía que dar giros bruscos entre autobuses, coches, motos y peatones. Las motos eran lo peor. Aparecían de la nada y nunca respetaban los semáforos. A menudo tenía que mirar por encima del hombro para esquivarlas al girar. En el cruce de la carretera sur de Yue Xiu y otra callejuela, una moto con tres pasajeros, uno delante y dos detrás, pasó volando desde detrás y casi me atropelló. En las calles realmente transitadas, cuando era demasiado peligroso ir en bicicleta, tenía que bajarme y caminar.

Al llegar al barrio donde vivía mi alumno me perdí. Los callejones eran lúgubres y estrechos. Pese a que hacía días que no llovía, el suelo estaba resbaladizo porque los vecinos vertían el agua sucia de lavar los platos en la calle. Todos los edificios de apartamentos tenían un aire decadente, y muchos no tenían número, igual que un barrio típico de mi ciudad natal. Nunca pensé que existiría ese tipo de sitios en Guangzhou. Tenía que recordar continuamente que necesitaba dinero para ir a Yunnan o de lo contrario debería buscar un teléfono para cancelar la cita.

Después de mucho preguntar, por fin encontré la casa de mi alumno, un edificio de seis plantas de ladrillo. Le puse el candado a la bicicleta y subí la escalera hasta la quinta planta. El piso 504 estaba en medio de un angosto pasillo y tenía dos puertas: una verde de seguridad fuera y dentro una de madera con una mirilla a la altura de la cabeza. Llamé al timbre junto al marco de la puerta y oí ruidos en el interior.

La puerta de madera se abrió unos centímetros y apareció una mujer de mediana edad con el pelo corto en pijama.

—¿Eres Chen Ming? —preguntó, con una mirada suspicaz en el rostro enjuto. Le contesté, pero aun así tuve que enseñarle mi carné de estudiante por la puerta de seguridad para que me dejara pasar. Me quité los zapatos y me senté donde ella me indicó, en un ajado sofá negro descolorido sin mucho relleno debajo ni en el respaldo. Había dos grandes ventanales en la sala de estar, ambos cubiertos con oscuras cortinas de lino que caían a medio camino entre las repisas de las ventanas y el suelo. Era una tarde calurosa. El aire acondicionado funcionaba como un viejo motor que podía estropearse en cualquier momento.

La mujer me pidió que la llamara tía Li y, mientras me servía agua congelada, gritó en cantonés:

—¡Ar Yu, sal a conocer a tu profesora!

De la sala de estar salían tres puertas. La de la izquierda se abrió enseguida un poco y apareció por la rendija la cabeza medio calva de un hombre. Se presentó como el padre de Ar Yu, dijo que estaba ocupado y pidió a su esposa que me hiciera sentir como en casa. Con una sonrisa educada, cerró la puerta.

Pasados unos minutos la puerta de la derecha se abrió y salió mi alumno: de estatura media, con gafas de montura gruesa, un polo y pantalones caqui. Me saludó con un «Hola, profesora Chen» en un tono perezoso, con las manos unidas encima de la cabeza. Su madre le pidió que se sentara a mi lado y procedió a contarme lo listo que era, las ganas que tenía de entrar en la mejor universidad y cómo ella y su padre esperaban que yo mejorara su inglés de nivel básico a superior. Escuché, al tiempo que observaba a mi alumno por el rabillo del ojo: miraba al techo, y daba golpecitos con el pie.

Cuando el reloj dio las ocho, la hora programada para el inicio de la clase, de pronto la madre del chico paró de hablar y dejó que Ar Yu y yo empezáramos la clase en aquel cuarto, pequeño y poco espacioso con una cama individual, una cómoda de plástico con cuatro cajones, un escritorio, un ventilador y dos sillas, la de piel para él

y la de madera para mí.

En cuanto su madre salió de la habitación y cerró la puerta tras ella, Ar Yu puso el ventilador al máximo. Un fuerte zumbido inundó al instante el cuarto.

—Ahora podemos hablar —dijo. Saltó a la cama, cruzó las piernas y se quitó las gafas—. ¿Estudias literatura? —preguntó.

Asentí.

—Las chicas de tu clase deben de ser románticas.

—Eso no lo sé. Empecemos la clase.

—Por supuesto, profesora Chen. —Levantó el brazo y me hizo un saludo militar.

Reprimí una carcajada.

—Entonces, ¿qué quieres aprender?

Movió la pierna arriba y abajo.

—En realidad no necesito una profesora. Si quisiera podría ser estudiante de nivel avanzado mañana.

—Bueno, tus padres me pagan diez yuanes la hora por enseñarte.

—Les pedí que me buscaran una profesora de inglés. Una chica. Tienen mucho dinero, diez yuanes por hora no es nada.

—No lo estás pagando de tu bolsillo —dije. Me pareció un niño malcriado.

—Hablas como mi madre. Es una falsa. Mi padre es aún más hipócrita. Mira este cuarto. ¡Nada! Pensaron que sería buen estudiante si no tenía fotos de chicas en la pared.

Miré alrededor. La única decoración era un mapa del mundo que ocupaba la mitad del espacio encima de la cama. Me reí.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

Se lo dije.

Me guiñó el ojo.

—Sólo eres dos años mayor que yo. Debes de haberte saltado cursos. De hecho, pareces más joven que yo. Tienes cara de niña.

—¡Eres tú el que tiene cara de niño!

—No te enfades. Creo que eres mona. ¡Ah, te has puesto roja! ¡Eres tímida!

Tomé el libro de texto de inglés del escritorio y fingí estar seria.

—Basta de bromas, empecemos la clase.

—¿Tienes novio? —Se dio la vuelta y se puso boca abajo, con la barbilla apoyada en los puños y las piernas dando patadas en el aire.

Sacudí la cabeza.

—Pensaba que todas las universitarias tenían novio.

—No tengo tiempo para eso.

—¿Qué estrella de cine masculina te gusta más?

—No me gusta ninguna.

—¿Ni siquiera Jackie Chan?

—Empecemos la clase. —Abrí su libro de texto, pensaba que sus padres me despedirían si oían nuestra conversación.

—Sólo una pregunta más.

Suspiré y dejé el libro.

—De acuerdo, la última. Hazla rápido.

—¿Crees que soy guapo? Algunas chicas de mi clase dicen que me parezco a Jackie Chan. —Se peinó el pelo a un lado con los dedos en un gesto presuntuoso. Tenía la frente ancha, los ojos grandes, la nariz recta y los labios gruesos.

—Eres un niño pequeño guapo —dije yo.

Se oyó un golpe en la puerta. Ar Yu bajó de un salto de la cama, fue corriendo a la silla de piel del escritorio, agarró un libro y lo abrió.

—Profesora —dijo en voz alta—, ¿qué acaba de decir sobre este verbo? —Señalaba una página cualquiera del libro.

Entró su madre. Parecía contenta con lo que veía.

—Profesora Chen, ¿cómo va todo?

—Es listo. Estoy segura de que le irá bien el inglés —dije, al tiempo que fingía estar a

punto de escribir algo en el papel en blanco que me daba Ar Yu.

Tocó a su hijo en la cabeza, le dijo algo en cantonés y cerró la puerta.

—Me controla todo el tiempo. —Ar Yu volvió de un salto a la cama y se tumbó.

—¿Has tenido muchas profesoras antes que yo? —Dejé el papel y el bolígrafo.

—Ah, sí. Pero no te sientas mal. Es que mis padres no confían en la gente. Me buscan una profesora nueva cada ciertos meses. Tienen muchos secretos.

—¿Como cuál?

—Creo que mi padre acepta sobornos. Es un tipo importante en el Gobierno. —Hizo una pausa—. No se lo digas a nadie, ¿de acuerdo? Pareces de fiar, por eso te lo cuento. Todavía necesito su dinero para ir a Estados Unidos. Es la única manera de escapar de ellos. Mi padre me dijo que me enviaría a Estados Unidos cuando acabara el instituto. Por eso le importa tanto mi inglés.

—Si tienen tanto dinero, ¿por qué no invierten un poco en decorar la casa? —Pensé en el sofá desvencijado de la sala de estar y el aire acondicionado de baja potencia.

—Los adultos son mucho más complicados que nosotros, ¿no crees? —Parecía desconcertado.

Me alegró que no me considerara una adulta.

—¿Te puedo llamar hermana Chen?

—Por supuesto —contesté, de pronto me sentía comprensiva.



Miao Yan no apareció por el campus hasta la última semana de las vacaciones de verano. Durante un tiempo pensé que la echaría tanto de menos que sería incapaz de hacer nada más que estar alicaída. Pero sobreviví, gracias a los libros, su trabajo de fin de carrera, mi violín y las clases a Ar Yu. Hacia finales de las vacaciones pensé que la odiaría tanto que ya no querría hablar con ella. Sin embargo, cuando la vi la saludé con una alegría incontenible, olvidé todo mi sufrimiento, soledad y agravios.

Estuvo en el campus sólo menos de una semana antes de decirme que se iba a Shenzhen a hacer unas prácticas de un mes.

—¡Es fantástico! —le dije.

—Es una empresa privada. Espero que puedan conseguir mi expediente de la universidad. Sin él no podré quedarme en Shenzhen. —No parecía tan contenta como pensaba que debería estar—. Es mi última oportunidad.

—Por supuesto, pueden hacerlo.

—Ojalá tú fueras la rectora de nuestra universidad. —Suspiró—. O, mejor aún, ministra de educación. Es mucho más complicado de lo que crees, pero haré lo que pueda.

—Quien algo quiere, algo le cuesta. ¿No es así el viejo dicho?

Ella asintió, pero se notaba que tenía la mente distraída. Se fue al día siguiente y se llevó consigo una gran maleta llena de sus trajes caros.

Entonces yo estaba en el segundo curso. Con menos clases obligatorias tenía más tiempo para mis lecturas. Me suscribí a la revista de literatura extranjera y me fascinó el modernismo. Leía todo lo que encontraba: Eliot, Camus, Kafka, Beckett, Pound, Kerouac y otros autores que mi profesor de literatura extranjera no comentaba en clase y mis compañeros no conocían. Cuanto más filosóficos y abstractos eran los libros, más interesantes me parecían. Estaba en esa edad en que la vida parece no tener sentido a menos que se examine, evalúe y ajuste constantemente.

Un día caluroso de principios de septiembre iba hacia el Cinco Oeste desde la biblioteca. El sol estaba oculto tras las nubes y teñía su perfil. La brisa acariciaba mi cabello por detrás de las orejas. En los altavoces instalados en las farolas sonaba el *Himno de la alegría* de Beethoven, luego la voz agradable de una chica que leía un poema de *Luna creciente* de Tagore. Había emisión tres veces al día: un cuarto de hora antes de la primera clase de las ocho de la mañana, a la hora de comer y entre las cinco y media y las seis y media de la tarde. Entonces era la hora de comer.

Con una camisa blanca de manga corta, pantalones de color beige y sandalias de plástico blancas, sujetaba un ejemplar grueso en tapa dura de *El sueño del aposento rojo* en el pecho. La semana anterior el profesor que enseñaba las obras de las dinastías Ming y Qing nos asignó algunas novelas clásicas, incluida *El sueño del aposento rojo*. Había intentado leerlo muchas veces antes de ir a la universidad, pero nunca pude terminarlo. Los conflictos entre las familias feudales me parecían demasiado retorcidos e inasequibles, pero me gustaban los poemas del libro, incluso compuse algunos con un estilo parecido.

—¡Ming! —Oí que alguien me gritaba por detrás.

Era Pingping. Llevaba una camiseta naranja con el logo de la universidad y unos pantalones de gimnasia verdes. A distancia, parecía una enorme zanahoria. Antes de alcanzarme saltó de su vieja bicicleta, que le había comprado a un conocido de su ciudad natal por diez yuanes poco tiempo antes. Tenía el manillar oxidado, la pintura muy rayada y le faltaba el timbre. Cuando montaba temblaba toda, hacía ruidos extraños como los que emitiría un ratón desesperado preso en una trampa. Las chicas de mi clase la llamaban «ambulancia» porque cuando los demás ciclistas la veían venir se alejaban lo máximo posible. Unos meses antes había comprado una bicicleta nueva por doscientos yuanes, pero se la robaron al cabo de una semana. Informó al departamento de seguridad, donde sólo le dijeron que no se preocupara, que había muchos casos como el suyo. «Es una universidad grande. Aquí hay todo tipo de gente», le dijeron. Tras el incidente se juró que nunca gastaría más de veinte yuanes en una bicicleta.

—¡Ah, tienes el libro! —Pingping se colocó enfrente—. Acabo de estar en la biblioteca, me preguntaba quién había sido tan eficiente.

—Leo rápido. Lo tendrás en tres días. —Sonreí.

—Estupendo. Yo tardaré por lo menos dos semanas en leer un libro tan difícil.

—¿Vas al gimnasio?

—Sí. Ayer también fui. —Me enseñó la pierna—. ¿Crees que se ve un poco más gruesa? —Como ya sabía la respuesta, bajó la extremidad huesuda y suspiró.

—¡Qué cambio! Nunca ibas al gimnasio.

—Ahora es distinto. El equipo masculino de baloncesto entrena allí todos los días para los partidos importantes. Son todos tan guapos... cuando están sudorosos, a veces se quitan la camiseta. ¡Madre mía, tendrías que verlo!

—No me extraña que vayas.

—Por eso llevo ropa llamativa, para que me vean. Nunca se sabe cuándo te tocará la lotería. —Se secó el sudor de la frente y sonrió.

Aunque Pingping y yo no éramos amigas íntimas, cada vez me gustaba más porque era optimista y rebosaba energía.

—¿Dónde está Donghua? —pregunté.

—¡Es una adicta al trabajo! Tiene que terminar de tejer una larga lista de prendas para su sobrino que está por nacer. Por fin su cuñada se ha quedado embarazada de un niño.

—¿Su hermano y su mujer no tenían ya dos niñas?

—En realidad nadie respeta la política de un hijo por familia en su pueblo. Antes preferirían no tener un hogar que no tener un niño en la familia. Cuantos más varones, más felices. Hasta Donghua lo piensa. Me intriga saber cómo van a encontrar esposa todos esos hombres algún día. Según mi predicción... —Se detuvo e inclinó la cabeza—. ¡Escucha! Algo interesante por el altavoz.

Escuché. Era una voz masculina: «... líderes del Ministerio de Educación. Damos la bienvenida y esperamos su inspección. Para hacer que nuestra universidad destaque en el ámbito nacional e internacional, es primordial construir un entorno saludable y positivo para nuestros estudiantes. Para un universitario, es tan importante lograr la excelencia en su especialidad como mostrar la actitud adecuada hacia la vida y el mundo. El estudio de las ciencias y las artes debería combinarse con el cultivo de la ideología socialista...». Tenía la voz áspera, como los locutores de noticias de la televisión estatal china de Beijing.

—¿Eso qué tiene de interesante? ¿No lo dicen todos los días? —dije yo.

—He oído que esta vez es un poco distinto. Hay un concurso nacional entre universidades para obtener el premio de los diez mejores campus. Parece que nuestra universidad se lo ha tomado muy en serio. He leído en el periódico universitario que se impondrán muchas normas.

—¿Como cuáles?

—Como prohibir fumar, que las parejas no se puedan abrazar, besar, ni siquiera darse la mano en público y que las chicas no puedan llevar ropa atrevida ni maquillaje. Ah, sí, y tenemos que ordenar las habitaciones todos los días. La asociación de estudiantes realizará inspecciones frecuentes de todas las residencias. Pobre Donghua, ahora sí que tiene que hacer algo con su desastre. De todos modos, habrá que esperar y ver. —Se montó en la bicicleta y sujetó el manillar con una mano—. Tengo que irme. El equipo de baloncesto acabará el entrenamiento dentro de poco.

—¡Buena suerte! —dije yo.

Seguí escuchando el comunicado de camino de regreso a la residencia. La voz seria del locutor era alarmante, contrastaba con el escenario relajado de un día tan bonito de principios de otoño. Saqué la radio y sintonicé un canal de música clásica. *La flauta mágica* de Mozart envolvió enseguida el ambiente.

Había muchos estudiantes congregados alrededor del tablón de anuncios cuando pasé por ahí. Algunos parecían indignados. Debían de haber leído las nuevas normas. Advertí que el césped, antes abarrotado, estaba completamente vacío. Un hombre de mediana edad con un chaleco naranja y una gorra estaba en el borde del césped, con una banderilla en la mano y un silbato en la boca. La universidad debía de haberlo contratado para prohibir a la gente que pisara la hierba y conservarla en buen estado cuando llegaran los inspectores.

Aunque me parecía ridículo intentar imponer esas normas, no creía que me afectaran mucho. Yo no fumaba, ni llevaba maquillaje ni tenía novio. Para mí, la vida sería exactamente igual que antes. Además, no creía que la universidad cumpliera las normas, éramos lo bastante mayores y deberíamos tener la libertad para hacer lo que se nos antojara.

Los inspectores del Ministerio de Educación llegaron una semana después. Para entonces no sólo el césped estaba cercado, además habían instalado un puesto de guardia en la entrada principal, de manera que los visitantes tenían que registrarse al llegar y firmar a la salida. Se había intensificado la limpieza de las calles de una a dos veces al día. La víspera de la llegada de los inspectores, los limpiadores incluso fueron al Cinco Oeste a lavar los pasillos y la escalera con detergente.

La asociación de estudiantes revisaba las residencias con frecuencia, así que debíamos tener la habitación siempre ordenada. Durante el día bajábamos las mosquiteras y doblábamos las mantas en forma de cuadrado, como los soldados. También compramos algunos frascos de ambientador para que el cuarto oliera mejor. Durante esos días Donghua se quejaba a menudo porque no recordaba dónde había escondido sus pertenencias. «No encuentro un calcetín. ¿Alguien lo ha visto?», preguntaba, con un pie descalzo levantado.

Un grupo de trabajadores uniformados del departamento de seguridad patrullaban el campus y paraban a los estudiantes que estaban fumando, llevaban maquillaje o incumplían cualquiera de las otras nuevas normas. Amenazaban con denunciar a los estudiantes a sus departamentos. Uno de los castigos era escribir una carta de disculpa a la universidad y leerla en voz alta delante de su clase. Más seria era la inclusión en sus expedientes de un registro permanente, que les causaría problemas para encontrar un buen trabajo al licenciarse. Por las noches, los empleados de seguridad hacían redadas en los bosques adonde les gustaba ir a las parejas. Una vez, cuando volvía a pie al Cinco Oeste, los vi en semicírculo aproximándose con sigilo al bosque que estaba al borde del camino, con las linternas apagadas. Cuando estuvieron cerca, de pronto las encendieron y gritaron «¡Quietos!». Más de una docena de estudiantes, chicos y chicas, salieron huyendo. Atraparon a algunos poco afortunados. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no hubiera creído que eso

ocurría en una universidad. Me dio un vuelco el corazón al ver que la institución trataba a los estudiantes como criminales.

Volví a los libros sintiéndome impotente y frustrada. En aquella época estaba obsesionada con *Ulises*. Aparte de sus frases intrincadas y crípticas, de las elaboradas figuras y argumentos, buscaba la importancia de mi existencia y el significado del universo. Mientras estuve inmersa en ese libro estaba de mal humor, desesperada.

Mientras duró la campaña, pasé mucho tiempo en la biblioteca central para que no me importunaran. Era la más grande del campus, un edificio rectangular de cinco plantas con el techo de teja. Las diez espaciosas salas de estudio tenían una capacidad de más de tres mil estudiantes.

Pronto encontré mi asiento favorito en la sala número uno de la primera planta. Tenía seis ventanales que daban a una fila de eucaliptos, y sólo una puerta que daba a un pasillo mal iluminado. Al otro lado del pasillo estaba la sala de consulta, donde guardaban publicaciones y documentos raros. La utilizaba a menudo cuando hacía el trabajo de Miao Yan. En la sala número uno había dieciséis filas de mesas, y mi asiento favorito estaba en la primera, junto al primer ventanal. Sólo había dos sillas cerca, una al otro lado de la mesa y la otra a la derecha. Las dos tenían patas rotas, así que siempre estaban vacías. El personal de la biblioteca no se había molestado en cambiarlas.

Miao Yan estaban de buen humor cuando volvió de Shenzhen a mediados de octubre. La empresa de Shenzhen le había prometido hablar con la universidad sobre su expediente. Para entonces, los inspectores del Ministerio de Educación se habían ido. Poco después, el guardia de seguridad de la entrada principal y los trabajadores uniformados desaparecieron, el césped se volvió a abrir y se formó de nuevo la larga cola de espera en el exterior del Cinco Oeste. Todo volvió a la normalidad.

No le conté a Miao Yan mi frustración con la campaña, pero al parecer ella lo había captado por mi inusitada actitud taciturna, tal vez había oído hablar de la campaña durante su estancia en Shenzhen. Vino a verme casi a diario. Sólo ella podía sacarme de mi mundo imaginario de la literatura y hacerme reír. La aceptaba, la admiraba, la adoraba con toda mi alma pese a su vanidad y materialismo. Cuando tenía tiempo para mí, íbamos en autobús a cafeterías en el centro y allí charlábamos durante horas frente a una bebida o merodeando por la calle sin rumbo para matar el tiempo. Una semana a finales de octubre me visitó por lo menos dos veces al día, como si fuera la única persona que conociera en toda la ciudad de Guangzhou. Y yo, como una planta marchita en el desierto, ansiaba ver a Miao Yan como el vegetal ansiaría agua.



Mi primera aparición en una revista literaria fue a finales de octubre. Fue el poema que Miao Yan había leído en el periódico universitario cuando nos conocimos. Aunque ya me habían publicado textos en el boletín de la universidad, no pude contener la emoción al abrir la carta, y fui a ver a Miao Yan enseguida. Resultó que aquel día estaba en su habitación rellenando unos formularios que le había enviado la empresa de Shenzhen como parte de la revisión de sus estudios. Desde su regreso de las prácticas, asistía con regularidad a las clases, incluso había empezado a tomar apuntes. Cuando la vi, miraba con el ceño fruncido el papeleo en su escritorio.

Yo casi tartamudeaba cuando le di la buena noticia.

—¡Es genial! ¡Vamos a la isla Shamian a celebrarlo! Yo también necesito aire fresco.

—Apartó a un lado el papeleo.

Siempre le gustó ir a la isla Shamian, decía que era el lugar más bonito de Guangzhou. Sabía dónde estaba situada cada embajada extranjera y cuántas estatuas había junto a la playa.

Tomamos el autobús 208 para Shamian. En el restaurante de *dim sum* al que

pretendíamos ir había cola para dos horas.

—De momento vamos a comer algo rápido, ya volveremos para el té de la tarde —sugirió Miao Yan. Como a esas alturas ya llevaba más de un año viviendo en Guangzhou, sabía que el «té de la tarde» en realidad era una comida de *dim sum*. Los ancianos cantoneses comían cinco veces al día: por la mañana el té, la comida, el té de la tarde, la cena y el té de la noche, aunque por lo general para el *dim sum* pedían sólo dos platos.

Después de mucho debatir, acabamos comiendo *yang rou pao mo*, un plato de pan desmigajado a mano en caldo de cordero, el más popular del norte de China.

—A un amigo mío de Shenzhen le gusta mucho este plato —dijo Miao Yan después de comer, mientras se ponía el pintalabios con el espejito en la mano.

—¿Quién es ese amigo?

—No es importante, no lo veo mucho.

Pensé si esa persona era la misma que había leído *Fortaleza asediada*. Quería preguntárselo, pero ella me cortó diciendo:

—No preguntes más.

Paseamos por las mansiones de estilo europeo y las filas de exuberantes plataneros, con las raíces aéreas que colgaban de ramas extendidas como la barba de un anciano. Cada pocos pasos había estatuas de bronce. Una era de una niña china y una occidental que se saludaban a la manera tradicional de cada una. Miao Yan se colocó junto a la occidental y la imitó, mientras yo hacía de china, con las manos unidas en la cintura y las rodillas flexionadas.

En la playa del río de las Perlas, Miao Yan ejecutó algunas piruetas graciosas.

—Algún día compraré una casa aquí. —Se echó a reír.

Encontramos una parcela de césped recién plantado y nos estiramos juntas. La pálida luna llena pendía en el cielo como un ojo curioso que nos observara. Cerca de la estatua de bronce de *Belleza del siglo*, que representaba a tres mujeres de distintas generaciones, un artista tocaba el *gu zheng*. La música era la *Canción nocturna del pescador*, lenta y expresiva. Me gustaba que la música no fuera molesta, incluso era romántica.

—Tu trabajo... —Pensé que le gustaría saber cómo iba avanzando. Ya había escrito más de cincuenta páginas. Había pasado tanto tiempo en la sala de archivos de la biblioteca que el bibliotecario me tenía reservado un asiento.

—Qué aburrimiento. —Miao Yan bostezó—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

La miré a los ojos somnolientos y me di cuenta de que siempre había querido saber por qué le interesaba ser amiga mía, así que se lo pregunté.

Le hizo gracia.

—Tocas el violín y lees libros.

—Muchas chicas tocan el violín y leen libros.

—Escribes poemas. Sabes escribir.

—¿Pensabas pedirme que escribiera tu trabajo de fin de carrera desde el principio?

Ella se echó a reír.

—¡Una deducción muy inteligente! —Me dio una palmadita en la nuca—. Me siento segura contigo. Sé que no me vas a hacer daño.

—Nadie te hará daño.

—No lo sabes. Este mundo es más complicado de lo que crees. Pero yo siempre podré confiar en ti, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, eres mi mejor amiga. En realidad eres mi única amiga en Guangzhou —le dije con entusiasmo.

—¿De verdad? Eso es demasiada responsabilidad para mí. Deberías conocer a otra gente.

—¿Responsabilidad? ¿De qué estás hablando? Puedo cuidar de mí misma perfectamente.

—Estupendo. ¿Sabes lo que diría la gente? Dirían que nuestra amistad es como una margarita blanca en una cuba de tinta negra. —Jugueteaba con la hierba que crecía alrededor de la roca de al lado—. Eres una estudiante excelente, poetisa publicada,

violinista, una persona con mucho talento y ambición. ¿Y quién soy yo? Odio estudiar, hago cosas que a ningún profesor ni padre le gustaría ver hacer a sus hijos. ¿No te da miedo convertirte en una chica mala bajo mi influencia? Ya sabes, a veces creo que sería mejor para ti que no me conocieras.

—¡Qué tontería! Tú no eres una cuba de tinta. Y yo tampoco soy una margarita blanca. —Le di un suave apretón en el brazo y me incliné para susurrarle al oído—. Me gusta estar contigo. Somos como hermanas.

—Bueno, eso es bonito —dijo, ausente, sin mirarme, con el rostro inexpresivo como una máscara.

Suspiré. Al parecer aquella noche no estaba de buen humor. Imaginé que tendría problemas con la empresa de Shenzhen.

—Vamos a hablar de los colores —dije, en un intento de animarla—. ¿Cuál es tu color preferido?

—¿El negro? ¿El rojo? ¿El violeta oscuro? No lo sé. Antes me gustaba el blanco, pero ya no. Los colores estridentes me van mejor. —Tras una pausa, dijo—: Creo que estábamos conectadas en una vida anterior. Nuestro destino es ser mejores amigas.

—No seas tan supersticiosa.

—Soy budista no practicante. Creo en el destino. —Agarró una piedrecita y la lanzó a la oscuridad—. Ming, ¿sabes cuánto te admiro?

—¿Admirarme? ¿Por qué?

Enterró la cabeza en los brazos, con el pelo extendido sobre la espalda como una pequeña manta. En aquel instante la luna se movió tras un fino velo de nubes y quedó oculta, fragmentada en trozos de diferentes tamaños. Sentí la brisa fresca que me acariciaba el rostro. Bajo la pálida luz de la luna, la silueta de Miao Yan era curvilínea y elegante, como una escena de un mundo onírico.

—Es así. A veces no madurar es bueno.

—Bueno, tú siempre me dices que tarde o temprano todas las niñas se convierten en mujeres.

—¿Quieres a tus padres? —preguntó, cambiando de tema.

—Por supuesto. Son mis padres.

—¿Quieres a tu padre?

—Supongo, aunque a veces es pesado. Me trata como a una niña de diez años. Haz esto, no hagas lo otro, cosas así.

—Cuéntame más de él. —Apoyó la mejilla en las manos y clavó su mirada en mí.

—Después de ejercer de profesor tantos años, habla como un maestro incluso en casa. Sólo hablamos del colegio y de libros. Rara vez comentamos otros asuntos. Cuando se dirige a mí, se reclina en la silla, sujeta una taza de té Oolong con las dos manos, y yo me siento enfrente. Pasa mucho tiempo en su estudio, no siempre lee o escribe. A veces está ahí sentado sin más, con los ojos cerrados. Cuando lo veo así me pregunto qué le pasa por la cabeza. Probablemente esté pensando en los años duros de la granja, o en los libros que nunca logró publicar. No lo sé. Pero en general no es malo. Me compra todos los libros que quiero y se preocupa por mí. —Entonces me di cuenta de a qué venía su pregunta. Enseguida añadí—: Como tu padre, el mío me daba un azote o me regañaba si hacía algo mal. No es perfecto. Ningún padre es perfecto.

—¿Alguna vez te dio un azote?

—Pues claro. Cuando era pequeña me pegó varias veces con cañas de bambú porque no sabía recitar los poemas antiguos que me había pedido que me aprendiera. Era estricto. Aquellas cañas de bambú eran finas, pero hacían un daño increíble. Me dejaban marcas rojas en la piel durante una semana. Cuando me azotaba después se sentía culpable y me compraba dulces y libros para compensarlo, pero jamás se disculpaba. Supongo que nunca se le ocurrió que un padre tenga que pedir perdón a sus hijos.

Esbozó una leve sonrisa.

—¿Verdad? —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que te pegó?

—Eh... no me acuerdo. Tal vez cuando tenía ocho o diez años. Después de volver a la

ciudad nunca volvió a pegarme. Bueno, quizá la vida aislada de la granja lo deprimía y enfadaba con más facilidad.

—¿Entonces ya no le odias?

—No creo que lo odiara nunca. Supongo que nadie es perfecto y que uno debe aprender a perdonar. —La miré con la esperanza de que compartiera mi opinión.

Sin embargo, no me contestó en el acto. Se quedó mirando la calle un rato antes de decir:

—Tienes suerte, ¿lo sabes?

Pensé que hablaba de mi padre, de modo que asentí.

—Al fin y al cabo, no eres de Yunnan ni perteneces a una minoría.

—¿Qué tiene de malo Yunnan? ¿Y ser una miao? Tenéis el bosque de piedras, famoso en todo el mundo, y la primavera de las mariposas de Dalí. Las costumbres miao son muy bonitas. Ah, además, Shen Congwen, el escritor contemporáneo autor de *La ciudad fronteriza* y *El río largo*, ¿no es un miao? Siempre he querido visitar Yunnan. Puedes hacerme de guía... —Estuve a punto de decirle que había ahorrado dinero suficiente para un viaje a Yunnan.

—¡Olvídalo! No tienen nada que ver conmigo. Odio Yunnan, odio todo lo que tenga que ver con esa ciudad. —Me dio la espalda—. Vivimos en mundos distintos.

Sabía que la mejor manera de consolarla cuando estaba abatida era dejarla sola un rato. Me tumbé boca arriba, estiré piernas y brazos varias veces y uní las manos en la nuca. La luna pálida y redonda aún estaba tapada por nubes frágiles. La contemplé, con sus oscuros cráteres, y pensé en todos los cuentos que había leído sobre la luna de pequeña. Me sentía a salvo, relajada, contenta. Se me empezó a empañar la mirada y noté una ligera llovizna. Abrí los ojos. Una nube oscura se movía despacio en el cielo. Se acercó a la luna, le cortó la silueta, flotó por delante y se fue. Incliné la cabeza y vi a Miao Yan tumbada a mi lado con las rodillas levantadas contra el pecho. Parecía esbelta y curvilínea, la cintura y el torso formaban un suave semicírculo. Tenía las caderas más estrechas que los hombros, y estaban ceñidas por unos favorecedores pantalones tejanos negros de corte bajo, le veía la piel en la cintura. Me sorprendió que pareciera tan pequeña y vulnerable, siempre había pensado que era más grande y musculosa porque era media cabeza más alta que yo.

Pasados diez minutos me levanté y me puse en cuclillas enfrente de Miao Yan con la intención de preguntarle qué le pasaba. Entonces me di cuenta de que se había dormido. Me senté a su lado, con las piernas cruzadas, y escuché su respiración regular. Llevaba una chaqueta de punto negra bordada encima de una camisa blanca, con los dos botones superiores desabrochados. La mitad de la cara estaba expuesta a la luz de la luna, y tenía la piel delicada como la cera fresca. Tenía los labios ligeramente separados como si se hubiera quedado dormida con la palabra en la boca. El pintalabios del labio inferior estaba emborronado y se salía un poco del contorno del labio, seguramente se había estado mordiendo el labio, como hacía antes. Observé su boca y de pronto quise besarla. Le aparté algunos mechones de pelo suelto de la frente y le acaricié los orificios nasales para sentir el calor de su respiración. Entonces bajé la cabeza hacia sus labios. Di un respingo del susto al ver un leve movimiento en los párpados, bien cerrados. No se despertó, sólo murmuró y movió las manos de los costados hacia el pecho, como si tuviera frío.

Era la primera vez que sentía el deseo de besar a una chica. Sin embargo, en ese momento me pareció tan natural, tan puro, como si quisiera besar una flor bonita o un copo de nieve blanco que me cayera en la mano desde el cielo. Más tarde, cuando volví a mi habitación y me acosté en la cama, empecé a preguntarme por qué había sentido el deseo de besarla. No me entró el pánico ni nada parecido, simplemente pensé que era extraño querer besarla.





¡Pingping tenía novio! Un viernes por la tarde hacia las siete oí la voz de Dama por el altavoz: «301, Wang Pingping. Shu Zhong le espera en la sala de servicios».

Pingping se estaba maquillando cerca de la ventana. Dio un salto en la silla, con el pintalabios en una mano y el rímel en la otra.

—¡Es él! ¡Es él! ¡Está aquí! —nos gritó a Donghua y a mí.

—¿Desde cuándo os veis? ¿Cómo es que no lo sabía? ¿Quién es ese chico? —Donghua dejó de tejer y se sentó en la cama.

—Nos conocimos en el tren de camino a mi ciudad en las vacaciones de verano. Iba de camino a Harbin a visitar a unos parientes, y resulta que se sentó enfrente. Está en la facultad de derecho. Tendríais que verlo, tiene todo lo que quiero de un hombre. ¡Dijo que vendría a verme cuando empezaran las clases y aquí está! ¿Qué hago? —El tono era tan exaltado y nervioso que me daba miedo que se le salieran las cuerdas vocales por la boca.

—Será mejor que te cambies de ropa —le aconsejó Donghua.

—¡Sí! —Pingping saltó a su cama y empezó a quitarse la camiseta.

—¡Eh! —Donghua apartó la mirada—. ¿Y si bajas la mosquitera primero?

Pingping se puso un vestido azul con las mangas holgadas y florecitas blancas estampadas. Retorció el cuerpo varias veces para subirse la cremallera de la espalda.

—¿Qué os parece este vestido?

No era un vestido bonito, pero parecía esbelta y delicada. La cara delgada le brillaba, tenía reflejos rosados en las mejillas y le temblaba todo el cuerpo de la emoción. Por primera vez, su cuerpo esquelético me pareció bonito.

Donghua y yo asentimos para dar nuestra aprobación. Pingping sonrió con timidez. Tras peinarse rápido el pelo corto y revisar el maquillaje en el espejo, dijo:

—¡Deseadme suerte! —Y desapareció por la puerta.

Pingping volvió unos minutos después del toque de queda. Yo estaba tumbada en la cama escuchando a Mozart con los auriculares. Donghua tejía a la luz de su linterna. Iba por la mitad de un jersey de lana verde para su madre. Llevaba más de dos semanas comiendo sólo fideos instantáneos para ahorrar dinero para el hilo. «Será un regalo de Año Nuevo para ella», me dijo. «Nunca en su vida ha tenido un jersey de lana.»

Aunque estaba oscuro, vi la felicidad en el rostro de Pingping. Lanzó el bolso a su escritorio, luego se dejó caer en la cama.

—¿Sabes qué? ¡Hoy nos hemos cogido de la mano! —Oí que le susurraba a Donghua.

Al día siguiente por la tarde el altavoz volvió a rugir en busca de Pingping. Volvió hacia la medianoche. Tras un implacable interrogatorio de Donghua, Pingping al final admitió que ella y el estudiante de derecho se habían besado.

—¡Sí que sois rápidos! No me suena muy bien que os beséis en vuestra segunda cita —la amonestó Donghua, y extendió el jersey de lana en la cama.

—¿Qué tiene de malo besarse en la segunda cita? Lo que cuenta es la pasión. Lo conozco desde las vacaciones de verano. Hasta me llamó cuando estaba en Harbin. No somos niños. Algunas chicas que conozco que no han ido a la universidad ya lo han hecho con sus novios. Tienen más o menos nuestra edad.

Sabía a qué se refería con «lo».

Quizá porque estaba oscuro o porque la música que escuchaba era relajante, tenía ganas de preguntarles a Pingping y Donghua sobre los hombres. Era extraño, pero, aunque Miao Yan alardeaba con frecuencia de su vida amorosa, nunca hablaba de sus relaciones físicas con los hombres, aparte de la única vez que mencionó el beso del profesor cuando tenía trece años. Una vez fuimos a ver una película juntas y se rió de una escena en que el hombre y la mujer protagonistas se besaban con pasión. Dijo que la interpretación era poco creíble, pero no explicó cómo deberían haberse besado. «Ya lo sabrás cuando llegue el momento», dijo.

En otra ocasión, cuando me dijo que había perdido la virginidad a los quince años, le

pregunté a qué se refería con perder la virginidad y cómo ocurrió, pero se enfadó y me hizo prometer que jamás volvería a hacerle semejante pregunta. Se comportaba como si se negara a que yo supiera lo que sucede entre hombres y mujeres, como si intentara protegerme de algún tipo de peligro del que tal vez ni ella misma estaba segura.

Pensé en lo que me había dicho en la isla Shamian sobre lo de ser una cuba de tinta negra y yo una margarita blanca. ¿Se consideraba un peligro para mí, como sería una cuba de tinta negra para una margarita blanca? ¿Admiraba en secreto mi inocencia e ignorancia de los hombres, consciente de que ella nunca podría volver a esa etapa de su vida?

—Pingping, ¿cómo fue cuando te besó? —Al final reuní el valor para preguntárselo.

—¿Besa bien? —añadió Donghua.

Todas nos echamos a reír.

—Más que bien. Casi me asfixio. —Pingping se rió entre dientes.

Su respuesta provocó expresiones de asombro en Donghua y en mí. Donghua recitó un pomposo verso que acababa de componer.

—¡Tú! ¡Tú! Como el fuego, fundiste mi corazón. —Se puso de rodillas, con ambas manos en el pecho, y dejó caer el cuerpo pesado en la cama. Nunca la había visto tan divertida.

—¿Qué sentiste cuando su lengua... cuando su lengua tocó la tuya? —pregunté.

—¡Madre mía, qué pregunta más embarazosa! No te lo puedo decir.

—Vamos, Pingping, somos compañeras de habitación y deberías contarnos cómo es besar a un hombre —insistió Donghua.

—De acuerdo, supongo que no tengo más remedio que sacrificar mi intimidad y contaros algo sobre sexo. —Pingping movió la silla al centro de la habitación entre mi cama y la de Donghua.

—¡Dispara! —exclamamos Donghua y yo.

—Lo que os contaré no es apto para niños. O me paráis ahora o tenéis que dejarme terminar. Ninguna de vosotras puede taparse los oídos, ¿entendido?

Donghua y yo asentimos entusiasmadas.

—Antes de que sus labios rozaran los míos el corazón me latía tan fuerte que pensaba que se me iba a salir del pecho. Me envolvió un aire cálido y no había modo de escapar. En el momento en que sus labios tocaron los míos sentí como si me encendieran una cerilla en los labios. Ese momento es único en la vida. De hecho, no sólo los labios, toda la cara, todo el cuerpo parecía arder. Entonces me metió la lengua en la boca. Al principio me resistí, pero la sensación era tan agradable que enseguida acepté su lengua y correspondí al beso con ímpetu y sin reservas. Teníamos las lenguas entrelazadas, se movían desesperadas dentro y fuera de la boca de cada uno. Teníamos los cuerpos apretados y oía el latido de su corazón. Pensé que me iba a desvanecer de la asfixia. Todos mis pensamientos y sensaciones se evaporaban y desaparecían. El tiempo y el espacio ya no existían. Yo era como una vela prendida por ambos extremos, me derretía a toda prisa hasta convertirme en un trozo de cera líquida...

A medida que continuaba la narración iba bajando la voz. Para cuando acabó hablaba en susurros. No le veía los ojos, pero me los imaginaba claros y brillantes como diamantes. Cuando terminó de contarnos, nadie habló ni se movió durante un minuto.

—Vaya, la fuerza irresistible del amor —dijo Donghua.

—Ojalá pudiera vivir en ese instante durante el resto de mi vida. Ha sido tan dulce, como un poema —dijo Pingping.

En ese momento exclamó:

—Pingping, no te quedarás embarazada, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Me preocupas si os habéis besado tanto —contestó Donghua, indignada.

—Ja, ja, ¿te preocupa que unos besos dejen embarazada a alguien? ¡Serás tonta! Me duele el estómago. Ja, ja... —Se cubrió la cabeza con una almohada.

Yo también me reí. ¡Qué pregunta más ridícula había hecho Donghua! Por supuesto

que un beso no puede dejar encinta a una mujer. Un hombre y una mujer tienen que acostarse juntos para que se produzca embarazo. Seguí riéndome hasta que se me ocurrieron dos preguntas en las que nunca había pensado. ¿Por qué el hecho de dormir juntos iba a resultar en un embarazo? ¿Qué hacen un hombre y una mujer cuando se acuestan juntos? No sabía las respuestas. En el colegio tuve clases de fisiología, pero chicos y chicas las hacíamos por separado. En la clase de las chicas, la profesora sólo enseñaba los capítulos sobre la estructura fisiológica de una mujer, como el crecimiento de los pechos y el ensanchamiento de las caderas durante la pubertad. El resto de capítulos había que leerlos después de clase. Como era una asignatura optativa y no teníamos exámenes, nunca me molesté en leer el resto de capítulos. Pensé que era el momento de resolver mi rompecabezas.

—Pingping, ¿cómo se queda embarazada una mujer?

—Es broma, ¿no? No me toméis el pelo.

Pingping paró de reír, se percató de que Donghua y yo no bromeábamos. Se aclaró la garganta y anunció:

—El embarazo es el proceso de unión de un espermatozoide masculino y un óvulo femenino.

—¿Cómo se unen? —preguntó Donghua.

—Me dejáis sin habla. —Pingping dejó escapar un largo suspiro—. Hacer el amor significa que el chico coge su cosa, sabéis, y se la mete a la chica, entre las piernas. Luego el esperma del chico viaja hasta el óvulo, lo fertiliza y el espermatozoide y el óvulo se unen. Después de eso ya no seréis vírgenes. Perder la virginidad significa que has hecho el amor con un hombre. No me hagáis más preguntas. Aún soy virgen, os lo juro. Todo esto lo he aprendido en las revistas. También he oído a mis amigas mayores hablar de cómo hacer el amor con un hombre. Dicen que es muy divertido.

—¡Para, sucia! —exclamó Donghua. Dio una patada contra la cama tan fuerte que sonó como si fuera a desplomarse.

—No me culpes. ¡Vosotras me habéis pedido que os lo cuente! Ya os he dicho que no es para niños —protestó Pingping.

Yo no dije nada. Intentaba imaginar cómo era «hacer el amor». Me figuré algunas escenas mentalmente, pero me parecían extrañas. Me eché a reír.

—No puedo creer que te rías. No hay por qué avergonzarse de hacer el amor. El sexo existe desde los orígenes del mundo. Los seres humanos, los gatos, los perros, los pájaros y todos los animales del planeta necesitan hacer el amor para tener niños —dijo Pingping.

—No quiero quedarme embarazada. No quiero practicar el sexo —dijo Donghua.

—¿No quieres practicar el sexo? No te creo ni por un segundo. No eres monja. Por supuesto que practicarás el sexo algún día —dijo Pingping. Entonces bajó el tono de voz y dijo con aire misterioso—: ¿Sabéis qué? No hace falta un hombre para obtener placer. Puedes hacer el amor contigo misma. Se llama masturbación. Y hasta puedes llegar al orgasmo así. ¿Lo habéis probado?

Recordé la noche que vi a Donghua tocarse en la cama. Yo nunca lo había probado, pero no quería admitirlo. De pronto me dio vergüenza saber tan poco.

—Yo lo he probado, pero creo que es algo sucio. Algunas chicas de mi pueblo dicen que te mueres pronto si lo haces más de una vez al mes —confesó Donghua, reticente—. A veces disfruto, pero no estoy segura de si he tenido un orgasmo alguna vez.

—Yo siempre puedo llegar al orgasmo después de leer revistas pornográficas. Tengo algo para vosotras —anunció Pingping. Se dirigió a su cama y sacó una maleta de debajo. Estaba cerrada. Tomó una llave de un portalápices del escritorio y la abrió. De debajo de un montón de ropa sacó algunas revistas y nos lanzó una a mí y otra a Donghua—. Me costó una fortuna conseguirlas en el mercado negro de la calle Cinco de Zhong Shan. Os puedo llevar si queréis comprar algunas. Pero debéis mantener la boca cerrada. Si nuestro departamento lo descubre nos expulsan a todas. No es broma.

Encendí mi linterna y cogí la revista. No tenía tapa y las páginas eran finas y

amarillentas. La contraportada todavía se aguantaba, medio sujeta con una grapa. Era la imagen de una mujer desnuda. Estaba inclinada, con el trasero levantado en el aire y los enormes pechos colgando como dos sacos de arena. Tenía las manos cruzadas sobre la zona púbica. Por lo que se veía en el espacio entre los dedos, tenía el pubis afeitado. Parecía asustada, tenía los ojos de par en par y le salía la lengua entre los labios rojos. La tapa tenía muchas arrugas, algunas atravesaban todo el cuerpo y la cara de la mujer y creaban un extraño efecto de cicatriz. Era la primera vez que veía una fotografía de una mujer desnuda. La primera palabra que me vino a la cabeza fue «prostituta».

De pequeña veía a menudo mujeres desnudas. La casa donde vivían mis padres, desde la época en que estaba en la escuela de primaria hasta la secundaria, estaba en un vecindario sin suministro de agua caliente. En invierno todo el mundo iba a los baños públicos locales a darse una ducha. Cuando hacía demasiado frío para ducharse con agua fría en casa, mi madre me llevaba a los baños todos los miércoles y sábados por la tarde. La mayoría eran mujeres de mediana edad, muchas con sobrepeso. Algunas estaban tan gordas que los pechos casi informes les colgaban por encima de la barriga, y la grasa de los muslos se movía arriba y abajo al caminar. Las venas azules de las piernas se extendían por debajo de la piel como lombrices. En la casa de baños, entrecerraba los ojos e intentaba no mirarlas.

Nunca se me había ocurrido que el cuerpo femenino desnudo pudiera ser excitante. Cuando pensaba en mujeres desnudas, recordaba aquellas hembras de mediana edad con sobrepeso de la casa de baños. Sin embargo, aquel día, con la revista pornográfica en la mano, me sentí diferente. Con el primer vistazo de la mujer desnuda sentí que me ardía el cuerpo y se me aceleraba el corazón. Noté un inexplicable revuelo en el interior de mi cuerpo.

Miré a Donghua por el rabillo del ojo. Estaba sentada en su cama inmóvil, sujetaba la revista con las dos manos. No le veía la expresión del rostro, pero supuse que debía de sentirse tan indefensa como yo.

Pingping estaba sentada en su escritorio, de cara a mí, silbando. Sacudía la cabeza de vez en cuando como si se burlara de algo de la revista que tenía delante. Pensé que debía de estar riéndose de Donghua y de mí.

Abrí la revista por otra página y vi una foto de plana entera de hombres y mujeres blancos. Aunque la luz de la linterna era tenue y la calidad de la impresión baja, distinguía todos los cuerpos desnudos en distintas posiciones. En una imagen se veía a un hombre acostado junto a una mujer, con una mano se agarraba el pene y la otra descansaba sobre la zona púbica de la mujer. Ella parecía drogada, tenía los ojos cerrados y con las manos se tocaba los pechos que parecían globos. Si Miao Yan hubiera visto esa fotografía habría lanzado un grito de admiración, «¡Por lo menos una 100 D!» Fruncí el ceño ante esa página. ¡Qué desagradable!

Pasé rápido a la siguiente. Era una fotografía a toda página: dos mujeres asiáticas desnudas se besaban, una le tocaba el pecho a la otra.

Quería pasarla de largo, pero no podía, mis manos no obedecían al cerebro. La respiración se estaba volviendo pesada y me estaba inquietando. Me pareció que el sujetador y las bragas me apretaban, y eso me dio ganas de ir al lavabo. Respiré hondo, en un intento de calmarme, pero me temblaban las manos sin remedio y se me cayó la revista a la cama, luego aterrizó en el suelo con un ruido sordo.

Donghua y Pingping levantaron la cabeza y me miraron. Por unos segundos sólo oí mi respiración.

—¡Te dan miedo unas fotografías! —Pingping soltó una carcajada—. ¡Eres una niña pequeña!

Donghua también se rió, pero sus carcajadas eran breves y secas.

—Eso no es verdad. —Me esforzaba por encontrar una explicación—. Las fotografías no me dan ningún miedo. No tenía bien sujeta la revista, así que se me ha resbalado de las manos. Yo...

—Sólo es sexo. Creo que puede ser divertido. En realidad... —vaciló—. Qué demonios, os lo voy a contar. Cuando me besó sentí su erección debajo de los pantalones.

¿Sabéis lo que quiero decir? Era grande y dura. Yo estaba tan excitada que quería tocarla. Quería tenerlo dentro de mí.

—¡Dios mío! —exclamó Donghua.

Pingping recogió la revista del suelo, por desgracia estaba abierta por la página de las dos mujeres que se besaban.

—Ya entiendo —dijo, y se acercó la revista—. Son homosexuales.

—¿Homosexuales? He oído hablar de ellos. Tienen una enfermedad mental —dijo Donghua—. Deben de ser americanas. He oído que en Estados Unidos hay muchos.

—Estas dos mujeres son asiáticas —replicó Pingping en un tono despectivo.

—¿Mujeres? ¡Qué asco! Entonces deben de ser japonesas. Sólo en los países capitalistas existen los homosexuales y el sida. En China no.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he leído en el periódico.

—Eso es propaganda política. No creo que sea el caso. China es muy grande, tiene que haber homosexuales. Nunca se sabe.

—¿Pero por qué quiere una chica hacer el amor con otra chica? No tiene sentido. ¿No puede tocarse y ya está? —preguntó Donghua.

—No me preguntes. ¿Y yo qué sé? Yo no soy homosexual. —Pingping se rió—. Tengo novio.

—No seas fanfarrona. —Donghua le lanzó la revista a Pingping—. Creo que el sexo es sucio y los hombres también. No quiero practicar el sexo con un hombre.

—Si tu madre pensara lo mismo, no habrías venido a este mundo. Yo no quiero convertirme en una solterona. Me gusta tener novio, tal vez hasta más de uno. Quiero casarme y tener hijos. Si China permitiera que una pareja tuviera más de un niño, tendría por lo menos tres. —Pingping volvió a guardar las revistas en el fondo de la maleta, la cerró y la empujó debajo de la cama.

—¿Tres niños? ¡Madre mía! Así sí que tienes que hacer el amor con tu marido todos los días para tener tres niños —dijo Donghua.

—Estás celosa, ¿verdad? No es asunto tuyo cuántas veces haga el amor con mi marido. —Pingping le arrojó una almohada a Donghua. Ella la agarró en la cama y me la lanzó a mí. Me dio en toda la cabeza y cayó al suelo.

—Ming, ¿estás bien? —Pingping dejó de reír y se acercó a recoger la almohada.

—Estoy bien. No pasa nada. Sólo tengo un poco de sueño. —Logré fingir un gran bostezo.

—¿Estás segura? —preguntó Donghua.

—No te tomes en serio esas revistas —dijo Pingping—. Las modelos son prostitutas. Lo hacen por dinero. De haber sabido que te alterarías no te las habría enseñado.

—Tengo sueño. Me voy a dormir ya —dije. Bajé la mosquitera y me cubrí de la cabeza a los pies con una manta.

No podía quitarme la fotografía de la cabeza. Era intolerable y obsceno que dos mujeres se tocaran así, pensé. Pese a haber leído sobre homosexuales, nunca había pensado que esa gente existía de verdad. Como Donghua, yo también tenía entendido que en China no existían. Reconstruí mentalmente todos los libros que había leído e intenté recordar si en alguno se mencionaba alguna vez una relación sexual entre dos mujeres. No me vino nada a la cabeza. Luego me convencí de que Miao Yan y yo éramos buenas amigas íntimas porque nos ocupábamos la una de la otra y queríamos ayudarnos. No tenía el más mínimo deseo de verla sin ropa ni de tocar su cuerpo desnudo. Entonces me pregunté por qué, si era cierto, a veces quería acariciarla o incluso besarla. Desde que conocí a Miao Yan no me interesaba tener novio. Antes no suponía un problema, pero en aquel momento me pareció un poco desconcertante. Me envolví con fuerza en la manta y me obligué a no pensar durante un rato contando ovejas. Sirvió en cierto modo. Al final estaba tan cansada que me dormí.

Al despertarme al día siguiente, lo primero que me dije fue que a finales del semestre tendría un novio. Aquella decisión me relajó como por arte de magia.



—Esa empresa de Shenzhen no me va a contratar. —Miao Yan fue a mi habitación al día siguiente por la tarde con la noticia—. Sea verdad o no, me han dicho que no han conseguido el expediente de la universidad. —Se encogió de hombros—. Lo sabía desde el principio.

—No te rindas. Hay muchas otras oportunidades —la consolé.

—Sí, ya veremos.

A partir de entonces empezó a saltarse las clases de nuevo y pasaba fuera del campus la mayoría de noches. Me dijo que había encontrado dos trabajos de media jornada. Uno era dar clases a una chica de quinto de redacción e inglés, por el que le pagaban doce yuanes la hora, y el otro era hacer un poco de todo en una joyería propiedad de alguien de su ciudad. No sabía cuánto le pagaban por el segundo, pero dudaba que le dieran mucho porque era un trabajo muy fácil, sólo tenía que poner las etiquetas de precios en la mercancía recién llegada.

Desde el primer momento el dueño de la joyería no me gustó. Tenía por lo menos cuarenta años, la voz áspera, era calvo, gordo y bajo (yo era más alta que él), y llevaba una barba al estilo japonés por debajo de la nariz grande y plana. El collar de oro que lucía era grueso como un collarín de perro. En cada mano brillaban tres anillos de oro, tan grandes que le alargaban los dedos. Al caminar, los pies apuntaban hacia arriba en direcciones opuestas formando casi un ángulo de noventa grados. Fuera cual fuera el ángulo, encajaba a la perfección con la infame imagen de un nuevo rico que tenía en mente. Intenté persuadir a Miao Yan para que dejara el empleo, pero no paraba de decir que era mucho mejor que la mayoría de hombres que conocía.

El joyero invitaba a menudo a cenar a Miao Yan en restaurantes de categoría, y la recogía con su BMW rojo en la entrada principal de la universidad. Miao Yan nunca rechazaba sus invitaciones. De hecho se pasaba horas poniéndose maquillaje y eligiendo un vestido. A veces me pedía que la acompañara a la entrada. Cuando llegábamos el hombre esperaba en su coche. Al vernos, sonreía mostrando todos los dientes, salía y le abría la puerta. Luego Miao Yan subía al coche como una celebridad, llena de orgullo, aires de grandeza y honores. ¡Cómo lo odiaba!

Cuando el hombre invitaba a Miao Yan también me incluía a mí, pero yo declinaba sus ofertas sin molestarme en poner una excusa. Miao Yan sabía que no me gustaba que saliera por ahí con él, pero se reía y nunca quería discutirlo.

—No te comportes como un amante celoso —me decía en broma—. Sólo es que me gusta ir en el BMW. ¿Qué tiene eso de malo? Dime, ¿conoces otras chicas que vayan en un BMW?

Un jueves por la noche de principios de otoño, poco después del inicio de las clases, Miao Yan me pidió que fuera de compras con ella al centro comercial de Guangzhou de la calle Beijing, uno de los grandes almacenes más caros. Por lo general no quería que la acompañara porque, según ella, no tenía paciencia, estilo ni gusto. «No es divertido ir de compras contigo. No conoces buenos productos y nunca compras nada. Eres muy austera», me comentó una vez.

En aquella época, cuando me enseñaba una compra cara, decía que el propietario de la joyería le acababa de dar una buena bonificación por su trabajo, o que la familia de la alumna le había dado dinero extra porque la niña había aprobado un examen importante. No le creía, pero mantenía la boca cerrada, intentaba no dejarme llevar por mis especulaciones, aunque mis dudas y la inquietud iban en aumento. En una ocasión Miao Yan incluso me hizo prometer que no le iba a preguntar de dónde sacaba el dinero. Aunque obedecí, por supuesto, sabía que tarde o temprano tendríamos que hablar de ello.

—Yan, ¿de dónde sacas tanto dinero? —le pregunté por fin, dentro de la tienda.

Se estaba probando un traje azul oscuro. Se dio la vuelta adelante y atrás ante un espejo tamaño natural en la pared, con el ceño fruncido. El traje costaba seiscientos cuarenta yuans, más del doble de mi mensualidad. Sabía que tenía ropa cara, pero nunca pensé que lo fuera tanto.

—Tonta, ¿tú qué crees? Trabajo mucho para pagarlo todo. El dinero no cae del cielo —dijo, sin apartar la vista del espejo. Estiró el vestido en la cintura con las dos manos buscando arrugas. Las uñas rojas resplandecían con cada movimiento.

—No intentes engañarme. Con ningún trabajo de media jornada puedes permitirte tanto. No conozco ningún estudiante que gaste tanto como tú. Creo que hay algo que no me has contado.

—¡Baja la voz! —dijo. Se dirigió a un rincón cerca de la salida de emergencia. No había nadie cerca.

—¿Podemos hablar de eso después de las compras? De haber sabido que me ibas a montar un numerito no te habría pedido que vinieras conmigo. —Se cogió las manos en la nuca y se apoyó en la pared.

—Sé que está de moda que las chicas encuentren un «papaíto adinerado».

—¿Qué quieres decir con «papaíto adinerado»? —Se rió y me dio un golpecito en la cabeza con el dedo índice de la derecha—. ¿Cuándo empezará nuestra inocente Ming a saber este tipo de cosas?

No me reí con ella.

—No me importa si sólo coqueteas con chicos, pero no quiero verte hacer nada poco apropiado con ellos.

—¿Eso es todo lo que te preocupa? —Su voz se volvió fría y dura.

—No actúes como si no te importara.

—¿Por qué iba a importarme? Ya te dije que yo me hice mujer a los trece años. Sé cuidar de mí misma.

—¿Por qué crees que sabes cuidar de ti misma? Yo no lo creo. —Quería decirle muchas cosas, como que dejara de fumar y de beber alcohol, que pasara tiempo en la biblioteca y que dejara de verse con el propietario de la joyería. En cambio, dije otra cosa—: El beso de tu profesor en la frente no te convierte en mujer ni fue culpa tuya, para empezar.

—¿El qué no fue culpa mía? ¿Qué sabes tú?

—No sabías lo que hacías, eras demasiado joven. Tu padre no debería...

—¡Cállate! ¡No quiero oírlo!

Pero yo no podía parar.

—No fue culpa tuya desde el principio. No sabías...

—¡He dicho que te calles!

Se impuso un silencio entre nosotras.

—Nunca te has acostado con el gordo bajito, ¿verdad? Dime que nunca te has acostado con él —susurré, casi como una súplica.

—¡Por el amor de Dios, tengo veinticuatro años! No necesito otra madre. No tienes derecho a interrogarme. Sabes muy poco de mí.

—Sólo quiero que digas que no te acuestas con él. Sé que eres buena chica.

—Si crees que soy una buena chica como tú, estás muy equivocada. Yo nunca podré ser como tú ni quiero serlo. Igual que tú jamás podrías ser como yo, aunque quisieras.

—Tú contesta a la pregunta.

—¿Qué más te da?

—Por supuesto que me importa. Si te acuestas con él por dinero, eres... ¡una puta!

—Me di cuenta demasiado tarde de lo que acababa de decir.

—¡Cómo te atreves! —Avanzó un paso hacia mí, con la mirada clavada en mí, luego me agarró por la garganta con una mano y del brazo con la otra y me empujó hacia la pared.

Quería disculparme por utilizar la palabra «puta», por recordarle aquel terrible incidente de once años atrás, pero cuando me agarró por la garganta y me empujó me di lástima a mí misma, por cómo me trataba a cambio de todo mi afecto.

Cuando por fin me soltó me retiré. Evité el contacto visual, miré las filas de ropa que colgaba cerca. De pronto eché de menos estar sentada en la biblioteca, donde siempre reinaba la calma y la tranquilidad.

—¿Has amado alguna vez a alguien? ¿Has probado alguna vez la amargura del amor? ¿Sabes lo que significa el amor? ¡No sabes nada! Eres un caracol que se esconde en su cáscara de fantasía. ¿Qué sabes del mundo aparte de lo que has leído en los libros? Ni siquiera has tenido una relación. No tienes derecho a decirme lo que debo o no debo hacer. —Lo dijo en voz baja pero temblorosa de la rabia. Mientras hablaba, giró la cabeza y se tocó el bolsillo trasero con una mano, buscaba un cigarrillo. Cuando se dio cuenta de que no llevaba su ropa se lamió los labios.

—Puedo decirte lo que quiera. Me importas, por eso. —Meforcé todo lo que pude en suavizar el tono. Incluso logré esbozar una leve sonrisa, pero me ardía el corazón de rabia y *resentimiento*. La frágil sonrisa en mi rostro no era más que una media mueca rígida.

—¿Ah, sí? ¿Quién eres tú para mí? ¿Eres mi madre? No. ¿Mi hermana? No. ¿Mi novio o mi amante? No. Sé cuidar de mí misma. Vamos, hazme un favor enorme y no te metas en mis asuntos.

—No te preocupes, no lo haré. Sólo quiero que contestes a una pregunta. ¿Te acuestas con él sólo por dinero?

Ella entornó los ojos, como un gato antes de abalanzarse sobre un ratón.

—Niña, ¿qué vas a hacer si resulta que soy el tipo de persona que las buenas chicas detestáis?

No era la respuesta que esperaba, aunque en realidad no esperaba ninguna. Toda aquella conversación era tan artificial, tan falsa, como si estuviéramos ensayando nuestro papel para una obra. Se me cayó el alma a los pies. Quería poner fin a la conversación. Me encontraba mal y tenía ganas de vomitar. La luz cegadora que penetraba por cada rincón de la tienda me estaba revolviendo el estómago y me entraron ganas de salir corriendo a tomar aire fresco.

—Si eres ese tipo de persona, entonces... entonces ya no somos amigas —dije al fin, pero las palabras eran débiles y no encajaban con la seriedad del mensaje que quería transmitir. Sonaban a broma. Clavé mis ojos en ella. No quería apartar la vista hasta que empezara a hablar.

—¿De verdad? Suena bien. —Se apoyó en la pared, con los brazos cruzados en el pecho, luego sacudió la cabeza para que el pelo cayera como una ola negra. Estaba despampanante con el cabello sedoso y la piel luminosa.

Yo estaba a sólo unos centímetros, tan cerca que le veía algunos diminutos granos rojizos en la frente encima de la ceja izquierda. La miré, con la espalda recta como un palo. Era más alta que yo, ya fuera porque llevaba unos zapatos con un tacón absurdo de lo alto que era o porque el vestido azul favorecía su figura con tal perfección que tenía que inclinarme hacia atrás para mirarla. Entonces me pareció que se alejaba centímetro a centímetro de mí. La figura azul se volvió borrosa ante mis ojos y sentí que jamás podría volver a tocarla.

Tragué saliva y me di la vuelta con decisión hacia el ascensor. En cuanto me volví, se me llenaron los ojos de lágrimas. Antes de que cayeran, me las sequé con el dorso de la mano. Oí una voz desde el corazón. «¡Sé valiente! ¡No tengas miedo de romper con ella!» Luego me pasaron por la cabeza otros pensamientos. ¡Qué tonta era! ¿Por qué me había sentido atraída hacia ella? No le gustaban los libros, no sabía nada de literatura, era coqueta y materialista, y ni siquiera se mostraba sincera conmigo. ¿Qué sabía de ella? No me había contado casi nada de su familia. Ni siquiera sabía si tenía hermanos. Y mientras yo, la más tonta del mundo, dejaba a un lado los deberes y mis planes de lectura para escribir su trabajo de fin de carrera. Había trabajado muchas noches en él hasta la madrugada. ¿Dónde estaba ella esas noches? Debía de salir por ahí con esos ricos, como el hombre feo y vulgar del BMW rojo, coqueteando con ellos, incluso acostándose con ellos. ¡Qué tonta había sido!

Pensé en las fotografías de la revista de desnudos. Ella tendría fotografías suyas impresas en ese tipo de revistas si le pagaran por ello. Temblé de asco. Al pensarlo,

sentí que me había engañado desde el primer día que la conocí y que a partir de entonces no había existido más que mentiras y falta de sinceridad entre nosotras. Frente al ascensor, conseguí recobrar la compostura. Incluso tenía ganas de reír. Empecé a sentir que todo era culpa mía. La conocí en la azotea y, sin saber mucho de ella, decidí dedicarle mi amistad, confianza y lealtad. Lo era todo para mí, mientras que yo para ella no significaba nada. Sólo le importaba su vanidad y el deseo de dinero. Yo era la única culpable y de quien burlarse. En aquel momento entendí por qué tenía el rostro relajado. Debía de sentirse liberada. Había descubierto su secreto, la oscura verdad. Ahora, delante de mí, nunca tendría que ponerse una máscara.

El centro comercial iba a cerrar en diez minutos. Una docena de personas esperaban el ascensor. Cuando se abrió la puerta entré en el cubículo abarrotado sin mirar atrás. El espacio que quedaba se llenó enseguida. Antes de que la puerta se cerrara, dos personas con bolsas de compras se metieron a la fuerza y provocaron un rumor de quejas. En un rincón, de cara a una pared, con el peso sobre los dedos de los pies, me costaba respirar. Por fin me di la vuelta para encararme a la puerta.

El ascensor se movía despacio. Al mirar los distintos perfiles de las cabezas de la gente desde atrás y escuchar la respiración profunda a diferentes ritmos, pensé en el día en que me fui de mi ciudad para ir a la universidad de Guangzhou poco más de un año antes.

Entonces no había trenes directos de Nanchang a Guangzhou. Entre las dos ciudades, los únicos que paraban en Nanchang procedían de Hangzhou y sólo hacían tres paradas por semana. Como mucha gente quería ir a Guangzhou para hacer dinero, esos trenes siempre iban atestados de gente, no sólo estaban ocupados todos los asientos, sino que los pasillos estaban abarrotados de gente de pie. Algunos incluso se acomodaban en los estantes para el equipaje y debajo de los asientos. En Nanchang casi no se vendían billetes con asiento asignado en la taquilla. Aunque los hubiera, se vendían en el mercado negro a un precio mucho más elevado o se compraban «por la puerta trasera». En temporada alta, cuando llegaba el tren, los maleteros ni siquiera abrían las puertas por miedo a no poder controlar a la multitud. La gente que esperaba subir al tren tenía que trepar por las ventanas.

No me abrí camino en el andén hasta veinte minutos antes de la salida del tren. Mis padres y mi tío me llevaban el equipaje. Nunca había visto tanta gente en mi vida. Toda la estación estaba a rebosar, hasta la calle. Había gente por todas partes que se empujaba entre sí adelante y atrás. Más de una vez tuve que agarrarme a la ropa de alguien para evitar caerme. Por fin vi el tren, con las puertas cerradas. Incluso las ventanas estaban bien cerradas porque los viajeros del interior tenían miedo de que el tren se estropeará si entraba más gente.

—Muy mal, hay demasiada gente —dijo mi tío a mis padres—. Pero Ming no puede permitirse retrasar el viaje a la universidad. Haré lo posible por hacer que suba al tren. Esperad aquí, yo la empujaré por una ventana.

Mi padre suspiró y asintió. La artritis le había estado molestando durante aquellos días y no podía caminar rápido. Contrajo esa enfermedad en la granja.

Mientras mi madre me daba una bolsa de fruta y me peinaba el pelo alborotado con los dedos, me dijo:

—Te vas de casa por primera vez para empezar una nueva vida en una ciudad desconocida. Espero que madures y que vayas con cuidado.

Me puso las manos en los hombros y me miró durante unos segundos. Veía que se estaba esforzando por disimular las lágrimas. Luego dijo con calma:

—Cuando estés sola, tienes que aprender a tomar decisiones por ti misma. No esperes siempre que los demás entiendan o aprueben tus elecciones en la vida.

Antes de poder reaccionar, sonó el pitido del tren, que significaba que iba a partir en diez minutos. Sólo tuve un breve instante para volver la cabeza y despedirme de mis padres antes de que mi tío, un hombre alto y fuerte, me agarrara del brazo y me empujara hacia el gentío. Fue de gran ayuda que sacara media cabeza a la mayoría de la gente. Pronto seríamos los siguientes en subir al tren.

Con una mano arrastrando mis dos maletas grandes y la otra que daba golpes en las ventanas, mi tío gritó a pleno pulmón:

—Por favor, abra la ventana. Mi sobrina va a la universidad de Guangzhou. Las clases empiezan dentro de dos días, no puede permitirse perderse la inauguración del curso. Las ventanas seguían cerradas. Por el cristal sucio veía que la gente se negaba con la cabeza: no. Al final, una ventana se abrió una rendija. Desde dentro se oyó una voz masculina.

—Suba por aquí.

Mi tío dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias, gracias, gracias.

Me levantó como si fuera un objeto inerte y me metió por la pequeña rendija. Dos o tres personas sentadas junto a la ventana me cogieron de las manos y me empujaron hacia dentro. Primero metí la cabeza en la rendija, luego el pecho, le siguieron el trasero y las piernas.

La gente de los estantes del equipaje y debajo de los asientos estiró el cuello para ver quién era el recién llegado. Yo me sentía avergonzada y ofendida por llamar la atención, pero sólo pude cerrar los ojos con fuerza, aún estaba en el aire, mi tío me empujaba desde fuera y algunos desconocidos tiraban de mí desde el interior. Por fin mis pies tocaron algo sólido. Abrí los ojos y me vi de pie entre una bolsa de naranjas, envoltorios de comida, botellas vacías y algunas toallas de mano arrugadas sobre una mesa. Dos hombres de mediana edad me pusieron en el suelo. Al bajar, di sin querer una patada en la espalda a alguien que dormía en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas encogidas. Levantó la cabeza y me miró con los ojos entornados, luego la bajó y volvió a dormirse.

Desde el andén, mi tío me estaba dando el equipaje por la ventana. Oí que decía:

—Siento las molestias. Mi sobrina nunca ha salido de casa. Es el primer año en la universidad. La mayoría del equipaje son libros. Por favor, cuiden de ella en el tren. Sólo tiene dieciséis años y nunca se había separado de sus padres. Gracias, gracias.

Después de aquello se oyó un rugido de gritos, reprimendas y quejas. Miré por encima del hombro: varias personas en el andén intentaban subir por la ventana entreabierta. Todos los pasajeros sentados junto al cristal se levantaron. Dos soltaron por la fuerza las manos que se aferraban a la pieza de apoyo y otros bajaban la ventana. La gente gritaba dentro del compartimento. Una persona de los estantes de equipaje dijo: «No les dejéis entrar. No hay más espacio, no cabe ni una mosca». Otro dijo: «En este compartimento seguro que no. Diles que prueben en otras ventanas». Otro más dijo: «El tren está a punto de partir. Podrían hacerse daño, no sean crueles». Luego se oyó un grito histérico desde el andén: «Elijo de puta. Sois todos unos hijos de puta. ¿Cómo podéis ser tan desgraciados para empujar a la gente hacia abajo...?», el resto de las palabras quedaron amortiguadas por la ventana, que ahora estaba del todo cerrada, y el tren empezó a avanzar despacio.

No me había despedido de mi tío, pero ya era demasiado tarde. A través del cristal sucio de la ventana todo parecía borroso. A medida que el tren ganaba velocidad, veía el mar de gente todavía en el andén, algunos postes que pasaban de largo, casas destartaladas junto a la vía del tren, luego campos que se extendían hasta el infinito, verdes o amarillos. El viaje duró veinticuatro horas, y yo me quedé todo el tiempo en el mismo sitio. Podría haber dormido un poco, de pie, o apoyarme en la mesa del compartimento para descansar los pies, pero no comí, bebí ni fui al lavabo durante todo el trayecto. También recuerdo la mesa. Era rectangular, con un mantel de plástico verde. La madera amarillenta original aparecía por debajo de la pintura que se descascarillaba en los bordes.

Lo que no recuerdo son las caras de la otra gente del compartimento, ni conversaciones entre ellos. Sólo pensaba en lo que mi madre me había dicho antes de que mi tío se me llevara. Nunca había sido persona de hablar de principios generales. Mi cerebro era como un fonógrafo que no paraba de repetir: «No esperes siempre que los demás entiendan o aprueben tus elecciones en la vida».



Durante unos días después de nuestra discusión en el centro comercial, pensé que no quería volver a ver a Miao Yan y que me sentiría perfectamente bien sin su compañía. Me convencí de que no era una persona que valiera la pena y de que nada podía salvar nuestra amistad. Tal vez era positivo el no necesitar verla. Así podría recuperar mis lecturas, podría volver a mi pacífica vida de estudiante. Ya no tenía que preocuparme por ser su amiga ni ser íntima suya. Podía conocer otra gente y hacer nuevos amigos.

Sin embargo, cuando llevaba diez días sin saber de ella empecé a arrepentirme de mis actos. Me culpaba por haberla sacado de quicio llamándola puta. ¿Por qué había sido tan tonta de usar esa palabra tabú? Podría haber utilizado millones de términos distintos para hacerla sentir mal con ella misma sin herirla tanto. Sabía perfectamente que nada le dolía más que pensar en su pasado. Si le hubiera dado tiempo para explicar cómo había conseguido el dinero y me hubiera calmado lo suficiente para tener una conversación racional con ella, tal vez no habría terminado nuestra amistad. Entonces recordé su mano fría en mi garganta y su mirada de fuego en los ojos clavada en mí. Se me rompió el corazón. Al parecer yo no le importaba en absoluto. No era nadie para ella, como una prenda de ropa de la que disponer a su antojo.

Me pasé horas y horas en la cama, la biblioteca, las clases, dando vueltas a Miao Yan. A veces pensaba que sabía cómo hacer que volviera y haría lo que fuera necesario. A menudo me perdía en la crítica y la autoinculpación. Otras veces pensaba que estaría mejor sin ella. Al fin y al cabo, el mundo del que disfrutaba antes, la azotea, el violín y mis libros, era mucho más fácil y sencillo.

Pasó otra semana. Ya no podía mantener el orgullo. Fui a la habitación de Miao Yan pero no estaba. Sus compañeras me dijeron que se había ido a Shenzhen. Pregunté cuándo volvería y me dijeron que eso no se sabía.

Aún subía a la azotea a tocar el violín algunas tardes y me quedaba allí hasta la noche. Cada vez que pasaba por el rincón donde Miao Yan y yo nos sentábamos lo contemplaba durante unos minutos y rezaba de corazón con el deseo de que apareciera allí por arte de magia, sonriéndome.

Era finales de noviembre. Sólo quedaba un mes para las vacaciones de invierno. No tuve noticias de Miao Yan, ni una llamada, una carta, nada.

Sin Miao Yan como distracción, iba puntual a la clase todos los días, aunque me pasaba la mayor parte del tiempo en las nubes.

Un miércoles por la tarde de viento y un frío polar, fui a una clase llamada «Shakespeare y sus sonetos», una de las dos asignaturas de literatura extranjera de ese semestre. Me senté junto a la ventana en la última fila. Desde ahí veía el cielo encapotado, un cúmulo de edificios de ladrillo rojo a lo lejos y los transeúntes muy abrigados.

No me gustaba el profesor. Empezaba la clase pasando lista y alardeaba de su experiencia en el extranjero siempre que podía. Se llamaba Gao Jie. Siete u ocho años mayor que nosotros, ya era profesor auxiliar, el más joven del departamento. Lo habían enviado a Estados Unidos como profesor invitado durante año y medio. Después, su título cambió de conferenciante a profesor auxiliar. Sin embargo, nunca nos dirigíamos a él como profesor Gao. Le llamábamos Gao CK, ya que desde su vuelta le decía a todo el mundo que su marca favorita era Calvin Klein.

Tras pasar lista y apuntar los estudiantes ausentes, Gao CK empezó a leer en voz alta un soneto en inglés y nos pidió que lo repitiéramos después de él. Cuando hablaba inglés, ponía énfasis en todas las sílabas y arrastraba todas las vocales. Yo no leí después de él; en cambio, hacía garabatos en la libreta para matar el tiempo, se me había olvidado llevarme una novela. Algunos compañeros de clase de la misma fila estaban leyendo libros y utilizaban el libro de texto como tapa. Enseguida perdí el interés en los garabatos y decidí dibujar algo, aunque lo hacía fatal. Siempre me había costado aprobar los exámenes de dibujo en primaria.

Dibujé un gran círculo y cinco más pequeños alrededor, todo junto formaba una flor. Luego un tallo largo, algunas hojas y líneas de intersección en ellas como venas. Tras estudiar mi dibujo durante unos segundos, añadí más capas de pétalos a la flor, y no paré hasta que la flor de cinco pétalos se convirtió en un enorme girasol que ocupaba la página entera.

En aquel momento pensé en Miao Yan. Me acordé de su sombrero decorado con una flor, el que llevaba el día que bailó en mi habitación, en la luz matinal que entraba en mi cuarto mientras ella daba vueltas delante de mí, aquella luz tan suave y transparente, como sus ojos delicados.

Decidí hacer un dibujo de ella. Pasé a otra página y dibujé un semicírculo. Miao Yan tenía la cara ovalada. Siempre decía que tenía demasiada grasa en las mejillas y que necesitaba perder peso. A veces, cuando se examinaba en el espejo, respiraba hondo para hundir las mejillas, luego inclinaba la cabeza hacia atrás y me pedía que la mirara, para convencerme de que si fuera menos mofletuda sería una absoluta belleza.

Luego estaba su pelo. Tenía el cabello espeso y rizado a los lados, y a menudo se lo recogía en lo alto de la cabeza para hacerse un moño y utilizaba una gran horquilla para sujetárselo. Cuando quería estar guapa, se hacía una trenza y se la ataba con cintas de pelo, el color dependía de la ropa que llevara. Pero el peinado que más llevaba era el pelo suelto, con una raya en el medio. Así la estaba retratando. Me pasé por lo menos cinco minutos dibujando el pelo. En ese momento Gao CK hablaba de los seminarios a los que decía haber asistido en la universidad de Standford con eruditos de primera clase de todo el mundo.

Los ojos. La primera vez que los vi parecían el doble de grandes que los de la gente corriente. Cuando se maquillaba, utilizaba lápiz de ojos y rímel, que los resaltaba aún más, como los de los personajes de las películas de dibujos animados japonesas. Los dos rasgos de los que más satisfecha se sentía Miao Yan de su aspecto era la altura de uno setenta y los ojos enormes. Estaba menos contenta con su tamaño de copa de sujetador 90 A. Coleccionaba anuncios para aumentar el pecho y afirmaba que algún día se haría la operación si conseguía el dinero.

Me sentí incómoda y culpable al pensar en el tamaño de sujetador de Miao Yan. Abrí de un empujón la ventana que tenía detrás para que entrara aire fresco. Miao Yan nunca dudaba en cambiarse de ropa en mi presencia. Incluso cuando se quitaba la ropa interior apenas giraba el cuerpo. Cuando me veía taparme los ojos con ambas manos a veces me pedía que le rascara la espalda desnuda o le diera un masaje en los hombros descubiertos. Una vez, con el sujetador desabrochado, me pidió que mirara los lunares del tamaño de un grano de arroz que tenía entre los pechos y cerca del ombligo. Cuanto más me violentaba yo, más se exaltaba ella. «¿Por qué no me miras? Sólo soy una chica como tú. Tienes todo lo que tengo yo en el cuerpo». Se burlaba de mí. A menudo estaba demasiado avergonzada para saber qué hacer o decir.

Le hice las cejas, las orejas, la nariz y la boca. El dibujo ya no se parecía a Miao Yan. Me decepcionó, pero seguí trabajando en ello. Añadí dos líneas paralelas verticales debajo de la cabeza —el cuello—, luego dibujé el torso, las caderas, los brazos, las piernas y un par de zapatos de tacón. Siempre decía que quería tener las caderas más voluminosas, así que las ensanché y le hice los muslos más gruesos. Pese a mi esmero, todo por debajo del cuello parecía deformado: los brazos eran demasiado finos y largos, el torso corto y grueso. El dibujo en conjunto parecía hecho por un bebé.

Levanté el dibujo y lo examiné. Faltaba algo. Aparte del pelo largo, no había otros rasgos que indicaran que era una figura femenina, no tenía pecho. Jugueteeé con el bolígrafo en el papel, luego recordé la revista pornográfica que Pingping me había enseñado. Nunca había hablado de aquella noche con Miao Yan por miedo a que se riera de mí. Enseguida dibujé dos círculos en el pecho de la persona y le coloqué puntos en el medio de cada círculo como pezones. Cuando terminé, sentí que el corazón me latía más rápido.

Estaba tan absorta en el dibujo que ni siquiera oí que me llamara Gao CK.
—Ming... —Pingping, sentada justo delante, movió mi mesa con la espalda.
Mi primera reacción fue romper el papel en pedazos, pero Gao CK había empezado a caminar hacia mí.
—Chen Ming, por favor, levántese. —Cruzó las manos sobre el estómago al colocarse a mi lado. Entornó los ojitos.
Me puse en pie, al tiempo que metía deprisa el papel en mi bolsa. Todos mis compañeros de clase se volvieron para mirarnos a Gao CK y a mí. Los que antes leían novelas de kung fu había dejado sus libros. Bajé la cabeza y miré mi libro de Levanté la rodilla derecha para empujar la bolsa un poco más adentro del cajón de la mesa.
—¿Ha oído mi pregunta? —Gao CK posó la mano derecha en mi mesa.
Sacudí la cabeza.
—¿Qué estaba haciendo cuando la llamé?
Sin saber por qué tenía la sensación de que no me lo iba a poner muy difícil. Al fin y al cabo, era una de las mejores estudiantes de la clase y lo sabía.
—No estaba haciendo nada.
—Si me estaba escuchando, ¿cómo es que no oyó la pregunta?
Me quedé callada.
Se volvió hacia la clase.
—¿Alguien puede decirle a Chen Ming cuál era la pregunta?
Sabía que intentaba salvar mi dignidad.
Nadie contestó a la pregunta. El aula estaba tan silenciosa que era como si todo posible sonido hubiera sido absorbido por un agujero negro.
Esperó unos segundos, luego se volvió, se puso frente a mí y usó un tono bastante más rígido.
—¿Qué hacía cuando la llamé?
—Estaba escribiendo una carta.
—¿A quién?
—A una amiga.
—Deme la carta.
—Lo siento. Es una carta privada, no se la voy a entregar. —Yo estaba indecisa, pero al final alcé la vista hacia sus ojos y le desafié. Vi una intensa seriedad en sus ojos. Metí la mano en el cajón y agarré el asa de mi bolsa, mientras deseaba que el papel del interior se convirtiera en cenizas.
Gao CK me tendió la mano.
—Deme la carta de la bolsa. No escriba cartas de amor en clase.
Una ola de susurros y risitas inundó el aula.
—No estaba escribiendo una carta de amor. Escribía a una amiga —dije, un poco resentida por la falta de empatía de mis compañeros de clase.
Estiró más la mano hacia mí. Yo saqué la bolsa y la escondí detrás de la espalda, agarrada con las dos manos.
—Si no me da la carta, tendrá que irse de clase. ¡Ahora!
Sentía como si tuviera que decir algo en mi defensa, pero tenía la mente en blanco. Miré a Pingping y Donghua, las dos me hacían gestos para que entregara la carta. Como no quedaba otra opción, me dirigí a la puerta trasera, sujetando la bolsa en el pecho con ambas manos y con las piernas temblorosas. Antes de llegar a la puerta oí que Gao CK golpeaba la mesa con los nudillos.
—¿Cómo puede ser alguien como tú una excelente estudiante? Hablaré con el decano. ¡Tendrás que atenerte a las consecuencias!
Para mi sorpresa, sus palabras me calmaron. Las piernas dejaron de temblar. Salí de la clase, luego del edificio. No paré hasta que vi el lago Violín, luego saqué el dibujo de la bolsa. Sin mirarlo, lo rompí en pedazos y los tiré todos en la papelera más cercana.
Aquella noche, la fotografía de la revista de las dos mujeres desnudas que se tocaban no paraba de venirme a la cabeza. Era obsceno hacer un dibujo de Miao Yan desnuda. Me culpé. Tenía suerte de que mis compañeros de clase no lo hubieran visto y no

pensaran que yo era homosexual y me humillaran. No sólo eso, podrían considerar que tenía un trastorno mental. La universidad incluso podía enviarme al médico. No me atreví a pensarlo más.

Luego razoné que el hecho de dibujar a Miao Yan desnuda podía ser sólo una broma íntima entre amigas, en vez de algo pecaminoso y repugnante. Jamás había sentido el más mínimo deseo de tocarla como se acariciaban las dos mujeres de la revista. Sólo quería estar cerca de ella. Me daba miedo perderla como amiga. Sólo eso. Quizá sólo era que la añoraba demasiado...

Al día siguiente después de clase fui a la biblioteca a buscar libros sobre homosexuales, pero no encontré ninguno. En el camino de regreso, miré a toda chica que pasaba, pero todas eran poco atractivas e irritantes.

Ar Yu fue a visitarme unos días después. No nos habíamos visto desde que terminó mi trabajo de profesora de verano. Como él predijo, su madre insistió en buscar otra profesora pese a sacar bastantes sobresalientes en inglés con mis clases. «Cree que sabes demasiado sobre nuestra familia», dijo Ar Yu con tristeza en nuestra última clase. Desde entonces me llamaba todas las semanas, pero nunca habíamos quedado. Cuando le vi estaba sentado en el bordillo fuera del Cinco Oeste, con las manos en los bolsillos, mirando a las chicas pasar. Sólo habían transcurrido dos meses desde la última vez que lo vi, pero parecía más alto, con la chaqueta de piel un poco ajustada y los pantalones de color caqui demasiado cortos.

Mientras caminábamos hacia el estadio, ya que me había ofrecido a enseñarle el campus, estuvo callado. Asentía cuando le señalaba diversos edificios junto a la calle, pero hablaba poco. Cuando estábamos cerca del bosque al otro lado del estadio dijo:

—He venido a despedirme. Me voy a Estados Unidos el mes que viene.

—¿El mes que viene? Pensaba que no te irías hasta terminar el instituto.

—Yo también. Supongo que a mis padres les preocupa que el Gobierno descubra los sobornos de mi padre. Hace unos meses algunas personas de la unidad de mi padre fueron detenidas por corrupción. Mi tía de Estados Unidos ha preparado toda la documentación acreditativa. Yo conseguí mi visado la semana pasada y estudiaré en Michigan.

Quería decir «felicidades», pero no sonaba bien, así que me limité a decir:

—Entiendo.

—Mi madre se ha pasado llorando todos los días desde que mi tía envió los documentos. —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Echaré de menos a mis padres. Te echaré de menos a ti y a todos mis amigos de aquí.

—A lo mejor no deberías irte. —Me sentía triste. Aunque sólo hacía unos meses que nos conocíamos, era como mi hermano pequeño. Me parecía que América estaba muy lejos, y me sentía como si fuera a desaparecer como una burbuja en un cazo de agua hirviendo en cuanto subiera al avión.

Ar Yu se quedó callado. Por la expresión del rostro supe que había tomado una decisión.

—Tengo que irme. Quiero conocer a chicas y tener la libertad de decorar mi propia habitación.

Sus motivaciones sonaban infantiles, pero no se me ocurría nada que decir.

—Pero sí me preocupa algo. —Dio una patada a un poco de gravilla de la calle—. Sólo mido uno sesenta.

—¿Y por qué te preocupa?

—Los americanos son mucho más altos que yo. Me acosarán.

—¡Pobre! ¡Vaya una preocupación! —Me eché a reír.

—Lo digo en serio. Ele tomado clases de kung fu. También me preocupa no poder encontrar novia allí. Las chicas americanas también son grandes. —Parecía apesadumbrado.

—Sólo tienes quince años. Crecerás durante tres o cuatro años más. La leche y la ternera americanas te harán crecer más rápido. Medirás por lo menos uno setenta cuando vayas a la universidad.

—¿Tú crees? —Se me quedó mirando fijamente, medio convencido—. ¿Me buscarías una novia si no encuentro una en Estados Unidos?

—Claro. Pondré un anuncio para ti en el campus.

—Si nadie contestara, ¿serías mi novia? —Me guiñó el ojo, sonriente.

Me dio un vuelco el corazón.

—¡Serás bobo! Pues claro que no. Nunca querría tener un novio más joven que yo. Aún eres un niño.

—¡No soy un niño!

—De acuerdo. No eres un niño. Eres un hombre. Te vas solo al extranjero. Eso ya es algo, ¿no?

Estaba encantado.

—Pronto seré un hombre. Antes de lo que imaginas. Empecé a afeitarme con regularidad hace un mes. ¿Lo ves? —Se señaló la barbilla—. Por cierto, ¿cómo es que eres tan anticuada? A mí no me importaría que mi novia fuera mayor que yo.

—Mejor para ti. En ese caso pondré un anuncio para ti en el centro de las de último curso.

—¡Una novia abuela! Cocinará para mí todos los días. Mi madre estaría contenta.

Estaba oscureciendo. Con la charla no habíamos prestado atención a dónde íbamos y vi que nos habíamos desviado de la calle principal y nos adentrábamos mucho en el bosque, por un pequeño sendero de gravilla incrustada con ladrillos azules de formas irregulares. A ambos lados de la carretera había una densa plantación de ceibas, eucaliptos, y las ramas de arbustos perennes que se abrían paso entre ellos. Pese a mis escasos conocimientos sobre adonde iban los estudiantes en sus citas, sabía que a aquel sendero lo llamaban el Camino del Amor y era frecuentado por alumnos y gente externa a la universidad que buscaba un lugar íntimo para estar juntos. Sólo había recorrido aquel sendero una vez con Miao Yan.

Cogí a Ar Yu de la mano, iba a volver, pero él no se movía. Seguí la dirección de su mirada y vi a dos personas que se besaban con fuerza detrás de un árbol a unos veinte metros del sendero. Estaban tan apasionados y absortos que no se percataron de que nos acercábamos. Le solté la mano de inmediato a Ar Yu y me di la vuelta, pero él me agarró de la cintura, los dedos parecían tenazas. Frunció el ceño y me hizo un gesto para que le siguiera detrás de un arbusto. Temerosa de asustar a los amantes, no me quedaba más opción que hacer lo que pedía.

Pensaba que la pareja acabaría de besarse y se iría, pero empezaron a tocarse con agresividad. Debían de pensar que la luz tenue del bosque al atardecer los protegía de miradas ajenas. Observé la mano del hombre que acariciaba el pecho de la mujer mientras ella le desabrochaba los pantalones y le metía una mano en la entrepierna. La mano masculina descendió despacio para llegar por debajo de la falda larga de la mujer y se quedó ahí. Ella inclinó la cabeza hacia atrás. Él utilizó la otra mano para desabrocharle la blusa, luego el sujetador. Era negro y no debía de tener tirantes, porque se deslizó al suelo.

Aquella escena me mareó. Tuve que bajar la cabeza y cerrar los ojos para darme un respiro. Cuando los abrí de nuevo, me volví para mirar a Ar Yu. Contemplaba a la pareja sin pestañear, parecía poseído por un fantasma. Me cogía la mano ahora con menos fuerza.

En aquel momento, en dirección contraria, se acercó una niña de diez u once años con una cola de caballo y una mochila roja en la espalda. Debía de haber tomado aquel sendero como atajo a casa. Tarareaba y andaba a la pata coja hacia Ar Yu y yo. Le di un codazo a Ar Yu y señalé con la cabeza a la niña. Cuando él volvió en sí y la vio le rechinaron los dientes y dijo con la voz ahogada «¡Maldita sea! ¡Maldita sea!» La niña y la pareja se vieron casi a la vez, luego enseguida nos miraron. La niña gritó.

—¡Deprisa! ¡Corre! —Ar Yu saltó desde detrás del arbusto, me cogió de la mano y salió disparado hacia la calle principal, con la mano firme y las zancadas largas. A duras penas podía seguirle el ritmo. Cuando llegamos a la calle principal no nos detuvimos, seguimos corriendo hasta que nos refugiamos en un quiosco cerca de la biblioteca. Cuando recobramos el aliento, Ar Yu soltó una carcajada, y yo también.

Por fin dejó de reír y se me quedó mirando. Había algo extraño en sus ojos, algo que no entendía: esperanza, deseo, duda, desconcierto o un poco de todo. Me aparté de él.

—Voy a enseñarte la biblioteca y mi departamento —dije.

Él murmuró algo.

—¿Qué has dicho?

—Quiero besarte. —Esta vez el tono era firme. Antes de poder reaccionar, dio un paso adelante y me atrajo hacia sí, los brazos transmitían una fuerza sorprendente para sus quince años. No es que tuviera idea de la fuerza que debería tener un chico de quince años, nunca me había agarrado así un hombre. Entonces movió rápido las manos de los brazos a la cintura. Por un momento pensé que iba a levantarme, pero sólo bajó la cabeza en busca de mis labios, con la respiración irregular y pesada.

Me zafé de sus brazos y le di una fuerte patada en el estómago, tanto que retrocedió unos pasos y se quedó sentado en el suelo.

—Esa gente no son estudiantes. No deberíamos haber entrado en el bosque. Ni siquiera tendrías que haber venido a visitarme, será mejor que te vayas.

—¿Qué pasa? ¡Me gustas! —Parecía herido. Veía mi huella sucia en su polo blanco debajo de la chaqueta.

—¡No es divertido!

—¡Te quiero!

No pude evitar echarme a reír. ¿Qué sabía una persona de quince años del amor? Caminé hacia Ar Yu y le ofrecí las manos. Él las rechazó y se puso en pie.

—No sabes lo que es el amor —dije, y recordé que Miao Yan me había dicho lo mismo cuando discutíamos en el centro comercial.

—¡No hace falta tener novia para saber de amor! —Se dio la vuelta.

—Tú no me quieres. Sólo te gusto como hermana.

—No necesito una hermana. Necesito una novia.

—La tendrás algún día.

—Te quiero y te he echado de menos.

—Eres un niño pequeño, como mi hermano menor —dije, e intenté cogerle de la mano y darle la vuelta.

Él me rechazó con una sacudida.

—¡No soy un niño! —Tenía la voz un poco ronca.

—Sí lo eres. —Sonreí, pensé que era como un juego en vez de una discusión.

—¡No! ¡Tú eres una niña pequeña! —Me dio la espalda, con los ojos un poco enrojecidos—. No quieres tener novio. No quieres crecer. ¡Eres una niña! Te convertirás en una solterona sin novio.

Por muy mal que me sintiera por él, peor me sentía por mí. Salí del quiosco y lo dejé allí solo.

—¡Me has hecho daño! No sabes nada del amor. ¡Eres una niña! —gritó Ar Yu a mis espaldas mientras yo me alejaba.



La misma semana de la visita de Ar Yu, el sábado por la tarde a las seis y media, cuando escribía una reseña de *El sueño del aposento rojo* en la biblioteca, oí que llamaban a la ventana. Levanté la mirada. ¡Miao Yan estaba fuera!

—¿Dónde te habías metido? No te encontraba por ninguna parte. ¿Cómo estás? —Me levanté de un salto de la silla y logré mantener la voz baja. No pude evitar sonreírle.

Ella asomó la cabeza por la ventana.

—¿Aún quieres verme?

—¡Por supuesto! Te he echado de menos todos los días.

—¿De verdad? —Se echó a reír.

Antes de poder decir nada más, metió las manos por la ventana y recogió con impaciencia mis libros y bolígrafos en una pila sobre el escritorio. La expresión de

felicidad en su rostro me decía que algo especial iba a pasar aquella noche.

Al salir de la biblioteca vi a un chico, más o menos de la altura de Miao Yan, con la piel morena y el pelo cortado al rape, que estaba de pie junto a ella en la escalera. Tenía la cara fina y angulosa. Los ojos no eran grandes, pero tenían un brillo penetrante y magnético, unos ojos como no había visto en ningún hombre. En aquel momento no se me ocurría otra palabra que «brillantes» para describirlos. Más tarde, otras palabras como «sensuales», «maduros» y «profundos» me parecieron más ajustadas. Llevaba una chaqueta cortavientos plateada, sin abrochar, encima de un jersey de cuello alto negro.

Se acercó a mí y me ofreció un apretón de manos.

—Tú debes de ser Chen Ming. Miao Yan me ha hablado de ti por lo menos cien veces. Es un placer conocerte por fin, la chica misteriosa, en persona. Me llamo Du Sheng. Me puedes llamar Hermano Mayor Du. —Me miró a los ojos con la seguridad de un vendedor que presenta sus productos. Tenía voz de barítono, potente pero musical. Al hablar, enrollaba ligeramente la lengua para marcar los sonidos en erre, como Pingping.

Miao Yan estaba a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro, le agarraba con los dos brazos y me sonreía. Llevaba el traje azul que se había probado en el centro comercial. Los zapatos de tacón eran del mismo tono, con una hebilla plateada en forma de corazón a los lados. Pensé que aquel Hermano Mayor Du debía de ser su novio rico secreto.

—Aquí tienes mi tarjeta. —Du Sheng sacó la cartera y me dio una tarjeta con una capa dorada impresa.

Miré la tarjeta: su cargo era director general de productos de comercialización.

—Ming es estudiante, no un cliente potencial —dijo Miao Yan con dulzura.

—Tienes razón. No lo he pensado, es la costumbre.

Me metí la tarjeta en el bolsillo.

—Es la primera tarjeta que me dan. La guardaré como recuerdo. También la puedo usar como punto de libro.

Du Sheng posó una mano en el hombro de Miao Yan y la otra en mi espalda.

—Vamos, invito yo. Tengo tanta hambre que me comería un caballo.

Cuando llegamos a la calle que llevaba a la entrada principal de la universidad, las farolas estaban encendidas y emitían una luz amarillenta.

Miao Yan sugirió que cenáramos en la calle de la comida, cerca de la entrada principal. No tenía más de medio kilómetro de largo, pero había más de cien restaurantes y puestos de comida. A lo largo de la calle, farolillos blancos colgados de cuerdas se entrecruzaban por encima de los árboles como estrellas. Los puestos de comida gozaban de una gran popularidad entre los estudiantes porque eran baratos y el servicio era rápido. Eran filiales de restaurantes pequeños cuyos propietarios ponían mesas en el pavimento para atraer a los clientes por la noche. Las noches de fin de semana, el sendero estaba abarrotado de mesas y sillas, con cientos de clientes, la mayoría estudiantes.

El invierno es la mejor época para comer estofado. Nos abrimos paso entre las mesas, las sillas y la gente. Por fin nos sentamos bajo un gran roble. Pedimos estofado de cordero con dos sopas distintas, una picante para Du Sheng y la otra normal para Miao Yan y para mí.

Cuando Miao Yan se sentó se dio la vuelta y abrazó a Du Sheng con los dos brazos alrededor de su cuello.

—Ming aún está enfadada conmigo. Tienes que disculparme ante ella.

—¿De qué hablas? No estoy enfadada contigo en absoluto —dije, ruborizada por su intimidad en público, aunque me pareció natural ver a Miao Yan con un chico guapo y maduro como Du Sheng. No sentía celos como pensaba que sucedería. Tal vez simplemente estaba contenta de ver a Miao Yan.

—Por mí bien, niñas, deberíais olvidar vuestra discusión. Vamos, dale a tu hermano una gran sonrisa. Usemos el té como alcohol y brindemos por la amistad eterna.

—Retiró con suavidad las manos de Miao Yan del cuello y levantó la tetera para servir

té de jazmín en las tres tazas.

Miao Yan arrugó los labios y se encogió de hombros, pero no se quejó.

Levantamos las tazas en alto.

—¡Por la amistad eterna! —dijimos a la vez, y dimos un sorbo al té.

—Hermano Mayor Du, ¿de dónde eres? ¿Cómo es que te gusta la comida picante?

—pregunté.

—De la provincia de Liaoning. En el Noreste hace frío en invierno. Allí todo el mundo toma comida picante. Después de venir a Guangdong, aunque el tiempo es cálido, no puedo cambiar mis hábitos alimenticios. Si no hay picante, no hay apetito. —Destapó una botella de salsa de barbacoa y se sirvió media botella en el cuenco, luego mezcló la salsa con dos grandes cucharadas de aceite de pimentón rojo. Para mí eso habría sabido a fuego.

—Se ve que es del Noreste a simple vista. Ruidoso, mucho genio, terco... todos los rasgos de los del Noreste. Si se decide a hacer algo, nada puede hacerle cambiar de opinión —dijo Miao Yan.

—Señorita Miao, ¿no hemos quedado antes que no íbamos a discutir delante de Ming? Algún día te daré maneras de describirnos a los de Yunnan. —Du Sheng le acarició el pelo a Miao Yan con una mano al tiempo que me sonreía.

Miao Yan le dio la espalda.

Por fin dejaron un reluciente cuenco de aluminio en la mesa, encima de un quemador de carbón con llamas azules. Una impoluta pared de acero dividía el cuenco por la mitad. En un lado había una sopa blanquecina, sencilla, para Miao Yan y para mí, sólo Du Sheng se atrevía a mojar la comida en la otra parte. Al cabo de un instante el camarero dejó una docena de platos con ingredientes del estofado sobre la mesa: cordero a tiras, langostinos, sangre de cerdo, estómago de ternera a rodajas, tofu de judías, fideos claros secos, champiñones, brotes de soja, taros pequeños, huevos frescos... la variedad nos encantó.

—¡Bravo! —exclamó Du Sheng. Empezamos a colocar la comida en el bol de sopa hirviendo. En menos de un minuto utilizamos las cucharas para sacar la comida caliente. Comimos afanosos durante un rato, totalmente satisfechos. Entre bocado y bocado, Miao Yan masculló:

—¡Hmmm, qué rico! Esté sucio o limpio, hecho o crudo, me está sentando bien al estómago.

Después de comer un poco más de cordero y tofu, Du Sheng dejó los palillos y me dijo:

—Yan me ha dicho que te gusta leer.

—Ming sabe mucho más que tú —intervino Miao Yan—. Tú eres un hombre de negocios que piensa en cómo ascender en la escala empresarial todos los días. No tienes tiempo para nada.

Sonreí por la broma y le dije a Du Sheng:

—Sí, me gusta. De pequeña, los libros eran lo único que tenían mis padres. Además, soy estudiante, tengo tiempo.

—No seas tan modesta. Él siempre tiene un concepto elevado de sí mismo y es muy arrogante. Tienes que ayudarme a castigarle. —Miao Yan me dio una patada juguetona en la pierna por debajo de la mesa.

Du Sheng no miró a Miao Yan. Dijo:

—Mis estudios universitarios fueron sobre filosofía. Solía leer a Dostoievski, Kafka y Sartre. Más tarde, forzado por el mercado laboral, me cambié a dirección y administración de empresas.

Yo estaba pelando un langostino que acababa de rescatar de la sopa hirviendo. Era como carbón ardiente en los dedos, y luego en la boca. Después de tragármelo y beber un trago de agua, dije:

—A mí también me gustan esos escritores.

—No le hagas caso. Se las da de que tiene buen gusto con los libros. Hace siglos que estoy con él y nunca me había mencionado esos nombres.

Du Sheng obvió el comentario de Miao Yan.

—Podríamos hablar de libros en otro momento. Mi trabajo me ha tenido ocupado, cuesta encontrar tiempo para leer. Shenzhen es una ciudad materialista y allí a la gente sólo le importa el dinero. Está bien ser estudiante. Cuando estudias tienes tiempo para leer, cuando no, vas por ahí gastando el dinero. —Se sirvió casi la mitad de la botella de salsa de chili en el cuenco, se puso cebolla tierna por encima y removió la mezcla con los palillos.

—No me extraña que me piten las orejas, alguien está echando pestes de mí. Señor Du, ¿qué pasa? ¿Te importa que yo gaste dinero? Aún tengo que depender de ti para vivir —dijo Miao Yan, y acarició a Du Sheng en la mejilla.

Du Sheng no sonrió.

Miao Yan lo miró un instante y bajó la mano. Se levantó, rodeó la mesa y se quedó a mi lado. Se inclinó y me puso las manos sobre los hombros.

—Ming, eres la única persona del mundo que me trata bien. A nadie más le importo.

—Sacó un paquete de Camel del bolso, movió el cuenco del quemador a la mesa y se inclinó hacia el carbón para encender el cigarrillo entre los labios. El carbón oscureció donde había tocado el cigarrillo, formó un círculo negro, luego volvió a brillar, más claro que antes. Miao Yan volvió a dejar el cuenco en su sitio y expulsó una columna de humo. El humo y el vapor del cuenco se mezclaron y se elevaron, como una mano que saludara.

Du Sheng ahuyentó de un soplo la nube blanca. Me dijo:

—Tal vez deberías llevar a Miao Yan a la biblioteca de vez en cuando, para que no pierda el tiempo por ahí con mala gente. Si no cambia, tarde o temprano se verá en apuros.

No sabía qué decir, no me parecía bien que alguien hiciera semejantes comentarios sobre su novia.

Miao Yan no parecía hacernos ningún caso ni a Du Sheng ni a mí. Levantó la mano derecha y cortó el humo que le salía de la boca despacio. Parecía seria, como si estuviera creando una obra de arte.

El carbón aún quemaba, pero una fina capa de ceniza blanca atenuaba el brillo de la llama. La sopa del cuenco estaba hirviendo, levantaba la comida con cada burbuja, pero los tres estábamos saciados.

Du Sheng volvió a Shenzhen a primera hora del día siguiente. Aquella noche Miao Yan llamó desde la sala de servicios y me pidió que me encontrara con ella en la azotea después del toque de queda.

Cuando llegué a la azotea Miao Yan ya estaba allí, sentada en el rincón de siempre, con un cigarrillo a medio fumar entre los dedos. Me senté a su lado. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que nos habíamos visto allí. Advertí que tenía los ojos rojos e hinchados. Ella y Du Sheng debían de haberse peleado después del estofado.

—Una vez me contaste que tu madre te dijo algo cuando fue a despedirte a la estación de tren. Dijiste que sus palabras te hicieron pensar durante mucho tiempo. ¿Qué te dijo exactamente? —preguntó.

—¿Por qué te interesa?

—Sólo por curiosidad. Mi madre nunca habla mucho conmigo. Me gustaría saber lo que les dicen otras madres a sus hijas. —Miao Yan tiró el cigarrillo a medio fumar al cemento, lo pisó con el pie izquierdo y lo retorció varias veces para romperlo.

Le conté lo que me había dicho mi madre.

Estuvo callada un rato, luego dijo:

—Ojalá mi madre me dijera algo así. No es muda, pero no habla mucho. De todos modos, nunca tiene oportunidad de hablar. Mi padre es el jefe en casa. Todos le tenemos miedo. Cuando me pegaba a mí o a mis hermanos, mi madre se escondía en la cocina. Lloraba. Era lo único que hacía. No la culpo, no tiene estudios ni sabe hacerlo mejor. Tu madre es una intelectual. Eso es bonito. Supongo que quería que te convirtieras en una persona decidida. Es cierto, no puedes complacer a todo el mundo. Algunas personas están condenadas a no ser comprendidas y a no gustar, como todos los genios.

Asentí.

—¿Crees que es más fácil para la gente normal como tú y como yo que nos entiendan los demás?

—Supongo.

—Yo creo que es al contrario. Nosotras, la gente normal, no creemos con firmeza en lo que hacemos en la vida. Somos frágiles. Nos asustamos y nos sentimos perdidas cuando los demás no están de acuerdo con nosotras.

—¿Te sientes asustada y perdida?

—Todo el tiempo. —Se echó a reír—. Pero no importa, no soy nadie.

—Eres alguien para mí.

—Eres tan dulce conmigo... —dijo, con la mirada fija en el cemento—. ¿Pero qué sentido tiene hacerte entender? ¿Qué te aporta? ¿Te atreves a abrirte y mostrarte vulnerable ante los demás?

Yo no tenía respuestas para sus preguntas, pero no parecía esperarlas. Continuó.

—Quizá no importe en absoluto si los demás te entienden o no.

La observé, en silencio.

—¿Sabes qué? Aunque quisieras que te entendieran, ¿quién iba a querer escucharte e intentar comprenderte? Hoy en día, a nadie le importa lo que piensas ni lo que haces. Estás sola. Si tienes que luchar, sufrir, llorar o incluso morir, es tu suerte, tu destino.

No supe cómo interpretar sus palabras. Quería decir algo positivo, algo como «la gente siempre intenta ayudarse» o «por eso la amistad es importante», pero ninguna de esas respuestas sonaba convincente. Me limité a murmurar:

—Yo siempre estoy aquí para ti.

—¿Irás a Yunnan conmigo? —Levantó una ceja, de pronto el tono era alegre.

—Por supuesto. Puedo ir contigo en las vacaciones de invierno. He ahorrado dinero suficiente para el viaje. —Estaba contenta de haber cambiado por fin de tema por algo divertido.

—¿Vivirás allí conmigo?

—No vas a volver para siempre. Encontrarás un trabajo aquí. Te quedarás aquí conmigo —dijo con alegría.

Ella apoyó la cabeza en la pared, parecía tener la mente en otra parte.

—Ming, ¿tú quieres que te entiendan?

Suspiré, había regresado al tema anterior.

—No lo sé, no lo pienso. Tal vez sea demasiado joven para pensar en ello. No me preocupa. Me gusta ser quien soy, sobre todo ahora que te tengo como mejor amiga. No necesito a nadie más en mi vida.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que necesitas un novio.

—No tengo tiempo para citas.

—O estás conmigo o estudias en la biblioteca. ¿Cómo vas a encontrar tiempo para conocer a chicos?

—No quiero conocer a chicos. No se me ocurre ninguno del que me enamoraría. Por lo menos ahora mismo no. De todos modos, ¿qué tienen de bueno? Sólo les interesan las chicas superficiales. Yo les debo parecer muy rara. Me gusta estar contigo, siempre nos lo pasamos muy bien juntas. —De pronto pensé en el dibujo que había hecho de ella desnuda en clase. Me sonrojé y me incliné para atarme los cordones de los zapatos.

—No puedo gustarte demasiado. Es peligroso. Has pasado demasiado tiempo conmigo. A tus padres no les gustaría si lo supieran. Deberías conocer a otra gente, hablar de libros y literatura. Y tendrías que conocer chicos. No todos son inmaduros y superficiales. Créeme, eres atractiva y tiene que haber muchos chicos que se mueren por llamar tu atención. No crecerás hasta que empieces a aprender a amar. No puedes vivir en tus libros para siempre. Estar conmigo no te ayuda a crecer. Los amantes y los amigos son diferentes. Necesitas un amante. Te encontraré un novio, te sentará bien. Quiero que alguien cuide de ti cuando yo no esté.

—Estás diciendo tonterías. Seguro que encontrarás un trabajo aquí.

—¿Qué te parece Du Sheng? —preguntó de pronto.
—¿Du Sheng? Parece buen chico.
—Te digo que le gustas. ¿Recuerdas? Hace mucho tiempo me hablaste de tu novio ideal y yo me reí de ti. De hecho, se acerca bastante a lo que tú describías.
—¡No digas eso! Es tu novio. —Me tapé los oídos.
—Lo era.
—No bromees con eso. Estoy segura de que vendrá a visitarte pronto. Ya me buscaré yo un novio si quiero.
—Seguro que puedes. —Sonrió. Puso la mano derecha en mi cintura y la subió por la espalda hasta el cuello. Tenía la mano suave y caliente. La dejó en la nuca, me acarició el cuello formando pequeños círculos, luego la retiró enseguida.
—Ming, me estás empezando a gustar demasiado. —Se rió.
Me incliné hacia delante y apoyé la cabeza en las rodillas. Contuve el aliento mientras ella posaba la mano en mi cuello. Los pocos segundos que su mano permaneció allí me parecieron eternos.
—Por cierto —dijo—, llevas el pelo demasiado largo por la espalda. Necesita un corte. Déjame llamar a mi estilista y concertarte una cita. Iré contigo en algún momento de la semana que viene.
Se quedó callada un rato, luego dio una palmada.
—Bueno —dijo, con los ojos brillantes—, cuéntame algo sobre mí. Dime qué tipo de persona soy.
—Eres guapa, sexy, divertida...
—No, no, no. —Sacudió la cabeza con brusquedad—. No toda esa superficialidad. Dime algo profundo sobre mí. Algo que explique por qué te gusta estar conmigo y por qué crees que soy distinta del resto de la gente de tu vida. —Se enderezó y me miró con intensidad.
—¡Es fácil! —exclamé, pero en cuanto hube pronunciado la palabra dudé. Buscaba frenética términos y frases fugaces para describirla. Me di cuenta de que no sabía mucho sobre ella. Habíamos comido y cenado juntas, nos habíamos saltado clases y paseado juntas, habíamos bromeado y reído, pero nunca había invertido tiempo en pensar el tipo de persona que era.
Esperaba mi respuesta, y su rostro empezaba a mostrar desilusión.
—En realidad no me conoces. Tú sólo crees que es divertido estar conmigo. Necesitas mi amistad tanto como yo la tuya. Nadie me conoce. —Apartó la vista de mí—. No me necesitas, tendrás una vida mejor sin mí. Tú sólo necesitas tus libros, tu violín, la azotea. Tu mundo está lleno de sonrisas y luz del sol. En mis veinticuatro años, nadie me ha preguntado nunca por qué me he convertido en la Miao Yan de hoy, por qué pensaba como piensa la Miao Yan de hoy. Pero aunque me conocieras bien, ¿qué diferencia habría? Tú sigues siendo tú y yo, yo.
Mi primer impulso fue negar todas sus afirmaciones, pero no me salió decir nada.
—Él tampoco me necesita. —Lo dijo en voz baja. Sabía que con «él» se refería a Du Sheng.
Se puso en pie y se dirigió al otro lado de la azotea. Antes de llegar a la pared, me levanté y la seguí. Me daba miedo que cometiera una estupidez.
Se apoyó en la pared y se volvió para mirarme. Yo me detuve. Se puso un cigarrillo entre los labios, inspiró y me tiró el humo. Yo no lo ahuyenté como habría hecho normalmente. Al principio el humo era denso, luego se fue volviendo más fino a medida que se disipaba en la oscuridad.
El aire estaba inmóvil, como antes de la tormenta. Con algunas franjas alargadas de nubes negras en el azul irregular, el cielo parecía un rostro con cicatrices.
—Estoy embarazada —dijo.



Los finales estaban a la vuelta de la esquina. Aquellos días, la biblioteca estaba

abarrota. Abría a las seis, en vez de a las seis y media como siempre, y no cerraba hasta medianoche. Por la mañana la multitud a la espera se congregaba hacia las cinco y media. Cuando abrían la puerta, tenía que pelearme para abrirme camino y ocupar mi sitio junto a la ventana de la Sala Uno.

El invierno de aquel año fue especialmente frío. Durante unos días la temperatura bajó a uno o dos grados centígrados, y las exhalaciones ya no eran transparentes sino una nube de bruma blanquecina. Para los cantoneses, este tipo de clima frío era muy poco corriente, el típico invierno consistía en ver más hojas caídas en el suelo que en otoño.

En la calle los vendedores ofrecían por todas partes abrigo de plumón. Una noche no podía soportar más el frío y le compré una chaqueta a uno. Los estudiantes pedaleaban rápido en sus bicicletas y formaban una corriente que se precipitaba hacia las bibliotecas y las aulas. Los sonidos de sus ruidosos timbres se elevaban y caían. Sólo las filas de palmeras continuaban impertérritas. Llevaban el mismo atuendo amarillo de verano, tenían pocas hojas en la copa contra el aire frío.

Entonces empezó a llover mucho, casi sólo llovizna. No se veían las gotas, pero ahí estaban: en las hojas de los árboles, pegadas a las paredes, filtrándose en la tierra. El mundo entero era una enorme esponja húmeda. En ocasiones las corrientes oceánicas del sur de China llevaban chubascos y tormentas. Caían gotas de lluvia grandes como alubias. A veces, cuando llovía mucho, el viento acompañaba a la lluvia para crear un desorden mayor. Me gustaban los chubascos. Me pasaba horas mirando por el cristal de la ventana donde golpeaban las gotas de lluvia, borrosas con cada nueva salpicadura.

No vi a Miao Yan durante más de una semana tras aquella noche en que me dijo que estaba embarazada. El día de la noticia no me sentí sorprendida ni preocupada, era como si quedarse embarazada fuera tan normal como tener el periodo. Sólo le pregunté qué quería hacer a continuación.

—¡Ir a la discoteca! —dijo ella.

—¿A la discoteca?

—Vamos a bailar. Vamos a bailar como locas. ¿Por qué iba a importarme si no le importa a nadie más? —Tenía la cara roja y los ojos encendidos.

Nos dirigimos a la estación de autobuses, que era un hormiguero de estudiantes que iban a la ciudad a pasar la noche. Miao Yan se metió en el tráfico y paró a un taxi Volkswagen rojo. Entramos. «¡Idiota! ¡Para de dar bocinazos!» le gritó ella al coche que iba detrás del nuestro antes de cerrar la puerta. Luego le dijo al conductor: «calle Beijing, sala de baile Dinastía».

Por el camino juntó las manos en el pecho, se inclinó hacia delante y miró por la ventana de su lado. Fruncía el ceño ante cada semáforo en rojo y maldecía cada ralentización del tráfico. Saltó unas cuantas veces con un comentario como «Vamos a pasarlo bien. Esta noche vamos a pasarlo bien».

La puerta de la sala de baile Dinastía era de color rojo intenso. De los lados colgaban dos enormes faroles, con el nombre de la sala escrito con una caligrafía extravagante como una figura de fantasma. En la entrada oí una bulliciosa música *heavymetal* que venía del interior. En cuanto entramos Miao Yan se fue. Antes de que pudiera detenerla corrió por todo el vestíbulo y el pasillo como si la reclamara una voz que sólo ella oía. Enseguida se sumó a la multitud que bailaba. Al principio aún la veía entre el resto de la gente, me hacía señas con las manos para que me uniera a ella, pero luego la corriente la llevó al otro extremo de la sala. En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido.

Al ver a cientos de personas apretujadas en un espacio diminuto que retorcían sus cuerpos como serpientes, perdí las ganas de bailar. Una vez Miao Yan dijo que mi tipo de sangre debía de ser el B, y que eso explicaba mi personalidad pasiva: taciturna, pensativa, difícil de exaltarme y todo eso. En cuanto a ella, decía que su tipo de sangre debía de ser el O, que solía ser de gente apasionada y aventurera. Cuando me lo explicó yo me burlé, ahora sentía que tal vez era cierto.

Encontré una mesa vacía y me senté. La visibilidad dentro era confusa, en parte

porque la gente fumaba, también porque la sala de baile tenía una máquina de humo artificial para crear un ambiente misterioso. Encima de la mesa había una vela roja, la suave llama amarillenta se agitaba con la música, el *DirtyDiana* de Michael Jackson.

—Perdona, ¿quieres fumar? —Alguien me gritaba al oído. Me di la vuelta y vi a una chica teñida de rubio con una minifalda de color azul cielo. Llevaba un bolso azul cuadrado con la palabra Marlboro impresa delante. Iba muy maquillada: un grueso lápiz de ojos negro rodeaba sus ojos y un polvo plateado cubría los párpados. Las cejas, muy depiladas, se elevaban un poco en el medio y descendían hacia el final. Sabía por Miao Yan que esa forma de la ceja, occidental, estaba de moda. Me sonrió, una sonrisa presurosa pero educada, y los dientes quedaron levemente expuestos entre los labios oscuros de color púrpura.

Me estaba examinando. Seguí su mirada y me vi el suéter marrón y los zapatos de pie negros y planos, que tenían la punta gastada y llena de rozaduras. Un poco ruborizada por mi aspecto poco moderno, escondí los pies debajo de la silla.

—¿Dónde está Miao Yan? —preguntó. La sonrisa había sido sustituida por una expresión indiferente y natural. Miró hacia la barra, donde dos camareros estaban ocupados sirviendo copas, se sentó con su bolso de Marlboro en el regazo y cruzó las piernas despacio y con elegancia.

—¿De qué conoces a Miao Yan? —pregunté.

—Era vendedora aquí, promocionaba tabaco extranjero. Media jornada, por supuesto. Cincuenta yuanes la hora. Un buen negocio, ¿verdad? Algunos clientes ricos incluso daban propinas generosas. Es mucho más fácil hacer dinero así que ir a casa de alguien a enseñar inglés a sus estúpidos hijos o vender fideos instantáneos a estudiantes de primer curso. Pero a Miao Yan la despidieron al cabo de unos meses. No sé cuál fue el verdadero motivo, pero creo que discutió con un cliente.

—Hizo una pausa y se me quedó mirando unos segundos—. ¿Por qué te ha traído a un lugar así?

—¿Por qué no puedo venir aquí?

—No es sitio para las niñas buenas como tú. —Después de un gran bostezo, empezó a fumar.

—Dame un cigarrillo —le pedí.

—¿Estás segura?

Asentí con firmeza.

Aunque era la primera vez que fumaba, inspiré y expulsé el humo como una fumadora empedernida, tal vez de ver fumar a Miao Yan tantas veces. Incluso logré expulsar el humo hacia la cara de la chica. Al ver su expresión de perplejidad y pensar en mi actitud de «chica mala», para mi sorpresa me sentí orgullosa de mí misma.

—¿Cómo sabes que Miao Yan y yo hemos venido aquí juntas? ¿Nos has visto entrar? —pregunté.

—¿Quién no os conoce? Eres la única chica con la que se relaciona Miao Yan. —Soltó una risita que me puso la piel de gallina—. Le gustas.

—No digas eso. Ella y yo somos buenas amigas. Su novio está en Shenzhen y se llama Du Sheng. —Tras una breve pausa, añadió—: Yo también tengo novio. Está en mi ciudad.

—No tienes por qué dar explicaciones. No me importa cuántos novios tengas. Miao Yan tiene muchos amantes. Ni siquiera se inmutaría si tuviera que acostarse con un chico al que apenas conociera. Durante todos estos meses ha estado buscando a un lugareño que se casara con ella para poder quedarse aquí. Es de Yunnan, ya sabes. Lástima que tú no seas de aquí, ni un chico, si no se habría casado contigo. —Soltó una carcajada, tenía el polvo de la cara blanco e irregular.

Quería seguir explicando que Miao Yan y yo sólo éramos amigas, pero surgió una pregunta más importante.

—¿Por qué tiene que casarse para quedarse aquí? Si encuentra un trabajo, se puede quedar, ¿no? —Recordé que Miao Yan me dijo una vez que me admiraba porque no era de Yunnan.

Ella se encogió de hombros.

—No importa si encuentra un trabajo aquí o no. Tiene que volver de todos modos a menos que encuentre a alguien que se case con ella. Ha intentado buscar trabajo, pero no creo que consiga nada. La política de asignación de este año es que todos los estudiantes de Yunnan tienen que volver. Cuando regresen, la oficina de empleo local les adjudicará un puesto en la zona. Los estudiantes de otras provincias remotas y atrasadas también tienen que regresar a sus lugares de origen. En realidad, en el caso de Miao Yan, como además pertenece a una minoría y entró en la universidad por su origen étnico, tendría que regresar a Yunnan aunque la política de este año fuera distinta. Lo sabe desde el día en que la admitieron. Todo el mundo quiere quedarse aquí. Seguro que una chica lista como ella no iba a volver sin más.

—¿Por qué Miao Yan nunca me lo ha contado?

—¿Quién eres tú? ¿Qué puedes hacer para ayudarla? Su única oportunidad es casarse con un chico con residencia permanente en Guangdong. El chico que acabas de mencionar, Du no sé qué, debería servir. Yo lo conocí una vez. Es guapo y tiene dinero. Ojalá fuera mi novio. —La chica soltó una risita, la sombra de ojos plateada de los párpados brillaba como las escamas de un pez. ¡Qué cara tan fea!

—Si Du Sheng se casa con ella, ¿se puede quedar? —pregunté.

—Creo que sí.

—¿Alguna otra opción?

—Bueno, los contactos ayudan. Pero su ciudad natal es uno de los sitios más pobres de Yunnan y ella pertenece a una minoría. No creo que su familia pueda ayudarla mucho. Ha reunido algo de dinero y tal vez ha intentado sobornar al chico que se encarga de la asignación de empleo en su departamento. Pero necesita mucho dinero, ya sabes. Su padre sufre una parálisis permanente por un derrame cerebral y su madre no tiene un buen trabajo. También tiene que mantener a sus hermanos, que están en el colegio.

—¿Cómo sabes tanto?

—Lo sé y ya está. —Se levantó y rompió la colilla del cigarrillo en el cenicero—. Ahora tengo que irme.

—¿Tú también eres de Yunnan? ¿Te licencias el año que viene? Debes de haber encontrado a alguien que se case contigo —dije, de pronto.

—¡No es asunto tuyo! Yo sólo quería decir que Miao Yan es una manipuladora. Se deshará de ti cuando no te necesite. Sé que buscaba a alguien que le escribiera el trabajo de fin de carrera. Supongo que te encontró a ti, pobre. Mira, no puedo seguir de cháchara. Si mi jefe me ve charlando, me despide. Saluda a Miao Yan de mi parte. Hasta luego. —Sacó un paquete de tabaco y me lo lanzó a la mesa—. Invito yo. —Se dio la vuelta y se fue.

—Espera un segundo. ¿Cómo te llamas? ¿En qué departamento estás? —le grité a su espalda que se alejaba. Ya fuera porque la música estaba demasiado alta o porque fingió no oírme, no se dio la vuelta. Enseguida llegó al otro extremo de la sala de baile, contoneando las caderas y con la cola de caballo oscilando de lado a lado. Desapareció en un santiamén.

En ese momento la música era rap. El discurso fragmentado como un tarareo y la percusión ensordecedora me hacía sentir delicada. Las máquinas de humo artificial, instaladas en el techo y en las cuatro esquinas de la sala, empezaron a emitir nubes de niebla blanca que parecían un grupo de máscaras cambiantes en la luz. La música iba subiendo de volumen, la multitud cada vez se enloquecía más.

Entonces vi a Miao Yan. Estaba bailando dentro de un círculo formado por siete u ocho hombres. Llevaba unos tejanos negros ceñidos y de corte bajo y una camiseta de tirantes negra medio transparente, tan corta y ajustada que la cintura y el ombligo quedaban expuestos con cada movimiento exagerado. En el interior, bajo la luz de la discoteca, el sujetador blanco se volvía de color violeta brillante. Los hombres a su alrededor aplaudían, se reían y lanzaban gritos histéricos. Uno llevaba la chaqueta de Miao Yan en la cabeza. Cuando bailaba, las mangas caídas de la chaqueta se movían como dos alas rotas.

De pronto vi con claridad que de verdad estaba embarazada y que la iban a expulsar

de la universidad. El miedo que resultó de esa toma de conciencia era tan atroz que me quedé sin aliento y sudorosa. Me puse en pie, sin dejar de mirar a Miao Yan. Deseaba con todas mis fuerzas que dejara de bailar. Quería estar en otro sitio, tomando café en un bar tranquilo, charlando entre risas, que me lo contara todo sobre su familia y su vida, que me dijera que siempre estaría conmigo para ayudarla. Sin embargo, al minuto siguiente dudaba de haberla conocido alguna vez en la azotea o de haber pasado tanto tiempo juntas. Pese a estar al alcance de la mano en aquella discoteca abarrotada y cargada de humo, parecía irreal. Intentaba evocar imágenes en mi mente de su ciudad natal, su padre paralítico, su madre tímida y los hermanos en el colegio. Intentaba relacionar mi pasado y mi presente con el suyo, pero tenía la mente confusa. No podía pensar con claridad. Estaba llena de rabia, decepción, impotencia, pena y otros sentimientos indescriptibles. Inconscientemente me adelanté unos pasos y me expuse a la luz.

Debió de verme, porque tropezó, de cara a mí. No obstante, no levantó la cabeza ni dejó de bailar. Con un movimiento rápido del pelo, dio un giro hacia el rincón opuesto de la sala, seguida por todos los hombres que la rodeaban. El resto del gentío enseguida llenó el espacio que dejaron. En unos segundos estaba fuera de mi vista.

Para cuando salí corriendo de la sala de baile y entré en un taxi, ya había decidido ir a Shenzhen al día siguiente a visitar a Du Sheng. Había conseguido un permiso de entrada de la oficina de administración de estudiantes una semana antes porque pensaba que sería útil si tenía que ir a Shenzhen a buscar a Miao Yan. Tenía algunas clases los lunes, pero no me importaba. Cuanto antes viera a Du Sheng, antes podría salvar a Miao Yan de esos hombres viciosos. No iba a dejar que se abandonara como una prostituta. Du Sheng parecía un buen chico. Tal vez Miao Yan estaba embarazada de él. Quizás él era compasivo y responsable y se casaba con ella, aunque ya no la quisiera. A lo mejor Miao Yan no se vería obligada a dejar la universidad, y no tendría que volver a Yunnan.

Toda mi anterior frustración y perplejidad sobre mi intimidad con Miao Yan había sido sustituida por una necesidad apremiante de salvarla. Frente a esa urgencia, todo lo demás parecía trivial.

Me pasé toda la noche dando vueltas y con sueños fragmentados. Cuando me levanté hacia las siete en punto no recordaba ningún sueño. Esperaba que Miao Yan llamara a la puerta para disculparse por dejarme sola en la discoteca o que por lo menos dejara una nota de disculpa, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas.

Hacía unos días que no llovía, y la temperatura no paraba de aumentar. Antes de subir al autobús 25 que me llevaba a la estación de tren, saqué la tarjeta que Du Sheng me había dado la noche del estofado: la dirección de su oficina era el 701 de la calle del Lago del Este.

El horario era perfecto. Cuando llegué a la estación, el tren de las ocho en punto para Shenzhen estaba a punto de partir. Un asistente con uniforme azul me saludó en la puerta de mi compartimento y me hizo una señal para que pasara tras comprobar mi billete, el permiso de entrada y el carné de estudiante.

Había muchos asientos vacíos. Una madre joven y su hijo estaban sentados enfrente. El chico tenía la cara afeminada, con las mejillas sonrosadas y las pestañas largas. Llevaba una chaqueta y unos pantalones de franela azules a conjunto, y una gorra con un pato bordado con hilo dorado. No se podía estar quieto. En un momento estaba encima de un asiento fingiendo que montaba a caballo, y al segundo había bajado de un salto y corrido por todo el compartimento, o con la pistola de juguete para disparar a enemigos imaginarios. Su madre se levantaba a menudo para disculparse con los demás pasajeros por las travesuras de su hijo. Yo observaba al niño con admiración. Pensé que en aquellos tiempos crecer era algo verdaderamente bueno.

Me volví para mirar por la ventana en un intento de animarme. El tren se detuvo en algunas estaciones para que subieran y bajaran pasajeros. Los asientos vacíos se llenaron enseguida. Al cabo de dos horas el tren llegó a la estación de Shenzhen.

Esperé en la cola para pasar el control fronterizo. Algunas personas se quejaban de la

dificultad de obtener un permiso de entrada. «Es como conseguir un visado para Estados Unidos. ¿Por qué tiene que ser Shenzhen tan especial? ¿Acaso la gente de aquí no es china como nosotros?», oí que decía alguien. Delante de mí en la cola, a algunas personas se les negaba la entrada por falta de la documentación adecuada. Cuando intentaban discutir con los oficiales uniformados, los guardias de seguridad los apartaban. Una mujer joven con una gran maleta estaba sentada en un banco contra la pared llorando. «Mi marido está en Shenzhen. ¿Por qué no me dejáis pasar? Ahora es rico y quiere deshacerse de mí. Cuando estaba en la facultad yo ahorraba hasta el último céntimo para él. Quiero verle.» No se fue hasta que una guardia de seguridad habló con ella un rato.

Yo pasé sin problemas. Salí corriendo de la estación, subí hacia el viaducto que había enfrente del hotel Shangri—La, ansiosa por ver esa zona económica, transformada de un pueblo pescador sólo diez años antes. Miao Yan me había dicho que era una ciudad de inmigrantes donde la mayor parte de la gente hablaba mandarín. También me había contado que el primer McDonald's de China había abierto dos años antes.

Todo era de un blanco reluciente. A simple vista, el hotel Shangri—La era el único edificio que se podía considerar «excepcional». Las demás torres altas parecían cajas cuadradas, sin personalidad. Una gran multitud estaba sentada en la escalera fuera de la estación, con un equipaje abultado al lado, era obvio que eran inmigrantes en busca de oportunidades de ganar dinero en la ciudad más rica del país.

Yo estaba deprimida, en parte por la imagen deprimente, además de la mujer triste del control fronterizo. Empecé a sentir que la decisión de visitar a Du Sheng había sido precipitada, sólo lo había visto una vez y ni siquiera sabía si estaba en Shenzhen en ese momento, pero era demasiado tarde para cambiar de planes.

Tras preguntar por la dirección, subí a un autobús. La vista mejoró cuando el autobús se alejó de la estación de tren; como en la mayoría de ciudades, la estación se encontraba en la peor zona. Las calles anchas estaban limpias y tenían un diseño bonito y, a diferencia de Guangzhou, no había atascos ni bocinazos interminables de los coches. Por todas partes, grupos de rascacielos y torres de apartamentos a medio construir resplandecían con distintos colores en el cielo. Por el camino, el autobús pasó junto a una enorme valla publicitaria que daba a un exuberante parque. En la valla, el presidente Deng, rodeado de flores, saludaba con una amplia sonrisa en el rostro.

Media hora después estaba frente a la puerta corrediza de vidrio de la empresa de Du Sheng.

—¿El director Du? Ahora mismo está en una reunión. ¿Es tan amable de decirme quién pregunta por él? —La recepcionista era educada. Cuando le dije quién era, me hizo pasar a una sala de espera cerca del vestíbulo. Me senté en un largo sofá de piel marrón, que formaba parte de una serie de siete colocados en las paredes. En medio de la sala había una mesa de caoba con un gran jarrón de porcelana en el centro con docenas de flores de plástico que apuntaban en todas direcciones. De una de las flores colgaba una cinta dorada con una inscripción en tinta negra que decía «próspero negocio». En todos los rincones de la sala había un jarrón del mismo tamaño pero con un dibujo distinto. Una alfombra oriental de flores se extendía por debajo de la mesa hacia los sofás.

Cuando me bebí el agua que la recepcionista me había servido, me levanté para ver las fotografías de la empresa que colgaban de las paredes. Vi a Du Sheng aquí y allá. En todas las imágenes llevaba traje, lucía la misma sonrisa que los demás de las fotografías. Por algún motivo empecé a cuestionarme la impresión favorable que me había causado. Casi no sabía nada de él.

Volví al sofá y me senté, con la esperanza de no tener que esperar mucho.

—¿Ming? ¿Qué haces aquí? —Du Sheng entró presuroso en ese momento. Con traje negro de buen corte y una corbata de rayas azules, estaba guapo, imponente.

—Un pariente mío vive cerca, así que pensé en pasar a saludar. —Había inventado aquella excusa en el tren.

—¿Has venido con Miao Yan? —Escudriñó la sala.

—No tenía tiempo. He venido sola.
—¿Hoy no es lunes? ¿No tienes clases?
—El profesor de literatura antigua está enfermo y no hay sustituto.
Se aflojó la corbata y se sentó en el brazo del sofá.
—¿Está bien?
No contesté.
—Bueno, algo debe de ir mal, pero supongo que ahora mismo no quieres contármelo. Podemos hablar de eso más tarde. Es la hora de comer, ¿quieres probar la comida japonesa?
Yo no había desayunado y me rugía el estómago, así que acepté.
Fuimos a un restaurante que estaba en el siguiente edificio. Había una larga cola, pero nos sentaron enseguida en la barra de *sushi* porque Du Sheng conocía al propietario. Du Sheng escogió algunos de los platos que pasaban y me los puso delante. También abrió el papel de mis palillos y me sirvió té.
—Puedo hacerlo sola. —Fruncí el ceño.
—Hoy eres mi invitada. —Sonrió y se sirvió un rollito de salmón—. Si tienes tiempo, te puedo llevar a China Espléndida o a Pueblos de la Cultura Popular esta tarde. Cuando tengo invitados siempre los llevo ahí. Soy un guía turístico excelente y ni siquiera tienes que darme propina.
—Iré con mi pariente.
—¿Qué pariente?
—Mi tío, el hermano menor de mi padre. —En realidad tenía un tío lejano en Shenzhen, pero nunca lo había visto, ni sabía su nombre ni su dirección.
—¿En qué parte de la ciudad vive? Te puedo llevar en coche después de comer.
—No te molestes. Puedo tomar un taxi. —Sabía que sonaba descortés, pero no pude evitarlo.
—¿Desde cuándo gastas tanto, como Miao Yan? Cuando estaba en la universidad yo nunca tomaba un taxi, no son baratos en Shenzhen. Debes de ser de una familia rica. No contesté. Utilicé mis palillos para dar vueltas al *sushi* y el *wasabi* en el plato, mientras pensaba en cómo pedirle que se casara con Miao Yan.
—¿Te ha enviado Miao Yan? —Mezcló el *wasabi* con salsa de soja en el plato, sin mirarme—. ¿Está en Shenzhen? Hoy no pareces tú. No vendrías a visitarme si no fuera por ella.
—Ya te lo he dicho, he venido sola. Jamás me pediría que viniera a verte a pedirte ayuda —dije, y se me humedecieron un poco los ojos.
Du Sheng me dio su servilleta, parecía preocupado.
—Algo va mal, será mejor que me lo digas.
—Es por el *wasabi* —dije, y me tapé los ojos con mi servilleta, pero enseguida me invadió la rabia. Dejé la servilleta y lo miré a la cara—. Francamente, sé todo lo ocurrido entre tú y Miao Yan. Espero que asumas tu responsabilidad.
—¿Qué responsabilidad? —Levantó las cejas.
—¿Por qué finges no saber nada? Pensaba que eras un hombre responsable. —Me ardía la cara de la rabia.
—¿Qué ha pasado?
—¡Está embarazada de ti!
—Un momento, que está... ¿qué?
—¡No me digas que eres inocente!
—¡Maldita sea! —exclamó, con los puños apretados y la cabeza enterrada entre los brazos cruzados sobre la mesa—. ¿Por qué ha hecho eso? ¡Será tonta! —Hablaba bajo, pero su voz retumbaba en mis oídos.
—Tú no...
Levantó la cabeza y rompió en pedazos el envoltorio de los palillos.
—Camarero, la cuenta, por favor.
—Todo se arreglará si te casas con ella —dije, confusa por su reacción—. Sabes que te quiere.
Du Sheng se me quedó mirando, parecía perplejo e indignado, como si le pidiera que

matara a alguien. Al final dijo:

—Vámonos.

Pagó la cuenta y salió dando zancadas. Yo le seguí, un paso por detrás.

Pasamos algunos edificios y llegamos a un parque comunitario. Se detuvo en un banco de madera cerca de una fuente. Yo también me paré. Sacó un móvil del bolsillo de los pantalones.

—Dile al director Wang que tengo unos asuntos personales que atender esta tarde y que no volveré a trabajar luego. Puedes aplazar las reuniones de esta tarde para mañana.

Tras hablar por teléfono, se volvió para mirarme, con las manos en la espalda.

—Sé que Miao Yan es tu mejor amiga y que no me creerás te cuente lo que te cuente, pero debo decirte que el niño no es mío. Además, no puedo casarme con ella para que pueda quedarse aquí. Tuvimos relaciones sexuales, pero la última vez fue hace ocho meses. Intentamos volver, pero no funcionó. Siempre que venía a verme a Shenzhen acabábamos discutiendo. Llegamos al acuerdo de que deberíamos ser sólo amigos, no pareja. Por algún motivo me pidió que fingiéramos que aún éramos pareja cuando quedamos los tres para el estofado. Creo que no quería que te preocuparas por ella. Me hablaba con frecuencia de lo mucho que te preocupas por ella y el miedo que tiene a hacerte daño.

Me dije para mis adentros que mentía. Si él y Miao Yan habían tenido relaciones sexuales, el niño podía ser suyo. ¿No decía Pingping que el sexo hacía que una mujer se quedara embarazada? ¡Estaba intentando engañarme!

—No me importa cuándo ni por qué rompisteis. Si tuviste sexo con ella el niño podría ser tuyo. —Me sentí agradecida a Pingping por lo que me enseñó aquella noche. De no ser por ella, no habría podido enfrentarme a Du Sheng.

Para mi sorpresa, él sonrió. Era una sonrisa de impotencia.

—Se me había olvidado... estoy hablando con una adolescente —dijo.

Yo estaba furiosa.

—¿Qué quieres decir? ¿Ahora te da miedo? Si crees que todas las chicas son tan ingenuas y crédulas, estás muy equivocado. Siento que Miao Yan te haya tomado por un hombre responsable.

Dejó de sonreír. Apartó la vista de mí y empezó a caminar de un lado a otro. Yo no me moví, esperaba sus disculpas.

Tras dar unas vueltas, se paró enfrente de mí y se rascó la cabeza.

—¿Qué puedo decir? Te estoy contando la verdad. En primer lugar, el hecho de tener relaciones sexuales no necesariamente deja embarazada a una mujer. Hay muchas maneras de controlar la natalidad, que los hombres se pongan preservativo o que las mujeres tomen pastillas. Supongo que ninguna de las novelas que has leído te ha enseñado nada de eso. En segundo lugar, la última vez que ella y yo tuvimos relaciones fue hace ocho meses. Si estuviera embarazada de mí, ahora estaría por lo menos en el octavo mes y lo notarías enseguida. En tercer lugar, no me puedo casar con Miao Yan sólo porque tuve relaciones con ella. La quería, pero nuestra historia no fue tan bien como esperaba. Aunque me importa y quiero que se quede en Guangdong, no puedo casarme con ella sólo por eso.

Sabía que era cierto. Me sentí fatal por mi ignorancia sobre el sexo, acababa de quedar en ridículo, pero no podía dejar de estar enfadada con él. Al fin y al cabo, si no hubiera roto con ella y la hubiera cuidado bien, no habría cometido una estupidez como acostarse con alguien a quien no quería.

Tomamos un autobús hacia la estación de tren. Du Sheng quería llamar a un taxi, decía que él lo pagaría, pero yo insistí en ir en autobús. Una vez subidos, nos sentamos en filas separadas. Intentó conversar conmigo, pero yo no tenía ganas de hablar.

—No me odiarás, ¿verdad? —dijo mientras esperábamos al tren en el andén.

—Es algo entre tú y Miao Yan. No es asunto mío.

—Se ve que aún estás enfadada conmigo. Soy diez años mayor que tú. Hay cosas que ahora mismo no entiendes.

—Aunque no tenga tanta experiencia como tú, eso no significa que sepa menos.

—Levanté la cabeza y desvié la mirada hacia el tren que se acercaba.

Me puso una mano en el hombro.

—Lo siento, retiro lo dicho. Siempre quise tener una hermana pequeña como tú, que viva en su universo de libros y que jamás le importe el mundo exterior. Ojalá pudiera ser así.

Sentía su mano pesada encima. El calor de la palma me aceleró el pulso.

Él percibió mi inquietud y retiró la mano, incómodo.

—Oh, ya ves —dijo, sonriente—, por un momento de verdad pensaba que eras mi hermana pequeña. Recuerdo que de niño supliqué a mi madre durante una eternidad que me diera una hermana. No hay chicas en mi familia, todo chicos. Somos tres, yo soy el mayor. Mis dos hermanos menores están casados y ya no me necesitan.

Su sonrisa bondadosa me conmovió el corazón.

—Tienes más suerte que yo. Yo estoy sola. De pequeña yo también quería tener un hermano o hermana. Pero la política de un hijo por familia era muy estricta por aquel entonces —dijo, menos disgustada con él.

—Se ve que eres hija única. Eres tozuda, ¿verdad? —Sacó la lengua y me hizo una mueca. No pude evitar reírme. Si hubiera tenido un hermano mayor, habría sido como él.

El silbido del tren que se aproximaba me recordó el propósito de mi viaje.

—¿Cómo podemos ayudar a Miao Yan?

—Tiene que abortar o la expulsarán. No hay otra opción. Una mujer soltera con un hijo es simplemente intolerable en China. Ni siquiera sé si sabe quién es el padre. Debía de estar borracha cuando ocurrió, de lo contrario no habría hecho semejante tontería. Hablaré con ella y la llevaré al hospital.

—¿Un aborto? ¿Es peligroso?

—No te preocupes, yo cuidaré de ella. Me aseguraré de que todo vaya bien, te lo prometo.

Miré a Du Sheng y asentí. Cómo deseaba que accediera a casarse con ella para que pudiera quedarse con el bebé y, aun sin diploma, por lo menos se quedara en Guangdong. Sin embargo, no le dije lo que estaba pensando, su expresión grave me detuvo. Aún creía que debería casarse con Miao Yan si había hecho el amor con ella, pero sabía que no lo iba a hacer y que ni siquiera era buena idea si ya no la quería. Sentía tal decepción conmigo misma, por mi fracaso al buscar una manera de ayudar a Miao Yan...

El tren llegó a la estación. Los pasajeros del andén empezaron a subir. Antes de ir a mi compartimento le pregunté a Du Sheng:

—¿Por qué no la quieres? ¿Por qué rompiste con ella? Le hicieron daño cuando tenía trece años y no puede permitirse más heridas.

No contestó. Sacudió la cabeza, como si no supiera de qué le estaba hablando.

El tren salió de la estación y pasados unos instantes entró en un largo túnel oscuro. Contemplé mi reflejo en la ventana y me pregunté por qué estaba ahí.

A sólo diez días de los exámenes finales, los estudiantes estaban atareados, se movían en bicicleta entre las bibliotecas, las aulas y las residencias.

La tarde que volví de Shenzhen llovía mucho. Fui a ver a Miao Yan en cuanto entré en la residencia, pero no había nadie en su habitación aunque la puerta estaba abierta de par en par. Volví a subir a probar suerte después de cenar, pero esta vez la puerta estaba cerrada. El cuarto día por la mañana después de mi regreso vi una nota en mi puerta: «Estaré en Shenzhen estos días. No intentes contactar conmigo. No trates de encontrarme. Buena suerte con los exámenes finales. Buena suerte con todo. Miao Yan».

Era la primera vez que veía su caligrafía. Era sorprendentemente torpe e infantil, con los caracteres grandes como una moneda de cinco fens y los trazos duros como si estuvieran esculpidos. Algunos caracteres subían, otros bajaban. Su caligrafía no tenía orden.

Hacía tiempo que no visitaba la azotea. No tenía ganas de subir. Cuando entraba en mi habitación miraba la funda del violín, antes tan amado y querido por mí, ahora oscuro y frío como el tiempo. Un día lo saqué de debajo del escritorio y lo puse debajo de la litera para no verlo nada más entrar.

La tarde en que Miao Yan se fue a Shenzhen, fui a la biblioteca sin cenar. Hacia las nueve sentí náuseas y estaba distraída, así que regresé a la residencia. No había nadie más en la habitación. Encima del escritorio de Pingping había un ramo de rosas rojas, once, en un jarrón de cerámica negro en forma de corazón. El once era el número de la suerte entre los amantes universitarios porque representaba la lealtad. Las rosas debían de llevar ahí por lo menos unos días, ya que los pétalos se estaban marchitando y estaban a punto de caer. Me sorprendió no haberlas visto hasta entonces.

La cama de Donghua, como siempre, era un desastre, cubierta de hilo y punto a medio hacer. Muchas veces me daba miedo que un día se clavara sus propias agujas de tejer afiladas. Ella también hacía poco que tenía novio. Se conocieron el día que fui a Shenzhen. Más tarde me contó que aquel día estaba aburrida, así que fue en bicicleta una hora para visitar a una amiga en otra universidad. Fueron a ver una película con un grupo de sus amigos de clase. Entre ellos había un chico flaco, con gafas y de piel clara. No dejaba de intentar hablar con Donghua. Estaba estudiando la licenciatura de informática, también en el segundo curso. A Donghua le gustaba cómo hablaba, en voz baja y despacio, y le atraían sus amplios conocimientos sobre la situación mundial. Al volver, ella comparó sus horóscopos y fechas de nacimiento y se convenció de que serían una buena combinación. Más tarde ese día el chico apareció en la sala de servicios y le preguntó si le gustaría ser su novia. Ella aceptó. Desde entonces había ido a verla tres veces. Después de contarme cómo se conocieron, Donghua se apresuró a añadir: «Le dije que no tendríamos relaciones sexuales hasta que nos casáramos.»

Saqué la funda del violín de debajo de la litera, pesaba más de lo que recordaba. Entonces me di cuenta de que estaba lloviendo. Dejé el instrumento y cogí el impermeable.

Llovía más de lo que pensaba. Pese a llevar un impermeable con capucha, dudé unos minutos antes de entrar en la azotea.

El cielo tenía un insólito color blanco, brillaba como las piedrecitas de un arroyo. El viento era mudo. Hilos de lluvia, inclinados y densos, pasaban veloces por delante de los ojos. Siempre había pensado que el cielo lluvioso era lúgubre y oscuro, era la primera vez que veía uno de un blanco tan cegador. El resplandor me levantó el ánimo. Empecé a correr y saltar como una niña, pese a que la lluvia me golpeaba en la cara y se deslizaba por el cuello.

Cuando cesó la lluvia me apoyé en un muro bajo. Apoyé las manos y me incliné para mirar abajo. Vista desde la azotea, la sala de servicios parecía una casita de juguete, y la majestuosa puerta de acero un cuchillo oxidado. Los pocos aparcamientos de bicicleta dentro del Cinco Oeste estaban cubiertos de charcos. Muchas bicicletas se habían caído unas encima de otras.

A Miao Yan siempre le gustaba mirar abajo desde la azotea. A veces, para asustarme, se sentaba en el muro con las piernas colgando a los lados, incluso balanceaba el cuerpo de izquierda a derecha y producía ruidos horribles de caídas. Cuando lo hacía le rogaba que bajara. No paraba hasta que le gritaba, entonces se burlaba de mí por ser tan cobarde antes de volver de un salto a la azotea de cemento. A menudo decía que ella llevaba sangre de loca en las venas.

Aparte de *Fortaleza asediada*, una vez cogió otro libro de mi estantería, una compilación de relatos escritos por estudiantes universitarios. Uno de ellos, *La ligereza de una vida*, contenía una escena de un estudiante que saltaba de un edificio alto.

Después de leer la historia me dijo:

—Si pudieras escoger cómo morir, ¿qué harías?

—No quiero morir —repliqué—. Nadie quiere morir.

Ella soltó una risa histérica.

—De acuerdo, ahora dime qué elegirías —dije yo.

—Yo saltaría de un sitio alto, un rascacielos, un puente, una montaña, algún lugar en el cielo. Cuanto más alto, mejor. Soy una ganso salvaje. Ese es mi nombre, y mi destino. No tengo miedo porque sé volar. —Se encogió de hombros y agitó los brazos arriba y abajo como si de verdad supiera volar.

Al recordar sus palabras, me agarré al muro aún con más fuerza, como si una ráfaga de viento pudiera surgir de la nada y arrojarme abajo de la azotea.

De pronto, oí el grito estridente de una chica desde abajo, luego el sonido de un motor que arrancaba. El ruido se desvaneció enseguida.

Miré abajo y oí que una chica gritaba «Dama, ¿qué ha pasado?»

La robusta Dama salió corriendo de la sala de servicios. En unos segundos, su voz ronca irrumpió en el cielo: «¡Un asesinato! ¡Alguien acaba de cometer un asesinato! ¡Ayuda! ¡Llamad al departamento de seguridad! ¡Llamad a una ambulancia!»

Su voz aún resonaba cuando una corriente de estudiantes, yo incluida, bajó corriendo la escalera, armando un escándalo como disparos de pistola, y salió corriendo fuera.

Había una chica apoyada en la pared de ladrillo, gimiendo. Tenía el largo jersey verde cubierto de lodo y la cara tapada por una cortina de pelo. Un paraguas rojo le cubría la mitad del cuerpo. Dama lo levantó y del estómago de la chica le corrió sangre entre los dedos.

—¡Sangre! ¡Sangre! —gritó una chica, y empezó a vomitar al ver la sangre.

—Vive en nuestra planta. Estaba bien hace unos minutos. Hasta la he saludado en el pasillo —gritó otra chica.

La chica herida ya no gemía, pero cerró los ojos despacio. Cuando Dama le preguntó qué había pasado, no contestó. Sólo torció la comisura de los labios un poco y logró esbozar una sonrisa casi imperceptible.

Pasados diez minutos llegaron la ambulancia y dos coches de policía. Con los alaridos de las sirenas, se llevaron a la chica.

A las once y media, Pingping y Donghua entraron en la habitación con las últimas noticias que habían oído en la sala de servicios. La víctima era Wang Mei, una estudiante de último curso que había encontrado poco antes un trabajo en Shenzhen. El hombre, también de último curso, que había escapado en moto, era su novio y llevaban juntos más de tres años. Él era de Xinjian, la provincia más al noroeste de China, y, tal y como exigía el Gobierno, tenía que volver a su ciudad después de licenciarse.

El día antes del incidente, Wang Mei le había dicho que debían poner fin a su relación porque ella nunca querría ir a Xinjian con él. Al día siguiente por la tarde el chico fue en una moto prestada a visitarla. Dijo que entendía por qué ella no quería seguir con la relación y que sólo deseaba poder pasar una noche más juntos. Ella aceptó. Primero la llevó por el río de las Perlas, luego a uno de los bares más caros de la ciudad, donde bailaron en la intimidad. Después, la acompañó de vuelta a la universidad.

Delante de la sala de servicios, él le pidió que reconsiderara su decisión. Ella contestó que debían romper porque jamás viviría en una provincia retrasada como Xinjian. El chico asintió y la dejó volver a la habitación. Una hora después entró en la sala de servicios, apartó a Dama de un empujón del teléfono y marcó el número de la habitación de Wang Mei. Le dijo lo mucho que la quería y que sólo deseaba verla una vez más, y después la dejaría en paz. Ella bajó a verlo y el chico la apuñaló.

Una de las compañeras de habitación de Wang Mei contó la historia. Cuando Wang Mei se fue con el chico por la tarde y volvió a la residencia, le contó a una de sus compañeras lo ocurrido. La amiga también oyó la voz del chico por el altavoz y aconsejó a Wang Mei que no bajara a verlo, pero ella no le hizo caso. La compañera dijo: «Mi instinto me decía que podría hacerle algo malo, pero nunca pensé que la apuñalaría. Él tenía una voz tan triste... tal vez yo también habría ido a verlo si fuera Wang Mei.»

Tras explicar la historia, Pingping dijo que si alguna vez tenía un novio fiel como ese

chico se iría a Xinjian con él.

—Eso es una mentira como una casa —dijo Donghua desde la cama, y dejó el punto—. Eres una persona práctica. No creo que fueras tan tonta de renunciar a la oportunidad de quedarte en una gran ciudad por un hombre. ¿No viniste a esta universidad porque querías vivir en Guangdong?

Pingping dudó, pero enseguida dijo:

—Si estás con la persona que amas, el resto no importa.

—De acuerdo. Digamos que yo soy un hombre y me quieres. Vas a mi pueblo de Sichuan conmigo. Allí no hay centros comerciales, neveras, televisiones en color, lavadoras, ganas poco dinero, tienes que trabajar en el campo, que alimentar a los cerdos, y que tener como mínimo un hijo o te mirarán con desprecio. ¿Aun así me querrías?

—Eso no es realista. Somos estudiantes universitarias, no nos asignarán trabajos en el campo.

—Ya ves, el amor no es suficiente. La diferencia entre Xinjian y Guangzhou es igual de grande. Desde que era pequeña, mis padres me han dicho que su mayor deseo era que me convirtiera en una chica de ciudad. Mi madre incluso me dijo que podía casarme con un lisiado, un ciego, siempre que trabajara en la ciudad ella estaría feliz por mí. Tienes suerte de haber nacido en una gran ciudad. No sabes cómo es la vida en el campo. —Donghua se sonrojó. Bajó de la cama y se sirvió agua del termo.

—¿Por qué estás tan exaltada? —farfulló Pingping—. No estamos hablando de ti.

—Da igual —contestó Donghua—. Ese chico no debería haberla apuñalado. Ahora se ha arruinado su futuro por completo.

Yo estaba tumbada en la cama escuchando su conversación. Intervine.

—¿Creéis que la chica consideró alguna vez la posibilidad de ir con él a Xinjian?

Donghua sacudió la cabeza.

—No creo. Hay muchos hombres en el mundo. Si no puedes seguir con ese chico, debe de haber otro en algún lugar esperándote.

—Dios mío, ¿eres tú la pragmática o qué? No me sorprende que pases tanto tiempo tejiendo. ¡Quieres tener jerseys suficientes para todos tus novios potenciales!

—Pingping agarró un jersey a medio hacer de la cama de Donghua y lo agitó como si fuera una bandera de batalla. Se produjo una persecución en el cuarto, con muchos golpes en los escritorios y sillas derribadas. Entonces Pingping dijo que nunca había probado bailar mejilla con mejilla y sugirió hacer una demostración, así que Donghua se puso unos zapatos de tacón y bailó con ella. Dieron vueltas con las mejillas tocándose y los brazos en la cintura la una de la otra.

Al día siguiente me dormí. Eran las once y media cuando me levanté. Después de lavarme los dientes y la cara, agarré mi bolsa, bajé corriendo la escalera y saqué la bicicleta de un montón desordenado. Estaba subida al asiento, a punto de salir corriendo hacia la biblioteca, cuando vi un anuncio colgado cerca de la ventana de la sala de servicios. Estaba escrito en tinta roja y tenía un título muy llamativo: «ORDEN DE ARRESTO».

L Z h e , o m b r e j i n t a i b e s t u d d e n l t t e i m d o l , a i u d l a s d i h e n l i a p r o v i d e x i i a n j i e a s n t g e s t u d i e a s t e p e c h e s a o b a p u a l a u d n o a a l u m (n a o m h p r e e v e l e a n d f o r) d n l t a e e s i d e a c i i n a 0 e s h a c l i a d s i e z d e l a n o c h e 2 4 d e d i c i e m b l r 9 e 9 2 a v c t a i m m e e n c u e a t e r s a t a d o c r S i e g o l m o t s e s t e s o s p e c h s o c s a o p n i n m o t h o o n d r a o t j n a s u a l a r a l x c t i h a p a r t a d m e p o t i d e l a i u d a d r d e n e a d r o r e d s e l t z h e . S i s a b d e n s e e s c o m p u e a p o r i t n a f r o r m s a o c b i s m a r a d p e o r f o a , v o r , c o n t a c o n d e p a r t a d m e p o t i d e l a i u d a e d d e p a r t a d m e s n g u r i d a d e c l a m p d e i n m e d i a t o .

A la izquierda del anuncio había una pequeña fotografía de Li Zhe. Tenía la cara cuadrada y los ojos grandes, un poco desviados a la izquierda. Los labios, gruesos y

carne, estaban apretados con fuerza, como si estuviera decidido a no abrirlos. Sin embargo, la virilidad de su cara quedaba compensada por rasgos femeninos: tenía las cejas finas y curvas, la nariz pequeña y recta. Un rostro lleno de discrepancias. De camino a la biblioteca, vi una nota idéntica en todas las residencias y edificios de oficinas por los que pasé.

Los exámenes finales terminaron una tarde clara y soleada. Aunque pensaba en Miao Yan incluso cuando hacía las pruebas, me fue bien en todas las materias. Por entonces Miao Yan llevaba fuera más de una semana. Iba con frecuencia a un teléfono público y marcaba el número de móvil de Du Sheng, pero colgaba al oír el primer tono. Aunque me preocupaba Miao Yan, no quería hablar con él. Me daba miedo. Su manera de mirarme, de ponerme la mano en el hombro, parecía sugerir que me conocía, tal vez mejor que yo misma.

Una vez marqué su teléfono y esperé hasta oír su voz al otro lado antes de colgar sin decir palabra. Incluso le oí gritar: «Ming, ¿eres tú? Sé que eres tú. ¿Por qué no me hablas? No cuelgues...»

Siempre que Dama me veía decía: «Hoy tienes otra llamada. El mismo chico de Shenzhen. Hace días que te llama, pero cuando le pregunto si quiere que te dé un recado siempre me dice que no es importante y que ya volverá a llamar». Entonces me sonreía y preguntaba: «¿Es tu novio? ¿Os habéis peleado?»

Según la tradición universitaria, la tarde en que acababan los exámenes finales jugábamos una partida de póquer llamada «Tractor» durante toda la noche hasta el amanecer. Desde que empezaron los finales, no teníamos toque de queda, así que ni siquiera había que encender velas. Todas las habitaciones retumbaban de carcajadas y gritos de alegría. Pingping, de pie descalza delante del escritorio, estaba decorando la ventana con unos diminutos focos centelleantes. Donghua movía las sillas y guardaba los libros de texto y el material de examen. Otras compañeras de clase estaban sentadas en la cama de Yishu, debatían cómo serían los equipos en la partida de póquer. Para hacerla más competitiva, habían invitado a estudiantes de otros departamentos. Tanto Pingping como Donghua eran buenas jugadoras, así que decidieron jugar en habitaciones separadas para que nuestro departamento tuviera más probabilidades de ganar. Pingping me había pedido que me uniera a la partida, pero yo no tenía ganas de celebraciones.

Hurgué en mi librería y saqué un ejemplar de tapa blanda de *El extranjero* de Camus, había decidido ir a la biblioteca. El libro era delgado. Lo enrollé en forma de tubo y me lo metí en el bolsillo. Fuera hacía mucho más frío de lo que pensaba, tal vez casi cero grados. Sólo llevaba un jersey y una chaqueta fina, pero no quería volver a la residencia a ponerme más ropa.

En el cielo no había estrellas. Me subí el cuello de la chaqueta, me puse las manos en los bolsillos y caminé por el sendero de gravilla que rodeaba el lago Violín. Al parecer no había nadie.

Me senté en un banco de piedra en la orilla del lago. El frescor de la losa enseguida atravesó los pantalones tejanos, me subió por el pecho y me llegó a la nariz. Estornudé fuerte. El eco reverberó en el lago y el bosque, y produjo un continuo sonido de «chis», «chis», «chis», como si todos los árboles también estornudaran. El lago estaba sereno, la superficie era como una placa de acero que reflejaba el cielo. Contemplé el agua, me incliné, con el cuello hacia atrás, y me apreté la chaqueta alrededor del cuerpo. Estuve así sentada durante unos diez minutos hasta que una pareja, muy arrimada, pasó caminando. No paraban de mirarme por encima del hombro, así que me levanté. Tenía las piernas entumecidas. Me toqué la cara, estaba fría como el hielo. Tardé un rato en desentumecerme a base de masajes, y luego fui hacia la biblioteca.

La Sala Uno sólo estaba medio llena, pero vi mi asiento ocupado. Cuando entré el que estaba allí sentado levantó la cabeza, sorprendido, luego sonrió. Era el chico que normalmente se sentaba en el extremo de la primera fila, cerca de la ventana. A veces, al pasar, yo miraba los libros que tenía en la mesa, la mayoría de física, a

menudo apilados a lo alto. Una o dos veces me encontré con él en el pasillo, pero nunca nos saludamos.

Alguna vez Pingping y yo habíamos estado juntas en la biblioteca cuando estaba él. Más tarde, Pingping me dijo que estaba segura de que yo le gustaba. Uno de los motivos fue que se había acercado a la ventana que estaba a mi lado tres veces en dos horas para mirar hacia fuera. «Fuera está oscuro. ¿Qué iba a ver?», dijo Pingping en tono de secretismo. «Te estaba mirando a ti y tus libros.»

Su asiento cerca de la puerta estaba vacío. ¿Por qué ocupaba el mío? ¿Es que el suyo no estaba libre cuando llegó? Me dije que debía sentarme lejos de él, pero sin saber por qué me senté enfrente, como si quisiera que se sintiera culpable por haberme quitado el sitio.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté yo, nerviosa. Saqué el libro de Camus del bolsillo y lo hojeé. Lo había leído ya cuatro o cinco veces, y me sabía la historia de memoria.

Pasaron unos minutos y yo aún miraba la misma página. Las artificiales luces fluorescentes parecían haberme minado las fuerzas y me hacían sentir apática, aislada y expuesta. No debería haber ido a la biblioteca esa noche. Deseaba haberme ido a Shenzhen con Miao Yan, pero sabía que ella no me habría dejado. Tenía muchas preguntas en mente. ¿Había decidido abortar? ¿Sangraría mucho? ¿Podía confiar en que Du Sheng la cuidaría bien?

El chico me observaba por el rabillo del ojo. Tenía unos rasgos bien definidos y la piel bronceada. Cualquiera otro día me habría sentido incómoda ante semejante atención por parte de un desconocido, pero aquella noche tenía ganas de hablar con alguien. Necesitaba un compañero.

Mientras reflexionaba, él empujó un trozo de papel hacia mí, doblado con esmero en forma de cuadrado.

Lo abrí: «Ming, siento haberte quitado el sitio. Cuando entré tu asiento estaba vacío, así que pensé que esta noche no vendrías a la biblioteca.» La nota iba firmada por «Sang Wei».

Tenía una caligrafía delicada y de formas precisas, todos los caracteres eran del mismo tamaño, y el espacio entre ellos estaba calculado a la perfección.

¡Sabía mi nombre y mi asiento! Volví a mirarlo y me topé con sus ojos, parecía amable e inteligente. Enseguida bajé la cabeza.

Escribí en el dorso del papel: «No tienes por qué disculparte. No tengo ese asiento asignado, cualquiera puede ocuparlo. Tú viniste primero, está claro que es tuyo.»

Sonrió al ver mi nota. Sacó otro trozo de papel y escribió: «Me había fijado en ti y en tu asiento. Quería presentarme, pero no he tenido oportunidad. No soy el tipo de chico que sabe acercarse a las chicas. Estoy contento de que por fin hayamos hablado.»

Contesté: «¿Quieres ir a dar un paseo?»

Cogió mi nota.

—Buena idea —susurró. Dejó a un lado sus libros y se levantó.

Fuimos al jardín exterior de la biblioteca. Él me sacaba casi una cabeza. Con una camiseta de color azul oscuro y tejanos negros, parecía delgado pero atlético.

El jardín no era muy grande, pero albergaba una gran variedad de plantas. Algunas suculentas bordeaban el suelo de baldosa rojiza. Las plantas de hoja perenne como el acebo o la camelia prosperaban, formaban un denso muro por debajo de las suculentas. En un rincón, una hiedra de hojas anchas se abría camino hacia la copa de una ceiba. En medio del jardín había un diminuto estanque con nenúfares. No había bancos, pero algunas rocas de superficie plana aquí y allá servían de asiento. Cuando estudiaba en la biblioteca salía a menudo allí para hacer una breve pausa.

—¿Por qué has ocupado mi asiento? —pregunté cuando estábamos junto al estanque.

—Cuando estás ahí siempre pareces absorta en tus libros. Pensé que sería mucho más productivo si me sentaba ahí. Y es cierto. He terminado un trabajo complicado en unas horas.

Sabía que me estaba tomando el pelo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijeron tus libros. También sé que te gusta leer revistas literarias. Pensaba que todas las chicas de literatura china leían historias de amor todos los días. No sabes cómo os admiramos los estudiantes de ciencias a los de artes y humanidades.

—¿Estudias física? —Se me escapó la pregunta al pensar en los libros de su mesa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tú también te habías fijado en mí? —Parecía contento.

—Sólo es que pareces el tipo de persona que estudiaría física. —Me ruboricé.

—¿Quieres decir que soy aburrido?

—Oh, no. —Sentía el calor en la cara.

Llegó más gente al jardín. Eran las nueve, buena hora para hacer una pausa.

—Deja que te acompañe a casa —sugirió.

Caminamos hacia el Cinco Oeste. Las farolas alargaban nuestras sombras hasta convertirlas en dos largos postes delgados. Él sujetaba el manillar de su bicicleta con rigidez con las dos manos, y yo caminaba al otro lado.

—Tú... —dije.

—Tú... —dijo él al mismo tiempo.

—Las señoritas primero. —Sonrió. Tenía una sonrisa natural y afable, el de las que te hacen sentir segura.

—Cuéntame algo de ti —dije.

—Estoy en el último curso de la escuela de posgrado. Tengo veintitrés años. Hice mi licenciatura en la universidad de Qinghua, También en física. Crecí en Suzhou y vivo a diez minutos del Jardín de la Permanencia. Tengo una hermana mayor. —Hablaba con ritmo.

—No hace falta que me cuentes tanto. No soy policía. —Me hacía gracia.

Estábamos caminando por el lago Violín. Aparqué la bicicleta contra un árbol, luego tendió los brazos hacia delante y los estiró varias veces.

—¿Vienes mucho aquí?

—Casi nunca. Aquí vienen demasiadas parejas —dije. No muy lejos, una pareja se besaba detrás de un árbol.

—Eres demasiado buena. Yo a veces vengo sólo para molestarles.

—¿Tienes celos?

—A lo mejor un poco. —Se detuvo y me miró—. No tienes novio en tu ciudad ni en ningún otro sitio, ¿verdad?

—No —contesté, tras titubear un instante.

—Yo tampoco tengo novia. A decir verdad, me dan un poco de miedo las chicas. Una vez tuve una mala experiencia con una.

Rodeamos el lago, comentando libros y películas. Había leído muchos de los libros que me gustaban, incluidos *Cumbres borrascosas* y *Así habló Zaratustra* de Nietzsche. En algún momento hablamos de nuestra infancia. Como mis padres, los suyos también se exiliaron durante la Revolución Cultural, pero a una granja en la provincia más al noreste de Heilongjiang. En un mapa del país, la provincia era como la cabeza de un gallo.

—Tú tuviste suerte —afirmó—. En tu granja hacía mucho mejor tiempo. En Heilongjiang había tormenta de nieve durante meses.

—Nunca he visto una tormenta de nieve.

—Créeme, no te gustaría.

—Nuestra granja estaba cerca de un río. A veces iba a pescar o a cazar langostinos con otros niños. En verano mi padre me llevaba a bañarme allí, pero nunca aprendí a nadar, era demasiado protector.

—Nosotros no teníamos ríos, pero sí muchas montañas. A mi hermana y a mí nos gustaba ir a coger setas y escuchar nuestro eco en la montaña cuando gritábamos. También íbamos al bosque a robar miel de las colmenas salvajes. Siempre teníamos hambre. Una vez una abeja me picó de tal manera que tuve que taparme la cara durante una semana, excepto los ojos, cuando iba al colegio.

Era la primera vez que me sentía cómoda con un chico. Cuando nos quisimos sentar, no había bancos libres, estaban todos ocupados: estábamos rodeados de amantes que

se abrazaban y besaban.

Volvimos a la calle principal. Cuando pasamos por un ciprés cerca de una pista de baloncesto, Sang Wei se paró y me cogió de la mano de forma inesperada. La mente me funcionaba a un ritmo vertiginoso. ¿Iba a besarme? ¿En los labios, la mejilla o la frente? ¿Qué debía hacer si me besaba? ¿Qué iba a decirle si no quería que me besara?

Pensé en la escena del beso que Pingping había descrito. No, no iba a permitir que me besara en la primera cita, si es que aquella noche se podía considerar una cita. Acababa de conocerle, apenas sabía nada de él. Incluso Pingping y su novio no se besaron hasta la segunda cita.

Él debió de percibir mi inquietud. Me soltó la mano, avergonzado.

—No quiero asustarte. Seamos amigos primero.

Asentí, agradecida por su preocupación, y seguí caminando.

Nos estábamos acercando al Cinco Oeste. Desde la calle se veía la habitación de Miao Yan, a oscuras, de modo que no estaba ninguna de sus compañeras de habitación. Debían de estar jugando a póquer en algún sitio, o de fiesta en un club. No sabían por lo que ella había pasado. No sabían nada de ella. Sólo estaban celosas de su belleza y su ropa bonita. Querían que volviera a Yunnan.

De pronto me angustié por su aborto. ¿Por qué me había dicho que no me pusiera en contacto con ella? ¿Iba a hacer una estupidez? Una estupidez como... me dolía el estómago. No se iba a suicidar, ¿verdad? Sacudí la cabeza con fuerza y aceleré el paso. No, ella jamás haría algo así. Era joven y bella. Tenía que llamar a Du Sheng para ver cómo estaba en cuanto volviera a la residencia.

—Lo siento, no quería incomodarte. —Sang Wei me había alcanzado.

—Ah, lo siento, estaba pensando en mi mejor amiga. Está pasando una mala época —dije, a modo de disculpa.

—¿Quién es? Siempre vas a la biblioteca sola.

—No la conocerás. El campus es muy grande.

—No estés tan segura, hace tiempo que estoy aquí.

—Se llama Miao Yan. Seguro que no la conoces.

—¿Miao Yan? ¿Una estudiante de último curso?

—¿La conoces?

—Antes sí —contestó, cortante.

Se me encogió el corazón, debían de haber sido más que simples conocidos.

—¿Cómo la conociste? —pregunté.

—En una fiesta para estudiantes de posgrado. Ella era universitaria y yo no sabía qué hacía Miao Yan allí.

—¿Eso fue todo?

—No entiendo cómo vosotras dos podéis ser buenas amigas. Sois tan diferentes...

—¿En qué sentido?

Se acercó.

—Ming, no deberías ir con ella.

—¿Qué pasó?

Me observó por un instante.

—Será mejor que te lo cuente. Aquella noche, a diferencia de las demás chicas, que esperaban a ser invitadas, se ofreció para enseñar a algunos chicos a bailar. Nunca había visto una chica tan elegante y amable. Por supuesto, todos los chicos se enamoraron de ella después de aquella fiesta. Durante un tiempo frecuentó nuestra residencia, cada vez se la veía con un chico distinto.

Hizo una pausa y volvió a cogerme de la mano.

—Ming, tengo que ser sincero contigo. Yo también salí con ella poco tiempo. No sé por qué. Tal vez simplemente no pude resistirme a su belleza. Nunca me tomó en serio a mí ni a ninguno de los demás chicos. Más tarde nos abandonó a todos. Sin explicaciones, sin excusas. Era como si se vengara de nosotros, o supongo que ningún estudiante era lo bastante rico para ella. También se decía que buscaba alguien con quien casarse y poder quedarse en Guangdong. Corrían muchos rumores sobre Miao

Yan. No quieras saber lo decían de ella por aquel entonces. Ming, no deberías ir con ella. Es una persona horrible.

—¡Eso no es verdad! —Aparté la mano. Dos escenas me invadieron la mente: un grupo de hombres desconocidos en la discoteca que rodeaban a Miao Yan, con risas histéricas, y Miao Yan tumbada en la mesa de operaciones teñida de sangre, gimiendo de dolor.

—¡No es ese tipo de persona! ¡No saldría con un chico sólo porque sea rico o porque quiera quedarse en Guangdong! Tú no la entiendes. No sabes nada de ella. ¡No quiere volver a su ciudad porque odia a su padre!

Sang Wei se me quedó mirando, un poco desconcertado por mi repentina ira. Ninguno de los dos habló durante unos minutos.

—¿Tuviste relaciones sexuales con ella?

—Ming, vamos a dejar el tema. —Desvió la mirada—. Ella no merece tu amistad. Es materialista e inmoral. Sólo utiliza a la gente para conseguir lo que quiere.

—¡Eso no es cierto! ¡Ella no es así! Tiene que haber otros motivos para que te dejara. No la conoces en absoluto, eres igual que los otros hombres que sólo quieren acostarse con ella. Seguro que no sabías que su padre es paralítico, que tiene que ganar dinero para mantener a su familia, ni que sufrió un gran daño emocional cuando tenía trece años. Es la persona más dulce que he conocido nunca. Ahora está sufriendo y yo estoy aquí sin hacer nada.

Sang Wei estuvo a punto de decir algo dos veces, pero no lo hizo. Corrieron lágrimas por mis mejillas antes de poder limpiármelas.

—Tengo que volver a la residencia, es tarde —dije.

Lo dejé ahí. En la gran puerta de acero del Cinco Oeste me paré y di un rodeo hacia una fila de arbustos cortados cerca de la cantina de estudiantes. Olí las hojas, luego me senté contra una planta. La tierra bajo mis pies estaba húmeda y blanda como una ciénaga, era como si pudiera engullirme.

A través del espacio entre los arbustos veía el sendero cerca del lago, donde las farolas parecían delgadas y frágiles. La tenue luz amarillenta en el aire, poseía una debilidad extraña.

El sendero estaba vacío, como si la fuerte lluvia hubiera eliminado todo lo que yo había dejado atrás.

La puerta de mi habitación estaba abierta, pero no había nadie, Donghua y Pingping estaban jugando al póquer en el cuarto contiguo. Las oí gritar y reír, y el sonido de las cartas que lanzaban en la mesa. Me quité la chaqueta y los pantalones tejanos, subí a la cama y me quedé dormida enseguida.

Miao Yan volvió al cabo de unos días. El aborto estaba hecho, Du Sheng había llamado la noche anterior para decir que todo había ido bien.

A la hora de comer, Miao Yan apareció en mi habitación. Parecía cansada y sólo se quedó un momento. No mencionó el aborto. Hablaba de su viaje a Shenzhen como de cualquier otro viaje anterior allí.

Fui a su habitación al día siguiente. No estaba. Una nota en su mesa dirigida a mí decía que quería estar sola y me pedía que no fuera a visitarla hasta que ella no fuera a verme.

Cuando Du Sheng volvió a llamar atendí al teléfono.

—Vigíla. En Shenzhen se enloqueció —dijo, luego me contó que más de una vez Miao Yan había amenazado con saltar por la ventana del hotel donde la había alojado—. Yo me tomé una semana libre para estar con ella día y noche. Me daba miedo que hiciera algo así.

La temperatura cayó en picado. Mis padres habían oído las predicciones y me habían enviado un abrigo grueso, un jersey de cachemir y un chal de lana.

Después de los exámenes finales, Yishu desapareció sin despedirse de Pingping, Donghua ni yo. Había doblado su mosquitera y la ropa de cama y las había guardado en el altillo superior detrás de la puerta. El colchón de bambú estaba enrollado en

forma de un tubo apretado y lo había metido en una funda de plástico. Un día, al subir a mi cama, me percaté de que una fotografía de ella y su madre había sustituido la de ella y su mejor amiga. El jarrón de cristal aún estaba encima de la mesa, pero por primera vez no tenía flores. Una semana después oí un rumor sobre ella de una compañera de clase que decía que emigraba a Australia con sus padres.

Pingping se peleó con su novio antes de los finales. Desde la noche del póquer apenas había salido de la residencia, y a menudo dormía todo el día. Cuando estaba despierta, a veces ni siquiera se molestaba en cambiarse de ropa, iba por el pasillo o la lavandería en pijama. Una noche me desperté hacia las tres y la vi de pie en el pasillo, con las manos en la barandilla. Estaba terriblemente delgada, como el tallo de una planta marchita que se agitara al viento. Pensé en llevarle una chaqueta, pero no estaba segura de si quería que la molestaran. El viento soplaba cada vez con más fuerza, y mi mosquitera se inflaba como si fuera a explotar y se la fuera a llevar el viento. Por fin volvió a la habitación, cerró la puerta y el pestillo. Se quedó con la espalda apoyada en la puerta un rato antes de ir de puntillas hasta su cama.

Quería preguntarle si podía hacer algo para ayudarla, pero sabía que no. Yo no había tenido ninguna relación, ¿cómo iba a saber darle consejos?

Escuché el silbido del viento mientras imaginaba que enviaba hojas a las alcantarillas llenas de agua. Me pregunté dónde estaba Miao Yan en aquel momento. ¿Estaba desvelada, como yo? ¿En qué estaba pensando?

Mi tren para casa era a las seis en punto de la tarde, el día de mi decimoctavo cumpleaños. Mis padres habían llamado antes para decir que me recogerían en la estación. También me habían pedido que no les comprara regalos y así poder viajar ligera. Durante la semana anterior había recibido tarjetas de cumpleaños de mis padres y de algunos compañeros de clase de la escuela de secundaria y del instituto. Una de ellas decía que me iba a organizar una fiesta para celebrar que había alcanzado la edad adulta.

El día anterior recibí una carta de Ar Yu. Se quejaba de las tormentas de nieve de Michigan. Decía que me echaba de menos, así como Guangzhou, aunque había empezado a hacer amigos allí. También explicaba que su tía era más estricta con él que sus padres. «Tengo que ir a casa justo después de ir a la academia de idiomas, y todas las noches me obliga a ver noticias en inglés durante dos horas. El profesor de inglés que ha contratado para mí es mayor que mi abuela y más mezquino que el director de mi colegio de primaria. No tengo oportunidades de conocer a chicas. Una buena noticia es que por fin puedo decorar mi habitación. La semana pasada compré dos pósters grandes de Michael Jackson.»

Salieron las notas de los exámenes finales. Saqué un suficiente, en la asignatura «Shakespeare y sus sonetos» de Gao CK, el único de la clase, la nota más baja pese a haber sido su mejor estudiante. No iba a poder acceder a una beca para buenos alumnos al año siguiente porque exigían que las notas en todas las materias fueran como mínimo de notable. Al principio Pingping y Donghua se indignaron por mí, decían que Gao CK era demasiado corto de miras y rencoroso, luego dijeron que era afortunada de que no hubiera informado al decano de mi actitud en clase. En realidad me sentía aliviada y contenta, por primera vez no me importaba tanto ser una estudiante excelente.

El viento frío que había soplado durante varios días por fin cesó la víspera de mi partida. Alrededor de mediodía el sol salió por detrás de las gruesas nubes negras. Después de comer bajé la mosquitera y la metí, junto con todas las sábanas y la ropa sucia, en una gran palangana llena de detergente. La dejé en el lavadero para que se empaparan del jabón. Cuando estaba en la habitación haciendo la maleta, el altavoz tembló con la voz de Dama: «301, Chen Ming. Alguien la espera...» Luego Sang Wei entre jadeos: «Soy yo, tengo que hablar contigo.»

Pingping y Donghua me miraron.

—¿Tu novio? —Donghua sonrió.

—Ah, no, sólo un amigo —contesté—. Un chico de mi ciudad... quiere que le lleve algo

a casa de su familia.

La mentira no tuvo éxito. Pingping se echó a reír.

—¿Por qué estás tan roja?

Donghua también se rió. Yo me excusé rápido y dije que tenía que bajar a recoger lo que ese chico quería que llevara a su familia.

Caminé hasta el otro extremo del pasillo y miré la sala de servicios desde detrás de un poste. Allí estaba, caminando de un lado a otro. Era la primera vez que iba a visitarme a la residencia. Desde la noche que nos separamos me había escrito tres cartas, todas dobladas con cuidado y dentro de un sobre de color azul cielo, pero yo no las había abierto. Las aparté con los libros de texto que ya no necesitaba. No quería oír sus explicaciones. De todos modos, ¿qué podía decirme de su pasado con Miao Yan? Por otra parte, no podía negar mis sentimientos por él.

Me quedé escondida detrás del poste hasta que Sang Wei se fue. Temerosa de que Pingping y Donghua me interrogaran sobre él, fui directa a los servicios. Mientras hacía la colada me puse nerviosa. ¿Por qué no me atrevía a verle? ¿Me había enamorado de él? ¡Era terrible enamorarse del antiguo amante de tu mejor amiga!

Lavé la ropa con tal ímpetu que sentía que el material crujía en mis manos. Colgué la ropa y la mosquitera en el cable fuera de mi habitación. Goteaban y enseguida mojaron el pasillo. Miré el sol y deseé que permaneciera allí durante unas horas para secar mis cosas.

Cuando volví a mi habitación Pingping y Donghua no estaban. Había un libro de tapa dura en mi mesa: La *Colección completa* de Emily Dickinson, Dama debía de haberles pedido a Pingping o Donghua que me lo llevaran. Abrí el libro y vi una tarjetita entre la tapa y la primera página: «Mi tren se va en unas horas y ahora me voy a la estación. Tardaré un mes en volver a la universidad. Yo no escribo poemas de amor románticos. Sólo espero que me aceptes. Al fin y al cabo, el pasado, pasado está, ¿no? Nadie puede permitirse vivir en el pasado.»

Decidí visitar a Miao Yan. La puerta de su habitación estaba abierta de par en par. Estaba sola, doblando la ropa. Llamé a la puerta. Dejó un par de pantalones tejanos y esbozó una amplia sonrisa.

—Sabía que vendrías. Pasa —dijo.

Llevaba un vestido gris hasta los tobillos, con los botones desabrochados y el cinturón desatado, y calzaba pantuflas. Debajo del vestido llevaba una camiseta arrugada, gruesa y larga como un saco de arroz.

Parecía haber perdido mucho peso, ahora tenía hundidas las mejillas carnosas. En la cama sólo quedaba un colchón de bambú y la pared, antes colorida decorada con su ropa, estaba blanca, habían desaparecido todos los tornillos. Miré su escritorio: estaba vacío allí donde antes había montañas de libros.

—He donado todos mis trajes y libros a una fundación para estudiantes de minorías —dijo con alegría.

—¿Qué ocurre? —El corazón me latía a mil por hora.

—Hablemos en la azotea. Hace siglos que no subo.

La seguí por el pasillo a oscuras y la escalera de iluminación tenue. En cuanto entré en la azotea tuve que protegerme los ojos, el sol ardía, más intenso al reflejarse en el cemento desnudo.

Era la primera vez que visitaba la azotea de día. Por alguna razón incomprensible nunca se me había ocurrido ir más que por la tarde o de noche. Cuando mis ojos se adaptaron a la claridad bajé las manos. Con la amplia luz del sol, la azotea antes misteriosa, que me recordaba al desván de casa de mis padres, parecía perder su atmósfera dramática y volverse normal, incluso fea, como un payaso sin maquillaje ni traje para actuar. Las cañerías herrumbrosas por las paredes, el cemento crudo, incluso el cielo parecía irreal.

—¿Quieres sentarte donde nos conocimos? —Se dirigió hacia el rincón, se sentó y se quitó las zapatillas. Cuando me coloqué enfrente sonrió y se apartó un poco.

Me metí entre ella y la pared, agarrada con el brazo izquierdo a su brazo derecho. Ella apoyó la cabeza en mi hombro. Sentí ganas de llorar.

—Hoy no te has puesto perfume —dije.

—Tú tampoco has tocado el violín. —Sonrió—. Echo de menos que toques.

—Estabas haciendo las maletas. ¿Adónde vas?

—Mi tren sale esta noche. Siento no poder celebrar tu cumpleaños contigo.

—¿Adónde vas? —Me la quedé mirando.

—A Yunnan, a mi ciudad. Cuando baje del tren haré un largo viaje en autobús hasta Zhaotong, luego otro autobús hasta la diminuta ciudad donde fui al colegio. Está en la parte noroeste de Yunnan, a los pies de la cordillera montañosa de Wumeng. Allí hay otras minorías, como los yi, hui, bai y buyi. Tienen sus propios idiomas y costumbres. Cuando vivían mis abuelos habitaban en una cabaña con techo de paja bajo la montaña y comía mucho maíz y trigo sarraceno. La cabaña estaba hecha de tiras de bambú untadas con lodo. Me corté los dedos tantas veces cuando les ayudaba a separar el bambú... En aquella época hablábamos el dialecto miao. Mi abuela me enseñó a bordar, a tinter con cera y a cortar papel. A menudo me decía que nosotras, las mujeres miao, somos las más guapas y trabajadoras del mundo. Hacía toda mi ropa y la de mis hermanos. Durante las vacaciones, los hombres de mi pueblo tocaban el *lusheng*. ¿Has visto alguna vez un *lusheng*?

Sacudí la cabeza.

—Hace sonar la música más bella que he oído nunca. Está hecho principalmente de juncos y tiene seis tubos. Varía mucho de longitud, desde veinticinco centímetros más o menos hasta más de tres metros. Se toca con la boca, como una trompeta. Los miao lo tocamos de vacaciones, en funerales y otras ocasiones especiales. A veces un grupo de músicos tocan el *lusheng* juntos y el sonido es claro, placentero y puro. Al oír ese tipo de música uno se olvida de todas sus preocupaciones y problemas. Esos días también cantábamos y bailábamos durante toda la noche. Las mujeres llevaban sus vestidos más bonitos, joyería de la cabeza a los pies, y cantaban canciones de amor a los hombres que admiraban. Las mujeres miao nunca son tímidas para expresar su amor. Los hombres también cantan, cortejan a las chicas de las que se han enamorado. De hecho mis abuelos se conocieron después de un cortejo así. Cuando mi abuela era mayor tenía una dentadura horrible, pero aun así cantaba como un ruiseñor.

Yo estaba completamente embelesada.

—¿Te enseñó a cantar?

—Sí, pero ya no me acuerdo de ninguna canción. Cuando murieron mis abuelos, mis padres se mudaron de la montaña y se convirtieron en urbanitas. Ya no cantábamos.

—¡Qué lástima!

—Decidí irme a casa hace dos días, y un chico de mi ciudad me consiguió un billete «por la puerta de atrás». No pongas esa cara. De verdad es de mi ciudad. Si tuviera que comprar yo el billete tendría que haber hecho un día entero de cola. Llevo aquí casi cuatro años y nunca he vuelto. Añoro a mi familia, mis padres y mis hermanos.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos. Uno es dos años mayor que tú. Ayer cumplió veinte años. Es listo, pero no ha tenido ocasión de ir a la universidad. Trabaja en la fábrica donde mi padre estaba empleado como operario. Es el más guapo allí, siempre está rodeado de chicas. Mi otro hermano sólo tiene catorce años y está en la escuela de secundaria. Es maduro para su edad y siempre escribe, me pide que me cuide. Su mayor sueño es ir a la universidad de Qinghua en Beijing a estudiar ingeniería. —Sonrió, miró al cielo como si sus hermanos la saludaran desde allí.

—He oído que tu padre se quedó parálítico de un derrame cerebral y que tiene que estar en cama.

—Está bien. —Me miró con los ojos entornados—. ¿Quién te lo ha contado? No recuerdo haber dicho nada de eso.

—Lo sé y ya está. ¿Tu madre tiene trabajo?

—Sí. Es cajera en un centro comercial de la zona.

—¿Gana dinero suficiente para mantener a la familia?

Tenía muchas preguntas que hacerle.

—Les envió dinero todos los meses. La fábrica de mi padre también le da dinero de vez en cuando. No te preocupes tanto. Tengo veinticuatro años y soy la mayor. Conmigo mi familia siempre estará bien.

—Tú dímelo si necesitas más dinero. Mis padres me envían una paga todos los meses, y también puedo conseguir trabajos de media jornada. También me dan becas todos los años. —No quería contarle lo del suficiente.

—Ten por seguro que te pediré dinero si lo necesito.

—¿Cuándo vuelves? —pregunté.

—No lo sé. A lo mejor me caso en Yunnan y no vuelvo nunca. Me gustan los chicos de Yunnan. Son buenos y sinceros, mucho mejores que los de aquí.

—¿Con quién te casarás?

—Ah, será mejor que creas en mí. Estoy segura de que puedo conseguir marido, ¿no? Soy guapa y tengo un diploma universitario, me casaré con el hijo de un alcalde. Si no puedo casarme con el hijo de un alcalde, hay docenas de hijos de oficinistas haciendo cola por mí. —Soltó una carcajada.

—Lo dices en broma, ¿verdad? No te cases con esos donjuanes. Cásate con un hombre que te quiera y también sea bueno contigo.

—Hablas como mi abuela. Solía decirme eso. —Se frotó la nariz, juguetona—. Te pediré que estudies a los candidatos, ¿qué te parece?

—¿Qué has dicho antes? ¿Acabas de decir que tal vez no vuelvas nunca?

—No te preocupes. Volveré a visitarte en cuanto me instale. Si tuvieras un buen trabajo en Guangdong y ganaras mucho dinero, podrías enviarme billetes de avión todos los años. —Se rió de nuevo.

—Si no vuelves el semestre que viene, ¿cómo vas a obtener tu diploma? —No me reí con ella.

—Se me olvidó decirte que a mi tutor le encantó el trabajo que escribiste para mí. Me dijo que me enviaría mi diploma.

—¿Aunque no vuelvas el semestre que viene?

Asintió.

—¿Por qué...? —Antes de terminar, Miao Yan me tapó la boca con la mano con una mirada traviesa en el rostro.

—Debería llamarte «la señorita Por Qué». No pienses en cosas que no tienen sentido para ti, ¿de acuerdo, mi poetisa?

—Pero... pero me dijiste que me lo contarías todo cuando tuviera dieciocho años. Mañana los cumpliré. No puedes dejarme así.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber... todo. —Hice un gesto con las manos para ayudarme a pensar—. Quiero saber... sobre hombres y mujeres, el amor y el sexo. Quiero saber cómo salir con un chico. Quiero saber de ti. No puedes dejarme sin contarme nada.

—Ming —dijo, luego se quedó callada. Apoyó la barbilla en las rodillas, parecía desconcertada—. De verdad que no sé más que tú. Pensaba que sí, pero no es verdad. Yo...

—Eso no es lo que decías antes. He estado esperando que me contaras el secreto de hacerse mujer. He intentado imaginármelo todos estos meses. Pensaba que si era una mujer, como tú, te gustaría más y me contarías toda tu vida. Incluso intentaba tener novio. Pensaba que si tenía novio me hablarías de cosas como los hombres, las mujeres y el amor, y que me tratarías de igual a igual. Ya no quiero ser una niña. ¿Cómo se supone que voy a crecer sin ti? —Me levanté, por miedo a que mi corazón, de pronto anegado, derramara sus lágrimas.

Ella también se puso en pie, pero sólo para obligarme a tomar asiento.

—Escucha, estarás bien. Puede que hasta tengas una vida mejor sin mí. Soy una mala influencia y una persona egoísta. Cuando te deje tendrás tiempo de ir a la biblioteca, quedar con chicos, conocer otra gente. ¿Qué sé yo? No sé nada de hombres y mujeres. No sé lo que quiero. Ni siquiera sé mucho de mí misma. ¿Qué hay peor que no saber nada de uno mismo? No me culpes, Ming. No soy una buena persona para enseñarte nada de hombres y mujeres. Durante mucho tiempo me sentí confusa, sólo

quería castigar a los hombres por lo que yo había sufrido. Cuando por fin me enamoré de Du Sheng ni siquiera pude hacer que me quisiera. Soy un fracaso.

—Si yo fuera un chico me casaría contigo, así no tendrías que volver a Yunnan ni te casarías con alguien que no te gustara. Seguiríamos juntas y seríamos mejores amigas para siempre. No sé si mi vida sería lo mismo sin ti. No sé si algún día querré hacer el amor con un hombre o casarme. —Aquellas palabras salieron de mi boca con tal fuerza que supe que siempre había querido decirlas. Le cogí de las manos, con mucha más fuerza de la que ninguna de las dos esperaba.

Ella me observaba, con los labios temblorosos. Le solté las manos, al tiempo que me preguntaba qué diría. Me puso las manos en las mejillas, tenía las palmas calientes y húmedas, nunca me había tocado la cara con las dos manos ni tan seria. La examiné: ojos, nariz, boca, pecas, cada centímetro de su rostro. No parpadeé.

Me besó en la frente. Ese beso, el primero de otra persona que no fueran mis padres, fue tierno, como la brisa.

—Tonta. Eres tan tonta... Te casarás con alguien que quieras y que te querrá. Harás el amor con el hombre que esté destinado a aparecer en tu vida. Es tan inevitable como que mañana cumples dieciocho años. Te convertirás en una mujer antes de darte cuenta.

—¿Pero qué las chicas tienen que hacerse mujeres?

—No depende de nosotras. Todas las niñas se hacen mujeres tarde o temprano, a su manera.

No quería creerlo, pero sabía que era una tontería no hacerlo.

—¿Tienes tabaco? ¿Puedo fumar? —dije.

—Por supuesto —respondió ella, pero no se movió, aún tenía las manos en mis mejillas. Nos miramos, cara a cara, y ninguna de las dos dijo nada.

—Ah, sí, el cigarrillo. —Bajó las manos. Sacó un paquete de Salem y un mechero del bolsillo—. Nunca puedes cambiar mucho. He probado muchas marcas durante los últimos meses, pero siempre vuelvo a la misma, incluso el mismo mechero.

Me colocó un cigarrillo entre los labios y encendió el mechero.

Di una calada profunda, pero en vez de expulsar el humo me lo tragué. Tosí con fuerza y Miao Yan tuvo que darme palmaditas en la espalda para ayudarme a expulsar el humo del pecho.

—Entonces no habías fumado nunca. —Se rió.

—No me gusta esta marca —me excusé, con la cara roja cuando dejé de toser—. ¿Por qué no fumas conmigo?

—Lo he dejado. ¿No me decías siempre que lo dejara? Sólo había un cigarrillo en este paquete y era para ti. ¡Mira! Está vacío. —Lanzó al aire el paquete vacío, lo atrapó con las dos manos y lo abrió—. ¡Mira! Está vacío. —Soltó una carcajada.

Fruncí el ceño, la miré incrédula y me reí con ella. Las carcajadas eran tan fuertes que se nos empañaron los ojos. Hacía mucho tiempo que no me reía con tantas ganas.

Me cogió de la mano y caminamos hacia el otro lado de la azotea. Delante de nosotros había una vista de edificios de tejados rojos, árboles verdes y lagos brillantes.

—¡Me encanta esta universidad! —dijo. Respiró hondo y abrió los brazos despacio, con los ojos cerrados. Cuando los volvió a abrir me preguntó—: ¿Cómo quieres celebrar los dieciocho años?

—Aún no tengo planes. Siempre he querido que ocurriera algo inolvidable ese día, que recordara toda mi vida. Quiero decir, algo grande y significativo que me indicara que a partir de entonces sería adulta. Pero parece que no va a pasar nada.

—Es pronto para saberlo. Las situaciones mágicas siempre ocurren en el último momento. —De pronto me miró preocupada—. ¿Me prometes una cosa?

Asentí.

—¿Me prometes que nunca rechazarás a nadie por mí?

—¿Cómo quién?

—Tú prométemelo.

—De acuerdo, te lo prometo.

Pensé de inmediato en Du Sheng. Sin saber por qué sentí que se refería a él. No había

tenido noticias tuyas desde la última vez que me avisó por teléfono de que vigilara a Miao Yan.

—¿Cómo va todo entre tú y Du Sheng? —pregunté.

—Ya no queda nada entre nosotros, ni siquiera amistad. No estamos hechos el uno para el otro —dijo, con franqueza.

—Pero tú le quieres, ¿no?

—No lo sé. Eso pensaba, pero ya no estoy segura. Durante un tiempo quería desesperadamente que volviera. Fui a Shenzhen a verle a menudo, con la esperanza de que cambiara de opinión. Leía los libros que le gustaban. Incluso intenté dejar de fumar. Nunca pensé que querría a un hombre así. Pero a veces me preguntaba si en realidad era amor o más bien un reflejo de mi miedo a ser herida de nuevo. Desde que empecé en la universidad, he sido presa del pánico a tener que volver a mi ciudad. Quería huir de Yunnan, de mi familia, mis recuerdos. He deseado con todas mis fuerzas que alguien me protegiera. Al final estuve reflexionando sobre ello cuando estaba en Shenzhen, tumbada en la mesa de operaciones: nunca puedes olvidar el pasado a menos que te enfrentes a él. Escribí una carta a mi padre, le mencioné lo ocurrido hace once años y le confesé lo mucho que le había odiado durante todos estos años. Lo divertido es que cuando llamé a casa mi padre me dijo que jamás me había pegado así y que nunca me había llamado «puta». Gritaba tanto que no podía hablar. Luego me dijo que me quería y que me echaba de menos todos los días. Es la primera vez que me lo dice. ¡Qué ironía! Lo que me ha perseguido durante tantos años no ha dejado rastro alguno en la memoria de mi padre.

—¿Entonces le perdonarás?

—No lo sé. Sólo sé que no sería la Miao Yan que soy hoy de no ser por lo que pasó cuando tenía trece años.

—¿Du Sheng sabe algo de esto?

—No. Por eso te he dicho que no estoy segura de si le quería. Tal vez nunca pueda confiar en un hombre. Es un buen chico, pero no está hecho para mí. Quizá ningún chico está hecho para un ganso salvaje como yo.

—Si no le quieres, ¿por qué le amenazaste con suicidarte?

—No puedo ocultarte nada. —Miao Yan se rió y volvió al rincón. Las dos nos sentamos—. Me gusta ver teatro, sobre todo obras trágicas, y muchas veces me siento como si fuera uno de los personajes principales. Pero es agotador interpretar a alguien que no eres todo el tiempo. Desde que conocí a Du Sheng he intentado cambiar para complacerle porque deseaba con todas mis fuerzas su protección y su amor. Al final me di cuenta de que nunca podría ser el tipo de chica que él quería. ¿Recuerdas que una vez te dije que no me daba miedo la muerte? Te mentí. En cuanto amenacé con saltar por la ventana del hotel, supe que no me atrevía. No podía creer que fuera tan cobarde, así que le repetí una y otra vez que quería saltar, y cada vez estaba más segura de que no tenía el valor. Ahora tengo tantas ganas de volver a Yunnan, donde puedo ser yo misma, donde nadie puede controlar mi mente... he soñado con la cabaña de bambú a los pies de la montaña y mi familia, parientes y amigos que nunca han salido de Yunnan en su vida.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Yo intentaba visualizar la cabaña de bambú donde Miao Yan vivió de niña. Nunca había estado en Yunnan, pero las imágenes de su ciudad natal se sucedían con tal naturalidad en mi cabeza que la veía, con un vestido miao con un complejo bordado, corriendo y cantando en la orilla de un arroyo cerca de la cabaña de bambú en la que vivieron ella y sus abuelos. El riachuelo era tan claro que me imaginaba las hierbas ondulantes y los guijarros en el lecho del río. En mi imaginación yo estaba sentada en una gran roca, chapoteaba y gritaba su nombre.

—¿Por qué sonríes? ¿En qué piensas? —Miao Yan me dio un suave codazo.

—En nada. —Aún sonreía. Pensaba que se reiría de mí si le contaba la verdad.

—Eres más complicada de lo que pensaba. —Ella también sonrió—. Brindemos porque tú te conviertes en una adulta y aplaudamos mi regreso a mi ciudad. —Levantó la mano derecha en el aire, como si sujetara una copa imaginaria. Yo alcé el puño

derecho y le di un golpe en la mano.

Cuando nos bebimos el vino imaginario, me guiñó el ojo.

—¿Sabes qué quiero hacer cuando tenga mucho dinero?

—Ser modelo —contesté.

—Serás tonta. Cuando no tienes dinero quieres ser modelo. Pero cuando lo tienes...

—Hizo una pausa, sonriente—... quieres abrir tu propio negocio. Me gustaría tener una tienda de ropa, vender ropa femenina de diseñador. A lo mejor algún día tengo mi propia marca. Algo llamado «Miao Camaleón».

—Si tuvieras una tienda así yo trabajaría de cajera.

—¡Trato hecho! —Entonces se le ocurrió otra cosa—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Cuando esté construido el rascacielos de ochenta plantas de Guangzhou, ¿podrías ir a la última planta y decirme cómo son las vistas?

—Podemos ir juntas.

—Me refiero a si por algún motivo no puedo visitarte entonces.

—Sí, por supuesto. Lo haré por ti.

—Además, si hay una cafetería, recuerda pedir un tiramisú para mí.

Asentí con sinceridad, sabía que era su postre favorito.

Ella me rodeó los hombros con el brazo y atrajo mi cabeza hacia la suya. Empezó a silbar una canción popular. Yo estaba sentada a su lado, escuchaba con atención y en silencio. No silbaba bien, se parecía más al sonido de una madre que silba para ayudar a su hijo a orinar. Cuando desafinaba del todo cambiaba a otra canción.

En un momento dado se me empezaron a poner los ojos llorosos, escuchándola, deseaba que no terminara nunca. Al principio aún veía la azotea como una gran extensión cuadrada y blanca, pero parecía estar perdiendo el color y la forma. Al final sólo veía mis lágrimas. Cuando Miao Yan, también llorosa, empezó a silbar *Dos ratoncitos* desafinó del todo. Yo solté una carcajada. No paré de reír aunque me dolía el estómago y me corrían las lágrimas por las mejillas hasta la boca. Sabía que pasaría mucho tiempo hasta que volviéramos juntas a la azotea.

Hacia las seis la acompañé a la entrada principal de la universidad.

Paró un taxi rojo a su típica manera suicida de adentrarse en el tráfico. Cuando nos separamos me dio una caja blanca y me hizo prometer que no la abriría hasta que se hubiera ido. Yo acepté.

—Vendrás a verme pronto, ¿verdad? —dije, al tiempo que le sujetaba el brazo con fuerza. Llevaba el mismo vestido gris, esta vez abrochado y con el cinturón atado y el pelo con trenzas como cuerdas a ambos lados de la cara. Todo su equipaje era una maletita verde.

—Por supuesto. Te lo prometo. En cuanto me instale volveré a verte. —Me frotó la cabeza y me despeinó, como hace a menudo la gente con los niños.

En un santiamén el taxi se había ido. Antes de que desapareciera vi su saludo desesperado por la ventana. Yo corrí tras él y me quedé saludando mucho después de que el taxi se desvaneciera en el tráfico.

Cuando volví a la habitación abrí la caja. En el interior, doblada con cuidado, estaba la blusa de seda floreada que llevaba la primera noche que nos conocimos y el vestido negro de marca francesa que me había hecho probar. Debajo había un ejemplar nuevo de *Fortaleza asediada*. En la primera página había escrito: «Hace unos días robé tu ejemplar de la librería. Por favor, deja que me lo quede de recuerdo. No sé qué pasará entre nosotras en el futuro, pero quería que supieras que siempre te llevaré en mi corazón.»

Dentro del libro había una tarjeta de cumpleaños con un pájaro en tres dimensiones en la portada. Al abrirla sonó la alegre música de «Cumpleaños feliz». En el espacio vacío estaba la caligrafía infantil de Miao Yan: «Feliz cumpleaños, mi poetisa, mi niña tonta, mi cachorrito, mi pequeña. Pide un deseo y tal vez tenga una sorpresa para ti.» Desdoblé la blusa y la examiné, era el momento de resolver el rompecabezas del rechazo de su existencia. La blusa estaba hecha a mano y se veían las puntadas irregulares en las costuras y algunos hilos perdidos que emergían de la tela. En el

interior del cuello, donde normalmente estaba la etiqueta de la marca, había unos pequeños caracteres bordados: «De papá y mamá, 1989». Entonces fue un regalo de sus padres al irse de casa a la universidad.

Sang Wei se había ido. Miao Yan también. Me tumbé en mí cama desnuda, levanté la blusa frente a mí contra la penumbra que entraba por la puerta abierta. La blusa revoloteaba en la brisa. Me tapé la cara con ella y cerré los ojos, me sentía inmersa en un sueño: nadaba intrépida en un océano en la oscuridad más pura. Perseguía llamas flotantes en el agua, intentaba atraparlas, aunque el calor me quemaba la piel y casi me cegaba los ojos, pero no lograba alcanzarlas, unas olas salidas de la nada me alejaban siempre que me acercaba.



Cuando Du Sheng preguntó por mí por el altavoz yo estaba sumida en un sueño profundo, me había quedado dormida con la blusa de seda en la cara. Me levanté con prisas y busqué a tientas los zapatos. Estaba a oscuras. En un movimiento brusco me golpeé la cabeza contra la esquina del escritorio de Yishu. Al instante sentí un fuerte mareo que me obligó a sentarme en el suelo. Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad miré el reloj. Eran casi las once.

No había rastro de Pingping ni de Donghua. Habían quitado las mosquiteras y la ropa de cama. Tal vez las dos estaban en el lavabo, o en el tren de vuelta a casa, no recordaba si sus trenes salían esa noche o al día siguiente. Busqué a oscuras el interruptor de la luz cerca de la puerta. Tras encenderlo y apagarlo varias veces me di cuenta de que la bombilla debía de haber petado. De pronto, a oscuras, me sentí sola; casi estaba ansiosa por salir de mi habitación.

Como no quería que Du Sheng viera que acababa de salir de la cama, fui al lavabo a lavarme la cara con agua fría. El agua corrió por los brazos y me mojó el jersey y los pantalones tejanos, así que tuve que volver a cambiarme. Antes de bajar vi que había olvidado peinarme. Volví al lavabo y me pasé los dedos húmedos por el pelo desmelenado.

Du Sheng estaba apoyado en una pared con las manos cruzadas en el pecho. Parecía cansado. Tenía el rostro un poco más pálido, y el pelo demasiado largo a los lados.

Pensé en Miao Yan en el acto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, en un tono tan desagradable que me sorprendió.

—¿Te he despertado?

—Estaba leyendo.

—Debía de ser un libro muy bueno. —Sonrió, luego miró el reloj—. Espero que no te importe que te llame a estas horas. Miao Yan me pidió que nos encontráramos aquí esta noche, pero no hay nadie en su habitación. Estaba pensando en acampar fuera de tu residencia esta noche. ¿Dónde está?

No hice caso de su sarcasmo.

—Ha tomado el tren nocturno a Yunnan. —Al decirlo, se me humedecieron los ojos. Me di la vuelta y fingí que miraba al cielo.

—¿De verdad? Me pidió que nos viéramos esta noche y me dijo que no se iba hasta mañana. Debería haber adivinado que no me decía la verdad. —Se acarició la barbilla—. Si no tienes planes esta noche, podemos ir a una cafetería. No tengo muchos amigos en Guangzhou.

No tenía nada que hacer ni adónde ir. Lo último que quería era quedarme sola en mi habitación oscura.

—¿La has visto antes de irse? —preguntó cuando estuvimos en la calle.

—Sí. Hemos hablado un rato en la azotea.

—¿Qué azotea?

—Ah, nada. Es donde nos conocimos Miao Yan y yo, solíamos ir a menudo. Es la terraza del edificio.

—¿Qué veis ahí? ¿Qué hacéis?

—Sólo es un espacio vacío —contesté—. Un lugar aburrido, como cualquier otro techo plano. —Al decirlo miré por encima del hombro sin querer, no veía la azotea. Seis horas antes, allí, en la azotea, Miao Yan y yo estábamos sentadas juntas, muy cerca. Aun sentía su calor y el roce—. Voy allí a tocar el violín. Eso es todo —añadí. La azotea era tal secreto entre Miao Yan y yo que no quería ni que otras personas la mencionaran.

—Ah, entiendo. No debería ser tan curioso. —Se llevó el dedo índice a los labios como señal de que debería callar.

Caminamos justo hacia la biblioteca. Las gruesas capas de hojas caídas crujían bajo nuestros pies, los trabajadores no barrían la calle tan a menudo desde que terminaron los finales. Sólo una semana antes Sang Wei y yo recorrimos el mismo sendero, bajo la misma luz amarillenta, hacia la misma hora. Ahora estaba junto a Du Sheng, otro antiguo amante de Miao Yan. ¡Qué extraño y ridículo!

Intentaba recordar el aspecto de Sang Wei, pero su rostro no paraba de confundirse con imágenes de otras personas conocidas o que había visto antes. No le conocía mucho y nunca saldría con alguien que había salido con Miao Yan, pensé. Miré a Du Sheng. Parecía alegre y relajado.

El aire era fresco. Me castañeteaban los dientes. Du Sheng se quitó el abrigo negro de lana y me lo puso encima. Intenté rechazarlo, pero él insistió. Tras resistirme un poco, sucumbí al calor. Con su ayuda metí los brazos en las mangas y me lo abroché hasta el cuello. Era largo y pesado, casi llegaba al suelo.

—¿No tienes frío? —pregunté. Sólo llevaba un jersey de pico con una camisa blanca debajo.

—No te preocupes por mí. Nunca tengo frío cuando estoy con una chica. —En cuanto lo dijo empezó a tiritar. Los dos nos echamos a reír, luego le dije que en unas horas cumpliría dieciocho años.

—Entonces mañana te despertarás como una adulta. Deberíamos celebrarlo esta noche. Dime, ¿cuál es tu deseo número uno? Te prometo que haré lo que quieras esta noche.

No sabía qué quería hacer. Me pregunté qué habría hecho Miao Yan una noche como aquella. Seguro que habría ido a bailar. Recordé que una vez me dijo que el baile era la mejor medicina.

—Quiero bailar —dije—. No el baile de discoteca, sino baile social, el tipo de baile de adultos.

—Buena idea. Hace mucho tiempo que no voy a una sala de baile. Pero... —Frunció el ceño al mirar mi jersey, los tejanos y las zapatillas de deporte.

—¡Tengo un vestido! —Enseguida me arrepentí de mis palabras, pero no pude controlar mi deseo de ponérmelo. Aquella era mi noche y quería estar guapa.

Volvimos al Cinco Oeste. Cerré la puerta de mi habitación y saqué la ropa. Aunque estaba oscuro, enseguida encontré la caja blanca. Saqué el vestido negro y me lo puse. Tardé varios intentos en subirme bien la cremallera. La ventana estaba abierta de par en par pero yo no tenía frío. No había ningún espejo de cuerpo entero en la habitación. Abrí la puerta, dejé que entrara la luz del pasillo, cerré la ventana y moví el escritorio de Yishu al centro de la habitación. Me puse de pie encima de la mesa y estudié mi reflejo en el cristal de la ventana, a modo de espejo.

¡Los zapatos! ¡Zapatos de tacón! Bajé de un salto y encendí una linterna para buscar debajo de la cama de Pingping, que calzaba mi número. Encontré un par negro y me los puse. Me iban perfectos. Los tacones eran finos, y por lo menos de diez centímetros. Al ponerme en pie casi perdí el equilibrio. Al principio tuve que apoyar las manos en las mesas o los bastidores de las camas, pero tras unos minutos de práctica podía caminar sin ayuda.

Con una linterna en la mano, estudié mi cara en el espejo. Me peiné como había hecho Miao Yan la primera vez que me probé el vestido. Entonces encontré una sombra de ojos violeta y un pintalabios rojo en el bolso de maquillaje de Pingping. Después de ponérmelos, me puse perfume con aroma a jazmín, que había encontrado en la mesa de Donghua, en el cuello, el pelo, el pecho y las manos. Antes de salir, me

puse un abrigo cruzado rojo hasta las rodillas y me abroché todos los botones. Fue el regalo de mi madre cuando cumplí los diecisiete años. Nunca me lo había puesto. Cuando salí, Du Sheng parecía sorprendido de lo rápido que me había cambiado. —Sólo diez minutos y siete segundos. Has sido rápida —dijo, sonriente—. ¿Vas a bailar con ese abrigo?

—¡Llevo un vestido debajo, por supuesto!

—Eso está bien. ¿De qué color?

—¿Nos vamos ya? —dije.

—Claro, señorita —contestó, aún sonriente.

Paramos un taxi y le dije al conductor que fuera a la sala de baile Luna Azul junto al hotel Cisne Blanco en la isla Shamian. Miao Yan me había hablado mucho de esa sala y decía que era la mejor de la ciudad. Debía de haber sido camarera allí. Aparte de cuando fui a la discoteca Dinastía con ella, era sólo la segunda vez que pisaba una sala de baile. Ni siquiera sabía bailar los pasos básicos como el foxtrot o el vals.

El taxi paró en la entrada principal. Un chico delgado de camisa blanca y chaleco negro se acercó a abrir la puerta. Dentro, dos colas de chicas con vestidos tradicionales chinos de color azul esperaban a ambos lados del vestíbulo. Una se acercó para ayudarme a quitarme el abrigo. Le dije que prefería hacerlo sola. Me pareció una eternidad lo que tardé en desabrochar todos los botones. Cuando por fin me quité el abrigo y se lo di a la chica ella me miró con admiración.

Fui directa a la sala de baile principal. En cada paso tenía que pisar con fuerza, como si fijara un clavo en la alfombra. Para evitar inclinarme hacia delante levanté el cuello y saqué pecho. Eran los tacones. Sin mirar abajo, veía la protuberancia de mis pechos. Como la parte inferior del vestido me encerraba los muslos, no podía caminar rápido, tenía que andar como en una pasarela, como hacía Miao Yan cuando exhibía sus prendas nuevas. Me percaté de que la gente que pasaba, chicos y chicas, me estaban mirando. Incluso los camareros y camareras me sonreían y me saludaban con la cabeza en el frenético ir y venir de la sala.

Du Sheng no me alcanzó hasta que casi estaba dentro de la sala de baile. Caminaba en silencio, y se volvía de vez en cuando para mirarme. Un acomodador nos llevó a una mesa para dos. Cuando me senté tuve una extraña sensación de abandono, de perder el sentido de quién era y transformarme en otra persona. Esa nueva persona tenía mucho más en común con Miao Yan que conmigo. Era una metamorfosis rara que no entendía del todo.

La música era un tango. En el centro de la pista de baile un hombre enseñaba los pasos a su compañera. Llevaba una camisa blanca por dentro de unos pantalones negros de vestir. Cada pocos segundos se paraba y corregía los pasos de su compañera, luego adoptaban una postura y esperaban a que empezara el siguiente ritmo. Él bailaba como un profesional, movía la cabeza rápido con cada giro de la música, con la espalda recta. Su compañera, en cambio, parecía ausente. Se movía con indiferencia y giraba las piernas, con la mirada perdida. Llevaba un vestido plateado con la falda ancha que le llegaba hasta los tobillos y unos zapatos de tacón blancos. Me sonaba su cara, pero no recordaba dónde la había visto.

Cuando la música llegó a su punto álgido, ella empujó al chico a un lado y salió de la pista de baile. Pasó al lado de mi mesa, me lanzó una mirada desagradable y aceleró el paso. Cuando casi había salido de la zona de asientos, se detuvo y se dio la vuelta de pronto. Nos miramos un instante, luego sonrió como una flor que se abre. Levantó la mano derecha con elegancia, se llevó los dedos a los labios y me lanzó un beso antes de desaparecer pasadas las mesas entre el gentío. La reconocí: era la vendedora de cigarrillos que había conocido en la discoteca Dinastía.

La música de tango cambió al lento y romántico *El lago de los cisnes*. La gente se levantó y se arremolinó en la pista de baile. Du Sheng había estado callado aparte de pedir el vino para él y zumo de manzana para mí. Unas cuantas veces estudió mis manos sobre la mesa como si las encontrara interesantes. Sentí que se derretían bajo su mirada, pero no las aparté.

El aire acondicionado empezó a emitir aire frío. Du Sheng me preguntó si quería

bailar. Dije que sólo me gustaba ver cómo bailaban los demás. No dijimos nada más. Luego él se acabó la copa de vino y pidió una botella entera. Justo cuando el camarero estaba punto de irse hacia la barra, lo paré y le pedí que me llevara una copa.

Cuando llegó el vino, Du Sheng levantó la botella con cuidado y estuvo a punto de servirme. De pronto cambió de opinión. Puso mi copa boca abajo y dijo que como aún no tenía dieciocho años, no debería beber alcohol. Yo le dije que nunca había bebido alcohol y que quería probarlo. Le expliqué que pensaba que el vino sabría a zumo de frambuesa. Le di la vuelta a mi copa, le quité la botella de las manos y me serví. Llené media copa y seguí sirviendo. Él me quitó la botella. Nos miramos en silencio. Levanté la copa y me tragué el vino. El líquido rojo recorrió la garganta hasta el estómago y me dejó un sabor dulce y picante en la lengua. Dejé la copa con arrogancia, con los ojos clavados en la cara de Du Sheng. Estaba a punto de decir que el vino sabía igual que el zumo de frambuesa cuando sentí calor en el estómago, como si hubieran encendido una hoguera.

Du Sheng siguió bebiendo. En dos canciones se había bebido todo el vino de la copa y el resto de la botella. Bromeé sobre lo rápido que bebía diciéndole que no había sequía. Él me dijo que tenía la cara roja como la bandera nacional y que se temía que me iba a emborrachar.

Se me calentaba el cerebro, luego se me nublaba, luego se me inflaba como si fuera a expandirse en un gran globo y salir volando de mi cuerpo, libre de la gravedad de la Tierra. La sensación de volar me hacía estar contenta y emocionada. Paré a una camarera y pedí una copa de vino para mí. Tras darle un sorbo, Du Sheng me la quitó y se la bebió de un golpe. Luego se puso en pie y me dijo que me iba a enviar de vuelta a la residencia.

Al salir él caminaba a mi derecha y me sugirió que apoyara la mano en su brazo izquierdo. Sonrió y dijo que si él demostrara tener malas intenciones yo podría utilizar la derecha, más fuerte, para defenderme. Le devolví la sonrisa. Miao Yan debía de haberle contado esa costumbre mía. Siempre que iba con ella lo hacía en la izquierda. Una vez me preguntó por qué, pero no se me ocurrió otra explicación más que por la costumbre. Al día siguiente me enseñó un recorte de prensa que hablaba sobre la gente a la que le gustaba caminar a la izquierda, que tendía a ser más cautelosa y escéptica. El motivo citado era que la mano derecha por lo general era más fuerte y ágil, y podía reaccionar a ataques inesperados con mayor rapidez.

Aunque me quemaban la cara y el pecho, aún podía caminar. Sin embargo, le puse la mano en el brazo, temerosa de que los tacones no soportaran mi peso. Me dolían los dedos de los pies a cada paso. ¡Cómo echaba de menos mis zapatos planos! Eran tan cómodos, tan ligeros... ¿Por qué las mujeres tenían que torturarse para estar sexys? Atravesamos la sala de baile.

—¡Feliz cumpleaños! —me susurró al oído.

En el vestíbulo, una trabajadora me llevó el abrigo e hizo además de ayudarme a ponérmelo. Du Sheng lo cogió y le indicó que se marchara. Él también abrochó todos los botones y me puso algunos mechones de las mejillas detrás de la oreja.

—Tengo manos —protesté. Él sonrió.

Le dije que no quería volver a la universidad. Era mi decimoctavo cumpleaños y quería algo especial. Él se ofreció a hacer lo que yo quisiera. Levanté la mano y señalé el hotel Cisne Blanco, de decorado lujoso, al otro lado de la calle.

—Quiero dormir ahí. Nunca he dormido en una habitación de hotel —dije. Era cierto. Desde que tenía uso de razón, nunca había dormido en otro sitio que no fuera en casa o en residencias de estudiantes.

Se lo pensó mucho, pero al final asintió. Dije que si el hotel era demasiado caro, no me importaba ir a un sitio más barato. Se rió como lo habría hecho un hermano mayor, de haberlo tenido. Dijo que de verdad era sólo una niña que no sabía nada.

Yo estaba enfadada.

—Lo sé todo y nadie puede tratarme como una niña —afirmé. También me negué a

hablarle si se atrevía a tratarme como una niña.

Él no discutió. Se colocó frente a mí, sonriente, luego me peinó con los dedos.

—Ojalá tuvieras unos años más —dijo.

Entramos en el hotel. Mientras él hablaba con la recepcionista, yo me senté en una butaca de piel en medio del vestíbulo. Me quité los zapatos de una patada, me estaban matando. Sin embargo, cuando vi que pasaba un botones uniformado enseguida me los volví a poner. Me sonrió y yo le correspondí. Crucé las piernas, puse los brazos en los reposabrazos, incliné la cabeza hacia atrás, quería parecer mayor. Cuando Du Sheng volvió, lancé una mirada fugaz al reloj de la pared de mármol de enfrente. Faltaban siete minutos para las tres.

Estábamos los dos solos en el ascensor. Cuando llegó a la decimoctava planta, se paró con un alarmante «ring» y la puerta corrediza se abrió. Quería preguntarle a Du Sheng si había reservado a propósito las habitaciones en esa planta, pero no dije nada, me pesaba la cabeza y me dolía la garganta.

Lo seguí a una habitación con dos camas enormes. Me dejó en una y encendió la lámpara de encima del cabezal. Fue hacia el mueble bar, sacó una jarra del armario y la llenó de agua. La puso en una tetera, enchufó el cable y abrió una bolsita de té. Dijo que había reservado dos habitaciones y que la suya era la de al lado. Durante un rato el único sonido que oía era el chisporroteo de la tetera al calentarse.

Me preguntó si me encontraba mejor. Le dije que estaba un poco mareada, pero que por lo demás me sentía muy bien.

—¿Por qué estás tan lejos? —pregunté. No contestó. En cambio, me preguntó si le odiaba por haber roto con Miao Yan y no haber hecho que se quedara en Guangdong. Sacudí la cabeza y me reí.

—Por supuesto que no —contesté—. Su marcha no tiene nada que ver contigo. Se ha ido porque yo ya no le gusto. Era demasiado ingenua, una niña tonta. No podía ayudarla, ni siquiera darle consejo.

Tenía calor, así que me quité el abrigo y me metí debajo de la colcha con la cabeza en la almohada. Du Sheng se sentó en el borde de la cama.

—¿Quieres un té? —preguntó.

En cuanto me acosté los efectos del alcohol se intensificaron. Me dolía mucho la cabeza. Nunca había pensado que tendría una reacción tan fuerte al alcohol. Cerré los ojos, con la esperanza de quedarme dormida, pero una serie de azoteas enmarañadas me vinieron a la mente, rojas, blancas, grises, azules y algunos colores indescriptibles, volando en el cielo como alfombras mágicas.

Du Sheng me rozó las mejillas con cuidado, como si pensara que mi cara era de papel. Oí su respiración cuando se inclinó encima de mí y sentí el calor de su aliento en las mejillas y los labios.

Abrí los ojos. Aún estaba sentado en mi cama, donde antes. Le pregunté por qué había dejado a Miao Yan después de hacer el amor con ella y por qué no se casaban. No sé si sólo pensaba en hacerle esas preguntas en vez de decirlas en voz alta, o si no me había oído, pero no contestó. Se limitó a mirarme a los ojos. Entonces le pregunté, o, de nuevo, pensé que le estaba preguntado, si Miao Yan volvería a verme. Siguió sin contestar.

Lo asusté al incorporarme. Dio un respingo, parecía sentir vergüenza, rubor y frustración. Fue hacia la ventana, abrió las gruesas cortinas de terciopelo y apoyó las dos manos en el alféizar, con la respiración entrecortada.

—¿En qué estás pensando? —pregunté. Él miró por la ventana, que reflejaba mi imagen, y dijo que iba a llevarme a la universidad. Tras una pausa añadió que tal vez no sería capaz de controlarse si estábamos juntos en la habitación cinco minutos más. Con la voz temblorosa, cabizbajo, parecía agotado.

—Hazme el amor —rogué—. Quiero hacer el amor con un hombre. Quiero crecer.

En la ventana, Du Sheng hundió la cara en las cortinas.

Continué.

—Quiero hacerme mujer, una mujer de verdad como Miao Yan. Hazme el amor ahora

y hazme mujer.

Comentó algo de ir a llamar a un taxi y enviarme a casa. Musitó algo más, pero no logré entenderlo.

—¿Puedes hacer el amor tú solo aquí, delante de mí? —pregunté.

Se dio la vuelta y murmuró que le estaba torturando.

Repetí la petición, más alto, como si le estuviera preguntado a una clase de escolares de qué estaba hecha el agua. Tenía ganas de hablar. Hablé de cómo siempre pasaba el tiempo sola en el desván oscuro de pequeña, de la noche en que Miao Yan y yo nos conocimos en la azotea, de la revista pornográfica que había leído en la residencia y de mi expulsión de clase. Dije que nunca había visto cintas pornográficas ni películas, que jamás me había masturbado porque me daba demasiada vergüenza tocar mi cuerpo y pensaba que era algo sucio. Le conté que mi compañera de habitación Donghua se tocaba cuando pensaba que nosotras estábamos dormidas, que me asusté la primera vez que oí sus jadeos suaves y su largo suspiro de satisfacción al final.

Le confesé que no sabía lo que era hacer el amor hasta unos meses antes. Mis padres y mis profesores nunca me contaban nada de eso, y ni siquiera Miao Yan hablaba de eso conmigo porque me consideraba una niña. Le dije que Miao Yan me había prometido contármelo todo cuando tuviera dieciocho años, pero se había ido sin decirme nada. Hablé sin parar. Hablé como si tuviera que quedarme muda después de esa noche, como si fuera el único remedio para todos mis problemas.

Du Sheng se dio la vuelta despacio hacia mí. Asintió periódicamente mientras yo hablaba.

Tenía sed cuando terminé. Sin que se lo pidiera, él fue hacia el mueble bar, sirvió agua en un vaso y me lo dio. Yo me lo bebí ansiosa, le di el vaso vacío y volví a meterme debajo de la colcha con la cabeza apoyada en la cama.

Se oía el eco de pasos en el pasillo, mezclado con un diálogo interrumpido en un idioma extranjero. El agua burbujeaba en la tetera, llevaba un rato hirviendo. Le pedí a Du Sheng que abriera la ventana. Miré fuera y vi las luces de los rascacielos en la distancia.

Él se sentó a mi lado en la cama.

—¿De verdad quieres ver cómo me masturbo? —preguntó, en un tono sereno y tierno.

Dije que sí. Entonces él me preguntó si me importaba que apagara la luz. Le contesté que no. Me dijo que aun así podría verle por la luz de fuera, que nunca había hecho algo así delante de una chica, ni siquiera con Miao Yan, y que al principio le sonaba ridículo—. Pero no sonaba tan ridículo después de tu confesión —aclaró.

Du Sheng apagó todas las luces. Yo me senté en la cama, con la colcha sobre las piernas. Al pasar se inclinó y me dio un beso suave en las mejillas. Estuvo a punto de besarme en los labios, pero se detuvo a medio camino. Estaba tan cerca que veía cómo le brillaban las pupilas y oía el latido de su corazón. Me miró sin parpadear, luego se acercó a la otra cama y dejó una caja de pañuelos de papel en la mesita de noche.

De espaldas a mí, Du Sheng empezó a quitarse el jersey y los pantalones, luego la camiseta y la ropa interior. Lo hacía todo con las dos manos, despacio y con elegancia. No se volvió ni una sola vez para mirarme.

Gracias a la luz externa veía su piel suave y los bíceps abultados. Las caderas delgadas y viriles formaban una bonita curva. Estudié su cuerpo desnudo sin avergonzarme ni ponerme nerviosa. La habitación estaba en silencio excepto por el roce de la ropa.

Él se tumbó. Parecía cansado. Separó las piernas y se puso las manos en los muslos. No se movió durante unos minutos. Mientras yo pensaba si debería levantarme y cubrirlo con una manta, él empezó a tocarse el pene, se lo acariciaba con una mano. Al principio el movimiento era lento, como si cargara con mucho peso en la mano. A medida que el pene se le ponía erecto aceleró el movimiento. Empezó a gemir, un gemido que sonaba como una mezcla de felicidad y dolor, que sugería algo reflexivo y religioso...

Cerré los ojos, me metí debajo de la colcha en silencio y me tapé de la cabeza a los pies. Sentía como si estuviera durmiendo en el cemento duro de la azotea del Cinco Oeste. Debían de ser las cuatro y media. A esa hora la azotea estaría vacía y solitaria como un cementerio. Nadie, ni siquiera yo, la visitaría de madrugada. Aquella noche no había luna. No podía imaginar el aspecto que tendría sin el claro de luna ni gente. Era el momento de pedir mi deseo de cumpleaños. Deseé que cuando el reloj diera exactamente las cinco y cuarenta y tres, la hora de mi nacimiento, hubiera una luz solar clara y que mi habitación de la residencia estuviera iluminada como recién pintada. Sin embargo, sabía que sólo era un deseo. Para entonces aún sería de noche, como en aquel momento, porque era invierno y el sol no saldría hasta después de las seis y media.

Ya no podía contener más las lágrimas. Me oí lloriquear. El gemido de Du Sheng cesó. Mi gimoteo se convirtió en sollozo, luego en un llanto a pleno pulmón. Lloraba porque sabía que nunca querría volver a ver a Du Sheng, porque no sabía por qué las cosas estaban sucediendo así, porque no sabía cómo enfrentarme a mis padres al volver a casa, porque aún quedaban tantas preguntas sin respuesta cuando por fin cumpliera los dieciocho...



Todo esto pasó hace diez años, y no he visto a Miao Yan desde entonces. Cuando cumplí diecinueve años recibí una tarjeta de cumpleaños suya. Tenía la misma caligrafía, basta e infantil. «Feliz cumpleaños, mi pequeña poetisa», escribió. No había dirección de remitente, ni un número de teléfono. El matasellos estaba demasiado borroso para descifrar su origen. Me pregunté si aún vivía en su diminuta ciudad con su familia, si estaba casada, cómo era su vida. Quería saber todo eso, pero me daba miedo despertar los recuerdos. Aunque hubiera incluido los datos de *contacto*, dudo que la hubiera llamado o escrito.

A los diecinueve años me atormentaba la idea de que me había abandonado, como un padre irresponsable y egoísta que se desentiende de su hijo. Estaba obsesionada con la hipótesis de que podría haber preparado a propósito que yo pasara con Du Sheng esa noche para poder dejarme sin sentirse culpable. ¿No había dicho algo parecido a «quiero que alguien cuide de ti cuando yo no esté»? Tenía que ser eso, de lo contrario no le habría invitado a verla sabiendo que ya se habría ido. Quería que yo tuviera relaciones sexuales con Du Sheng. Tal vez pensara que así podría convertirme en mujer, teniendo relaciones con un hombre. A lo mejor le preocupaba que acabara practicando sexo con un mal tipo, como ella, así que escogió a Du Sheng, un hombre a quien ella había amado y en quien confiaba, para ayudarme a ser consciente de mi feminidad y descubrir mi sexualidad. Pero si eso era cierto, yo no era capaz de agradecer su amabilidad. Yo veía otra cosa. Me veía esclavizada por mi devoción hacia ella, por eso siempre la había obedecido y hacía lo que ella quería. Veía su miedo a que yo creciera, que ella no necesitaba otra mujer en su vida. Lo que quería y apreciaba era que yo fuera su margarita blanca. En cuanto creciera, me abandonaría y no querría verme más. Me había manipulado a mí y mi devoción por ella. Cuando me convertí en alguien como Miao Yan, la perdí a ella y a mí misma.

Tal vez había percibido un peligro en mi acercamiento a ella, así que decidió dejarme. ¿No había dicho «no puedo gustarte demasiado, es peligroso»? Para tener una excusa para marcharse, dejó que Du Sheng se enamorara de mí y lo arregló para que pasáramos la noche juntos y así ella poder reclamar más adelante que tuvo que irse porque yo estaba con su antiguo amante.

Yo elaboraba a menudo diferentes teorías y especulaciones, distintas razones. Como no podía obtener una confirmación, me torturaba con eternas adivinanzas. Debido a mi sensación de frustración, me molestaba que me hubiera abandonado y mi devoción por ella.

La semana de mi graduación recibí otra tarjeta suya. El matasellos era de Beijing.

«¡Felicidades!», escribió. Al final de la tarjeta, en letras pequeñas, escribió: «Mi padre falleció hace unos meses». Una vez más, no había una dirección de contacto ni un número de teléfono.

Para entonces el resentimiento había desaparecido y empecé a pensar que no había ido a verme porque quería olvidar su pasado, o pensaba que la vida me iría mejor sin ella. De haber tenido oportunidad, me habría puesto en contacto con ella. Pero como Miao Yan decía, era un ganso salvaje sin sentido del hogar. Tal vez me envió más postales, incluso cartas, después de licenciarme. Si así fue, probablemente las destruyeron en la oficina de correos porque me mudé muchas veces, y sin una dirección del remitente la oficina no podía devolverle el correo.

Sang Wei fue mi primer novio. Tras la pausa de invierno en que cumplí dieciocho años, volvió a la universidad y lo primero que hizo fue ir a verme al Cinco Oeste. Después salimos con frecuencia, y a veces paseábamos por el campus de noche, como hacíamos Miao Yan y yo. El día que le confesé cómo había pasado mi decimotavo cumpleaños, nos hicimos novios. Para entonces él daba clases en un colegio de la zona. Nunca hablábamos de Miao Yan ni de Du Sheng, eran un tema tabú, pero yo percibía la inquietud e incomodidad que aquella elusión provocaba en la relación. A veces, en medio de una conversación casual, él paraba y se quedaba mirándome con una expresión de perplejidad. O cuando nos besábamos yo de pronto me apartaba de él.

A él no le gustaba que fumara, un hábito que había adquirido, aunque no mucho, durante el segundo curso, pero sospechaba que lo que en realidad le disgustaba tanto era lo mucho que le recordaba a Miao Yan. Un día, a principios de mi último curso, le dije que no podía continuar con nuestra relación.

—¿Has conocido a otro hombre? —me preguntó.

—No.

—¿Entonces se trata de Miao Yan?

—Supongo. Pienso en ella cuando hago el amor contigo. Me siento como si viviera bajo su sombra. Como si te compartiera con ella. Como *si en* realidad fuera ella.

—No seas tonta. La conocí antes que a ti. Fue tan breve que ni siquiera lo llamaría relación. Dijiste que me habías perdonado.

—No se trata de eso.

—¿De qué se trata?

—De mí.

—Entonces cuéntamelo. —Se sentó a mi lado y me acarició la cara, con la mano caliente y temblorosa.

—No puedo. No sé por dónde empezar.

—¿Por qué no puedes?

—Porque ni siquiera lo he entendido yo. ¿Y si no puedo dejar de pensar en ella durante el resto de mi vida?

—¿Por qué no puedes olvidar el pasado? Ella forma parte del pasado, todo lo que sucedió entre ella y yo. Ni siquiera sabemos dónde está. Ahora estamos juntos, ¿no es eso lo que importa? ¿Por qué te aferras al pasado y te niegas a seguir adelante? ¿Me has preguntado alguna vez cómo me sentía yo respecto de la noche en que viste masturbarse a su novio? Dijiste que no te tocó. ¿Por qué iba a creerte? Por el amor de Dios, ¿qué tipo de chica vería masturbarse al novio de su mejor amiga?

Cuando te conocí, pensé que eras inocente y pura, pero ahora no sé qué pensar.

Tiró un vaso de cristal de la mesa con el brazo. Se rompió en pedazos contra el suelo. Fue la última vez que lo vi.

No fui a la escuela de posgraduado después de licenciarme, aunque todos mis profesores querían que lo hiciera. El último curso de pronto me cansé de estudiar y quise explorar el mundo real. Para entonces el mercado laboral estaba en pleno apogeo y era fácil obtener la residencia permanente en Guangdong. Conseguí un puesto de funcionaria como secretaria de una oficina en Guangzhou. Me aburrí antes de lo que esperaba. Era especialmente reacia a las actividades sociales que tenía que

soportar como parte de mi trabajo, todas las chicas solteras de la oficina tenían que asistir a cenas o fiestas organizadas por funcionarios de Beijing u otros altos cargos y beber y bailar con ellos. Durante una fiesta un funcionario de alto rango me rodeó la cintura con los brazos y me pidió que me bebiera un vaso de licor fuerte. Cuando me negué tiró el vaso al suelo. Al día siguiente dimítí y empecé a cambiar de trabajo con frecuencia: correctora, periodista, dependienta, camarera, analista de negocios, escritora por cuenta propia... hasta que me agoté y me asenté en un trabajo en una editorial de libros de texto y de consulta.

Gracias a mi ajetreada vida me fui olvidando poco a poco de Miao Yan, de mi resentimiento hacia ella y mi lucha con mi pasado. Hice nuevos amigos y me sentí cercana a algunos, aunque nunca les hablé de Miao Yan. La mayoría de mis compañeros de clase, incluidas Pingping y Donghua, se quedaron en Guangzhou y los veía de vez en cuando para tomar un café, ir al cine o de compras. Tanto Pingping como Donghua estaban casadas y tenían un niño. Aún leía mucho, pero ya no tocaba el violín ni escribía poemas, simplemente no tenía ganas. No estoy segura de cuándo empezó a desvanecerse mi niñez y empecé a caminar, hablar y actuar como una mujer. La madurez, así lo llama la gente.

Además de mis cambios frecuentes de trabajo, volví a interesarme por los hombres de nuevo y tuve varios novios. Nos conocíamos, saltaba la chispa, nos emocionábamos y comprometíamos, luego nos separábamos en menos de un año cuando desaparecía mi capricho pasajero. Se convirtió en un esquema tan consolidado que al final tuve que dejar de salir con chicos para evitar causar más daños emocionales a mí y a los demás. Estuve sola durante un año hasta que conocí a mi marido durante la edición de un libro de consulta médica. Él era el autor, cardiólogo.

Si mis padres no me hubieran insistido en casarme probablemente seguiría soltera, pero me llamaban a diario, en ocasiones dos veces al día. Odiaba disgustarles, al fin y al cabo ya vivía muy lejos. A menudo decían que Guangzhou era un complicado mundo capitalista y que debería estar con un hombre en quien poder confiar y de quien poder depender.

Para ellos mi marido, entonces mi novio, era perfecto. Tenía treinta y pocos años, una licenciatura en medicina y una carrera de éxito y, lo más importante, era honesto y de fiar. Así que nos casamos el año que cumplí veintiséis años, y pronto nos mudamos a un apartamento de dos habitaciones que le había asignado su hospital en el centro de la ciudad. El sexo estaba bien, pero nunca fuimos de verdad apasionados. A menudo trabajaba hasta tarde en la sala de operaciones y estaba agotado cuando llegaba a casa, y yo siempre pensaba que algo iba mal cuando hacíamos el amor, la postura era incorrecta, los preliminares demasiado breves, los tiempos del orgasmo descompensados...

Nunca hablábamos de nuestra vida sexual. Apenas hablábamos en general, él era una persona callada. Cuando yo cocinaba él se sentaba en un taburete en un rincón de la cocina y leía el periódico para hacerme compañía. Me cuidaba y me compraba flores y regalos caros sin motivo alguno. Cuando pasábamos toda una tarde juntos a veces nos abrazábamos en el sofá mientras veíamos una película. Ninguno de los dos tenía ganas de tener un niño enseguida, así que la vida seguía sin sobresaltos. Casi todos los días íbamos a trabajar y volvíamos a casa, cenábamos separados la mayoría de veces, nos acostábamos a horas distintas, hacíamos recados o visitábamos a los amigos juntos los fines de semana y hacíamos el amor cuando teníamos ganas, que no era muy frecuente.

Cuando llevábamos casados un año me sorprendí pensando en Miao Yan de vez en cuando mientras cocinaba, veía la televisión, hablaba con los amigos o incluso en el trabajo. Volvían las mismas preguntas de siempre: ¿dónde estaba? ¿Estaba casada? ¿Qué aspecto tendría ahora?

Nunca eran más que pensamientos fugaces. La vida y el trabajo me mantenían ocupada.

Un día me desperté en plena noche y miré a mi marido, que estaba a mi lado. Mientras oía sus ronquidos periódicos, me pregunté qué significaba de verdad la vida

para mí. Me planteé si le quería, si estaba feliz y contenta como todo el mundo pensaba, si me faltaba algo en mi vida. Cuando dejaba vagar mi mente, pensaba en Miao Yan y sentía un deseo irrefrenable de verla, de contarle mi vida, mi mediocre matrimonio y trabajo, y oír lo que me decía. Añoraba su risa desenfadada, su perfume, el ritmo de sus zapatos de tacón en el suelo, los apodosos que me ponía. Echaba de menos la pasión e intimidad que nunca había sentido con nadie más, incluidos mis padres, mis otras amigas, mis antiguos novios, incluso mi marido. Entonces se me ocurrió que la vida sin ella era un aburrimiento.

Cuatro meses después, mi marido y yo nos divorciamos.

A veces me pregunto si lo que en realidad anhelaba era esa pasión devota que ya no poseía como adulta. «Está bien no crecer», como decía Miao Yan.



Llamo a casa el viernes de la semana anterior a viajar a Estados Unidos, me habían aceptado en una universidad de Nueva York para estudiar literatura comparada. Mi madre atiende al teléfono. Le digo: en Guangzhou hace calor y todos los días la temperatura supera los treinta y cinco grados; el precio de la carne ha subido un diez por ciento respecto del año pasado; las motos estarán prohibidas en las calles principales; el precio de los coches ha bajado y muchos de mis compañeros de trabajo están comprando coches; el edificio de apartamentos donde vivo será demolido el mes que viene.

—El sueldo de tu padre y el mío no serían suficientes para vivir allí. Llevamos más de veinte años de profesores, y aun así tu sueldo triplica el nuestro. —Mi madre suspira pero pronto se anima—. Tienes que venir a casa a ver la plaza Ochenta y Uno recién reformada. Es majestuosa. Tu padre a veces lleva allí a sus estudiantes y les cuenta la historia de Nanchang.

—¿Cómo está papá? —pregunto.

—Una revista literaria acaba de aceptar uno de sus artículos sobre Lu Xun, y la universidad de Nanchang le ha invitado a dar un curso de verano. Últimamente escribe día y noche. Dice que tiene que recuperar el tiempo perdido. Ahora mismo está en su estudio. Espera que se pone al teléfono.

—No le interrumpas. Ya hablaré con él la próxima vez.

—Nos preocupamos por ti. No conoces a nadie en Estados Unidos. Para una mujer de tu edad es duro conseguir un doctorado. Si hubieras entrado directamente en el programa de doctorado después de licenciarte habría sido mejor. Además, ahora estás divorciada...

—Estaré bien.

—¿Estás segura de que no quieres que vayamos a despedirte al aeropuerto?

—Es temporada alta de viajes. Guangzhou está abarrotado de trabajadores de otras provincias. Lo pasaríais mal para conseguir los billetes.

—Entonces prométenos a tu padre y a mí que volverás a casa cada... —La voz fue desvaneciéndose hasta convertirse casi en un graznido inaudible.

—Te lo prometo —digo, con el teléfono sujeto con fuerza. Me quedo en silencio un rato, luego pregunto—: Mamá, ¿recuerdas que me dijiste que no esperase que los demás aprobaran mis decisiones en la vida?

—¿Eso dije? —Dejó de sollozar, luego se rió—. No me acuerdo. Me estoy haciendo vieja. Sólo tenemos una hija y queremos que seas feliz.

Charlamos un poco más y le digo que llamaré todas las tardes antes de mi viaje.

Cuelgo y bajo a un puesto de fideos al otro lado de la calle. Los propietarios son una joven pareja cantonesa, y me saludan con su rudimentario mandarín. Pido un cuenco de gachas de pescado y un plato de fideos planos rellenos de langostino. Nada sabe mejor que los fideos calientes con salsa de soja. Hoy en día todos mis amigos cantoneses han aprendido a hablar mandarín. Me critican por no aprender cantonés. «Es una mala actitud», dicen siempre. Argumento que igualmente todos hablan bien

mandarín y que probablemente haya más hablantes de mandarín nativos que de cantonés en Guangzhou. Sin embargo, para ser sincera, no hay excusa para mi pereza.

Cuando termino de comer son las nueve en punto. Decido tomar el transbordador al centro de la ciudad. El barco es mucho más grande y nuevo que el que Miao Yan y yo tomamos unos años antes. La tarifa ha subido de cincuenta fens a tres yuanes. No sé adónde quiero ir hasta que no estoy en la calle Beijing, peatonal por las tardes. La vida nocturna acaba de empezar: las luces de neón brillan, la música alta resuena desde las tiendas que cubren las calles. Sigo caminando, oigo que los transeúntes hablan todo tipo de dialectos distintos: cantonés, mandarín, el dialecto de Shanghai, de Kejia, de Fujian, de Hunan, de Sichuan y otros que no reconozco. También veo extranjeros. Miran a su alrededor como niños pequeños, siempre distraídos por el ruido y la acción que los envuelve. Al pasar junto a una multitud fuera de una tienda me detengo. Dos chicas con minifalda y botas rosas hasta las rodillas están en la entrada de la tienda y dan palmadas para llamar la atención. Están promocionando una nueva selección de preservativos con aroma a frutas. «Mamá, ¿son caramelos?», pregunta un niño de nueve o diez años al pasar. Su madre no contesta, pero se lo acerca y acelera el paso.

Voy a visitar un bar gay del que he leído en internet. Según el artículo también es para heterosexuales, pero la gente ahí es liberal con los homosexuales, que aún viven a escondidas, temerosos de revelar su identidad sexual, aunque la homosexualidad ya no está clasificada como «enfermedad mental». Camaradas: así se refieren los homosexuales a sí mismos.

La copa es cara y la barra, con la iluminación atenuada, la decoración bohemia y los camareros y camareras guapos, se parece mucho a otros bares de categoría de Guangzhou. La mayoría de clientes van en pareja, hombres y mujeres. Me siento y pido una copa de merlot. Para mi sorpresa, no veo las escenas esperadas de abrazos y besos entre personas del mismo sexo. En un rincón dos chicas se sientan cerca en un banco, pero no hacen más que charlar. Parecen terriblemente jóvenes, tal vez rozando la veintena. La de la derecha lleva el pelo corto teñido de rojo intenso, y un aro en la nariz. En la mesa de al lado hay una pareja joven que comparte una cerveza, la mujer se ríe de algo que el hombre acaba de dibujar en la servilleta. Delante de ellos un grupo de chicos y chicas parecen celebrar el cumpleaños de alguien.

Soy la única que está sola, eso me hace sentir incómoda. Me acabo el vino y pido una botella de cerveza Qingdao. Después de unos tragos, empiezo a fumar, tengo intención de irme en unos minutos.

—Hola. —Una mujer camina con elegancia hacia mí.

—Hola —contesto. Por un instante fugaz creo ver a Miao Yan. La mujer es igual de alta, aproximadamente de la misma edad, y tiene el pelo igual de largo. Por supuesto, no es Miao Yan. Tiene la cara más delgada y pálida, los ojos más pequeños, y los pechos sobresalen del top ajustado negro.

—¿Tienes fuego? —Se sienta enfrente, con un cigarrillo entre los dedos.

Le enciendo el cigarrillo.

—¿Esperas a alguien?

—No. —La miro a los ojos.

—No te había visto nunca.

—Es la primera vez que vengo.

—Entiendo. —Asiente de forma elocuente, luego se inclina hacia delante—. Bonitos pendientes, ¿de dónde los has sacado?

—Del Tíbet. Me los trajo un compañero de trabajo de regalo.

—Te quedan bien. ¿Puedo tocarlos?

Le agradezco el cumplido y estoy a punto de quitarme los pendientes.

—Un poco de inocencia siempre hace que una mujer sea más atractiva. —Se ríe—. Quiero tocarlos cuando los lleves puestos.

Observo cómo inspira y expulsa el aire despacio, como si intentara reconducir sus

pensamientos, con los ojos ligeramente entornados.

—Me recuerdas a una antigua amiga mía —digo, sonriente—. Éramos muy amigas.

—¿Dónde está ahora?

—En otro continente. Hace años que no la veo.

—¿Por qué estás aquí? —Da un golpecito con el cigarrillo en el borde del cenicero sobre la mesa.

—Sólo por curiosidad.

—¿La querías?

—La quería como mejor amiga.

—¿No ocurrió nada?

—¿Como qué?

—¿Tú qué crees?

—Ah, no. Nunca se me ocurrió.

—¿Alguna vez quisiste tocarla o besarla?

—No. —Me retiré hacia atrás—. Nunca.

—¿Ella quería tener relaciones sexuales contigo?

—No creo, siempre tenía novios. No creo que le interesaran las chicas. Nos gustábamos como hermanas, como familia.

—Eso nunca se sabe. A lo mejor te deseaba pero estaba asustada.

Sacudí la cabeza.

—¿Alguna vez diste algún paso?

—No quería hacerlo.

—He visto a muchas mujeres como tú. No tenéis agallas. Sois demasiado tímidas y frustradas. —Me quita la cerveza con la mano libre y le da un sorbo despacio donde estaba marcado mi pintalabios, al tiempo que me acaricia la pierna con el pie descalzo.

Retiro la pierna.

Ella deja mi cerveza.

—Mi primera novia era igual que tú cuando empezamos. Nos conocíamos desde hacía muchos años. Más tarde vino aquí a la universidad. Era una chica lista y guapa, pero no podía enfrentarse a ello y se fue a Australia.

De pronto supe quién era aquella mujer. Aquella tarde de verano. El monedero rojo que le colgaba y la llamativa camiseta amarilla mientras caminaba por el campus con Yishu.

—Siento oír eso, pero tengo que irme —digo.

Ella levanta una ceja y asiente.

—¿Te volveré a ver?

—Probablemente no —contesto.

Tras dejar una propina en la mesa, me dirijo a la puerta, siento sus ojos clavados en la espalda durante todo el camino.

Recorro la calle Beijing mientras la noche que avanza refresca el aire de verano. Los zapatos de tacón me hacen daño, así que paro un taxi. Le pido al conductor que vaya por la isla Shamian, por la calle Shangxiajiu, el Zhong Shan de la calle Cinco, la librería Tianhe y otros lugares a lo que me gusta ir de compras o por placer. Nunca he tenido tantas ganas de ver la ciudad como hoy, ni se acerca a ser perfecta, pero es donde me siento más cómoda.

Cuando llego al Citic Plaza de ochenta plantas, bajo del taxi. El edificio, descomunal, azul, reluciente, es como una puerta a un universo misterioso. Pido un café solo y dos porciones de tiramisú en una cafetería en el ático. Al otro lado de los enormes ventanales del suelo al techo la ciudad se extiende ante mis ojos: una amplia colección de rascacielos y luces de neón, tráfico embotellado, escasos parques, y peatones en todos los rincones.

Visito San Francisco durante mis primeras vacaciones de primavera. Unos días antes de la visita veo que no puedo dormir y que estoy irascible. Nieva mucho cuando me voy de Nueva York, pero en San Francisco está despejado y huele a luz del sol. Como sugiere mi guía, tomo el tranvía a Fisherman's Wharf, luego un autobús al puente Golden Gate. Rodeada de turistas como yo, me siento relajada y cómoda.

Nadie me conoce. Nadie me va a juzgar.

Después de cenar tomo un autobús a Chinatown. No sé si Miao Yan aún tiene una tienda aquí o si se ha mudado de San Francisco, pero no me preocupa. ¿No decía que habíamos tenido relación en nuestra vida anterior? Si existe algo llamado destino, hoy me voy a poner en sus manos. Sé, cuando nos encontremos, que me lo pasaré bien: nos pondremos al día, bromharemos sobre mi ansiedad y frustración hacia ella, oiremos sus historias de mudanzas desde la universidad y sus planes de futuro, compartiremos la pérdida de la inocencia y la emoción de vivir en otro país.

Hablaré con ella como mujer, de igual a igual, con confianza, sabiduría, madurez, como si fuera su hermana gemela. Tengo mucho tiempo y energía para recorrer todas las calles, todos los edificios, y en mi mente está ella, aparece de la nada, como cuando la vi por primera vez en la azotea, examinando un vestido delicado con los largos dedos finos bajo la luz suave desde arriba.

AGRADECIMIENTOS

Me siento muy afortunada de tener a Toby Eady de agente. Siempre me inspira y anima con su entusiasmo, sabiduría y, sobre todo, su pasión ilimitada por enriquecer la comunicación entre Occidente y Oriente.

Muchas gracias a Laetitia Rutherford, Jo Jarrah y Mary Verney por su perspicacia editorial y arduo trabajo, que han hecho posible este libro. También me gustaría dar las gracias a Andrew Kidd, David North y Nikki Christer por dar una oportunidad a una nueva voz.

Gracias a William Fisher, el asistente de Toby, por ser tan servicial y eficiente. Mi más sentido agradecimiento a John Joss, un escritor de origen británico e intrépido motorista, por sus consejos editoriales y su amistad. Desde el principio ha creído en mi trabajo y ha estado a mi lado.

También me gustaría expresar mi gratitud a Alan Cheuse, Tom Parker y Porter Shreve, todos escritores y profesores, que me dieron ánimos cuando más lo necesitaba.

Asimismo, debo dar las gracias a Sandra Cisneros y Xinran. Su confianza, comprensión y hospitalidad me han alegrado el corazón. Son mujeres con clase y amables.

Estoy muy agradecida a mis amigos Daniel Barnett, Ryan Foon, David Dupouy, Alfonso Lopez, Norv Leong, William Opdyke y Celia Chung por leer mis textos, y por mis compañeros de Yahoo! por su apoyo cuando mi agenda era más intensa. También agradezco a los compañeros del taller Macondo, y a mis amigos Bernice, An, Pey—Ning, Howard, Swati, Peg, Christine, Thaila, Ed, Bill, Sue y Alyssa por animarme durante todo el arduo camino hacia la publicación.

Finalmente, estoy en especial deuda con Mattias Cedergreen, por su amor, paciencia y confianza inquebrantable en mí.

Fin

Escaneo y corrección del doc original:

PEABODY & LTC



Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.